This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

M
1895

274. d.d. 1.
274. b. 12.
Vet. Span. III. B. 39

EL

TESORO ESPAÑOL, &c.

M
1895

274. d.d. 1.
~~274. b. 12.~~
Vet. Span. III. B. 39

EL

TESORO ESPAÑOL, &c.

Esta Obra se hallará en las librerías

DE

Dulau y Comp..., Soho-Square,
Gameau y Comp..., Albemarle-Street,
Deboffe, Gerard-Street,
Tabart, Old-Bond-Street,
L'Homme, New Bond-Street,
Boosey, Old Broad-Street, Royal-Exchange,
H. D. Symonds, Paternoster-Row,
Lorenzo Da Ponte, No. 28, Hay-Market,
Wallis, Paternoster-Row,
} en Londres.

Y en casa de casi todos los Libreros de esta Capital.

Se hallará tambien en las librerías.

DE

Hanwell y Parker, en Oxford.
Lunn, en Cambridge.
Boner, en Bath.
Norton é Hijo, en Bristol.
Guillelmo Robinson, en Liverpool.
Manners y Miller, en Edimburgo.
Sanchez, en Madrid.
Archer, en Dublin.
Fauché, en Hamburgo.
Y en Casa del Autor, No. 27, Kirby Str., Hatton Garden.

N. B. Se halla en la Librería de Dulau y Comp... un completo Surtimiento de Libros Españoles.

EL

TESORO ESPAÑOL,

ó

BIBLIOTECA PORTATÍL ESPAÑOLA;

QUE CONTIENE

EXTRACTOS

ESCOGIDOS DE LOS MAS CELÉBRES ESCRITORES ESPAÑOLES,

CON

NOTAS,

Para la Ilustracion y mayor Claridad de las Voces y Sentencias, que hubieran podido ofrecer alguna dificultad.

POR DON AGUSTIN LUIS JOSSE,

Profesor de Lenguas en esta Capital, y Autor de una Gramática Española.

TOMO I.—PARTE PRIMERA.

LONDRES:

Se Hallará en la Librería de DULAU y Comp. Quadro de Soho.

1802.

[Entered at Stationers-Hall.]

En la Imprenta de Cox Hijo, y Baylis,
Great Queen Street.

ESTA OBRA

LA

DEDICA

CON SU

LICENCIA

Y CON EL MAYOR

RESPETO Y ESTIMACION

AL

SEÑOR

DON JUAN TRUMBULL,

SU MUY RENDIDO Y

DEVOTO SERVIDOR,

Q. S. M. B.

DON AGUSTIN L. JOSSE.

Londres y Septiembre 25 *de* 1802.

Se hallará en casa de los mismos Libreros la Gramática Siguiente:

"ÉLÉMENS DE LA GRAMMAIRE ESPAGNOLE."

Avec un Cours de Thèmes, des Règles sur la Prononciation, d'après les Décisions de l'Académie, &c. &c. &c.

Par M. Josse, Professeur de Langues, No. 27, Kirby-street, Hatton Garden.

JUICIO QUE HICIÉRON LOS CRITICOS DE ESTA GRAMÁTICA.

The Critical Review, February, 1800.

"After a preliminary survey of Spanish Literature, Mr. Josse begins his grammatical career with rules of pronunciation, more precise than those which we have seen in some former works of the kind. He proceeds to the different parts of speech, and gives a clear view of each. He then exhibits a gradation of themes, referring to a great number of rules which accompany the former details. These themes are well calculated for the improvement of the learner. They are followed by a copious list of irregular verbs; and the volume terminates with extracts, in prose and verse, from the works of distinguished Spanish authors. This grammar, upon the whole, is well executed; and the labours of Mr. Josse will, we hope, be rewarded with encouragement."

The Monthly Magazine, Dec. 1799, *p.* 875.

....." The best Grammar in the French and Spanish Languages is that of Josse, lately published; and to which is added a course of exercises. The rules are perspicuous and easy and each under its proper head; the exercises judiciously drawn up, and the greatest difficulties illustrated by notes," &c.

The New London Review, Dec. 1799, *p.* 598.

"This grammar possesses considerable merit, with respect to a judicious arrangement of the rules of Syntax; and those relative to pronunciation and orthography, as sanctioned by the Academy of Madrid. The course of themes is well chosen, and calculated to promote the practical knowledge of the Student in the Spanish language."

EL TESORO ESPAÑOL

ó

BIBLIOTECA PORTÁTIL ESPAÑOLA.

PROSA.

LIBRO PRIMERO.

EXTRACTOS SOBRE LA RELIGION Y LA MORAL.

Del Beneficio de la Conservacion y Gobernacion.

¡QUE motivo para tu gratitud esta mesa tan rica y tan abundosa del mundo, que crió el Señor para tu servicio! Todo quanto hay debaxo del Cielo, ó es para el hombre, ó para cosas de que se ha de servir. Pues, si él no come el mosquito que vuela por el ayre, comelo el paxaro de que él se mantiene; si él no pace la yerba del campo, pacela el ganado de que el tiene necesitad. Tiende los ojos por todo este mundo, y verás quan anchos y espaciosos son los terminos de tu hacienda, quan rica y abundosa tu heredad. Lo que anda sobre la tierra, lo que nada en las aguas, lo que vuela por el ayre, y lo que resplandece en el Cielo, tuyo es. Todas estas cosas son beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura,

testimonios de su misericordia, centellas de su caridad, y predicadores de su largueza. Mira pues quantos predicadores te envia para que le conozcas. Todas quantas cosas hay en el Cielo y en la tierra te dicen que le ames, y no cesan de decirlo á todos, porque nadie se pueda escusar.

O si tuvieses oídos para entender las voces de las criaturas, sin duda verias como todas ellas á una te dicen que ames á Dios, porque todas ellas callando dicen que fueron criadas para tu servicio, porque tú amases y sirvieses por tí y por ellas al comun Señor. El Cielo dice: yo te alumbro de dia y de noche, porque no andes á obscuras, y te embio diversas influencias, para criar las cosas, porque no mueras de hambre. El ayre dice: yo te doy aliento de vida, yo te refresco, y templo el calor de las entrañas, para que no te consuma; yo tengo en mí muchas differencias de aves, para que deleyten tus ojos con su hermosura, tus oídos con su canto, y tu paladar con su sabor. El agua dice: yo te sirvo con las lluvias tempranas y tardías á sus tiempos, con los rios y fuentes, para que te refresquen; te crio infinitas diferencias de peces, para que comas: riego tus sembrados y arboledas, con que te sustentes; doyte en fin camino breve, y compendioso por los mares, para que te puedas servir de todo el mundo, y juntar todas las riquezas agenas con las tuyas. Pues, la tierra qué dirá? Que es la comun madre de todas las cosas, y como una general oficina de todas las causas naturales: con mucha razon dira: yo, como madre, te traygo á cuestas: yo te crio los mantenimientos, y te sustento con los frutos de mis entrañas: yo tengo tratos y comunicacion con todos los elementos, y de todos recibo

recibo influencias, y beneficios para tu servicio: yo finalmente, como buena madre, ni en vida, ni en muerte te desamparo, pues, en vida te traygo á cuestas y te sustento, y en la muerte te doy lugar de reposo y te recibo en mi regazo. En una palabra, todo el mundo á muy grandes voces te está diciendo: mira quanto es lo que te amó mi Señor y hacedor, que por tí me crió á mí, y por él quiere que á tí te sirva, porque tu sirvas y ames á aquel que á mí me crió por tí, y á tí por sí. Toda criatura está continuamente dándote estas tres voces: *Accipe, Redde, Cave. Hoc est: Accipe beneficium, Redde debitum, Cave (nisi reddideris) supplicium.* * Que quiere decir: recibe, paga, y teme. Esto es: *Recibe* el beneficio, *Paga* la deuda del agradecimiento, y *Teme* (si no la pagares) el castigo.

FRAY LUIS DE GRANADA.

De la Muerte de los Justos.

EL justo no tiene por que temer la muerte; ántes muere alabando y dando gracias á Dios por su acabamiento; pues en él acaban sus trabajos, y comienza su felicidad.—No teme la muerte, porque temió á Dios; y quien á este Señor teme, no tiene mas que temer. No teme la muerte, porque temió la vida. No teme la muerte, porque toda la vida gastó en aprender á morir, y en aparejarse para morir: y el hombre bien apercebido no tiene por que temer á su enemigo. No teme la muerte, porque

* Richardus de S. Victore.

ninguna otra cosa hizo en la vida, sino buscar ayudadores y valedores para esa hora, esto es virtudes y buenas obras. No teme la muerte, porque tiene al Juez grangeado y propicio para este tiempo. Finalmente no teme la muerte, porque al justo la muerte no es muerte, sino sueño: no muerte, sino mudanza: no muerte, sino último dia de trabajos: no muerte, sino camino para la vida, y escalon para la inmortalidad; pues entiende que despues que la muerte pasó por el venero de la vida, perdió los resabios que tenia de muerte, y cobró dulzura de vida.

El Mismo.

De quan mudable sea la Vida del Hombre.

Grande defecto tiene nuestra vida, que es ser mudable y nunca permancer en un mismo ser. " El hombre," dice Job, " nace de muger, vive pocos dias, " es lleno de muchas miserias, sale como una flor, y luego " se marchita, huyen sus dias así como sombra, y nunca " permanece en un mismo estado." ¿ Qué cosa pues hay mas mudable ?—Dicen que el Camaleon muda en una hora muchos colores; el mar Euripo es infamado de muchas mudanzas y la luna tiene para cada dia su figura. Mas, ¿ qué es todo esto para las mudanzas del hombre? ¿ Qué Prothéo mudó jamás tantas figuras, como muda el hombre á cada hora? Ya enfermo, ya sano; ya contento, ya descontento; ya triste, ya alegre; ya temeroso, ya confiado; ya sospechoso, ya seguro; ya pacifico, ya airado; ya quiere, ya no quiere; y muchas veces él á sí mismo no se entiende. Finalmente tantas son sus mudanzas, quantos

tos accidentes se levantan á cada hora, porque cada uno lo trastorna de su manera. Lo pasado le da pena; lo presente le turba; y lo venidero le congoja. Si no tiene hacienda, vive con trabajo: si la tiene, con sobervia: si la pierde, con dolor. Pues, ¿ qué lunas, y qué mares están sujetos à tantas alteraciones y mudanzas? La mar no se muda, sino quando se revuelven los vientos; mas acá con los vientos y con la calma, siempre hay mudanzas y tormenta.

El Mismo.

De quan miserable sea la Vida Humana.

¿ Que será pues, si discurrimos por las miserias de todas las edades y estados de esta vida? ¡ Quan llena de ignorancia es la niñez! Quan liviana la mocedad! Quan arrebatada la juventud, y quan pesada la vejez!—¿ Qué es el niño, sino un animal bruto en figura de hombre? Qué el mozo, sino un caballo desbocado y sin freno? Qué el viejo ya pesado, sino un saco de enfermedades y dolores? El mayor deseo que tienen los hombres es de llegar á esta edad, donde el hombre está mas necesitado, que en toda la vida, y aun ménos socorrido. Pues al viejo desampara el mundo, desamparan sus deudos, desamparan hasta sus miembros y sentidos, y él mismo se desampara á sí; pues ya le falta el uso de la razon, y solamente le accompañan enfermedades. Este es el blanco adonde tiene puestos los ojos la felicidad humana y la ambicion de la vida.

El Mismo.

De

De la Agonía de la Muerte.

LLEGA el agonía de la muerte, que es la mayor de las batallas de la vida: quando ya encienden la candela, y comienzan á aparejar el hábito, ó la mortaja, y dicen al doliente que es llegada ya la hora de la partida: que comience á encomendarse á Dios: quando ya comienzan á sonar en las orejas del enfermo los gritos y gemidos de la pobre muger, que comienza á sentir los daños de la viudez y soledad: quando ya comienza á despedirse el ánima de las carnes, y al tiempo del despedirse cada uno de los miembros, hace sentimiento por su salida, entonces es quando se renuevan los cuidados de el ánima: entónces es quando está ella batallando y agonizando, no tanto por la salida, quanto por la hora de la cuenta que se le viene acercando. Aquí es el temer y temblar, aun de los muy esforzados . . . Pues si temia esta salida quien setenta años habia servido á Chrîsto,* ¿Qué hará quien ha por ventura otros tantos que le ofende? Adonde irá? A quien llamará? Qué consejo tomará? . . . . . Si mira hacia arriba, ve la espada de la divina justicia que le está amenazando: si mira hacia abaxo, ve la sepultura abierta que le está esperando: si mira dentro de sí, ve la conciencia que le está remordiendo: si mira al rededor de sí, barrunta que están allí los Angeles, y los demonios, aguardando y esperando cada una de las partes á quien ha de caber la presa: si vuelve los ojos hácia atrás, ve como ya los criados, los parientes,

* El bienavaturado Hilarion.

parientes, los amigos, y los bienes de esta vida se quedan acá, y no pueden ser parte para socorrerle; pues él solo Sale de esta vida, y todo lo demás se queda en ella. Finalmente si depues de todo esto vuelve los ojos hácia dentro, y se mira á sí mismo, espántase de verse; y, si fuera posible, quisiera huir de sí. Mas, ¡ ó desdichado de él! Ya no hay remedio.—Salir del cuerpo le es intolerable: quedarse en él es imposible: dilatar la salida no le es concedido. Lo pasado le parecerá un soplo; y lo venidero parece (como ello es) infinito. Pues, ¿ qué hará el miserable cercado de tantas angustias?—¡ O locura y ceguedad de los hijos de Adam, que para tal trance no se quieren con tiempo proveer!

El Mismo.

De la Fealdad del Cuerpo muerto y de la Sepultura.

¿ Qué cosa mas estimada que el cuerpo de un príncipe quando vive? ¿ y qué cosa mas desestimada, mas vil, que el mismo cuerpo quando muerto? ¿ Donde está aquella antigua magestad, aquella gentileza, aquella autoridad, aquel temblar todos delante de él, y aquel hablarle de rodillas, y con tantas reverencias? ¡ Qué presto se desvanece toda aquella pompa, como si fuera una cosa soñada, ó un negocio de farsa, que se deshace en una hora! Luego se apareja la mortaja, la mas rica, la única joya que se puede sacar de esta vida; joya con la qual se hace pago al mas rico de los hombres en aquella hora. Luego abren un hoyo de siete ó ocho pies en largo; (aunque sea para Alexandro Magno, que no cabia en el mundo.) Y con solo esto se da allí el cuerpo por contento. Allí le dan

casa

casa para siempre: allí toma solar perpetuo en compañía de los otros muertos: allí le salen á recibir los gusanos, y allí finalmente lo depositan en una pobre sabana, cubierto el rostro con un sudario, y atados los pies y manos (bien en valde por cierto; pues muy seguro está que no huirá de la carcel, ni se defenderá de nadie.) Allí lo recibe la tierra en su regazo, le dan paz los huesos de los finados, le abrazan los polvos de sus antepasados, y le convidan á aquella mesa, y á aquella casa que está constituida para todo viviente: y la prostrera honra que le puede hacer el mundo en aquella hora, es echarle encima una capa de tierra, y cobijarle muy bien con ella para que no vean las gentes su hediondéz y su deshonra. ¡ O avaricia de vivos, y probreza de muertos! ¿ Como desea tanto para tan breve vida quien con tan poco espera contentarse en aquella hora?

Toma en fin el enterrador el azada y pison, y comienza á trastornar huesos sobre huesos, y tapiar encima la tierra muy tapiada; de manera que el mas lindo rostro del mundo, el mas curado y mas guardado del sol y ayre, andará allí debaxo del pison del rustico cavador, que no tiene empacho en darle con él en la frente, y quebrarle los cascos, porque quede bien acompañado de tierra. Sobre ese gentil hombre, que quando vivia no le habia de tocar el ayre, ni caer un pelico en la ropa, sin que luego anduviese la escobilla por encima, echarán aquí un muladar de basura: y el otro que andaba lleno de ambar y olores se verá cubierto de hediondéz y de gusanos . . . . ¡ O miserable de mí! ¿ Para qué son las riquezas, si aquí me tengo de ver tan desnudo? ¿ Para qué las galas y atavios, pues aquí me tengo de ver tan feo? ¿ Para qué los deleytes y comidas,

pues aquí tengo de ser manjar de gusanos? ¡O locura, ó vanidad y gloria del mundo! ¿Adonde venis á parar?...

El Mismo.

Declama Fray Luis de Granada *contra la Muerte.*

¡O muerte, quan amarga es tu memoria! Quan presta tu venida! Quan secretos tus caminos! Quan dudosa tu hora! Quan universal tu señorío! Los poderosos no te pueden huir: los sabios no te saben evitar: los fuertes contigo pierden las fuerzas: para contigo ninguno hay rico; pues ninguno puede comprar la vida, ni aun por tesoros. Todo lo andas, todo lo cercas, y en todo lugar te hallas. Tú paces las yerbas: bebes los vientos: corrompes los ayres: mudas los siglos: truecas el mundo, y no dexas de sorber la mar. Todas las cosas tienen sus crecientes y menguantes: mas tú, siempre permaneces en un mismo ser. Eres un martillo que siempre hiere; espada que nunca se embota; lazo en que todos caen; carcel en que todos entran; mar donde todos peligran; pena que todos padecen; y tributo que todos pagan.—¡O muerte cruel! ¿Como no tienes lastima de venir al mejor tiempo, é impedir los negocios encaminados á bien? Robas en una hora, en un minuto, lo que se ganó en muchos años: cortas la sucesion de los linages: dejas los Reynos sin herederos: hinches el mundo de orfandades: cortas el hilo de los estudios: haces malogrados los buenos ingenios: juntas el fin con el principio, sin dar lugar á los medios.—¡O muerte, muerte! ¡O implacable enemiga del genero humano! ¡Porque tuviste entrada en el mundo?...

Ventajas de la Virtud sobre el Vicio.

COMUNMENTE se concibe la virtud toda aspereza, el vicio todo dulzuras; la virtud metida entre espinas, el vicio reposando en lecho de flores. Pero si pudiésemos ver los corazones de los hombres entregados al vicio, presto se quitaria la duda. Mas por reflexion podremos verlos en los espejos de las almas, que son semblantes, palabras, y acciones. Atiéndase bien á estos infelices, y se hallará que ninguno otro iguala la turbacion de sus semblantes, la inquietud de sus acciones, la desazon de sus palabras. No hay que estrañar: son muchos los torcedores que los están conturbando en el goce de sus adorados placeres. Su propia conciencia, doméstico enemigo, huesped inevitable, pero ingrato, les está continuamente mezclando con el nectar que beben, el azibar que abominan.

Con enérgica propiedad dixo Tulio, que las culpas de los impíos, representadas en su imaginacion; son para ellos continuas y domesticas furias: *hæ sunt impiis assiduæ, domesticæque furiæ* *. Estas son las Serpientes, ó los Buytres que despedazan las entrañas de el malvado Ticio †: estas las Aguilas que razgan el corazon de el atrevido

* Orat. pro Rosc.

† Ticio celebrado Gigante, hijo de la tierra, ó, segun otros, de Jupiter y de Elara: quizo hacer violencias á la hermosa Latona, quien no pudo libertarse de ellas, sino por su muerte. Matáronle los propios hijos de Elara, y fué enviado á los infiernos, donde Serpientes y Buytres no dexan de despedazar sus entrañas.

atrevido Prometheo ‡: estas los tormentos de un Cain, fugitivo de todos, y aun, si pudiese, de sí mismo, errante por montes y selvas, sin poder jamas arrancar la flecha que le atravesaba el pecho.

El padre Feijoó.

La Avaricia.

El avaro ya se sabe que es un martir de el demonio, ó un anacoreta, que con su abstinencia y su retiro hace meritos para ir al infierno. El corazon, partido entre los dos deseos de conservar y adquirir, padece una continua fiebre, mezclada con un mortal frio; pues se abrasa con la ansia de conseguir lo ageno, y tiembla con el susto de perder lo propio. Tiene hambre, y no come; tiene sed, y no bebe; tiene necesidad, y no reposa: jamas se ve libre de sobresaltos. Ningun raton se mueve en el silencio de la noche, que con el ruido no le dé especie de ser un ladron que le escala. Ningun viento sopla, que en su imaginacion no amenace naufragio al navio que tiene puesto en comercio: Ninguna guerra se suscita, que no considere ya á los enemigos talando sus tierras: qualquier rencilla de particulares, dentro de su idea viene á parar en popular tumulto, que lleva á saco el caudal. No hay nubecilla, que no imagine tempestuosa para sus viñas y mieses: no

 hay

---

* Prometheo hijo de Japeto y de Climena: habiendo engañado varias veces á Jupiter, este mandó á Mercurio que le llevase á lo mas alto del monte Caucaso, y allí le atase á unas rocas, donde unas Aquilas debian de rasgarle el corazon por el espacio de 300,000 años.

hay intemperie, que no amague corrupcion á lo que tiene recogido en las troxes. ¡ Qué angustias tan graves, quando teniendo muchos que vender, se baxa el precio á los frutos! Siempre acosado de pavores, anda meditando nuevos escondijos mas seguros, donde retirar el dinero, de modo que ni los Angeles supiesen de él, ni aun Dios, si fuese posible. Freqüentemente le visita asustado, y dudoso de hallar el dinero en el escondijo, aunque siempre cierto de encontrar el corazon en el dinero. Con inquietud ansiosa le mira: tal vez no se atreve á tocarle, rezeloso de que se le haga ceniza en las manos. Así pasa sus dias, pingüe de bienes, y martirizado de temores, para llegar á la hora fatal, como el Rey Agag * al suplicio: *pinguissimus et tremens.* ¿ Hay vida mas desdichada?

El Mismo.

La Ambicion.

El Ambicioso es un esclavo de todo el mundo: de el principe, porque conceda el empleo: de el valido, porque interceda: de los demas, porque no estorben. Tiene el alma y el cuerpo en continuo movimiento, porque es menester no perder instante. A todos teme, porque ninguno hay que con una acusacion no pueda desvanecer toda su solicitud. ¡ O quánto forceja con su semblante porque muestre agrado á los mismos á quienes profesa mortal odio! ¡ Quanto trabajo le cuesta reprimir todas aquellas inclinaciones viciosas que pueden dificultar sus medras!

De

---

* Agag Rey de los Amalecitas, á quien Saul perdonó contra el orden del Señor, y á quien Samuel hizo pedazos en Galgala.

De la pasion dominante son victimas todas las demas pasiones; y el vicio de la ambicion, como tirano dueño, sobre atormentarle por sí mismo, le prohibe todos aquellos gustos á que le lleva el deseo. Ve al que va á la comedia, al que logra el paseo honesto, al que asiste al banquete, al que goza el sarao, todo lo ve, y todo lo envidia; pero los apetitos estan en él, aunque furiosos, aprisionados como los vientos en la carcel de Eolo.

Logrado el puesto no se minora la ansia; solo muda de objeto, porque se traslada la mira al ascenso inmediato, añadiendo el cuidado de no perder el que ha conseguido. Ya se puso en una escalera, donde ni puede subir sin fatiga, ni detenerse sin molestia, ni retroceder sin precipicio. Ya se ataron las inclinaciones viciosas con mas fuertes vínculos, creciendo la razon de tener la rienda tirante á sus deseos depravados. Solicítale la codicia, instígale la gula, abrásale la incontinencia; pero aunque reluctante, obedece á la pasion que despótica le domina. Arde por oprimir con una sentencia iniqua á aquel hombre que aborrece. ¡Pero ay, si esto llega á tribunal superior, ó al príncipe mismo! Ama el ocio: pero si se nota su inaplicacion, va todo perdido. Siempre está temblando una mudanza de gobierno, que le dexe en la calle: y no lee alguna vez la gazeta, sin el susto de que le noticie estar muerto el patrono que le da la mano. ¿Hay vida mas mísera?

El Mismo.

La Luxuria.

¿Acaso en el lascivo hallaremos mas descanso? Ninguno carga con mayor fatiga. Si la baxeza de el pensamiento,

miento, ó la villania de el apetito le determinan á deleytes venales, luego se viene á los ojos el detrimento en las tres cosas mas apreciables de esta vida, honra, salud, y hacienda. De charco en charco va saciando su sed, hasta que alguna agua infecta le apesta todo la sangre, poniéndole á riesgo la vida, ó haciéndole la restauracion muy costosa. Aunque mejore en la salud, queda achacosa de por vida la reputacion. Y si es verdad que aquella medicina, á quien debió su restablecimiento, irrita mas el apetito, para caer por medio de nuevos excesos en nueva enfermedad, y en nueva cura, ¿ que desdicha es que el fuego de la incontinencia, en vez de extinguirse, se vaya avivando con la edad, para arder violento aun en las cenizas de la vejez?

Mas, si el resplandor de su fortuna, ó el mérito de la persona levantaren sus deseos á objetos de otra esfera, evitará parte de los inconvenientes apuntados, para incurrir en otros mayores, que es lo mismo que caer en Scyla, huyendo de Carybdis. Semejantes empeños estan sembrados de sustos, inquietudes, y peligros. ¡ Que afan mientras dura la pretension! Buscan los ojos el sueño, y no le encuentran; porque (como experimentaba Jacob, aunque amante honesto) anda de ellos fugitivo. Busca el corazon reposo, y no le halla. De este modo concibe primero dolor, para producir despues la maldad. Vacilante entre los medios de lograr el designio, todos se aprueban, y todos se repudian: *incertæ tanta est discordia mentis.* Tiembla en pensar en la posibilidad de la repulsa. El amor le arrastra: el temor le detiene. Todo el camino de la pretension ve lleno de riesgos, los quales, en llegando á la posesion, se multiplican. El ofendido suele ser mas

de

de uno, los lances muchos; y es moralmente imposible que en tantos pasos no se haga algun ruido con que despierte la sospecha, para que al fin acierte con la verdad el cuidado. Lograda la empresa, no hay insulto que carezca de sobresalto. ¿Qué placer sincero tendrá un hombre quando no puede prescindir los gustos de los riesgos? No hará movimiento alguno ácia el delito, en que no se le represente el agraviado con un puñal, ó una pistola en la mano. Este peligro siempre le va siguiendo á qualquiera parte que vaya. Y este es puntualmente aquel infeliz estado de tener, como pendiente delante de los ojos, la propia vida con un continuado temor de perderla, que Dios intimó á su pueblo como una maldicion terrible: *Et erit vita tua quasi pendens antè te. Timebis nocte, et die, et non credes vitæ tuæ.*

Pero consiento en que haya circunstancias en que carezca de estos temores: no por eso le faltarán gravísimos disgustos. Si tras de el logro de el apetito entra el tedio, como sucedió á Amnon con Thamar, y como sucede de ordinario, ye aquì contrahida una obligacion de por vida, por una delicia instantánea. Si se resuelve á romper el lazo, se expone á las iras de una muger abandonada, á quien el desprecio, ó enfurece el amor, ó el odio; siendo uno y otro igualmente peligroso. Si permanece en su criminal afecto, mucho mayor es la impaciencia de no gozar con libertad lo que ama, que la complacencia en el deleyte, que furtivamente usurpa; y especialmente si el objeto es poseído de legítimo dueño, no puede ménos de roerle las entrañas una envidia rabiosa. ¿Pues qué, si llega el caso de unos zelos? Bien saben los que han experimentado el rigor de

estas furias, quanto excede al placer de los mas íntimos deleytes, y que contrapesa un dia solo de este infierno á años enteros de aquella mentida gloria. Considérese todo lo dicho, y respóndaseme despues si se puede discurrir estado mas infeliz.

El Mismo.

Angustias de los Príncipes malos.

Ni hay que pensar que aun aquellos pocos hombres, en quienes, respecto de los demas, es ley el antojo, para cuya libertad no hay rienda alguna, esto es, los Soberanos, surquen el piélago de el vicio sin tormenta alguna. Tambien para estos el agua de ese mar es sobradamente amarga. Neron fué deidad de la tierra, conviene á saber, dueño de todo el Imperio Romano: Soltó la rienda con la mayor largueza imaginable á todas sus perversas inclinaciones, y sus inclinaciones eran decretos irrefragables. No le afligia la carga de el gobierno, porque bien léjos de tener el principado sobre los hombros, como para exemplo de los demas tuvo el mejor de todos los príncipes, lo puso debaxo de los pies. Todo el mundo obedecia al cetro, y el cetro servia al apetito. Poseía quanto amaba, mataba quanto aborrecia. El amor tenia en sus manos el logro, y el odio en las suyas el cuchillo. No pudo llegar á mas horrible extravagancia uno y otro afecto, que á complacerse su crueldad en el incendio de Roma; y su torpeza en las indignidades de el otro sexô. Todo lo consiguió, para oprobrio de los hombres, aquel monstruo de maldades.

¿Quién creerá que este príncipe, de cuyo alvedrío era esclavo el orbe, no gozase una vida alegre? Pues, tanto

tanto distó de él esta dicha, que como testifica Tácito, siempre estaba poseído de terrores: *Facinorum recordatione nunquam timore vacuus.* Y Suetonio añade que, no pudiendo reposar de noche, andaba dando vueltas, como aturdido, por los salones de su palacio.

Tiberio fué igual á Nero en el dominio, y poco inferior en la maldad. Con todo vivia tan inquieto, y turbado, que no podia ménos de explicar en gemidos y palabras sus dolores, pará aliviar algo el corazon de la opresion de las angustias. Así lo afirma el Mismo Tacito: *Tiberium non fortuna, non solitudines protegebant, quin tormenta pectoris, suasque ipse pœnas fateretur.* Y poco antes, refiriendo un doloroso gemido suyo en cierta carta escrita al Señado, dicé que sus propios delitos se habian transformado, para atormentarle, en verdugos: *Adeò facinora atquè flagitia ipsi quoque in supplicium verterant.*

Estas angustias de los príncipes malos, por la mayor parte dependen de que viéndose aborrecidos de todos, siempre estan con el susto de una conspiracion. Consideran que entre tantos, como les desean la muerte, no faltarán algunos que tengan osadía para executarla; y así no pueden en todas sus delicias lograr mas placer, que el que tuviera con una dulce musica el reo que está esperando la fatal sentencia. Por eso Dionysio, tirano de Sicilia, desengañó oportunamente al otro, envidioso de su felicidad, haciéndole sentar á un espléndido banquete debaxo de la punta de una espada, que pendia de fragil hilo sobre su cuello, y dándole á conocer, que ese punctualmente era el estado en que le tenia su fortuna.

Sobre esta congoja, que es transcendente á todos los tiranos, á ningun príncipe, por feliz que sea, le faltan gra-

 visimos

vísimos disgustos. Alexandro está lleno de gloria, y se aflige porque falta un Homero que le celebre. Lisonjéale á Augusto constante la fortuna, y porque se descuida una vez sola con las legiones de Alemania, pasa mucho tiempo dando gritos de dia, y de noche, como un loco. Apacienta Caligula su saña en tanta sangre vertida, y se lastíma de que no estan todas las cabezas de el pueblo Romano sobre un mismo cuello, para echarlas á tierra de un solo golpe. El ambicioso gime, porque no puede hacerse dueño de todo el mundo. El codicioso, porque no puede meter en su erario los tesoros de otros reynos. El vengativo, porque no puede destruir al príncipe confinante que le ha ofendido. El lascivo, porque no falta en su imaginacion algun objeto estraño, esento de la jurisdiccion de su antojo. Así se mezclan amarguísimas aflicciones en las mas esclarecidas fortunas.

Tán cierta es, y tan general aquella sentencia, que pone la Sabiduría en las bocas de todos los impíos, quando llegan á la region de el desengaño: *Lassati sumus in viá iniquitatis, et perditionis, et ambulavimus vias difficiles.* ¡ O quanto nos hemos fatigado en el camino de la perdicion! No fué descanso el nuestro, sino cansera: no delicia, sino congoja. ¡ Ay de nosotros, que hemos continuado la carrera de la vida, no por deliciosos jardines, ó amenas florestas, sí por ásperas breñas, y sendas intrincadas!

Esto dicen todos los impíos en aquel momento fatal.— Todos?... Sí: todos lo dicen; y dicen la verdad. Pues, todos tienen su infierno pequeño en este mundo. Todos caminan por la aspereza para el precipicio. Todos beben las heces de aquel caliz, que David pinta en la mano del Señor: *Calix in manu Domini vini meri plenus mixto:*

et inclinavit ex hoc in hoc, verumtamen fæx ejus non est exinanita, bibent omnes peccatores terræ. . . . . Estás beberán todos: *Omnes.* Todos sin reservar alguno, ni aun de aquellos que parecen colmados de dichas.

Para cuya clara inteligencia, y para apretar mas el argumento que tratamos, se debe advertir que hay en esta vida mortal una afliccion gravisima, la qual siendo propia de todos y solo de los pecadores, aun es mas propia de los que parecen mas felices. Esta consiste en la consideracion de la muerte. No hay duda que todo viviente tiene horror à aquel trance fatal, y se contrista naturalmente quando le occurre que es preciso pasar por él; pero mucho mas sin comparacion aquel, que desfrutando todos los regalos de la fortuna, tiene puesta en ellos su dicha. Contémplese un hombre rico, poderoso, respetado, obedecido, á quien nada falta, ni para la conveniencia, ni para el deleyte, y por mas vago que tenga el apetito, nada niega la fortuna á su deseo: Este, quando piensa en que hà de morir, (y piensa muchas veces sin poder remediarlo) no puede ménos de afligirse extremadamente. La consideracion de la muerte, á quien no aprovecha para la enmienda, solo sirve de tortura. Demos que sea un resuelto atheista, tan ciego, que ni aun duda le quede de la inmortalidad de el alma, y que por consiguiente no le dé la menor pena la suerte de la otra vida; por lo ménos considera en la muerte un desapiadado, y feroz tirano, que le ha de despojar de quanto tiene, y de quanto ama. La hacienda que posee, el banquete en que se regala, la casa en que se entretiene, la música que le deleyta, la concubina á quien adora, todo se ha de perder de un golpe, para no recobrarlo jamas. Quanto mayores placeres goce, tanto será mas triste esta consideracion. El

desdichado, ultrajado de la suerte, y aun el que está constituido en mediana fortuna, tienen el leve consuelo de que la muerte les ha de quitar muchos pesares. ¿ Pero qué consuelo tendrá el que ve que solo le ha de robar delícias? Para todos es la muerte terrible: para este terribilísima. Todos aman con intentísimo ardor la propia felicidad, y á proporcion de el ardor con que se ama, es el dolor con que se pierde. Este hombre, pues, que juzga haber llegado al colmo de la dicha, ni conoce otra que la que posee, ¿ con quanta angustia estará viendo que toda, sin reservar nada, la ha de perder en un dia?

Esta inevitable melancolía en qualquiera hombre, á quien alhaga la fortuna, se aumenta mucho quando impieza á declinar algo la edad. La vida, verdaderamente desde la edad consistente en adelante, no es mas que una enfermedad crónica, que va disponiendo para la muerte, ó, por decirlo mejor, es la misma muerte incoada. En llegando aquí el poderoso, en las fuerzas que va perdiendo, en las dolencias que va cobrando, tiene un continuado aviso de que poco á poco se le va desmoronando, con el domicilio de la vida, el templo de la fortuna. A esto, repasa uno por uno con el pensamiento todos los deleytes que goza, todas las prendas que ama, y cada una le arranca de el corazon un gemido, con la reflexîon de que se va acercando el tiempo de la despedida dolorosa. Vuelve á dar otra ojeada á la muerte, y casi con las palabras de aquel desdichado rey, oprimido de dolor, prorumpe contra ella con una sentida quexa, no tanto de que le haya de cortar el hilo de la vida, quanto de que le haya de separar para una eterna ausencia de quanto estima y adora: *Siccine separat amara mors!* ¡ O pecadores, á quienes llama el mundo felices! ¿ Esto

es

es vivir? Desengañese el mundo, que vosotros sois los que cargais con quanto tiene de mas duro, y pesado la mortalidad. Todo vuestro descanso es fatiga, toda vuestra delicia es angustia, todo vuestro nectar es ponzoña.

El Mismo.

Trabajosos son los Principios de la Virtud.

Debemos confesar que los principios de la virtud son trabajosos: *Ardua prima via est*, especialmente en aquellos que estuvieron largo tiempo debaxo de el dominio de sus pasiones. Los hábitos viciosos son unos enemigos, que á los primeros combates hacen cruelísima guerra; pero sus fuerzas se van debilitando mas cada dia, y aun tal vez por un milagro de la gracia son postrados enteramente al primer choque. La salida que hace el vicioso de el pecado, es en un todo semejante á la fuga que executaron los Hebreos de Egypto. ¡ Qué afligidos los probres, quando, con el mar Bermejo á la frente, vieron el exército Gitano á la espalda! Qué orgullosos los Egypcios! Que débiles los Hebreos! Ya tratan estos de rendirse, quando esforzando la voz de Moysés al pueblo: Ea, Israël, le dice, entra el pie osado en el golfo, que Dios está empeñado en tu defensa. Obedecen, y al tocar la arena se desvia el agua. De tropel se arrojan á ellos las tropas de Faraon. ¡ O quanta soberbia en los Gitanos! Quánto miedo en los Hebreos! Con todo, temblando caminan hasta tocar la orilla opuesta; y al llegar á ella, volviendo átras los ojos, ven sepultarse en las ondas sus enemigos. Conviértese en placer el pesar, y en cánticos los gemidos.

No es de otro modo la fuga que hace el pecador de el

el vicio. Egypto es el estado de la culpa: los enemigos, que siguen al pecador fugitivo, son las inclinaciones viciosas, de quienes fue largo tiempo esclavo. Aquellas estan fuertes, este debil. El primer asalto es furioso. Moysés es la virtud que anima. Rompe en fin el pecador por un piélago de dificultades; y aunque en algunos es mas larga la carrera, últimamente logra ver ahogadas todas sus pasiones. Asienta el pie en la orilla opuesta. ¿Y qué le sucede? Lo mismo que al Pueblo Hebreo, prorumpir en cánticos de gozo. Siguiendo despues el camino de la tierra de promision, una, ú otra vez salen al paso algunos enemigos, esto es, algunas tentaciones; pero se vencen, como Moysés venció á los Amalecitas, levantando las manos al Cielo. Encuéntranse tambien tal vez unas aguas amargas, es á decir, unas tribulaciones; pero un leño milagrosamente las endulza, la cruz de el Salvador las suaviza . . . . Esto es lo que sucede al pecador, fugitivo de el vicio debaxo del amparo de la Omnipotencia, que nunca falta á quien le solicita.

El Mismo.

El Tránsito de el Vicio á la Virtud.

El monte excelso de la virtud está formado al reves de todos los demas montes. En los montes materiales son amenas las faldas, y aspéras las cimas: así como se va subiendo por ellos, se va disminuyendo la amenidad, y creciendo la aspereza. El monte de la virtud tiene desabrida la falda, y graciosa la eminencia. El que quiere arribarle, á los primeros pasos no encuentra sino piedras, espinas, y abrojos: así como se va adelantando el curso, se va disminuyendo la aspereza, y se va descubriendo la amenidad: hasta

hasta que en fin en la cumbre no se encuentran sino hermosas flores, regaladas plantas, y cristalinas fuentes.

El primer tránsito es sumamente trabajoso, y resbaladizo: *Per insidias iter est, formasque ferarum.* Llámanle al recien convertido, desde el mar de el mundo, los cantos de las Sirenas. Atérranle por la parte de el monte los rugidos de los leones. Mira con ternura la llanura de el valle que dexa. Contempla con pavor el ceño de la montaña á que aspira. Libre de la carcel de el pecado, aun lleva en sus pasiones las cadenas, cuya pesadumbre conspira con la arduidad de el camino, para hacer tardo, y congojoso el movimiento. Oye à las espaldas los blandos clamores de los deleytes, que le dicen, como á Augustino: ¿Es posible que nos abandonas? *Dimittis ne nos?* ¿Es posible que te despides, y ausentas de nosotros para siempre? *et à momento isto non erimus tecum ultrà in æternum?* No obstante camina afligido un poco, tal vez interrumpiendo el paso algun tropiezo. Ya va hallando ménos áspera la senda: ya los clamores de las delicias terrenas hacen ménos impresion, porque se oyen de mas lejos. Así lo experimentaba el mismo Augustino: *et audiebam eas jam longè minùs, quàm dimidius, velutì à dorso musitantes.* Adelantando algunos pasos mas, ya se va descubriendo algo llano el camino; y aunque una, ú otra vez representa la costumbre antigua los gozados placeres, y la dificultad de vivir sin ellos, es tan lánguidamente, y con tanta tibieza, que no hace fuerza alguna: *Cum diceret mihi consuetudo violenta: putas ne sine istis poteris? Sed jam tepidissimè hoc dicebat.*

Arriba, en fin, á la parte superior de el monte, donde vé una llanura hermosa, y apacible. El sudor, y lágrimas con

con que regó la falda, fructifican en la cumbre; y aquí logra en abundantes mieses, quanto acullá cultivó en prolixos afanes. Esto está oculto á los ojos de el mundo, el qual, antes bien al considerarle retirado á lo alto de la montaña, le juzga metido en una arduidad inaccesible. Piensa que aquel hombre no puede tener instante de reposo, imaginando que el sitio que habita es un campo donde batallan con la mayor furia los elementos, y adonde se arroja con mayor fuerza el rigor de las tempestades. Pero le sucede lo contrario, allí goza siempre sereno el Cielo.

El Mismo.

Las Conveniencias temporales de la Virtud.

..... En todas aquellas cosas, que esencialmente componen la felicidad temporal, conviene á saber, Vida, Salud, Honra y Hacienda, es muy mejorado el virtuoso, respecto de él que no lo es. La Honra nadie ignora que es parto legítimo de la Virtud. Por eso los Romanos edificaron unidos los templos de estas dos dichas, que veneraban como deidades, de modo que solo por el templo de la Virtud se podia entrar al templo de el Honor. Los mismos que huyen de la práctica de la Virtud, la miran con estimacion, y reverencia. La Salud y larga vida es mas natural y posible en el hombre virtuoso, por la templanza con que vive, al paso que el vicioso con sus excesos se estraga la salud, y se acorta la vida. La Hacienda tiene una gran maestra de economía en la Virtud, siendo cierto que se conserva evitando toda superfluidad. Todo lo comprehendió Salomon, quando dixo que el obediente á los divinos mandatos tiene en una mano la larga vida, y en la otra

otra la hacienda y la honra: *Longitudo dierum in dexterâ ejus, et in sinistrâ illius divitiæ et gloria.* Aun quando no goze otras ventajas el justo sobre el vicioso, ¿no mejora mucho de suerte?

Pero otras tiene. La suavidad y dulzura que al alma ocasioná la buena conciencia, coloca en muy eminente grado la fortuna de los justos sobre la de los pecadores. Es esta una felicidad de poco vulto, pero de mucha monta; una piedra preciosa, que en breves dimensiones encierra grandes quilates. Es la conciencia espejo del alma, y sucede al justo, y al pecador, quando se miran en este espejo, lo que á la hermosa, y á la fea al verse en el cristal: aquella se complace, porque ve perfecciones: esta se entristece, porque no registra sino lunares. Y aun es de peor condicion el delinqüente que la fea, porque esta huye de el espejo, si quiere; el pecador no puede. Aunque no se ponga él delante de el espejo, el espejo se pone delante de él, y no puede el entendimiento cerrar los ojos, quando la memoria le presenta las imágenes de sus maldades. En aquel estado el pecado horroriza, y no deleyta, porque se fué el gusto, y quedó sola la mancha. Añádesele al pecador en esta coyuntura la triste reflexîon de que se pueden descubrir sus infamias, en que le asusta ya la inevitable tortura de el rubor, ya la pena que le prescribe la ley. El justo, por el contrario, nada tiene que temer. Si esconde al mundo sus acciones, no es por el miedo de la nota, antes por el riesgo de el aplauso. A solas se las contempla, y si es tan dichoso que todas las halle buenas, recibe aquel purísimo placer, que el Cronista sagrado aun en Dios pintó como gloria accidental: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valdè bona.*

No menor diferencia hay entre el justo y el pecador, quando, ó enojada la fortuna esgrime sus reveses, ó severo el Cielo reparte tribulaciones. Pierde el pecador la hacienda, muéresele la persona amada, recibe una injuria de sujeto con quien la venganza le es imposible. ¿Que consuelo tiene? Ninguno. Rabia, se enfurece, arde, no come, no bebe, no reposa; y son peores los symptomas, que el mal: tan crueles tal vez, que le postran en la cama, y quitan la vida; y tal vez tan feroces, que para quitársela usan de sus propias manos. Pero el justo, constituído en el mismo accidente, lo primero que hace es levantar los ojos al Cielo; y ya contempla la tribulacion como castigo de la culpa, ya como exercicio de la paciencia: sabe que de todos modos es beneficio: sabe que el golpe viene de mano amante; y sabe que para su bien propio le hiere. No solo se conforma, mas se lo estima. Y veis aquí con una admirable metamórphosis convertido el pesar en placer. De este modo, lo que para el impío es ponzoña, para el justo es triaca: porque *diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*

El Mismo.

De las Relaciones del Hombre con Dios.

¡Oh, hombre, seas el que fueres noble, ó artesano, rico, ó pobre, docto, ó ignorante, eclesiastico, ó secular, religioso, ó militar, soberano, ó subdito, desciende dentro de tí mismo, y en un silencio profundo, y no interrumpido, reflexiona sobre los horrores de la nada, que precedieron á tu concepcion! ¿Cómo de la nada has pasado á sér? ¿cómo en un instante has llegado á ser espíritu, y

cuerpo, esto es, conjunto de dos substancias, cuya union parece incompatible, y cuya accion es un prodigio continuado?

Ni tu padre, ni tu madre tubieron conocimiento, ni poder para coordinar tus musculos, para diluir ni liquidar tu sangre, ni para endurecer tus huesos. Una inteligencia suprema, superior á todas las potencias de la tierra, y superior á todas tus idéas, quiso, y comenzó tu exîstencia, quiso, y creciste al estado en que te hallas. ¡Ay de mi! ¿Y quien es esta inteligencia? Ay! ¿Quien puede ser, sino el motor universal, el principio de todo lo que vegeta, y respira, y el infinito ser, al que llamamos *Dios*? Su mano omnipotente te bosquexaba, quando tú no podias conocerle, y te conserva, y mantiene en un siglo en el que se hace vanidad de ultraxarle. Pero si no eras ayer, y puede ser dexes de ser hoy ¿posible es que se te pase el dia, que tan rapidamente se huye, sin pensar en este criador, y conservador, sin darle gracias, y sin adorarle?

Nada hay en tí, ni fuera de tí que no sea obra suya. El universo que hallaste ya formado, los astros que te alumbran, las plantas, y animales, que te alimentan; y últimamente tantas criaturas, siempre prontas à satisfacer todas tus urgencias, no han podido ellas por sí procurarse el maravilloso beneficio de la exîstencia. Pues tódas estas criatúras no exîsten sino para tí, ¿á qué hacimiento de gracias, y á qué correspondencia no estarás obligado?

¿Quien es aquel, entre todos los hombres, capaz de mandar al menor viento que no sople, á la mas pequeña mosca que no vuele, y al mas imperceptible átomo que no se mueva? Ah! debiles, é impotentes, aun nosotros mis-

mos no tenemos sino prestada nuestra propia exîstencia, y solo obramos en aquel que dá el movimiento, y la vida. Nuestra generacion comenzó como todas las que nos precedieron; y por consiguiente es preciso reconocer un principio de produccion, que no pudiendo ser criado, ni criarse él á sí mismo, necesariamente debió exîstir ántes de todos los tiempos. ¿Cómo es posible suponer un instante, en que Dios no haya sido Dios, un solo instante, en que el Ser supremo, el solo necessario, solo omnipotente, y solo universal, dexase de tener estas calidades, tan esenciales, como sobre-eminentes?

¡Quán en vano se atrevió á decir Epicuro, que el Universo no es mas que un concurso fortuito de átomos! quán en vano Espinosa no reconoció otra Divinidad, que una sábia, ó jugo esparcido por todos los cuerpos! Pero nosotros les replicamos: ¿quien formó los átomos? Ay! ¿qué puede ser un Dios sin inteligencia, que exîste igualmente en la piedra, que en el hombre, un Dios que se dividirá, y multiplicará, y de quien se podrà decir, que sus particulas son mas ó ménos voluminosas, á proporcion de la magnitud ó pequeñez de los cuerpos?

Pero bien conoces tú, que si el mundo ha sido criado, necesariamente ha de haber un Criador: y que, quando se le supongo eterno, nada se grangea en disputarle la eternidad á Dios. De este modo, y con los mas simples raciocinios, se desvarata todo el pomposo andamio de la incredulidad, y venimos á convencernos, parando un poco la reflexîon, de que la accion del Ser Soberano no puede ser absolutamente desconocida.

Vamos mas adelante, y dime ¿de dónde el alma, esa porcion de tí mismo tan excelente, tan sublime, tan activa, y tan

y tan penetrante, ha sacado las idéas de lo infinito, y los deseos de la inmortalidad, si realmente no exîstiera una substancia eterna, é infinita, de la que se derivan todos tus sentimientos, y percepciones? ¿ No va siempre tu espíritu mucho mas allá de todo lo que la imaginacion puede estender, y multiplicar? No hay cosa mas pequeña que el hombre, en comparacion de los cuerpos inmensos que le dominan, y rodéan; y, con todo, este mismo hombre tan reducido, y tan pequeño en la apariencia, halla en él solo espacios mas grandes, que todo el Universo.

¿ Quántas veces tú mismo te habrás elevado á regiones inaccesibles á los sentidos, y has concebido en tu idea nuevas tierras, nuevos cielos? Sin embargo, en medio de estos sublimes extravíos, que anunciaban toda la grandeza de tu alma, y toda su feoundidad, siempre te has dado por entendido de que hay otra cosa superior á tí, alguna cosa que tú no puedes comprehender, à pesar de toda la extension de tus averiguaciones, y á pesar de toda la capacidad de tu talento.

Pregúntales á tus padres, pregúntales á todas las naciones, y te responderán, que todos ellos han experimentado las mismas impresiones, aunque de un modo mas ó ménos diverso; y que, por último, la idéa de una Omnipotencia eterna, y absoluta, no es fingida, ni arbitraria; sino un sentimiento natural que es imposible el destruirlo. Sé muy bien que no todos son de este dictámen, porque no es de moda; pero la verdad no depende de la moda, ni de la multitud.

Los Paganos, que no tubieron otras luces que la razon, se sublevaron contra la pluralidad de los Dioses; y Socrates, y Ciceron, tributando vasallages al Ser de todos los

los seres, invocándole, como su esperanza, y apoyo, enseñaron á todos los siglos, que el hombre no necesita mas que de sí mismo, ó mas bien de los conocimientos que el Criador le ha concedido, para confesarse hijo de una Inteligencia infinita, á quien nada le cuesta, y que es soberanamente dichosa.

¿ Dónde estabas tú quando este Dios Criador sacaba el mundo del seno de la misma nada, quando afirmaba los fundamentos de la tierra, y quando hacia resplandecer en la estructura de los Cielos su poder, y su magnificencia? Encerrado entónces en sus adorables decretos él te tenia muy presente. ¿ Qué digo yo? te veía ya organizado, ya animado; porque un Ser sin sucesion de instantes, no experimenta las revoluciones de lo venidero, ni las de lo pasado; porque todo está manifiesto á sus ojos.

¡ Oh, qué abismo el de las grandezas de este Dios! Sentimos todo lo que debe ser, pero nadie puede decir lo que es: todos se pierden á vista de sus maravillas, y nadie se halla sino pensando en él. ¡ Qué distancia de nosotros á este divino Sér? y con todo, está en medio de nosotros. Su reposo es nuestro movimiento y nuestra vida, y su imperio nuestra libertad. Por todas partes se manifiesta, y en ninguna se dexa ver. Nos posee, y nosotros le poseemos: nos bendice, y nosotros le bendecimos.

¡ Quien podrá elevarse hasta la luz en que el Ser supremo habita! ¡ Quien podrá comprehender sus obras! Ese Sol distante de la tierra casi treinta, y cinco millones de leguas: esas estrellas, á las que una bala de cañon, con toda su ligereza, no podria llegar en seiscientos sesenta y seis millones de años: esta tierra, cuyo movimiento diario al rededor del Sol asciende á mas de seiscientas mil leguas

en

en una hora, quatrocientas diez y seis en cada minuto á esos mares, cuyo menor sumidero excita todo el asombro y en donde la magestad del Omnipotente se pinta á nuestros ojos, con razon asombrados!

Estos son los efectos de la voluntad de Dios; y así como es el Soberano, el principio y el fin de todas las cosas, es tambien, el centro, la circunferencia, y la plenitud. Solo Dios no tiene nombre, y es superior á todo nombre: él solo es todo, y mas que todo: él solo es bueno sin calidad, grande sin cantidad, inmenso sin extension, y presente á todo sin lugar alguno determinado.

Exîste en sí, y no depende sino de sí. El mismo es su trono, y allí vive en el reposo de su esencia, en el abismo de sus grandezas, en la unidad de su amor, y en el esplendor de su gloria. Si se contempla es la fecundidad: si se manifiesta es la magestad: si habla es la verdad misma; y si manda es la equidad. El crió el Angel, á quien colocó en el Cielo, y al hombre sobre la tierra, para tener adoradores donde quiera que resplandece su gloria.

Estas lecciones te darà tu alma de la Divinidad, quando supieres preguntarla. Te dará á conocer, que tú no puedes hacer, ni pensar cosa alguna sin él: que este es el Dios, cuyos rumbos son verdaderamente incomprehensibles: que desata tu lengua quantas veces hablas, que abre tus oidos quantas veces oyes, que mueve tus pies quantas veces andas, y el que les da ahora mismo facultad á tus ojos para que veas, ó leas este Escrito.

Ay! ¿cómo harías tu para mover tu brazo si te faltára el socorro divino? ¿Qué estudio no sería necesario en esta accion para saber que musculo, ó que nervio habias de alargar, ó encoger? ¿Y como, además de esto, tu alma

alma (absolutamente espiritual, esto es, incapaz de coligarse con las ternillas, con la sangre, y los huesos) podria conseguir este movimiento? Luego es el Criador, quien se ha obligado por las leyes que ha establecido, á condescender á tus deseos, todas las veces que tu quieres executar alguna accion: de otro modo tu cuerpo seria lo mismo que un automato, ó maquina movida por resortes y artificio.

Este es el modo como tu alma, y tu cuerpo concurren igualmente para instruirte de la presencia, y accion de Dios: así es como damos atencion á impresiones tan maravillosas, á ménos que no demos oidos á los falsos sabios del siglo, que á fuerza de querer ostentar ingenio, no dexan ver otra cosa, que una insensibilidad estúpida y atolondrada.

Semejantes á aquellos Idolos de quienes habla la Escritura, teneis ojos, y no veis, oidos, y no escuchais, si creeis que exîste el Universo sin Dios, ó lo que es lo mismo, sin el socorro de su accion. ¡Ay! Si esto fuera así, ¿cómo podriais vivir tranquílos? Sola la idéa de un Ser omnipotente, y bien hechor, puede asegurarle al hombre filósofo contra todo genero de peligros, de que estamos rodeados: sola esta idéa puede empeñarnos á sufrir nuestros males con resignacion, y esperanza, que pueda calmar nuestros dolores, y elevarnos sobre los horrores de la muerte. Efectivamente, si todo fuera casual, ¿el Sol no estaría á riesgo de extraviarse á cada instante, de abrasar la tierra, y confundir todo el Universo?

¡Oh, hombre! quando llegues á saber que tú no exîstes sino en Dios, y para Dios, ¿entónces no debes considerar como muy preciosa tu exîstencia? Entónces, ¿no

te verás reducido en los estrechos limites de lo presente, sino que penetrarás hasta lo venidero; y el enigma del universo se descubrirá á tus ojos: entónces suportarás tus pesares, infortunios, y trastornos, ¿qué digo yo? los estimarás como precursores de tu verdadera dicha: entónces menospreciarás la figura de este mundo, y no te considerarás ni pobre, ni aislado: entónces te dilatarás por la inmensidad misma de aquel que invocas y adoras, y te sentirás real y verdaderamente engolfado en su propio seno.

El Marques Caracciolo.

De la Espiritualidad del Alma.

No hay hombre alguno, por corto que sea el conocimiento de sí mismo, que no halle un gusto inexplicable en conversar con su alma. Parece que entreteniendose con ella sobre este asunto, se aumenta su ser, y que se hace una criatura sublime, y absolutamente espiritualizada. Siendo efectivamente el alma madre de la razon, gloria de la humanidad, y primor exquisito de la mano de Dios, no podemos meditar sobre su excelencia, y prerogativas, sin sentir celestiales impresiones.

No hay cosa mas elevada, ni fecunda que nuestra alma. Levantandose mas que los astros, cuyo ocaso mira, y cuya transmutacion contempla, engendrando continuamente sin disiparse, ni agotarse jamás, ella sola es el objeto mas perfecto, y maravilloso del universo: ¿qué digo yo? nada tiene de comun con el universo mismo, sino en quanto al cuerpo: el mundo es materia, y ella es toda espíritu: el mundo no tiene eleccion, ni voluntad, y ella es libre: el mundo ha de concluir, y ella es inmortal.

¡ Oh, qué amplia carrera ofrecen estas eminentes calidades á la imaginacion para definir al alma, y ensalzarla! Pero por grandes que sean los esfuerzos que se hagan, siempre serán inferiores á este Ser puramente intelectual, y verdaderamente incomparable, que hace al hombre Rey del universo, y que explayando ya nuestra memoria, y ya nuestra voluntad, ya nuestros conocimientos, y ya nuestros deseos, nos dilata como una esfera todo divina, y nos introduce en un santo comercio con el mismo Dios.

¿ Es posible que nosotros seamos criaturas tan maravillosas? No somos al parecer mas que un punto, y somos mayores que el mundo entero. Y así las estrellas, que resplandecen sobre nuestras cabezas, no aparecen mas que luces casi imperceptibles, aunque realmente son mucho mas abultadas, é inmensas que la tierra, y el mar.

¿ Quántas veces habrás sugetado tú mismo á tu exâmen los elementos, quántas habrás descompuesto sus partes para conocerlos, y analizarlos? ¿ Quántas veces habrás calculado las distancias de los astros, hecho exâmen de su luz, y predicho sus revoluciones? Y esta es aquella operacion que llamamos ciencia, cuya gloria le pertenece solo al alma. El cuerpo no es mas que un esclavo, ó mas bien, una maquina, á la que el alma pone en movimiento en todo lo concerniente á la mecanica de su trabajo. Los sentidos obedecen, y executan, pero el espíritu es quien los manda: quanto mas se sondean, mas encantan estas maravillas. Deseos inmensos, vastos proyectos, y pensamientos sublimes son otros tantos prodigios, que atestiguan la gloria del alma, y otras tantas pruebas que demuestran su espiritualidad.

Sí, no hay duda, el alma es espiritual: y si te atreves á du-

á dudarlo, abstraete de tu propio cuerpo, que es muy fácil, y mudate al pais, que ántes habitaste. Allí verás los objetos que conoces; juzgarás de ellos como si los tubieras presentes, y conocerás que el alma no puede hacer estos viages, no siendo espiritual. Esta operacion es tan eficáz, que quantas veces se reitera, se concibe como el alma puede exîstir á la muerte sin mediacion del cuerpo. En efecto, un pensamiento que se pasea por todos los ángulos, y rincones del universo, que atraviesa toda la extension de los cielos, que se representa lugares inmensos, números infinitos, dias eternos, y que, por último, desea una inmortalidad bienaventurada, no puede ser material.

Además de esto, y como se ha dicho muchas veces, ¿ qual es el color del alma, si ella realmente es materia? Será azul para unos, blanca para otros, ó colorada como la sangre para todos; porque toda materia aparece colorada, y ha de tener necesariamente figura, y situacion: lo que denota tambien, que el espíritu no podrá exîstir si no es redondo, ó quadrado, octágono, ó triangular, y por último, transparente, ú opaco. ¡ Qué absurdos, y qué disparates! Pero á la verdad ¿ no son precisas conseqüencias del sistema que niega la espiritualidad de las almas, y las supone particulas elementares?

Me dirás, que nada se vé quando el hombre espira, ó quando se hace de él anatomía, que dé á entender la exîstencia del alma; ¿ pero no es preciso, porque tú nada percibes, que has de inferir, que no se manifiesta el espiritu á los sentidos, y por consiguiente que es puramente intelectual? Si tu alma aparece debil en compañía de tu cuerpo, juzga sencillamente que ella depende del cuerpo, lo mismo que un ginete depende del caballo en que vá montado; de

modo que, si el caballo es endeble, ó viejo, él le maneja, y con todo no anda sino con lentitud.

¿ Dirás que un hombre es ciego, porque está en un quarto muy obscuro? Tus ojos son ventanas, y el alma nada puede ver, quando están cerradas. El alma es aquel sentido íntimo que (testigo continuo de nuestra propia exîstencia, y de nuestra individualidad) nos instruye del tiempo en que comenzamos á ser, y de la unidad de nuestra persona, que es absolutamente distinta de quantas vemos; y este sentido íntimo no necesita ciertamente, ni del oído, ni de la vista, ni del olfato.

Esta impresion es causa de que aun el hombre ciego, sordo, y mudo de nacimiento, siente, y conoce que es, y que es uno mismo, y tal hoy, como era el año pasado.

Si el alma no fuera mas que una parte, ó una modificacion del cuerpo, ó resulta de los musculos, nervios, y espíritus animales, ¿ cómo habia de poder verlos, hacer juicio de ellos, y dirigirlos á su gusto? Estas operaciones suponen necesariamente de parte de la alma, preeminencias, y superioridad. No hay cosa alguna, que á un mismo tiempo pueda ser causa, y efecto, el modo, por último, y la substancia: digo mas, los accidentes serían mas nobles que el sugeto, si el pensamiento naciera de la configuracion, ó del movimiento del cuerpo.

Este es el modo cómo uno se arroja á un labirinto de dificultades, queriendo hacer material al alma. En vez de confesar con la experiencia, y con toda la tradicion, que esta alma es una substancia puramente espiritual, se estima mas creer, que las ternillas, la carne, y la sangre pueden producir idéas intelectuales. ¿ Pero has visto tu jamás partir una alma? Confieso que sería una cosa bastante peregrina,

peregrina, y curiosa ver un brazuelo, ó un jamon de nuestra alma: con todo yo no veo que, hasta aqui, se haya atrevido alguno á explicarse de este modo. La razon mas sencilla, y menos cultivada conoce que esto repugna, y se convencerá siempre qualquiera, á ménos que no esté loco, que todos los granos posibles de materia, y colocados del modo que se quisiere, nunca podrán hacer un silogismo. Porque no basta, para probar la accion de una alma, articular palabras como una estatua ó automato, ó como las maricas, y papagayos, es necesario hacer discursos, formar raciocinios.

El Mismo.

De la Inmortalidad del Alma.

Lo que no tiene partes no puede deshacerse, y necesariamente no puede destruirse. Este es el argumento de Ciceron, y de todos los filósofos Paganos, que esperaban otra vida. ¿Qué habrian dicho estos Paganos al ver hombres, que se llaman Cristianos, creer el aniquilamiento del espíritu humano, ó á lo ménos anunciarle como un bello nuevo descubrimiento? Habrian dicho que era necesario no tener el menor conocimiento de lo que somos, ni la mas corta idéa del ser supremo, para seguir un partido tan absurdo, y tan desesperado. Efectivamente ¿de qué sirve toda la justicia del legislador, si el alma á la hora de la muerte se evapora en humo? Entónces es igual, y de una misma naturaleza haber robado, ó haber hecho beneficios: haber quitado la vida, ó haber salvado: haber deshonrado, ó haber dado elogios; y por consiguiente los vicios, y las virtudes estarán en un mismo grado, y clase: y por

y por legitima conseqüencia habrá sido un sugeto extravagante el que se hizo juguete de una rectitud quimérica, no robando á su próxîmo, quando pudo hacerlo libre de castigo.

Solo la inmortalidad del alma justifica á la Providencia de los males é infortunios, de los que somos tristes testigos: sola ella nos dá la solucion de tantas miserias, y contradicciones aparentes, que derraman por todas partes la quexa, y la confusion. Sábese, quando se crée que es el alma inmortal, que la vida presente no es mas que un noviciado, ó casa de prueba, y que prontamente el pobre, que padece con resignacion y docilidad, será recompensado. ¿Cómo estas reflexîones tan simples, y tan naturales no hacen impresion en nuestros incredulos, no cesando ellos mismos de decirnos que Dios sería injusto, si no diera á cada uno lo que le pertenece, y que sería injusto si castigase á los hombres que no lo merecen? Qualquiera creerá al oirlos que son diputados del mismo cielo para hacer valer la justicia divina; y á cada instante la ultrajan, digamoslo mejor, la destruyen: asi es verdad, que quando uno no tiene principios, y solo se aconseja consigo mismo, no dexa de extraviarse, y desvarrar.

Somos los hombres de una naturaleza demasiado excelente, y tenemos muchas prerogativas para no ser inmortales. Capaces de hacer inumerables primores, y dueños, en algun modo, del mundo, tendriamos motivo para acusar á la Providencia, si, como los brutos, hubieramos de finalizar con la vida. Entónces, vuelvo á decirlo, seríamos de peor condicion que las encinas, que nosotros mismos plantamos, las que viven tantos años; ménos que los edificios que nosotros construimos, y que duran tantos centenares de

de años; ménos que nuestros propios retratos, que nos sobrevivirán, y nos darán á conocer á inumerables razas venideras: Fuera de esto ¿ con qué justicia degollamos nosotros los animales, y nos los comemos, si son de la misma naturaleza que nosotros, y si no tenemos calidad, ó preeminencia alguna que nos distinga de ellos? Pero quán bien nuestra alma, por la sublimidad de sus idéas, nos advierte todo lo contrario: nuestra alma, que no dexa de lamentarse de la suerte con que la sujetamos á las pasiones; pero porque la disipacion, y el embeleso nos impide el oir sus gemidos, creemos, que no es mas que un grano de la materia, y un nada, que las preocupaciones han realizado, y hermoseado. Ay! Pero ¿ como esta nada puede producir tantos pensamientos, y tantos proyectos, de los que continuamente nos maravillamos? ¿ Como puede formar leyes, fundar monarquias, y conservarlas? ¿ Como puede dictar lecciones de sabiduria, y prudencia, y contener á todos los hombres en los limites de la obligacion?

¿ Qué idéas no han dado de la alma todas las naciones? Raro es el pueblo, que no haya pensado, que un cierto no sé qué, mucho mas noble que el cuerpo, sobrevivia á él, é iba á unirse con el ser de todos los seres. Y no nos admire de que este dogma haya sido universal; porque es el testimonio de la conciencia.

El hombre entregado á sí mismo, aunque sin instrucciones, y sin maestros, se conoce que ha nacido para sobrevivir á los objetos materiales que le rodean. Solo la enagenacion, y alejamiento de nosotros mismos puede disipar, ó hacer que se pierda de vista esta infalible verdad. Las esperanzas, á las que nunca hallamos termino, y que jamás dexan de renacer, conforme se desvanecen, nos persuaden

que el hombre no está incorporado con la tierra que pisa, que hay alguna cosa en él que le estimula á exîstir en otra, esfera, que la del cuerpo, y para gozar de otro mundo mejor que el presente.

Diles, pues, á los que niegan la inmortalidad del alma, que hablan contra su propio convencimiento, ó que jamás se han hecho preguntas á sí mismos: diles que es una fatuidad, y aun demencia públicar, como lo hacen, que no se conoce la esencia del alma, pues que esta esencia consiste en comprehender, y amar, y que todo hombre siente que ama, conoce que comprehende: diles, que hay una verdadera baxeza, y una verdadera degradacion en creerse materia; y que esto no es sino porque quieren vivir como los brutos, y que tienen gusto en identificarse con ellos: diles, que si, por desgracia, el formidable dogma del materialismo se acreditára, no tendrian derecho alguno para lamentarse de que los degollaran; porque entónces no se haría mas daño en matarlos, que en matar un lobo, ó un cordero: diles.....; pero mejor es que no les digas nada, porque todas las razones posibles no son bastantes para desengañarlos. Contentate con gemir, y guardar tus reflexîones para tí mismo, para que no seas seducido con esa multitud de sofismas, que se nos dan diariamente como argumentos indisolubles, y peremptorios.

El Mismo.

De la Libertad del Alma.

¡ Que prerogativa hay que pueda excitar mas nuestra admiracion, y manifestar mas la espiritualidad del alma, que su libertad. La facultad que qualquiera hombre tiene

tiene de elegir, y hacer lo que le parece una soberanía verdaderamente inestimable, y el caracter distintivo de la humanidad. Quán en vano algunos presumidos de filósofos intentan renovar el envejecido sistema de la fatalidad, y orfecerlo à nuestro siglo, (ansioso de novedades) como cosa que merezca la atencion; no hay alguno, que á sangre fria, no reconozca, y confiese que nosotros, en todos tiempos y lugares, somos dueños de querer, ó no querer.

Preveía Dios, es verdad, nuestros rumbos, y determinaciones; pero esto quiere decir, que supo desde toda la eternidad, que en tal lance hariamos nosotros libremente tal accion. Esta presciencia no impone mas necesidad que la de un Medico que prevee que un enfermo ha de morir, y que anuncia el instante de su muerte. Esta es la causa porque nuestras horas, aunque contadas, no han de ser obstaculo para emplear remedios, y hacer esfuerzos para procurarnos la curacion, quando nos asalta algun accidente, ó enfermedad. Por exemplo, Dios que todo lo vé, y lo conoce, vió, y conoció que una sangria hecha importunamente conduce á uno al sepulcro; y que, al contrario, otro no habria muerto si se hubiera sangrado. Nosotros hacemos obrar libremente las causas segundas, y aunque todos los acaecimientos, suceden infaliblemente, no suceden necesariamente, porque los hombres que obran, tienen siempre el poder de no obrar.

Si se replicase ahora que ninguno es libre, quando no reduce al acto el poder obrar, se ha de responder, que, segun este bello principio, no habria diferencia alguna entre el hombre que no se pasea, porque no quiere salir de casa, y el hombre que no sale porque está atado con una cadena. Ve aquí en uno, y otro caso un poder, y facultad, no re-

 ducidos

ducidos al acto; pero todos conocen muy bien, que aquel que no se pasea porque no quiere pasearse, es verdaderamente libre; quando el que está atado, ó preso, no lo es.

En consequencia del dogma de la libertad se recompensa á los virtuosos, y se castiga á los depravados. Si nosotros efectivamente fueramos precisados, sería una horrible injusticia matar á los ladrones, y asesinos. Estos, en el caso propuesto, no tendrian mas culpa que el animal que obra por un ciego instinto: que una bola que obedece sin discernimiento el impulso de quien la arroja; y que el relox que dá las horas á los golpes del martillo: con todo ¿qual es el hombre racional, que se atreverá á acusar de crueles á los Jueces, y á las Leyes, y mirar como una barbarie los castigos que se imponen á los malos?

Fuera de este, todos los meritos, tanto respecto á esta vida, quanto á la otra, son absolutamente destruídos, si no hay libertad en el hombre; y el mismo Dios es injusto en mandarnos lo que no podemos cumplir. Pero sin alargarnos mas sobre esta materia, tantas veces controvertida, y tan demostrablemente probada, contentémonos con decir con Escoto á los que niegan la libertad, que es preciso darles de palos hasta que confiesen que uno es libre de dexar, ó no, de darles.

El Mismo.

De las Ventajas que resultan de la Revelacion.

Antes de la Revelacion todo el universo era templo de los idolos: cada vicio era una deidad, y tenia su simulacro. Se adoraba un Jupiter incestuoso, y un Marte adultero y cruel: la sangre de los hombres se derramaba para honrar estos monstruos, que la supersticion habia inventado;

inventado; pero ahora ¿quién puro y aclisolado es nuestro culto! Todo en él está marcado con el cuño de la santidad, y todo en él respira piedad sólida, y varonil, digna del Cristianismo que profesamos.

Antes de la Revelacion era el mundo un teatro lugubre, donde la ambicion, y la envidia representaban diariamente las escenas mas sangrientas, y abominables. El hombre estaba olvidado de las prerogativas de su naturaleza, y se abandonaba, tan sin reserva, como sin escrupulo, á toda la brutalidad de sus pasiones, y á toda la corrupcion del corazon y del espíritu; y para hacerlo con mas valor y mas impunemente, introduxo los vicios hasta en el culto. No habia mas que desórden en sus sentidos, en su imaginacion y en su alma. Pero ahora nuestras personas, digámoslo así, estan como divinizados por nuestra incorporacion con Jesu-Cristo; y los que desgraciadamente están aun corrompidos, no lo son, á lo ménos ni por ignorancia, ni por principios, ni por obligacion; y saben que es una abominacion para los ojos de Dios, prostituir sus miembros haciéndolos servir á la iniquidad.

Quitad la Revelacion, y al instante los hombres carecerán hasta de la idéa de Dios, ó, lo que viene á ser lo mismo, se le representarán como un ser absolutamente ocioso, retirado en sí mismo, gozando de su propia dicha, no dignándose ni aun de considerar lo que pasa en el mundo, ni apreciando nada el genero humano que crió; tan poco tocado, ó movido de nuestras virtudes, como de nuestros vicios, y dexando á la casualidad el curso de los siglos y estaciones, las revoluciones de los Imperios, el destino de cada particular, y la máquina de este dilatado universo, y toda la dispensacion de las cosas temporales.

Estos no son terrores quiméricos, ni vanas conjeturas. No hay hombre alguno, que niegue la Revelacion, que no cayga en estos excesos: digamoslo mejor, ninguno impugna la religion, sino para sostener el sistema de una Divinidad ociosa, é indiferente, que ni vé, ni entiende, como si aquel que formó las orejas, y los ojos no estubiera presente á todo lo que hicieren exteriormente nuestros sentidos.

¿ Pero qué han adelantado todos estos insensatos, que han impugnado la Revelacion? La historia no se acuerda de ellos sino para calificarlos de impíos; y si sus sofismas les atraen algunos proselitos, ó sectarios, y algunos elogios, la verdad, que jamás pierde sus derechos, los cubre de un eterno oprobrio. Las pasiones se amortiguan, las burlas se acaban, los papeles volantes desaparecen, el delirio se pasa, la razon despierta, y una nueva generacion se levanta para proscribir, y anular lo que le ha precedido, y para restituirle á la religion el lustre que se le habia quitado.

Mira por una parte lo que la incredulidad te ofrece; mira por otra lo que la religion te presenta: y escoge. En la incredulidad no hallarás mas que zozobras, y remordimientos; en la religion paz, consuelo, y felicidad: en aquella te verás rodeado de paradoxas, sofismas, cábalas, ó inquietudes; en esta respirarás alegre, y tranquilo en el regazo de la misma verdad, apartado del dolo, de la mentira, de la envidia y del perjurio: en aquella nada tendrás que esperar sino dudas sobre tu destino, y terribles incertidumbres á la hora de la muerte: en esta te entregarás todo á Dios, como aquel que ha criado tu alma, y que tendrá cuidado de ella: en aquella no tendrás otros compañeros,

pañeros, que satíricos burlones, sobervios, y blasfemos, y unos hombres que reducen su vida y su exîstencia á esta tierra miserable: en esta tendrás por amigos hombres de bien, y timoratos, humildes de corazon, y entendimientos sublimes, que se elevan sobre todo lo de este mundo, y solo se ocupan en la meditacion del cielo: en aquella no encontrarás sino personas que se burlan de su alma, y la prostituyen: en esta conversarás con sabios, que conocen su dignidad, y se espiritualizan: en aquella no verás mas que escandalos, y pasiones hermoseadas con toda suerte de colorido; retratos del vicio, elogios del crimen, y de la impiedad, y por último libros obscenos y peligrosos: en esta tendrás á la mano obras racionales, y religiosas, que corrigen tus costumbres, que predican el amor y el orden, y que te obligan á desempeñar fielmente tus obligaciones. Por último en la religion te formarás un santo comercio con el cielo, con Dios, y contigo mismo; y en la incredulidad te harás el mayorazgo del infierno.

¿Titubearás ahora en preferir el Dogma de la Revelacion, y abandonar la incredulidad como el cúmulo de la desdicha, y maldicion? La Fé, el mas precioso de todos los dones, te ilustrará, te vivificará: con ella esperarás recompensas eternas, y sin ella no verás mas que los horrores de la nada: con ella no tendrás sino la santa ambicion de agradar á Dios, y sin ella te fatigarás en ir tras de una fantasma de gloria, y felicidad: con ella estarás siempre tranquilo, siempre contento: sin ella tu corazon se verá poseído de todos los pesares, y disgustos: con ella te elevarás sobre todo lo que adula, y engaña, y gozarás de una amplia libertad: sin ella te harás esclavo de los hombres, y te consumirás

miras en penas, y embarazos: la Fé es el manantial de las verdaderas luces; y toda la filosofía humana un encadenamiento de errores y dudas.

No te acobarden, ó detengan las sombras de la Revelacion; ¿en qué parte del mundo no hay tinieblas? Nosotros no podemos entendernos, ni explicarnos á nosotros mismos, y esto no obsta para que creamos que vivimos: no podemos definir un simple pensamiento, y esto no impide el que nos convenzamos de que pensamos: nosotros no podemos comprehender el instinto de los brutos, y esto no embaraza que estemos ciertos de su instinto: nosotros no podemos adivinar los enigmas de todas las operaciones de la naturaleza, y esto no estorva que convengamos en ellos: nosotros no podemos, por último, sondear los abismos de ese supremo ser que lo ha hecho todo y lo puede todo, y esto no es obstáculo para reconocerle, y adorarle.

Ay de mi! ¿por qué desvarramos, ó deliramos quando se trata de la religion? Obra, quando se trata de ella, como quando procedes respecto á todo lo que admites, y de todo lo que crees, y serás un verdadero Christiano.

El Mismo.

Bello Testimonio en Favor de la Divinidad de Jesu-Christo por el Corifeo de los Filósofos modernos.

El Corifeo de los falsos Filósofos modernos, ese hombre * singular, que abandona, y prostituye su alma á toda idéa, con tal que le parezca nueva, ó extravagante, está

---

* M. Rousseau.

está precisado á confesar lo que sigue, que merece toda la atencion del Lector, lo que se halla en la Obra intitulada *Emilio*, y que trata de la Educacion.

" Confieso, dice el autor de este libro, tan impío como " quimérico, que la magestad de la Sagrada Escritura me " asombra, la santidad del Evangelio me habla al corazon. " ¡ Ved los libros de los filósofos con toda su pompa, á fé " que son muy pequeños comparados con este ! ¿ Puede " ser que un libro, á un mismo tiempo tan sencillo, y tan " sublime, sea obra de los hombres ? ¿ Es posible que " aquel, de quien hace la historia, no sea mas que un puro " hombre ? ¿ Es este el tono de un entusiasta, ó iluso, ó " el de un sectario ambicioso ? ¡ Qué bondad, qué pureza " en sus costumbres ! ¡ qué gracia eficaz, y poderosa en " sus instrucciones ! ¡ qué elevacion en sus maxîmas ! " ¡ qué profunda sabiduría en sus discursos ! ¡ qué présen- " cia de espíritu ! ¡ qué precision en sus respuestas ! " ¡ qué dominio en sus pasiones ! ¿ Donde está el hombre, " donde está el sabio que sabe obrar, padecer, y morir sin " desmayo, y sin ostentacion ?

" Quando Platon Pinta su justo imaginario, cubierto " de todo el oprobrio del crimen, y digno de todo el pre- " mio de la virtud, pinta, linea por linea, rasgo por " rasgo, á Jesu-Cristo. La semejanza es tan expre- " siva que todos los Padres la han sentido, y que no " es posible engañarse en ella. ¡ Qué preocupaciones, " qué ceguedad no es preciso tener para atreverse á com- " parar el hijo de Sofronisca con el Hijo de Maria ! ¡ qué " distancia del uno al otro ! Sócrates al morir sin dolor, " y sin ignominia, sostiene, sin dificultad, hasta el fin su

" personage,

" personage, y si esta suave muerte no hubiera honrado
" su vida, se dudaría si Sócrates, con todo su juicio, fué
" otra cosa mas que un sofista. Otros, ántes que él, tu-
" bieron igual muerte. Aristides fue justo, ántes que
" Socrates hubiera dicho que era justicia. ¿Pero de
" donde sacó JESUS entre los suyos aquella moral elevada,
" y pura, de la que él solo dió las lecciones, y el exemplo?
" Del centro del mas famoso fanatismo, se hace entender
" la mas alta prudencia, y la sencilléz de todas las mas
" heróycas virtudes honra al mas vil de todos los Pueblos.
" La muerte de Sócrates, filosofando traquilamente con
" sus amigos, es la muerte mas dulce que se puede desear:
" la de JESUS, espirando en los tormentos, injuriado,
" mofado, y maldito de todo un Pueblo, es la muerte mas
" horrible que se puede temer. Sócrates tomando la copa
" envenenada bendice al que se la ofrece, y que llora;
" JESUS, en medio de un suplicio espantoso y cruel, ruega
" por sus verdugos encarnizados. Sí: si la vida, y muerte
" de Sócrates son de un Sabio, la vida y muerte de JESUS
" son de un Dios.

" ¿Dirémos que la historia del Evangelio es inven-
" tada á gusto? Ay! amigo mio, no es de este modo lo
" que se inventa; y los hechos de Sócrates, de cuya per-
" sona nadie duda, están mucho ménos atestiguados que
" los de Jesu-Christo. Verdaderamente es apartarse de
" la dificultad, sin destruirla. Sería mas increible que
" muchos hombres de acuerdo hubiesen forjado el Evan-
" gelio, que no lo es, que uno solo diese el motivo, ó
" asunto. Nunca los Autores Judios habrian hallado ni
" el tono, ni aquella moral; y el Evangelio tiene tan

" grandes carácteres, ó notas de verdad, tan fuertes, tan
" perfectamente inimitables, que sería mas admirable el
" Inventor, que el Héroe."

¡ Que confesion ! tomemos testimonio de este Auto. Si esta confesion se halla despues desmentida por el mismo Autor, esto mismo la hace mas fuerte, y mas concluyente. Aquí vemos efectivamente que la verdad precisa á sus mayores enemigos á que la tributen respeto, y que se suelte la razon, á pesar de las preocupaciones que la ofuscan, y deponga los mas bellos testimonios en favor de Jesu-Cristo.

El Mismo.

Disertacion sobre las Pasiones entre Miseno, *el Conde de* Moravia, *la Princesa* Sofia *su hermana*, Ibrahin *Mahometano.*

Ibrahin.—Por pasion entiendo yo aquella inclinacion que sentimos hácia una cosa, ántes que el entendimiento nos persuada que debemos buscarla.

Miseno.—Justa es vuestra idea : esta es la misma que yo tengo. Ya veo que en esto concordamos los tres ; pero tambien veo que discordais los dos en su orígen, y en su utilidad. Ibrahin las supone necesarias y venidas del Cielo : vos, Conde, las teneis por muy perniciosas, y salidas de los infiernos. Uno las estima como primer móbil del mundo ; y otro las detesta como orígen de todos sus desórdenes. Ahora entre pareceres tan contrarios, hay licencia para que yo diga el mio, el qual lo explicaré despacio, porque no quiero tropezar, corriendo en camino escabroso, y este lo es bastantemente.

Para que esta gran máquina del mundo hiciese los

efectos que habia ideado el artífice supremo, eran en ella indispensablemente precisas dos cosas. Una que le diese el movimiento, otra que segun reglas le moderase. Las *pasiones* son el muelle real y primer móbil del mundo. Ellas son las que dan el movimiento á todo; mas la *Razon* es quien las ha de gobernar por las leyes, como es justo. Si alguno quisiese quitar del mundo las pasiones, dexaria un relox sin *muelle* *, ó *pesas*, un cadaver sin alma, un cuerpo sin movimiento. Mas tambien si dexáramos á un lado la *Razon*, todo seria ruina, todo desorden, todo horror.

Quitad de qualquier máquina el *moderador* *, ó *péndula*, que es lo que contiene el ímpetu de los movimientos, y en pocos minutos se desconcierta todo. Las ruedas que eran proporcionadas al movimiento templado, no lo serán al impetuoso. Quando las pesas se precipitan á rienda suelta, todo va *por los ayres* †. Unas piezas estorban á otras; aquellas juegan forzadas, estas se tuercen; otras saltan de los exes, algunas se hacen pedazos; y, con poco credito del autor, se ve su obra apreciable reducida á lastimosos fragmentos.

Las pasiones son fieras. Vos y yo conocemos por experiencia propia que no las hay mas horribles, si una vez

---

* En los Reloxes el *peso* ó *muelle* real es el motor, ó agente que mueve todas las ruedas; y la *pendula* es el moderador, que impide que el movimiento sea precipitado; y de aquí es que, segun la *pendula* se acorta ó se alarga, el movimiento del Relox es mas tardo, ó mas apresurado; y de que los movimientos alternativos de la péndula sean siempre iguales, depende que el movimiento del Relox sea siempre constante.

† Esto es: *todo va desordenado.*

vez llegan á romper el freno de la *Razon*; pero subyugadas con él, son como los brutos, de que nos servimos ó para los triunfos, ó para la labor, ó para los mas importantes empeños. ¿Que seria de nosotros si no las hubiese? Mas tambien, ¿que seria si no las sujetase el freno de la *Razon*? Ellas desenfrenadas, ó con freno, siempre son las mismas pasiones; pero no son lo mismo. ¿Que comparacion tiene un toro trabajando baxo el yugo á paso lento, y tirando del arado, con el mismo toro fugitivo y suelto, que parece un leon desesperado, que, arañando la tierra, atruena los ayres, embiste, derriba, hiere, estropea y mata?—Pues así son las pasiones.—¡Ah, hijo mio! gobernad por la *Razon* vuestras pasiones, y ninguno podrá impediros el ser sumamente dichoso. Grabad en el corazon esta máxîma, y no cabrá en él vuestra felicidad. La *Razon* que el Ser Supremo os dió para vuestro gobierno, es una participacion de su *Razon eterna*; y así, el guiaros por la *Razon*, es dexaros guiar del mismo Dios.

Ibrahin.—Buen consejo le dais, si él fuese practicable: ¿Mas quien puede poner freno á sus pasiones, y gobernarlas por la *Razon*, si, á pesar de nuestros esfuerzos, las pasiones nos arrastran, y el pobre corazon es el escarnio de ellas, andando en continuos vuelcos, como una ligera barca en medio del mar alborotado? Decidme, ¿de qué sirve al piloto querer llevar derecho su viage, si los vientos, los mares y los temporales hacen mofa de él? Figuraos en una tormenta desesperada, quando el navío sacudido de las olas salta como si fuera pelota, y de los mastiles unos se doblan y gimen, otros rechinan y se quiebran. Quando el timon se arranca, las velas se rompen, la bomba se desconcierta, los relampagos ciegan, los truenos atemo-

rizan, los rayos asombran, y hasta la aguja pierde su gobierno: en este conflicto decid al Piloto que siga su derrota derecha; si el navío casi se despedaza, si los mares ahora le tragan, ahora le vomitan; si aquí se hunde, allá aparece; si el Cielo se confunde con la tierra, el dia con la noche, las nubes con las olas, ¿que ha de hacer el pobre Piloto? Todo está negro, todo obscuro, ninguno se entiende: todo es alaridos, todo clamores: todos andan luchando con los vientos, con los mares, con la muerte. Ahora decidle al Piloto que muy sosegado y tranquilo con el compas en la mano, exâmine la carta, tire sus líneas, haga sus triángulos, y que trace el rumbo. ¿No seria esto inútil? Pues, no lo es ménos el consejo que vos le dais al Conde: y si poneis la felicidad en el gobierno de las pasiones, y no (como yo digo) en la entera satisfaccion de ellas, bien podemos perder la esperanza de ser jamas felices.

Miseno.—Para discurrir bien sobre esta materia es preciso tomar las cosas desde su raiz, y exâminar como las pasiones, que al principio obedecian rendidas á la razon, vinieron despues á triunfar de ella, en órden á ver si en los fueros de nuestra libertad, todavía se halla fuerza competente para que la *razon* ayudada de la mano suprema, pueda sujetar de nuevo á las pasiones rebeladas. Ahora, mis caros amigos, si tanta metafísica no os fastidia, yo tendré mucho gusto en explicaros mi pensamiento.

Ibrahin.—A un filósofo de profesion no puede dársele mayor placer, que el de un discurso serio sobre materia tan importante.

Miseno.—Quando el Omnipotente ideó la formacion

del hombre, su intento fué hacer en él una imágen suya. * Infundióle una alma, que es como un rayo de su divinidad, y comenzó á poner en ella su posible semejanza. Dios es la *razon eterna*, y nos dió la luz de la razon, pequeño espejo, pero fiel, en quien reverberan con modo particular los rayos del entendimiento divino. Todo lo que Dios aprueba, lo aprueba nuestra razon, y ella tambien detesta todo lo que Dios detesta; y aunque ya en solo esto se parecia mucho el retrato á su original, con todo, otro retoque aumentó mucho mas la similitud.

Es Dios Señor absoluto, y quiso que tambien lo fuese el hombre: para esto le entregó todo el universo en peso †, todo se le puso debaxo de sus pies ‡. Ved quan alto fué el pedestal en que quiso colocar esta su estatua. Pónele el cetro en la mano, y manda que en todo el universo rinda vasallage al hombre todo quanto á Dios obedece. De su propio seno sacó la joya preciosísima de la libertad, con que le adornó y distinguió del resto de las demas cosas, que habia criado en este mundo visible. Con esto le dió una plena autoridad sobre sus pasiones, deseos y apetitos; de modo que todo lo podia gobernar sin trabajo, para lo que tambien le infundió ciencia de todas las cosas naturales, y lo adornó de todas las virtudes. Ved quan propio era de Dios este retrato.

Mas la *razon eterna* pedia que el hombre, como criatura de Dios, le quedase siempre sujeto; ni podia Dios, sin ofender la *razon* dispensarlo de este vasallage; pero ved con

---

* Lo hizo á su imágen y semejanza. Gen. 1. 26.

† *En peso*, esto es, *entero*.

‡ *Omnia subjecisti sub pedibus ejus.* Psalm. 7. 8.

con qué nobleza, con qué hidalguía le trata. Pónele un levísimo precepto, * en el qual no tenia Dios el menor interés, pero que era preciso para que el hombre reconociese la superioridad Divina. Pónele, digo, el precepto, pero no le hace la menor coaccion, ni violencia: nada quiere que le oprima; dale sencillamente á conocer su obligacion, y con eso se satisface, dexándole del todo libre, sin tocarle, ni aun levemente, en los fueros de su albedrío. Quiere que el hombre le obedezca, eso sí; pero quiere que lo haga, si él quiere hacerlo, y que ninguno le constriña; para que de este modo el hombre conserve su nobleza y privilegios, obrando porque quiere; y Dios pueda tomar ocasion del merito de esta obediencia voluntaria y libre para remunerarlo, y dexar caer sobre él el torrente de su infinita bondad; lo que no tendria lugar, si la obediencia del hombre fuese forzada. . . . ¡ Oh, qué noble es esta idea de Dios! ¡ Qué digna de alabanza para el criador! ¡ que honrosa para el hombre! . . . .

En efecto vióse el hombre Señor absoluto. La tierra, el mar, los vientos, las aves, todo lo gobierna †. Con una simple insinuacion todo le viene á sus pies; extiende sincillamente el cetro, y todo le dobla la rodilla: sus mismas pasiones le están sujetas, las domina, no se atreven á resistirle ‡, y solo desea lo que quiere desear: de forma que en él la *razon* es quien gobierna los movimientos del alma, que ahora los exercita, ó los reprime, ó los muda, segun

* Del arbol de la ciencia, del bien y del mal no comas.— Gen. 2, 17.

† *Et præsit piscibus maris, et volatilibus cœli, &c.*—Gen. 1, 26.

‡ Gen. 4, 7.

segun es mas justo y decente. Mirase Rey Soberano, y Señor de todo lo criado por la Omnipotencia en este mundo visible; y lo que es mas, Señor de sí mismo.

Tal era el hombre quando salió de las manos soberanas que le formaron; . . . y nadando en la completa satisfaccion de todos sus deseos, redundaba en un gozo inocente, suavísimo é interior. Las pasiones le servian sin ruido, y el alma gobernaba sin trabajo: pero duró poco este estado feliz.

El Conde.—Y como pudimos nosotros perder tan gran dicha?

Miseno.—Nuestra misma grandeza fué nuestra ruina. Colocado el hombre en tan superior altura, miró hácia todas partes, y vió que nada se le asemejaba: mírase á sí, y se ve un casi Dios. Los cielos, la tierra, los elementos, todos son como otros tantos atributos que adornan su persona. Extiende la mano de su libertad, y la halla enteramente suelta. Ve que nada le impide, y que si quiere puede no hacer caso alguno del precepto que se le impusó; y lleno de altivez y amor de su propia libertad, dice: *No quiero.* Dícelo, y en el mismo punto quedó perdido. Hallábase en tanta altura, que se le desvaneció la cabeza, turbósele la vista, perdió el tino, y cayó precipitado. En el mismo momento en que el hombre se rebeló contra Dios, todo se rebeló contra el hombre. Dios le arrancó de las manos el cetro que le habia dado, y todas las criaturas sensibles é insensibles que le obedecian sin repugnancia, rompen las cadenas de la obediencia, con que le estaban sujetas, y todas se burlan del hombre; todas le persiguen, todas le castigan; y por este medio, ese mismo que poco ántes lo dominaba todo, ahora ni aun es Señor de sí mismo. Su cor-

corazon se rebela contra el alma: sus apetitos le tiranizan, sus deseos le arrastran, su malicia le ciega, y la pobre alma, siendo un rayo de la Divinidad, es ahora el ludibrio de su cuerpo, del cuerpo que antiguamente era su vilísimo esclavo; . . . y eso es lo que nos dificulta hacernos felices. Con todo, aunque hiciéron las pasiones muy dificil este estado, no le hiciéron imposible.

Ibrahin.— ¡Gracias á Dios que hallé lo que muchos años ántes habia inutilimente buscado! Ahora, sí, que mi entendimiento con un simple vuelo ha descubierto lo que nunca habia visto. Jamás habia podido concordar la suma perfeccion del Ser Supremo con la imperfeccion de su mejor obra. Todo lo que Dios hizo fuera del hombre es perfectísimo en su genero. Los mas viles insectos, las flores mas despreciadas son cada qual una obra tan acabada, tan sublime, tan admirable, tan incomprehensible, para quien la considera atento, que solo un Ser Infinito pudiera haberlas formado. Ni todos los filósofos juntos podrán decir jamás cosa que satisfaga, si quieren explicar como en cada fruta, flor, ó insectos se forma la simiente, y principio de otros cuerpos orgánicos, que puedan formar y forman sucesivamente semejantes é interminables maravillas. ¡Qué astucia no se ve en los castores! ¡Que gobierno en las abejas! ¡Qué geometría en las arañas! ¡Que artificio en los gusanos de seda! ¡Que sagacidad en las hormigas! ¡Que lealtad en los perros! ¡Que nobleza en los elefantes! ¡Que brio en los caballos! Y todo obra de un mecanismo que la mano suprema formó, sin que allí haya espíritu inteligente que guie acciones tan portentosas. Todo me transporta.

Mas si vuelvo á considerar al hombre, que es el primor

mor de las obras divinas *, veo en él tantas imperfecciones y defectos, tanta enfermedad y desórden, que bien se puede decir que es al mismo tiempo el hombre epílogo de las perfecciones divinas, y compendio de todos los defectos contrarios á esas mismas perfecciones. Tiene el hombre á semejanza de Dios la *inteligencia* para levantarse hasta la contemplacion de la Divinidad; pero al mismo tiempo es el centró de la *ignorancia*. *Amamos el bien* como Dios; pero todos nos *inclinamos al mal*. La *virtud* nos agrada, pero abrazamos el *vicio*. Ninguno es tan malvado que no guste de la verdad; mas, ¿quién hay que no cayga en la mentira? Queremos *el bien*, que ninguno nos impide; pero abramos *el mal* al que nadie nos obliga. Somos libres como Dios, y señores de nuestras acciones; pero en cierto modo somos como los esclavos arrastrados para hacer lo que no querriamos †. Tales defectos se ven en los hombres, que en ningun tiempo se encontraron en los brutos. ¿Quando se vieron fieras que despedazasen á sus semejantes? ¿Y quántos millares de hombres perecen todos los dios á manos de otros hombres! Mas ahora ya lo entiendo todo, y todo lo puedo concordar. Las perfecciones de esta obra saliéron de su autor, y las imperfecciones de quien le causó la ruina. Fuese quien fuese, que mi religion de Mahoma se diferencia mucho de la vuestra.

. . . . . .

* De todas las cosas maravillosas, que hizo Dios por el hombre, el mayor milagro es el hombre mismo.—S. Agust. lib. 9. de civit. dei. cap. 13.

† *Non quod volo bonum hoc facio; sed quod nolo malum hoc ago*....S. Paul. Rom. 7. 19.

—Pero sea como fuere, yo insisto en la misma dificultad que os propuse; ¿y de qué le sirve al Conde querer governar sus pasiones por la razon, si ellas le han de arrastrar por fuerza?

. . . . . La Princesa—A lo que veo, Ibrahin, nos privais de la libertad toda vez que las pasiones se encienden. Ahora todos os deberemos estar muy agradecidos; pues nos haceis parientes en primer grado de los brutos. Esta era la principal diferencia que nos distinguia de ellos, y ya, en vuestra opinion, todos somos iguales: en los brutos una serie encadenada de sensaciones, y de movimientos no libres, sino naturales, que no están en la potestad del agente, les conduce (segun sus especies) por una ley correspondiente á los fines que les están destinados, conforme á los que vos mismo me habeis enseñado, y evidentemente la razon lo persuade. Sigue el galgo la liebre, el falcon la ave, y el novillo la consorte por unos movimientos necesarios; de suerte, que cada animal huye, ó busca, por forzoso mecanismo de sus organos, el objeto que el autor de la naturaleza le determinó nocivo, ó conveniente: y por eso vemos, en todos, segun su especie, las mismas acciones y movimientos, como que son necesarios y no libres. Solo en el hombre, en quien hay libertad, vemos una diferencia infinita en quanto obra. Cada uno sigue, no la uniforme carrera de los otros de su especie, sino su capricho, ó su simple voluntad, porque como libre puede eligir. Y ved aquí el orígen de la inumerable variedad, que hallamos en las acciones de los hombres. Esta razon sola, quando no hubiese otras, me precisaria á creer que somos libres, aun en este triste estado, á que quedamos reducidos.

Ahora pues, Ibrahin, como con vuestra sentencia nos

nos condenais á obrar como los brutos, forzoso es que tambien en nuestros edificios se vea la misma uniformidad que se ve en los nidos de las aves de cada especie, y en las abejas, que todas en todo el mundo tienen las mismas celdillas. Segun esto, tambien deberá ser uno solo nuestro sustento: lo que hace un hombre, todos los hombres lo deberémos hacer, porque así se ve practicado entre los brutos. Ninguno ha de salir de lo que hicieron sus padres y abuelos, porque tan hábiles son los ánimales de estos tiempos, como lo eran en el principio del mundo. De aquí en adelante guárdese un hombre de inventar cosa nueva, porque nunca han sido inventores los brutos; lo que ciertamente procede de que ellos no tienen la libertad necesaria para variar en sus acciones; ahora como esta libertad tambien vos la negais á los hombres, caerémos de consiguiente en una geral monotonía, ó uniformidad de operaciones. Pero sea como quisiereis, por lo que á vos toca, que yo declaro que mi libertad no la cedo á pesar de vuestra filosofía.

Miseno.—No podeis negar, Ibrahin, que Dios puso en nosotros la *luz de la razon*, luz que nos declara el bien y el mal, y esto aun quando la pasion nos tienta, nos instiga y nos impele. Decidme ahora, ¿de que sirve ilustrar el alma, mostrándome el mal y el bien, si ella no tiene libertad para escoger? ¿De qué me sirve ver el buen camino y el precipicio, si me llevan á este, sin que yo pueda elegir aquel? Ver un despeñadero, y no poder evitarlo, mas es tormento que gusto. ¿Por ventura mandariais llevar una hacha encendida en noche tenebrosa delante de una barca, que sin piloto, ni gobierno va arrebatada de las corrientes con inevitable destino? Gritareis á una piedra que va cayendo con ímpetu ciego, para que

dirija de esta, de aquella, ú de la otra suerte su movimiento? Pues igual locura seria ponernos Dios el farol del entendimiento delante de los ojos, y hablarnos por la luz superior de la razon, si nuestra alma fuese, como la piedra que cae, arrebatada de las pasiones, y llevada á donde ellas la arrastran. ¿Qué pueril, y qué ridículo seria el procedimiento del Ser Supremo, si por medio de su voz (que así podemos llamar á *la luz superior de la razon)* nos prohibiese una accion, y por las pasiones que él mismo nos dió, nos obligase á executarla? ¿Por ventura nos abre los ojos para que veamos el bien, y para que no lo busquemos nos ata los pies, amarrándonos con cadenas indisolubles? ¿Nos hace ver el precipicio solo para llenarnos de horror; y sin culpa nuestra nos impele y hace caer en él? ¡Que acciones tan indignas de Dios! Pues, todo esto nos hace, si no nos da libertad para vencer las pasiones. Reflexîonad, amigo, que en todos los pueblos hay leyes, en todos hay consejos, y amigables avisos; luego hay tambien libertad para seguirlos. ¿Qué nacion exîstió jamas en el mundo tan bárbara, donde no hubiese castigo para el mal, y premio para el bien? Pero seria todo inútil si cada uno, por un ciego é inevitable ímpetu, fuese arrastrado hácia este, ó aquel objeto por la pasion que le domina.

. . . . . .

¿Que es, Ibrahin, lo que alabais en los heroes? ¿Acaso es el que ellos siguen sus pasiones? Otro tanto hace qualquier bruto. ¿Qual es pues el mérito que tanto os obliga á celebrarlos? ¿Qûe es lo que justamente ocupa los clarines de la fama? ¿Será el haber obrado bien, no teniendo pasiones que vencer? ¿Pero qué casta de mérito puede

ser

ser este? ¿Vencer sin batalla, triunfar sin enemigos? Concluyamos, pues, que, para conseguir el loor de héroe, nos es preciso obrar bien, venciendo en esto grandes dificultades; y que en la grande que nos ofrecen nuestras pasiones furiosas, consite el merecimiento de los héroes de la *filosofía* y de la *virtud*.

Si negais la libertad, yo de parte de la *recta razon* os prohibo desde este mismo punto el alabar á ninguno, y el condenar qualquier procedimiento. ¿Alabaréis por ventura al *Sol*, quando saliendo del horizonte derrama con sus luces benéficas influencias sobre la superficie de la tierra, ó condenareis á la *Noche* como delinqüente, porque con su tenebroso manto protege los delitos, y os roba la vista, dexandoos casi ciego, quando teneis los ojos sanos y perfectos? ¿Quien no tendrá por ridícula vuestra cólera contra los truenos y rayos, ó por locas vuestras adoraciones políticas al zéfiro blando que os recrea, siendo todos esos movimientos una conseqüencia ciega y necesaria del órden del universo? Pues otro tanto debemos decir de lo que hacen los hombres, si en ellos no hay libertad; porque sin esta, ni merecen nuestros elogios, ni el menor vituperio.

Ibrahin.—No hay discurso contra la propia experiencia. Confiese cada uno la verdad, y verá que su corazon es llevado por fuerza á donde la pasion le arrastra. ¿Qué libertad os dexa, Conde, vuestra ira, quando recibís una injuria? ¿Qué libertad, quando una rara belleza se os presenta á la vista? ¿Que libertad, quando Cupido os hiere? ¿No veis que el mas valeroso héroe corre, como si fuese el mas infeliz Pastor, tras de una Pastora, si el ciego amor le toca con su envenenada flecha? ¿Que

Monarca

Monarca no deva caer su corona por un lado, y el cetro por otro, sin pensar en cosa alguna, quando Venus le provoca? ¿Qual, pues, es la libertad que estas pasiones le dexaron? ¿Habemos de decir que la tenian?

La Princesa. —¡Ah, Ibrahin! Si no la tenian, ¿quien puede culparlos? Tantas alabanzas merecen en este caso por sus delitos, como por las virtudes; porque en este supuesto la pasion de la *gloria* los llevó sin merecimiento al bien, y la del *amor* los arrastró inculpablemente al mal. ¿Y hallais buena esta filosofía? Dios os libre que vuestros criados la sepan, porque, en qualquier desórden que cometan, quedarán exêntos de reprehension y de castigo. La pasion me obligó, os dirán ellos, y no tuve libertad para hacer lo contrario. ¿Qué os parece, Conde?

El Conde.—Quedo, amada hermana, convencido del todo; pero quisiera oir á Miseno.

Miseno.—Ya veis todos que no nos falta la experiencia, á la que vos, Ibrahin, habeis apelado del tribunal de la *Razon.* Yo ahora os cito tambien para la *experiencia general.* Decidme, amigos, despues que pasó la furia de la pasion, (si acaso la obedecemos contra los clamores de la *razon,*) ¿quántas veces sentimos remordimientos de la conciencia y arrepentimiento?

El Conde.—Cierto es que nunca me abandoné á las pasiones contra la luz de la Razon, que despues no me hallase arrepentido; y en esto os digo sinceramente lo que en mi alma pasaba. En la mayor fuerza de la pasion sentia una voz mansa, juiciosa y serena, que me decia: *No lo hagas*; á pesar de esta voz un deseo impetuoso, vivo y turbulento venia con gran fuego, y (no sé como) me atarantaba de suerte que le obedecia. Por entónces

sentia

sentia un gran gusto, y mi alma nadaba en regocijo; pero despues de gustar la dulce fruta, sentia un amargor, un agrio, una hiel intolerable. Volvia entónces aquella voz mansa y serena que yo habia despreciado; y levantando el clamor poco á poco, me comenzaba á reprehender de forma que me atormentaba. Era un aguijon que me clavaba, y me decia siempre á mí mismo: *hiciste mal.* Queria cerrar los oidos; pero dentro del alma sentia siempre esta voz que me estaba condenando. El corazon se mordia y despedazaba, que así debo explicar mi arrepentimiento, mas no habia remedio. Esto es lo que pasaba por mí, y creo que por todos pasa lo mismo.

Ibrahin.—No puedo negar que á mí tambien eso que habeis experimentado me ha sucedido mil veces.

Miseno.— ¡Lo confesais! Pues, decidme ahora: ¿Como puede el hombre reprehenderse y condenarse á sí mismo de lo que hizo sin tener libertad? Podra un hombre de juicio arrepentirse de ser pequeño, ó de ser magro? ¿de que padeció fiebre, ó tuvo sueño? ¿No seria objeto de risa quien tal dixese? Sin duda: Y la razon de esto está clara, porque ninguno se arrepiente, sino de lo que hizo pudiendo no hacerlo; y si á un hombre le fuera imposible resistir las pasiones, no podria sentir mas arrepentimiento de haberlas obedecido, que el que tendria de la fiebre, ó del sueño. Vos sois filósofo, y amigo de discurrir y profundizar bien las cosas; hagámoslo pues ahora. No es lo mismo tener *pena* que tener *remordimiento*, y *arrepentirse.* Tenemos *pena* de lo que nos hicieron contra nuestra voluntad; y tenemos *arrepentimiento* de lo que hicimos por nuestra culpa. Tenemos *pena* de resbalar y caer, tenemos *arrepentimiento* de haber puesto el pie mal sin cuidado, pudiendo

de haberlo puesto en seguro. Id ahora á arrancar primero del corazon de todos los mortales el remordimiento, ó arrepentimiento de haberse entregado á esta, ó aquella pasion, y despues nos persuadireis que no tuvieron libertad.

Ibrahin.—Muchos no se arrepienten de lo que hicieron contra la *Razon.*

Miseno.—Basta que un hombre se arrepienta alguna vez, para estar obligado por el testimonio de su propio corazon á decir que tuvo libertad. Ahora, si la tiene un hombre, todos sin duda gozan de ella, porque todos somos de la misma especie y naturaleza. Así, pues, ó habeis de decir que todo hombre tiene libertad para reprimir las pasiones, ó que ninguno la ha tenido jamas; y por consiguiente que ninguno hasta ahora se ha arrepentido, ni condenado á sí mismo de lo que executó contra la razon.

Ibrahin.—No son para tratarse en amigable conversacion con Señoras los puntos de la alta filosofía: la ignorancia causa novedad, la novedad espanto, y este hace que se escandalizen de las verdades mas sólidas, quando no son estas de las conocidas del vulgo. ¿Queréis que los hombres tengan libertad? Ténganla en hora buena: mas yo os protesto que de buena gana la renunciaria, si ella me habia de poner en la triste alternativa ó de hacerme violencia, si quiero sujetar las pasiones á la *razon*, ó de hacerme culpable, quando me entrego á ellas. Si no tuviese libertad, sin lucha ni tormento, seria llevado mi espíritu á donde la pasion le dominare, y entónces gozaria con placer del objeto que apetece la naturaleza, y pasaria en paz esta vida que Miseno quiere que pasemos en una batalla continuada.

Vos, Miseno, (si he de hablar como dicta la buena

Razon) nos habeis enseñado el sistema de la tristeza, prometiéndonos llevar por el camino de la completa alegría. ¿ Que cosa podria afligirnos mas en toda la vida que esta continua guerra con nuestro corazon, y nuestra alma? ¿ Que violencia no es necesaria ? ¡ Que estudio, que vigilancía ! La naturaleza se cansa, el ánimo se aflige, el alma gime, el corazon desfallece, ¿ y en tan duro combate quereis poner la alegría ? Dexadme ahora explicar con una comparacion que tenemos á la vista. Esa galga que nos acompaña, ¿ que afliccion no experimentaria, si al saltarle la liebre la atasen, para no dexarla correr á su tiempo, quando estuviesen ya cansadas las otras ? Vos, Conde, lo tendréis experímentado mil veces. Apenas descubre la presa, salta, se tira, y quiere arrojarse con todo el cuerpo, y viéndose atada, ladra, llora, grita, y á cada momento arremete, de suerte que me cansa. No sabe que hacer para soltarse: ya se vuelve hácia mí, lamentándose á su modo, ya rabiosa muerde la cadena con que se ve sujeta ; y entretanto que con los ojos encendidos está mirando la presa que se le escapa, se roe interiormente, y se está despedazando. Pues allí teneis la imágen de nuestro corazon, quando se ve reprimido ; y por eso, si el autor del mundo me hubiese consultado, le hubiera pedido que no diese á los hombres esa libertad, que les es orígen de sus crimenes, y de su tormento. Decidme vosotros : ¿ de qué me servirá ser Señor, si mis esclavos han de burlarse de mí, me han de arrastrar, y despues por no haberlos contenido tengo de ser castigado ? Pues lo mismo nos acontece por tener esa libertad, que decis ; por quanto, ademas del trabajo que es preciso, y casi imposible tener para

subyugar las pasiones, habemos de ser castigados, si no lo hicieremos.

El Conde.—Os doy, Ibrahin, los parabienes de haber hablado en esta materia de manera que me teneis enteramente encantado.

Miseno.—Ya veo, Caballeros, que Dios erró, y que á vosotros dió mas juicio del que guardó por sí. Conozco que aquel que estaba reputado por infinitamente sábio y perfecto, sin la menor imperfeccion, halla ahora dos criaturas suyas, que le pueden argüir, y manifestar yerros en su obra: en la obra en que puso mayor estudio y cuidado. Para bien os sea, Señores mios, esta grande superioridad de ingenio. A vosotros, como á oráculos, deberémos de récurrir todos, pues que sois en la inteligencia, y buen discurso superiores á la Divinidad; á la Divinidad misma, que con una sola palabra dió exîstencia á todo este universo.

Mejor haria Dios, (decis vosotros) si no nos diese libertad: y en esto quereis decir que si Dios os hiciese como un palo, ó como una piedra, que no tiene libertad para moverse, le quedariais mas obligados, que habiéndoos hecho unos casi Dioses por semejanza; ¡ Y no es esto un delirio! Llegó á esculpir en vosotros su imágen en la inteligencia, y en la libertad, joyas que en cierto modo sacó de su cabeza, y de su pecho para vuestro adorno, vuestra perfeccion y nobleza; ¡ y decis que mas querriais ser arrastrados á su servicio con una cadena insensible, como esclavos, que conducidos con los avisos y ruegos, como hijos herederos! ¡ que ántes quisierais ser semejantes á los brutos, llevados por ímpetu ciego al fin de sus pasiones,

que

que ser semejantes á Dios, caminando al bien por el movimiento nobilísimo de la libertad, y guiados de la razon! ¡Ah, prueba grande dais, sin duda, de que es justa la balanza de vuestra *inteligencia*, quando la despreciais de manera que la dierais de buena voluntad por la satisfaccion que un perro, ó un caballo encuentran en sus brutales apetitos! Digo esto, porque quien renuncia la *libertad*, debe renunciar por fuerza la *inteligencia*, y conocimiento del bien y del mal; el qual solo sirve á quien tuviere eleccion, y libertad en sus operaciones. Muy obligado os estaria todo el genero humano, si Dios (como habeis dicho) os consultase, y por vuestro consejo nos privase á todos de la luz de la razon, y de la libertad que nos ha concedido.

Mas, quien de la libertad hiciere buen uso, y sojuzgase con fuerza las pasiones, para obedecer á la razon, y en ella á Dios, ¿por qué derecho debe quedar privado de este honor, de este bien, y de la felicidad que le está anexa? ¿Solo porque el Conde de Moravia é Ibrahin ántes quisieron entregarse negligentemente, como animales viles, á la satisfaccion descuidada de sus pasiones, que tener heróico dominio sobre ellas para avasallarlas? ¿No somos nosotros criaturas de Dios como vosotros, para que tambien seamos oidos? ¿Solo vosotros, habeis de serlo? ¿Y pretendeis que todo el género humano debiera renunciar la honra y felicidad que el Omnipotente nos dió, únicamente porque vosotros, y otros de vuestro partido, sois floxos y sois flacos? No, Señores: seamos todos libres, pues á todos quiso Dios conceder esta nobilísima perfeccion; y use cada qual, como quisiere, de su libertad. Viva el floxo como bruto, viva el Héroe como Dios: siga quien quisiere las *pasiones*, como si no tuviese inteligencia;

sigan otros la *razon*, como si no tuviesen pasiones ; y haya diferencia de la virtud al vicio : haya alabanza, y haya reprehension justa ; haya premio para unos, y para los otros castigo.

¡ Que bella sentencia pronunciariais á vista de todo el mundo, si todo el mundo os oyese : *No haya libertad !* Quereis decir, *No haya, ni pueda haber virtud*, porque queremos ser viciosos. *Ninguno pueda reprimir las pasiones*, porque queremos que ellas nos arrastren sin resistencia. *Ninguno tenga luz de razon*, esto es, ninguno tenga ojos para ver los peligros, por no afligirse con su vista, habiendo de caer en ellos. Ninguno tenga alvedrio, esto es, ninguno tenga los pies desembarazados para librarse de los derrumbaderos, porque nosotros gustamos de ser precipitados sin susto, sin afliccion, ni remordimiento. ¡ Que excelente discurso, Conde mio ! Sabemos que Dios queria producir sobre la faz del universo una imágen suya ; mas vos ordenais que lo suspenda, y que por ningun modo se atreva á hacerlo : quereis que se contente con producir un caballo, ú otro qualquier animal, y hombres que se parezcan á ellos, sin mas uso de razon, ni mas libertad que la que en ellos, hallamos. ¡ Ah, Señora ! (dixo volviéndose á la Princesa) preciso es tener los oidos del alma muy duros para no estremecerse de horror, oyendo absurdos semejantes. Dixo, calló, y ninguno se atrevió a hablar.

El hombre feliz, por el Padre de Almeyda.

De el Ambicioso.

No dexan los ambiciosos de amontonar, si pueden, tesoros sobre tesoros. ¿ Pero para que ? Yo no lo sé, ni ellos

ellos mismos tal vez lo saben. Es gracioso á este propósito lo que pasó entre Pyrro, Rey de la Albania, y su discretísimo Consejero, y amigo Cineas. Tratando aquel guerrero Príncipe de invadir á los Romanos, le dixo Cineas: Verdaderamente, Señor, la empresa es dificil; porque las hemos de haber con una gente marcial y poderosa. Mas si fueren tan prósperas nuestras armas, que venazmos á los Romanos, ¿ que fruto sacarémos de esa victoria?—¿ En eso te detienes? respondió el Rey. Nos harémos dueños de toda la Italia.—Y despues, replicó Cineas, ¿ que harémos?—Conquistarémos la Sicilia, que está vecina y es facil su expugnacion.—Gran cosa seria eso, añadió el astuto Cineas; pero ganada Sicilia, ¿ darémos fin á la guerra?—No por cierto: despues de conquistada Sicilia, nos entrarémos en la Africa, y poseerémos á Cartago, con los Reynos adyacentes.—Los Dioses quieran, prosiguió Cineas, concederte tanta dicha. ¿ Y despues en que nos hemos de ocupar?—Volverémos con inmenso poder á nuestra patria, y conquistarémos todo el Imperio de la Grecia. Y conquistada toda la Grecia, ¿ que hemos de hacer?—Llegando ese caso, respondió Pyrro, pasarémos el resto de nuestra vida en dulce y alto ocio, sin pensar en otra cosa que en banquetes, y conversaciones festivas. Aquí Cineas, que ya habia, sin sentirlo él, metido al Rey en la red, riéndose le dixo: ¿ Pues, Señor, quien nos quita gozar desde ahora de toda esa felicidad? ¿ Para lograr banquetes, y todo genéro de regalos, no basta el Reyno que hoy poseeis? ¿ A que fin se han de conquistar provincias, surcar los mares, gastando la salud en las fatigas, y exponiendo la vida en las ondas y en las batallas?.....Este razonamiento viene bien, no solamente á aquel Príncipe ambicioso, mas tambien á otros

hombres

hombres infinitos, que, juntando mas, y mas riquezas á costa de peligros y afanes, ó no saben á que aspiran, ó por un vicioso y errado círculo, aspiran á lo mismo que ya poseen. Discretamente rebató el orgullo de Filipo, Rey de Macedonia, Archidamo III. Rey de Esparta. Habiéndole vencido aquel á este en una batalla, le escribió una carta llena de arrogancia y fiereza. Respondióle Archidamo que se pusiese al Sol, y veria como su sombra no era mayor despues, que antes de la victoria. Es así que se engrandece la fortuna, sin añadir nada al sugeto.

Aquellos á quienes domina la ambicion y la codicia, trastornan la naturaleza de las cosas, colocando el fin en el mismo medio. Quieren tener mas, solo por tener mas; y dominar mas, solo por dominar mas. ¿Pero que sucede á estos? Que siempre son desdichados; porque la hambre, y sed que pádece su genio, siempre está en el mismo estado, ó va cogiendo nuevo aumento. La carga de honores y riquezas en el corazon humano hace lo que las pesas en el relox, que, quanto mayores son, tanto aquella máquina se mueve con mas violenta inquietud. Sucesivamente va desplegando la pasion mayores senos, así como va llenando los primeros vacios. Al principio se contenta su sed con la fuente: despues, hidrópica, busca el rio, y tras de el rio el océano. *Ecce absorbebit fluvium, et non mirabitur.* Alexandro en sus primeros designios no miraba mas que á destruir á Thebas, y conquistar la Tracia, y el Ilyrico: ya que lo logró, se le pone en la cabeza el Imperio de la Asia; y quando túvo este en buen estado, llora afligido, oyendo decir á un filósofo que hay muchos mundos, porque ya no se satisface su ambicion con la conquista de uno Solo.

Los

Los que buscan las riquezas para el uso, y las aprovechan en el deleyte, parece que son de mejor condicion en quanto á la conveniencia temporal. ¿ Como se le puede disputar la felicidad á quien, siendo dueño de grandes tesoros, los hace tributarios de sus apetitos? Así lo juzga el mundo, y el mundo se engaña. Hable en la materia el hombre mas capaz que jamas hubo en el mundo, para dar la sentencia por su experiencia propia. No hubo en la tierra hombre mas rico, ni aun tanto, como Salomon. Ninguno expendió mas prodigamente las riquezas en las delicias, con la circunstancia de que su gran sabiduría, y comprehension de la naturaleza, le advertia de los modos mas oportunos con que podian alhagar, y servir los objetos á los sentidos. El mismo confiesa que lisonjeó sus pasiones, dándoles quanto su voracidad pedia: *Omnia quæ desideraverunt oculi mei non negavi eis: nec prohibui cor meum quin omni voluptate frueretur.* ¿ Y que halló en ese piélago de delicias? No mas que aguas amargas. En todo encontró vanidad, y afliccion de el ánimo: *vidi in omnibus vanitatem, et afflictionem animi:* en tanto grado, que llegó á tener tedio de vivir: *idcirco tæduit me vitæ meæ.*

Esta es la alta, y esclarecida fortuna, y tan alta, que ningun hombre la logró mas sublime. Pregunto ahora si el hombre mas misero del mundo puede ver puesto su corazon en mayor congoja, que quando llega á padecer tedio de su propia vida? . . . . . Asiento que el que goza mas deleytes, es el que goza ménos, y aun se puede decir que ninguno goza. Esto parecerá un enigmá dificil: pero ya saldré de él. Pregunto: ¿ Tienen deleyte el que come sin hambre, y el que bebe

sin

sin sed?—Pues de este módo gozan los objetos delectables aquellos poderosos, que tienen la rienda siempre floxa á todos sus apetitos. Anticipan á los apetitos los objetos. No espera el manjar á la hambre, ni la bebida á la sed, ni aun la torpeza á la concupiscencia. ¿Pues que, usan de aquello mismo que no apetecen?—A los principios, no: en los progresos, y en los fines, sí. El poderoso que se entrega á los deleytes, muy luego empieza á adquirir un hábito de glotonería en todas sus pasiones, por el qual, dentro de poco tiempo, se tira al objeto al primer asomar de el apetito. Aun no espiró de el todo la saciedad antecedente, ni empezó á vivir, sino en embrion, el nuevo deseo, quando se entrega á nueva hartura: y como en aquel punto está muy tibia la concupiscencia, no puede ménos de ser muy remisa la delicia. Este hábito, con la inmensa repeticion de actos, va cobrando cada dia mas, y mas fuerzas, hasta que ya impele á beber el vedado licor, aun quando no hay alguna sed. Y veis aquí, que en llegando á este estado, sin ningun deleyte la salud se estraga, y la vida se abrevia.

Aun no para aquí el mal. Lo peor es que se junta la saciedad con la hambre. Si digo que tanta hambre tiene el poderoso harto, como el pobre hambriento, se creerá que propongo nueva paradoxa, ó por lo ménos nueva enigma. Y con todo diré la verdad. El pobre hambriento tiene hambre de el manjar: el poderoso harto tiene hambre de la misma hambre. El menesteroso, á quien falta lo preciso, apetece el alimento: el guloso, que despues de lleno el vientre, ve cubierta de regalos la mesa, apetece el mismo apetito. Aquel se acongoja porque le falta lo que necesita, este porque no puede gozar lo mismo

que

que tiene. Y poca diferencia hay para el dolor entre estar sediento de agua, y estar hydrópico de sed.

Esta ansia depravada, llama que se levanta sobre las cenizas de otro fuego, último desórden de la concupiscencia, trabajó mucho á aquellos que, logrando lo mas alto de el poder, llegaron á la cumbre de la perversidad. Todo era discurrir irritativos al apetito, condimentos á la torpeza, extravagancias al gusto. Buscando lo exquisito, topaban con lo monstruoso. . . . . Tan extravagantes fueron las abominaciones de algunos Emperadores, que ni el transcurso de tantos siglos, ni la fragancia de tantos santos, apenas ha disipado en Roma la hediondez de varios de sus Príncipes. Pero con toda su solicitud, ¿ que conseguian? Nada, sino aumentar la violencia del hábito, para que se exercitase aun con fastidio. El deleyte entretanto andaba fugitivo, como el agua de Tántalo . . . . Solo se ganaban inquietudes para el espíritu, enfermedades, y dolores para el cuerpo . . . . ¿ Que fué esto sino hallar vanidad y aflicion de el espíritu entre los mayores alhagos de la fortuna? ¿ Por ventura andan tan desazonados, y enfadadizos los mismos pordioseros?

FEIJOÓ.

Ventajas de el Pobre, sobre el Rico.

Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico mas comodidades, y padece ménos incomodidades que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al rebés. Tiene el rico vario, precioso y abundante plato. ¿ Pero saboréase en él mas que el pobre con el comun y tosco? Ni aun tanto; porque en este, la apetencia con que se sienta á

la mesa recompensa con ventajas aquel exceso. ¿ Que les importa á las abejas de la Lithuania, pais rudo y desabrido, no tener tan hermosas y odoríferas flores, como las abejas de otros países, si de esas mismas ingratas flores sacan la mas hermosa y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; ¿ pero duerme mas y mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que este siempre se levanta alegre, y gozoso; y aquel muchas veces se queja de qué pasó la noche con inquietud. ¡ Quantos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el Rey Asuero, por no poder dormir, se divertió con los anales de su Reyno! Defiéndese el rico con tapices, afelpados vestidos, y gruesas paredes de los rigores del frio, pero con todo se queja más de la destemplanza de la estacion dentro de su palacio, que el pastor cubierto de pieles en el monte . . . . Verás á cada paso el poderoso temblando, con vivo resentimiento de el frio, siempre que se ve precisado á dexar la chimenea; y al mismo tiempo anda la gente comun alegre por la calle. Lo mismo sucede en el estío. Está el rico con desconsolada laxîtud, sin atreverse á salir de un quarto baxo, quando el comun de el pueblo con intrépida desenvoltura acude á quanto se le ofrece. Así que se puede decir de sus riquezas, lo que Dionysio de Sicilia dixo de la capa de oro que tenia la estatua de Júpiter, como motivo para despojarle de ella: que mejor era una capa de paño, porque la de oro en invierno no quitaba el frio, y en el verano agoviaba con el peso. Habita el rico en anchuroso y aliñado palacio, y nunca contento piensa en extenderle y mejorarle; pero al pobre ni siquiera le ocurre en todo el año que su habitacion es estrecha. . . . . Viste el rico delicada holanda

landa, y el pobre gruesa estopa: pero dime si hasta ahora viste quejarse algun pobre de que la aspereza de la estopa le ocasione al cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico, y el pobre trabajando, todo el dia: pero no observarás mas triste al pobre en el trabajo, que al rico en el ocio: ántes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando, y chanceando, su tarea. Acabada esta, el descanso no es un ocio insípido, como el de el rico, sino un dulce reposo; y despues con blando, y continuado sueño, recompensa el trabajo diurno. El rico al contrario, como sobre miembros no exercitados, asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama. De modo que, se puede decir, que el pobre trabaja de dia, y el rico de noche. Si se ofrece una jornada, el rico es verdad que la hace á caballo, ó en carroza, y el pobre á pie. Sin embargo, el rico tiene mucho mas que sentir en ella; ya la inclemencia de el tiempo, y la incomodidad de la posada, ya la dulzura de el lecho, ya la falta de regalo. El pobre hecho á todo, nada estraña; y ásí de nada se duele. . . . . Añadase á esto el susto de los ladrones, á quienes el pobre no tiene porque temer; quando al rico, tras de cada tronco que hay en el camino, se le representa un salteador.

Si se quieren pesar los placeres de uno y otro estado, no hay mas que atender á la advertencia de Seneca: "Mira," dice, "á ricos y á pobres por el cristal de el "rostro los senos de el pecho;" *Inspice pauperum et divitum vultus.* Verás á los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bayles, ¡que francamente risueños! que sinceramente gozosos! *Sæpiùs pauper et fideliùs ridet.* Al contrario á los ricos, verás en los mismos festejos no pocas veces fastidiosos. Alo ménos no brilla tan puro el placer en sus semblantes. El Mismo.

Son mayores los Trabajos de los Poderosos que los de los pobres *.

QUANTO mas abulta el cuerpo de un hombre, tanto mas tiene donde le hiera el enemigo; y quanto mas es la amplitud de la fortuna, tanto mas hay donde hiera la adversidad. Son los ricos torres elevadas, y los pobres chozas humildes; y el rayo mas veces descarga en la torre su furia, que en la choza. Uno de los mayores males que hay en lo temporal, si no el mayor de todos, es la salud quebrada; como el mayor bien la salud robusta. Y no tiene duda que, en igualdad de temperamento, mucho mas sano es el pobre, que el rico; porque este con los excesos se estraga la salud, y aquel se la conserva con su sobriedad. ¿Que le valdrán al poderoso, doliente de la gota, (enfermedad que rara vez acomete á los pobres) todos sus tesoros, si no puede con ellos remediar el mal, ni aun conseguirse algun sincero placer? Pues, mientras dura el insulto, padece los dolores; y en pasando, los sustos de nuevos acometimientos. Por todos los ricos pronunció Salomon aquella sentencia: *quid prodest possessori, nisi quod cernat divitias oculis suis?* ¿Que otra utilidad saca el poderoso de sus riquezas, sino poder registrarlas con sus ojos? Pero á un poderoso, habitualmente enfermo, se apropria con mas rigor.

Tiene

* No se habla aquí de la pobreza absoluta, sí de la respectiva. No de el estado de mendicidad, en que falta lo preciso, sí de la estrecha moderacion que ministra á la naturaleza solo lo necesario, y eso á costa de las fatigas de el cuerpo.

Tiene el poderoso mas cuidados, y por consiguiente mas molestias. Tiene mas envidiosos, y por consiguiente mas enemigos. Quiere engrandecer mas su fortuna, y cada estorbo que encuentra es un escollo donde se lastima. De el que está debaxo pretende mas adoraciones; y uno solo, que, como Mardochéo á Aman, rehuse doblarle la rodilla, basta á turbarle el reposo. Con el que está arriba solicita igualdades; y quando ve que el que consideraba inferior, ó igual, se le pone delante, apenas hay consuelo. .... En fin los temores que contienen el martyrio mas duradero de la vida, porque con ellos se padecen los males futuros, y aun los posibles, tienen su propio nido en el corazon de el poderoso. El que tiene males, siempre se duele; el que tiene bienes, siempre teme. ¿Y que mayor dolor que un temor continuo? Tantos riesgos amenazan al poderoso, quantos son los casos posibles de enriquecerse otros, despojandole, ó matándole á él: y siendo estos muchos, en su imaginacion aun son mas. Así, que las riquezas con trabajo se adquieren, y con trabajo se conservan. .....El Siglo de oro, dice Ovidio, pasó sin oro, y por eso mismo fué de oro, esto es, feliz, y bienaventurado. El siglo de Hierro tiene oro, y por eso es de hierro, esto, es, duro, y trabajoso.

Que bella digresion hace Lucano en el libro quinto de la guerra civil, sobre la felicidad de el pobre Barquero Amintas, quando pinta á Cesar en el silencio de la noche pulsando la puerta de su choza, paraque le conduzca prontamente á la Calábria. Todo el mundo está conmovido, y temblando con lós movimientos de la guerra civil; y dentro de la misma Grecia, que es el teatro de la guerra,

guerra, vecino á los mismos exercitos, duerme, sin temor alguno, un pobre barquero sobre enjutas ovas. Despiértanle los golpes que da á su puerta el generoso Candillo, sin introducir en su pecho el menor susto: pues, aunque no ignora que está toda la campaña cubierta de tropas, sabe tambien que no hay en su choza cosa que pueda brindar los militares insultos. ¡ O vida de el pobre, exclama el poeta, que tienes la felicidad de estar exênta de las violencias ! ¡ O pobreza, beneficio grande de los Dioses, aunque no reconocida de los hombres ! ¡ Que muros, ó que templos gozarán el privilegio que tienen Amiclas y su choza de no temblar á los golpes de la robusta mano de Cesar !

No : No hay que admirar. Los templos y los muros son los que tiemblan, no las chozas. En los templos y en los muros se guardan las riquezas, y donde estan las riquezas no pueden faltar los sustos. Si cotejamos la fortuna de Amiclas con la de Cesar, y Pompeyo, que florecian en el mismo tiempo; ¡ que brillante la de estos ! ¡ Que obscura la de aquel ! Pero si se mira bien ; ¡ quanto mejor es la de Amiclas ! Esos dos Héroes ambiciosos, cuyo elevado resplandor hace que el orbe los tenga por dos Soles, no son en la verdad que dos parelias *, ó soles aparentes, falsos reflexos, estampados en la inconstancia de volantes nubes. ¡ Que lejos de ser felices, quando cada uno está gravísimamente atormentado con los zelos de la potencia de el otro !

---

* Especie de metéoro. Son unos soles aparentes y espurios, que se manifiestan cerca del sol verdadero, por la reflexion de su luz en la nube, y siguen su movimiento.

Con-

Contienden sobre el Imperio, arriesgando sobre la competencia la vida; y la libertad. ¡Que temores en cada uno de que el otro venza! ¿A que mísero desvalido puso hasta ahora la fortuna en tanto aprieto, que se resolviese, como Cesar, para mejorarla, á arrojarse á un mar tempestuoso de noche? Amiclas entretanto no tiene otros cuidados, que desplegar al mar, y tender al sol sus redes. Fluctúan los otros en los campos, y él está seguro en las ondas. Coge en el mar peces, quando los otros en la tierra pescan borrascas. A costa de poco trabajo le ministran las aguas quanto ha menester para sustentar la vida; quando así á Cesar, como á Pompeyo, sus grandes fatigas no les sirven sino de acelerarle violenta muerte. No le turba el sueño tanto estrépito marcial, quando cada uno de los dos caudillos tienen un despertador continuo dentro de su propio corazon. A nadie teme, porque nadie codicia su fortuna; y si alguno es tan cuerdo que la codicie, puede gozar de la misma, sin despojar á Amiclas. Cesar y Pompeyo por ahora se temen mutuamente; despues el vencido temerá á todo el mundo, y el vencedor deberá temer á quantos le pudieren envidiar.

El Mismo.

Contemplacion de la Fabrica del Universo.

Para ver en este espejo la grandeza, la sabiduría, y aun la hermosura del Criador, no es menester mirarle como le mira el contemplativo en los raptos de la oracion; y mucho ménos como lo registra el filósofo, exâminando sus maravillas en su estudioso retiro. Basta verle, como le ve el mas sencillo y rustico aldeano, ó la mas ignorante

pastorcilla en qualquiera tiempo ; pero con mucha especialidad en una noche serena, clara y limpia de la primavera, ó del estío. Este es un objeto que me llena el corazon de un sauvísimo deleyte.

¡ Que espectaculo tan ilustre, tan magnifico, tan hermoso ! ¡ Quanta copia de luces, y que brillantes en ese espacioso campo del firmamento ! Y el mismo campo ; ¡ que agradable por aquel hechicero color azúl ; verdaderamente celeste, de que todo él está vestido ! ¿ Que comparacion tienen con aquella tela, y con aquellos brillantes sobrepuestos, las galas con que se adornan las mayores princesas de la tierra, no siendo la vestidura, que las cubre, mas que un aspero texido, y sus ponderados diamantes, chinas robadas á una peña ? Allí miro la luna, y parece que está en el goce de toda su plenitud. ¡ Que rueda tan vistosa ! Que candor tan amable ! Que resplandor tan benigno ! Con que magestad tan agradable se pasea por aquel circulo asignado á su movimiento ! Acia aquella parte se me presenta una prolongada faxa, como de color de leche. Esta debe de ser la que llaman *via lactea* los Astrónomos. Tambien imita, aunque debilmente, la luz de los astros, y acaso no es otra cosa, que una coleccion de astros menores, ó estrellas, que se representan mas pequeñas, por ser mayor la distancia. Así lo conjeturo, porque tambien en la multitud de esotras, que sin disimular que son estrellas, estan derramadas por tan dilatados espacios, observo bastante desigualdad, así en la magnitud, como en la brillantez. Pero esa misma diminucion de luz en algunas partes aumenta con su hermosa variedad el lucimiento de el todo. ¡ Valgame Dios ! ¡ Que grande será el que fabricó un Cielo tan grande !

¡ Que

¡Que hermoso será el que hizo tantos luminares tan hermosos!

Dime ahora tú, tú enamorado habitador de la Corte, que á todo forastero fastuosamente ponderas, como el mas ostentoso objeto de los ojos, y el mas hechicero atractivo de las almas, quando logra la pompa de iluminarse tu freqüentada plaza; dime, repito, ¿que comparacion tiene esa iluminacion con estotra, que yo te recuerdo? ¿Que proporcion hay de esas miseras perecederas luces, que en el breve espacio de dos horas se encienden, y se apagan, á estotras inextinguibles antorchas, que seis mil años ha estan alumbrando, y alumbrarán quanto dure el mundo? Si quieres créerme, pues, sal al campo, y levanta los ojos al Cielo, para cotejar lo que dexas, con lo que logras. Esa, que ves, es la casa del Señor, el palacio de la Deidad, templo de el Santo de los Santos, y habitacion eterna de los Justos. Mira la augusta espaciosa boveda de ese templo, con las inumerables lucidísimas lamparas, que la adornan, sostenidas como milagrosamente por la misma invisible mano, que las colocó en ese sitio . . . .

FEIJOÓ.

De la Incredulidad.

EL temor de la justicia divina es el principio que hizo nacer en la imaginacion de varios libertinos los horribles ideas filosóficas, ya de negar á Dios la existencia, ya de despojar de su inmortalidad al alma. Toda la desdicha de estos miserables viene de que, lejos de contemplar al Omnipotente como un padre cariñoso, solo se figuran en él un juez severo; y para sacudir de sí el temor, que esta calidad les inspira, forcejan á persuadirse, ó con la primera de

estas dos quimeras, que no hay Dios que los castigue; ó con la segunda, que solo pueden temer de él un castigo leve, y de corta duracion, como lo es qualquiera pena temporal. ¿Pero que logran con esto? Puntualmente lo que el reo, que huyendo de la justicia, se arroja por un despeñadero, y por evitar un suplicio contingente, abraza una muerte indubitable. Por el precipicio mayor de todos, que es el de la impiedad, procuran huir de la justicia divina. Y aun los que niegan á Dios la exîstencia, no tanto aspiran á huir de la justicia divina, como que la justicia divina huya de ellos, pretendiendo que el soberano juez se desaparezca de aquel augusto trono, en que los ha de sentenciar.

Pero de uno, y otro hay en los incredulos, de quienes hablo. Unos quieren ahuyentar á Dios, y otros quieren huir de Dios. Piensan ahuyentar á Dios los que le niegan la exîstencia, porque esto es arrójarle de todo el ambito del mundo. Piensan huir de Dios los que hacen mortal el alma, porque de este modo la substraen del castigo de la pena eterna. Aquellos quieren aniquilar á Dios, y estos aniquilar el alma racional, de modo que perezca al mismo tiempo, que el cuerpo se disuelve. Uno y otro es impiedad, pero mucho mas horrible, y de fealdad mas palpable la primera. Así es sumamente verisimil que de aquellos no hay, ni ha habido jamas, sino uno, ú otro rarísimo en el mundo, porque toda la naturaleza publica, con un grito tan alto, la exîstencia de su hacedor, que parece imposible sordera intelectual alguna, que le resista. Por lo qual el grueso de los libertinos, viendo esa causa tan desesperada, se ha acumulado ácia el segundo partido, que librándolos de la esperanza y miedo de otra vida, que

la

la que al presente gozan, les dexa toda la licencia, que desean, para soltar la rienda á sus desordenadas pasiones.

En esta fuga de Dios, á que aspiran los libertinos, tanta parte tiene su inadvertencia, como su malicia. Si el temor de la Divina Justicia los mueve á la fuga, convengo en que huyan de esa justicia, que los aterra. ¿ Que delinqüente no lo procura ? Huyan, digo, de la Divina Justicia, pero no de Dios.—¿ Mas como puede ser lo uno sin lo otro ? Huir de la justicia, es huir del juez. ¿ Ni como se ha de huir de este juez ? Acá entre los hombres, como ninguno tiene mas que una juridiccion limitada, huye el reo del juez, pasando de un lugar á otro, de una Provincia á otra, de un Reyno á otro. ¿ Pero de Dios adonde se ha de huir, si Dios está en todas partes, y en todas es soberano.—¡ O ! que no es eso lo que digo. Convengo en que se huya de la Divina Justicia, mas no de Dios.—¿ Pero adonde se ha de huir de la Divina Justicia ? —Adonde ? A la Divina Misericordia. Y si es esto en alguna manera huir de Dios, es huir de Dios al mismo Dios ; esto es, de Dios Juez, á Dios Padre ; de Dios terrible, á Dios amable, de Dios enojado, á Dios compasivo.

El Mismo.

EL TESORO ESPAÑOL

Ó

BIBLIOTECA PORTÁTIL ESPAÑOLA.

PROSA.

LIBRO SEGUNDO.

ELOQUENCIA, HISTORIA, NOVELAS, DIALOGOS.

Declama Critilo contra la Vida.

NAUFRAGÓ *critilo, luchando con las olas, contrastando los vientos y mas los desaires de su fortuna, mal sostenido de una tabla, solicitaba puerto, y así exclamaba entre los fatales confines de la vida y de la muerte:*

¡O vida, no habias de comenzar! pero ya que comenzaste, no habias de acabar. No hay cosa mas deseada, ni mas fragil, que tu eres; y el que una vez te pierde, tarde te recupera; desde hoy te estimaría como perdida. Madrastra se mostró la Naturaleza con el hombre; pues lo que le quitó de conocimiento al nacer, le restituye al morir: allí porque no se perciban los bienes que se reciben, y aquí porque

porque se sientan los males que se conjuran. ¡ O tirano mil veces de todo el ser humano aquel primero, que, con escandolosa temeridad, fió su vida en un fragil leño al inconstante elemento. Vestido dicen que tuvo el pecho de aceros, mas yo digo que revestido de hierros. En vano la superior atencion separó las naciones con los montes, y los mares, si la audacia de los hombres halló puentes para trasegar su malicia. Todo quanto inventó la industria humana ha sido perniciosamente fatal y en daño de sí misma: la polvora es un horrible estrago de las vidas, instrumento de su mayor ruina: y una nave no es otro que un ataud anticipidado. Paréciale á la muerte teatro angosto de sus tragedias la tierra, y buscó modo como triunfar en los mares, para que en todos elementos se muriese. Que otra grada le queda á un desdichado para perecer, despues que pisa la tabla de un baxel, cadalso merecido de su atrevimiento? Con razon censuraba el Caton, aun de sí mismo, entre las tres necedades de su vida, el haberse embarcado, por la mayor. ¡ O suerte! O Cielo! O fortuna! Aun créeria que soy algo, pues así me persigues, y quando comienzas no paras, hasta que apuras. Válgame en esta ocasion el valer nada, para repentir de eterno.

Don Lorenzo Gracian, en su Criticon.

Sobre la Conversacion.

Es el hablar efecto grande de la racionalidad: que quien no discurre, no conversa. Habla, decia un filósofo, para que conozca: comunicase el alma noblemente, produciendo conceptuosas imágenes de sí en la mente de el que oye, que es propiamente el conversar. No estan presentes los que no se tratan, ni ausentes los que por escrito se comunican. Vivan los sabios varones ya pasados,

sados, y nos hablan cada dia en sus eternos escritos, iluminando perennemente los venideros: participa el hablar de lo necesario y de lo gustoso, que siempre atendió la sabia naturaleza á hermanar ambas cosas en todas las funciones de la vida; consiguense con la conversacion á lo gustoso y á lo presto las importantes noticias; y es el hablar atajo único para el saber: hablando los sabios engendran otros, y por la conversacion se conduce dulcemente al ánimo la sabiduría. De aquí es que las personas no pueden estar sin algun idioma comun para la necesidad, y para el gusto: que aun dos niños arrojados de industria en una isla, se inventaron lenguage para communicarse, y entenderse: de suerte que es la noble conversacion hija del discurso, madre del saber, desahogo del alma, commercio de los corazones, vinculo de la amistad, pasto del contento y ocupacion de personas.

El Mismo.

Sobre la Luz de la Razon.

Andrenio á Critilo.—Yo no sé quien soy, ni quien me ha dado el ser, ni para que me le dió. ¡Que de veces y sin voces me lo pregunté á mí mismo, tan necio, como curioso! La vez primera que me reconocí, y pude hacer concepto de mí mismo, me hallé encerrado dentro de las entrañas de aquel monte que entre los demas se descuella. Allí me ministró el primer sustento una de aquellas que tú llamas fieras, y yo llamaba madre, creyendo siempre ser ella la que me habia parido, y dado el ser que tengo.....

Pero

---

* Andrenio nació en un desierto, y jamas habia visto á ninguu hombre, antes que allí naufragase Critilo.

Pero llegando á cierto termino de crecer, y de vivir, me salteó de repente un tan extraordinario impetu de conocimiento, un tan grande golpe de luz y de advertencia, que, revolviendo sobre mí, comenze á reconocerme, haciendo una y otra reflexîon sobre mi propio ser. ¿Que es esto, decia; ¿soy, ó no soy? pero pues vivo, pues conozco, y advierto, ser tengo. Mas si soy, ¿quien soy? ¿Quien me ha dado este ser, y para que me lo ha dado? ¿Para estar aquí metido? grande infelicidad seria. ¿Soy bruto como estos? Pero no, que observo entre ellos y entre mí palpables diferencias: ellos estan vestidos de pieles, yo desabrigado, ménos favorecido de quien nos dió el ser: tambien experimento en mí todo el cuerpo muy de otra suerte proporcionado que en ellos; yo rio, y yo lloro, quando ellos, ahullan; yo camino derecho, levantando el rostro hácia lo alto, quando ellos se mueven torcidos, y inclinados hácia el suelo. Todas estas son bien conocidas diferencias, y todas los observaba mi curiosidad.

El Mismo.

El Sol, Espejo divino.

Andrenio.—Pero ya los alegres mensageros de ese gran Monorca de la luz, que tú llamas Sol, coronado augustamente de resplendores, ceñido de la guarda de sus rayos, solicitaban mis ojos á rendirle veneraciones de atencion y de admiracion; comenzo á ostentarse por ese gran trono de cristalinas espumas, y con una soberana callada Magestad se fué señoreando de todo el Emisferio, llenando todas las demas criaturas de su esclarecida presencia. Aquí quedé absorto, y totalmente enagenado de mí mismo, puesto en él, emulo del Aguila mas atenta. Crecía mi admiracion al paso que mi atencion desmayaba, porque al

que

que desée distante, ya le temia cercano; y aun observé que á ningun otro prodigio se rindió la vista, sino á este, confesándole inaccesible, y con razon solo.

Critilo.—Es el Sol la criatura que mas ostentosamente retrata la magestuosa Grandeza del Criador. Llamase sol, porque en su presencia todas las demas lumbreras se retiran, él solo campea. Está en medio de los celestes orbes como en su centro, corazon del lucimiento, y manantial perenne de la luz; es indefectible, siempre el mismo, único en la belleza; él hace que se vean todas las cosas y no permite ser visto; celando su decoro, y recatando su decencia, influye, y concurre con las demas causas á dar el ser á todas las cosas, hasta al hombre mismo. Es afectadamente comunicativo de su luz y de su alegria, esparciéndose por todas partes, y penetrando hasta las mismas entrañas de la tierra; todo lo baña, alegra, ilustra, fecunda é influye. Es igual, pues nace para todos, á nadie ha menester de sí abaxo, y todos le reconocen dependencias. El es al fin criador de ostencacion, el mas luciente espejo, en quien las divinas grandezas se representan. . . . .

Andrenio.—Mas, ay! que, al uso de acá baxo, la Grandeza de mi contento se convirtió presto en un exceso de pesar; al ver, digo, al no verle, trócose la alegría del nacer, en el horror del morir; el trono de la mañana, en el túmulo de la noche. Sepúltose el Sol en las aguas, y quedé yo anegado en otro mar de mi llanto. Creí no verle mas, con que quedé muriendo: pero volví luego á resucitar entre nuevas admiraciones . . . . . .

. . . . . .

El Mismo.

La Luna, Simbolo del Hombre.

Andrenio á Critilo.—Confiésote que ocupó luego toda mi curiosidad aquella hermosa Reyna de las Estrellas, presidente de la noche, Substituta del Sol, y no ménos admirable, esa que tú llamas Luna: causóme, si no ménos gozo, mucha mas admiracion, con sus uniformes variedades, ya creciente, ya menguante, y poco rato llena. Es segunda presidente del tiempo, (dixo Critilo) tiene á medias el mando con el Sol; si él hace el dia, ella la noche; si el Sol cumple los años, ella los meses; calienta el Sol y seca de dia la tierra, la Luna de noche la refresca y humedece; el Sol gobierna los campos, la Luna rige los mares; de suerte que son las dos balanzas del tiempo. Pero lo mas digno de notarse es que, así como el Sol es claro espejo de Dios, y de sus divinos atributos, la luna lo es del hombre, y de sus humanas imperfecciones: ya nace, ya crece, ya mengua, ya muere; ya esta en su lleno, ya en su nada, nunca permaneciendo en un estado: no tiene luz de sí, participala del Sol, eclipsala la tierra, quando sele interpone: muestra mas sus manchas, quando está mas lucida: es la infima de los planetas en el puesto y en el ser, puede mas en la tierra que en el Cielo: de modo que es mudable, defectuosa, manchada, inferior, pobre, triste, y todo sele origina de la vecindad con la tierra.

El Mismo.

Subordinacion de Criaturas.

Este tan admirable concierto con que se mueve y se gobierna tanta y tan varia multitud de criaturas, sin em-

barazarse unas á otras, ántes bien dándose lugar, y ayudándose todas entre sí, es otro prodigioso efecto de la infinita sabiduría del Criador, con la qual dispuso todas las cosas en peso, con numero y medida; porque si bien se nota, qualquier cosa criada tiene su centro en órden al lugar, su duracion en el tiempo, y su fin especial en el óbrar y en el ser. Por eso verás * que estan subordinadas unas á otras, conforme al grado de su perfeccion: de los elementos, que son los infimos en la naturaleza, se componen los mixtos, y entre estos los inferiores sirven á los superiores. Esas yerbas y esas plantas que estan en el mas baxo grado de la vida, que solo gozan la vegetativa, moviéndose y creciendo hasta un punto fixo de su perfeccion en el durar y crecer sin poder pasar de allí, estas sirven de alimento á los sensibles vivientes, que estan en el segundo órden de la vida, gozando de la sensible sobre la vegetante, y son los animales de la tierra, los peces del mar, y las aves del ayre: ellos pacen la yerba, pueblan los arboles, comen sus frutos, anidan en sus ramas, se defienden entre sus troncos, se cubren con sus hojas, y se amparan con su toldo; pero unos y otros, arboles y animales se reducen á servir á otro tercer grado de vivientes mucho mas perfectos y superiores, que, sobre el crecer, y el sentir, añaden el raciocinar, el discurrir y entender; y este es el Hombre que finalmente se ordena, y se dirige para Dios, conociéndole, amándole y sirviéndole. De esta suerte con tan maravillosa disposicion y concierto esta todo ordenado, ayudándose las unas criaturas á las otras para su aumento y conservacion. El agua necesita de la tierra que al

* Critilo habla á Andrenio.

la sustente; la tierra del agua que la fecunde; el ayre se aumenta del agua; y del ayre se ceba y alienta el fuego. Todo está así ponderado y compasado para la union de las partes y ellas en órden á la conservacion de todo el universo . . . . . .

El Mismo.

Composicion de Oposiciones.

Andrenio.—Aquí sobre esta roca, á mis solas y á mi ignorancia, me estaba contemplando esta armonía tan plausible de todo el universo, compuesta de una tan estraña contrariedad que, segun es grande, no parece habia de poder mantenerse en el mundo un solo dia; esto me tenia suspenso: ¿porque á quien no pasma ver un concierto tan estraño compuesto de oposiciones? Pues así es (respondió critilo) que todo este universo se compone de contrarios, y se concierta de desconciertos: No hay cosa que no tenga su contrario con quien pelee, ya con victoria, ya con rendimiento: todo es hacer, y padecer; si hay accion, hay repasion. Los elementos, que llevan la vanguardia, comienzan á batallar entre sí: siguenlos los mixtos, destruyéndose alternativamente: los males asechan á los bienes, y aun la desdicha á la suerte. Unos tiempos son contrarios á otros, los mismos astros guerrean y se vencen, y aunque entre sí no se dañan á fuerza de príncipes, viene á parar su contienda en daño de los sublunares vasallos. De lo natural pasa la oposicion á lo moral: porque, ¿que hombre hay que no tenga su emulo? Donde irá uno que no guerrée? En la edad, se oponen los viejos á los mozos; en la complexion, los flemáticos á los coléricos; en el estado, los

ricos á los pobres; en la region, los Españoles á los Franceses; y así en todas las demas calidades los unos son contra los otros. Pero, que mucho, si dentro del mismo hombre, de las puertas á dentro de su terrena casa, está mas encendida esta discordia? ¿Que dices? un hombre contra sí mismo? Sí, que por lo que tiene de mundo, aunque pequeño, todo él se compone de contrarios: los humores comienzan la pelea: segun sus parciales elementos resiste el humido radical al calor nativo, que á la sorda le va limando, y á la larga consumiendo. La parte inferior está siempre de ceño con la superior, y á la razon se le atreve el apetito, y tal vez la atropella: el mismo inmortal espíritu no está libre de esta tan general discordia; pues, combaten entre sí, y en él muy vivas las pasiones: el temor las ha contra el valor; la tristeza contra la alegría; ya apetece, ya aborrece; la irascible se baraja con la concupiscible, ya vencen los vicios, ya triunfan las virtudes, todo es arma, y todo guerra: de suerte que la vida del hombre no es otro que una malicia sobre la haz de la tierra. Mas, ó maravillosa, infinitamente sabia providencia de aquel gran moderador de todo lo criado que, con tan continua y varia contrariedad de todas las criaturas entre sí, templa, mantiene y conserva toda esta gran maquina del mundo! Trazó las cosas de tal modo el Supremo Artífice, que ninguna se acabase, que no comenzase luego otra; de suerte que de las ruinas de la primera se levanta la segunda. En una palabra, el mismo fin es principio; la destruccion de una criatura es generacion de la otra; quando parece que se acaba todo, entónces comienza de nuevo, la naturaleza se renueva, el mundo se remoza, la tierra se establece, y el divino gobierno es admirado y adorado.

El Mismo.

Alternacion

Alternacion de los Tiempos.

Aquí tambien que se declaró admirable la divina asistencia en disponer no solo los puestos y los centros de las cosas, sino tambien los tiempos: sirve el dia para el trabajo, y para el descanso la noche. En el invierno arráyan las plantas, en la primavera florecen; en el estio fructifican, en el otoño se sazonan y se logran. Y quanto no favorece la variedad de las lunas á la abundancia de los frutos, y á la salud de los vivientes! unas son frias, otras abrasadas; estas humedas, aquellas ayrosas y serenas, segun los doce meses; las aguas limpian y fecundan, los vientos purifican y vivifican la tierra estable donde se sustentan los cuerpos, hacen el ayre flexîble para que se muevan, y diafano para que puedan verse. De suerte que sola una Omnipotencia divina, una eterna Providencia, una inmensa bondad pudieran haber dispuesto una tan gran maquina nunca bastantemente admirada, alabada y aplaudida. ¡Tanta multitud de criaturas, con tanta diferencia! tanta hermosura con tanta utilidad! tanto concierto con tanta contrariedad! tanta mudanza con tanta permanencia! un criador de todo tan manifiesto en sus criaturas, y tan escondido; conocido, y no visto! oculto, y manifiesto! tan lexos, y tan cerca!... O portentos para siempre dignos de aclamarse!

El Mismo.

Unico Bien.

Componen al hombre todas las demas criaturas, tributándole perfecciones, pero de prestado; van á porfia amon-

amontonando bienes sobre él, mas todos al quitar. El Cielo le da el alma, la tierra el cuerpo, el fuego el calor, el agua los humores, el ayre la respiracion, las estrellas ojos, el sol cara, la fortuna haberes, la fama honores, el tiempo edades, el mundo casa, los amigos compañía, los padres la naturaleza, y los maestros la sabiduría. Mas viendo un hombre que todos eran bienes muebles, no raices, prestados todos, y al quitar, dicen que preguntó: ¿pues que será mio? Si todo es de prestado, que me quedará? y respondieronle que la virtud: esa es bien propio del hombre, nadie se la puede repetir. Todo es nada sin ella, y ella lo es todo; los demas bienes son de burlas, ella sola es de veras: es alma del alma, vida de la vida, realce de todas las prendas, corona de las perfecciones, y perfeccion de todo el ser: centro es de la felicidad, trono de la honra, gozo de la vida, satisfaccion de la conciencia, respiracion del alma, banquete de las potencias, fuente del contento, manantial de la alegría: es rara, porque dificultosa, y donde quiera que se halla, es hermosa, y por eso tan estimada. Todos querrian parecer tenerla, pocos de verdad la procuran: hasta los vicios se cubren con su buena capa, y mienten sus apariencias; los mas malos querrian ser tenidos por buenos. Todos la querrian en los otros, mas no en sí mismos; pretende este que aquel le guarde fidelidad en el trato, que no le murmure, ni le mienta, ni le engañe, trate siempre verdad, que en nada le ofenda, ni agravie, y él obra todo lo contrario. Con ser tan hermosa, noble y apacible, todo el mundo se ha mancomunado contra ella, y es de modo que la verdadera virtud ya no se vé, ni parece, sino la que le parece: quando pensamos está en alguna parte, topamos con sola su sombra, que es la hipocresía: de suerte que un bueno,

bueno, un justo, un virtuoso florece como la Fenis, que por única se lleva la palma.

El Mismo.

*Descripcion ayrosa y jocosa del Rio Niester * que hace la Princesa Sofía † al Conde de Moravia ‡, su Hermano, para distraerle de la Pesada Melancolía, que le Aflige.*

No ves este rio, que allá en Polonia algun dia le conocimos tan pobre y humilde, que se paraba cortés á qualquiera piedrecilla, que encontraba, ó torcia, por su respeto, el camino hácia otro lado? Mira pues que diferente va ahora, viendóse caudaloso en raudales, y aumentando en fuerzas. Su soberbia no puede sufrir que aquel viejo y carcomidó peñasco le esté siempre disputando el paso; y quiere, sea como fuere, quitar de allí aquel estorvo. ¿No ves cómo espumea enfurecido, cómo murmura y se queja, y cómo se despedaza todo, pegando contra el peñon? .... ¿No vés el obstinado empeño de las ondas en esa loca y temeraria empresa? Unas le quieren minar por abaxo, otras intentan tomarle por asalto; y unas y otras envisten y trepan subiendo animosamente á escalarlo. ¡Ah, pobres! ¡Y qué caro os ha de costar la osadía! Allí suben, y allá caen en el rio precipitadas, porque desfallecieron en

* El *Niester* queda al Norte del mar negro, viene de Polonia, y desagua en el *Ponto Euxino*.

† Sofía Emperatriz, viuda de Nicolao Canabo, que fué Emperador de Constantinopla solamente algunas horas.

‡ El Conde de Moravia era Cuñado de Andres II, Rey de Hungria, padre que fué de Santa Isabel, llamada Reyna de Hungria.

medio de la subida. ¡ Qué gemidos están dando por haber caido ! ¡ como gritan y atruenan todo el valle ! ¡ Inútiles lamentos ! Mas no: no son tan inútiles como parece ; porque sirven para llamar á las compañeras, que ya las estoy viendo venir de allá muy lejos, acudiendo apresuradas á despicarse de la flaqueza de las primeras. Si yo tuviese la libertad de los poetas, diria aquí que las timidas *Nereidas* * de este rio, aturdidas con la bulla y alaridos de sus aguas amotinadas, huyen á refugiarse en las concavidades de las péñas ; y que los ecos parleros, corriendo por valles y montes, no hacen sino repetir á quien quisiere escucharlos sus femeniles lamentos.

El hombre feliz, por el P. D. Teodoro de Almeyda.

Descripcion del Amor.

Al principio no hay bebida mas suave que el amor ; es un delicioso nectar, como el de los Dioses, que embriaga, y enagena ; mas despues que un miserable traga todo el veneno, es tal su amargura, inquietud y ansia interior, que por fuerza estalla y revienta. Luego que el amor nace, es como un gusanillo quieto y manso que se cria en el corazon, el que revolviéndose dentro de él lentamente, le causa un gusto muy fino y delicado ; pero despues que á costa del mismo corazon crece y toma fuerzas, es una víbora que nos roe las entrañas, y se convierte en horrible dragon que interiormente nós despedaza. Y si por desdicha esta maldita

---

* Ninfas fabulosas de quienes Fingió la Antingüedad que presidian en el mar : se pintan medio peces.

maldita fiera toca en cierta fibra del corazon, de tal modo se perturba el cerebro, y el entendimiento se obscurece de tal forma, que el hombre queda loco y frenético. Quiera uno, ó no quiera, por fuerza ha de ir por donde le arrastra el amor. Ha de despojarse de todo, como hacen los dementes, solo por conseguir lo que pretende; y entónces, ya se ve, que á Dios salud, á Dios hacienda, á Dios honra: en este triste estado, intereses, ocupaciones y estudios, todo vuela, todo desaparece. . . . . Mas si al cabo de todo esto consiguiese un hombre estar alegre, y alegre á satisfaccion de su alma, ménos malo era; pero os aseguro que el corazon se halla entónces penando dentro de un vivo infierno. La desconfianza, la envidia, el temor, la inconstancia, los zelos. . . . . ¡Ah, que esto es preciso experimentarlo para poderlo conocer! De donde entran los *Zelos*, huyen, pero muy lejos, la alegría y el contento. El que una vez fué picado de este escorpion está perdido del todo. El semblante se le muda, los ojos se le le enfurecen, la sangre le hierve, el sueño huye, el juicio enloquece, la vista se turba, los sentidos se confunden; todo se gusta, todo se ve, y todo se óye al revés. Si teneis zelos, la mayor inocencia es para vos delito, la fidelidad traicion, el candor disfraz, y la prudencia no es sino fingimiento: si teneis zelos, sereis un verdugo de vos mismo; y (lo que es mas) un tirano de ese mismo objeto caro, que mas tiernamente amais. Vos mismo, á fuerza de quererlo, le hareis exhalar en vuestros brazos la vida, y le hareis ir muriendo á fuego lento. . . . . En toda mi vida encontré ni un solo amante que estuviese perfectamente satisfecho; ninguno ví, que tarde ó temprano no anduviese pensativo, inquieto

y cuidadoso. Todos son unos *tántalos** sedientos del mismo bien que poséen, gozando sin gozar con satisfaccion de lo mismo que verdaderamente tienen. Doy gracias á mi fortuna de estar por ahora libre de semejante locura.

El Mismo.

Solo en el Campo se encuentra la Alegría y en la Corte las Penas.

En quanto á mí, dice la Princesa Sofía, creo que solo en el campo se podrá encontrar *la verdadera alegría*. Despues que en Constantinopla fuí el ludibrio de la fortuna y de los hados, vivo en esta quinta; y aunque al principio extrañé mucho la mudanza, ahora, conociendo las ventajas de esta vida, (del campo) estoy casi tentada á creer que en ella consiste la felicidad completa. Por lo ménos aquí soy Señora de mí misma; quando en las Cortes era esclava de otros. ¡Cosa increible! Allá me daban el titulo de Señora, y yo ni de mi tiempo lo era, ni de mi semblante, ni de mi juicio, ni aun de mis mas escondidos afectos. ¡Quántas veces comprimia mi corazon dentro del pecho, sin consentir que diese ni un gemido que pudiera oirse! En la Corte tendréis atravesada vuestra alma con una cruel lanza, y habréis de contener la sangre, sin curar la herida; porque allí no es lícito que lleguen las lágrimas á los ojos, que eso es flaqueza. Una alegría prestada os ha de servir de triste remedio; remedio que mas reconcentra el mal, que le cura. Vuestro juicio no ha de ser libre para dar su voto; habeis de traer preparados un *sí*, y un

---

* *Tantalo* un sediento en medio de las aguas.

y un *no* para seryiros indiferentemente de ellos, segun viereis que lo desean. Para eso será preciso poner en qüestion de tormento á vuestro entendimiento, á vuestra conciencia, y á vuestro honor: es fuerza reventar; pero paciencia; ¿de otra manera que dirán de vos? ¡Ah, dulce retiro del campo, gustosa libertad del corazon, agradable desembarazo del entendimiento! Aquí, sí que goza el alma de una paz suma, y los sentidos del mas puro y mas inocente remedio.

El Mismo.

Descripcion del Canto de los Ruiseñores.

Entraron por un bosque, donde los ruiseñores estaban cantando á porfía: parecian como soldados de centinela, guardando cada qual su *puesto* *, y desde allí se competian mutuamente. Quien se esforzaba en prolongar el canto, quien se desvanecia por tener la voz mas sonora; uno se engreía por lo agraciado de sus gorgeos, otro por la variedad de sus trinos: era un gusto el oirlos. Saliendo del bosque oyeron otro que estaba graciosamente engañado con su mismo eco. Era el combate muy nuevo, compitiendo la avecilla consigo misma, y muy picada porque no se excedia. Empeñabase presumida en su canto; y no bien acababa, quando aplicaba el oído á escuchar si la respondian: no tardaba la respuesta; y oía que fielmente la imitaban. Entónces variaba los trinos de mil modos; pero oye que la imaginada competidora en nada le cede.

* Esta es la propiedad de los *ruiseñores*, que cada uno tiene su arbol señalado, en el que canta todas las noches.

Desconfia, y calla, esperando que la contraria cante primero para sobrepujarla en despique; escucha, y no oyé nada. Alégrase, creyendo ya cansada á su émula, y entónces canta como quien celebra el triunfo; pero halla á la competidora tan vigorosa, y tan agraciada como ella misma No pudieron contener la risa, viendo el agradable engaño dél inocente, paxarillo. . . . . .

El Mismo.

Dialogo entre el Conde de Moravia, *la Princesa* Sofía *su Hermana y* Polidoro *. Niega el Conde la Alegría en el Campo: la Princesa la defiende. Bella Descripcion de la Primavera, del Verano, del Otoño, y del Invierno; y hermosa Alegoría de las bellas Letras.*

El Conde.—La igualdad de las diversiones, que ofrece el campo, ha por fuerza de producir cansancio y fastidio. Nuestras pasiones, acostumbradas á los movimientos impetuosos que les son naturales, se adormecen con la paz uniforme y continuada. Por eso ningun gusto dura si es largo; lo que es agradable un mes, será insoportable un año: quando falta la variedad, falta la sal que excita el apetito.

La Princesa.—Esa misma objecion me atormentaba, quando comencé á vivir en esta casa de campo; pero ya la experiencia me ha enseñado que hay aquí una gran variedad en las diversiones. No hablo de los rústicos, que teniendo ocioso el uso de la razon, viven sin mas reflexion que

---

* Era Polidoro griego de nacion, que habia sido gran valido del Emperador Balduino.

que la que hacen sus ojos: con igual paso caminan la oveja, y el mastin tras ella, sin que en el conocimiento de la naturaleza pase uno mas adelante que otro. Y así, en quanto á esos vivientes, teneis razon. Mas los que ponen á su entendimiento en exercicio, saben como las avejas sacar deliciosa miel de las mas viles flores del campo; y á medida que se varían, y mutuamente se alteran las quatro estaciones del año, así se diferencian las inocentes delicias que gozamos en él.

En la primavera qualquiera de esas florecillas que hollamos con los pies, es un prodigio incomprehensible para quien ha leido, y sabe observar lo natural. Aunque el teatro sea el mismo, la diversidad de los *dramas*, que se representan, nos varía el gusto, el qual por este medio puede continuar sin fastidio: pues así es el campo en varios tiempos del año: en cada estacion sale al teatro la naturaleza á representar á los ojos un nuevo enredo, y cada qual á competencia pretende llevarse la primacía en la recreacion del alma. Si reflexîonamos con juicio en las obras de la naturaleza, ¿que encanto puede haber mayor que el de la *Primavera*? Si fuese ahora de dia, en la primera florecilla, que encontrásemos en el camino, os haria admirar tales bellezas, que quedariais absortos; la delicadeza de sus pequeñas hojas, lo agraciado del recorte, la viveza de los colores, la idea de la pintura, la galantería de su hechura, la variedad del talle, el buen gusto de los matices; en una palabra, la gracia y delicadeza con que todo está dispuesto, hace ver con claridad que solo una mano divina podia ser autor de esta grande obra. Y quando en la *primavera* toda la naturaleza se desata, y como que se desentraña en flores, el alma reflexîva á la vista de tantas maravillas se halla

halla tan asombrada, que no sabe á qual atienda. Qué me decis, Polidoro?

Polidoro.—Yo, Señora, convengo enteramente con vos: pero si dais licencia á mi sincéra ingenuidad, aun admiro mas el *estío*, porque sus delicias embriagan mas los sentidos. El *verano* á un mismo tiempo recrea los ojos, el olfato y el gusto. Ver las rubicundas cerezas, que como son la primera fruta que sale al campo, aparecen como avergonzadas escondidas por entre las verdes hojas. Ver la hermosura de los melocotones, los granados llenos de bellas granadas, los peros coronados, las naranjas de oro, las sandías de carmin, los melones de bálsamo, en fin todas las frutas de nectar: Ver como de la insulsa tierra, de la agua insípida, y de los duros, feos y ásperos troncos salen tan sabrosas delicias para recreo del hombre: Ver, Señora, todos estos prodigios, encanta totalmente el juicio, y dexa al corazon anegado en el placer mas inocente.

La Princesa.—Si me desafiais, Polidoro, con vuestras juiciosas reflexîones, aun prefiero yo mucho mas al *Otoño*. Las abundantes cosechas, incentivo y premio del labrador cuidadoso, son el alma de la economía de las gentes, la fuerza y nervio de los estados, el consuelo de los pueblos, y el muelle real de toda esta máquina civil del mundo. Quitad el Otoño, y todo perece, todo se acaba: quiero decir, quanto es útil; si hablamos de lo que puede recrear el entendimiento, esta estacion, mas que todas las otras, me transporta el alma, la que aturdida de unas maravillas, pasa con nuevo pasmo á otras, á proporcion de lo que el año se adelanta.

¿Qué gusto no da reflexîonar en una pequeña semilla de las que esparció el viento sobre la tierra? Ella se ve

hollada por el pesado pie del buey tardío, él la entierra en el lodo, y allí se pudre y se muere; mas despues la naturaleza la toma por asunto de sus prodigios. Quando viene el tiempo oportuno resucita muy hermosa: una pequeña planta comienza á salir de dentro de ella, y con la cabecilla retorcida forceja á levantar y romper la tierra que la oprime; al fin, quando abre la carcel, y ve el ayre libre, entónces respira, endereza el cuello, despliega las hojillas tiernas, y va viciosa creciendo. El sol la visita, la tierra la sustenta, el viento la lisonjea, el rocío la alegra: entónces toma fuerzas, y extendiendo à todas partes sus agraciados ramos, va produciendo poco á poco nuevos retoños, y tiernos hijuelos: brota despues ramilletes de lindas flores, pronosticos de los frutos que á su tiempo ha de repartir con abundancia; quando si no se los quitaren, ella liberal los irá dexando caer en tierra, ó cansada de guardarlos, ó enfadada de que no lleguen á pedirselos. En sus brazos abiertos está ofreciendo descanzo á los fatigados paxarillos, y juntamente abrigo á los animales terrestres, quando se ven oprimidos de la calma. ¿Y qué tesoros no pisan ellos entónces en los secos despojos de los maduros frutos? ¡Que numero infinito de delicadísimas plantas se encierra en sus simientes, cada qual capaz de producir tantos frutos, quantos la primera planta de que ellas nacieron! Parece que el arbol próvido quiere dexar en su numerosa descendencia el cuidado de mantenernos, viendo que él, cansado con los años, no lo podrá hacer por sí mismo. Pregúntaos ahora, ¿quien fué el que dió á la naturaleza, como ley constante, esa continuada série de tantos portentos? Y vereis que el entendimiento se pierde á fuerza de quedar embriagado con un tan casto deleyte.

. . . . . .

Quando

Quando veo en la tierra estar brillando
Entre yerbas el sol, me voy llegando,
Y hallo un vidrio quebrado, que lucia
De tal forma, que un sol me parecia.
Así yo brillar miro la hermosura
Del gran Dios en toda criatura:
En las flores del campo, y en los brutos
Contemplo los divinos atributos;
Pues quanto su poder dexo formado
Del caracter divino está sellado.

El Conde.—Si el hombre no fuese sino entendimiento puro, muy contento viviria en el campo, siendo compañero de las aves. Si contemplásemos esas maravillas que decis, veriamos lo capaces que ellas son de transportar toda el alma; pero á pesar de toda la filosofía, el cuerpo necesita de recreo, quieren su sustento los sentidos, el corazon suspira por las delicias, y nada de esto se halla sino en las cortes, ó Ciudades populosas. El hombre, que fué hecho para vivir con hombres, ¿que gusto puede tener habitando entre piedras, troncos y brutos? Dios todo lo hizo con proporcion; crió á los hombres para las ciudades, las aves para el ayre, los peces para el mar, y para los campos los arboles. Decidme ahora: ¿Quién hay que puede sufrir un invierno en una casa de campo sin grandísimo tormento? ¡Qué bella y deliciosa perspectiva es ver los montes pelados, las aves mudas, la tierra húmeda, los prados encharcados, los campos estériles, y todas las campiñas de lodo! Por cierto que es un recreo ver el cielo obscuro, el ayre sombrío, y el tiempo lluvioso. ¡Que lindo efecto hace á la vista una calle de arboles secos, que parece una hilera de esque-

esqueletos consumidos? Los espesos nublados envuelven el dia entre las sombras de la noche, el Sol no aparece, la Luna se esconde, y las Estrellas huyen. Salís á paseo, y el tiempo os engaña, el viento os descompone, la lluvia os asalta, y los atolladeros os enfadan. ¡Ah, que no se puede negar, hermana mia, que es un paraiso vivir en el campo en tiempo de invierno!

La Princesa.—Muy bien dibuxasteis el invierno; mas para hacer su retrato, en lugar de pincél, tomasteis un carbon muy negro: pero dadme licencia para que yo lo pinte con su verdadero colorido, y no os parecerá tan feo. No penseis que os quiero delinear un dia bello, en el qual el Sol claro, hallando el ayre limpio, el Cielo de vivísimo color, ó azul agraciado, triunfa de las nubes, y hace la mas brillante ostentacion de sus rayos. No quiero que consideréis los campos vestidos de lino de un lindísimo verde que jamas puede imitarse: no hago caso de ver la superficie de la tierra, ó cubierta de plata, quando cae la nieve, ó convertida en cristal en tiempo de hielo. Todo esto es nada, porque otras bellezas mas delicadas encantan mi espíritu, y enamoran mi alma. En mi gavinete tengo mayores delicias que las que fuera de él puedo encontrar. En él junto una asamblea escogida de personas las mas bien instruidas en las Ciencias, las mas amenas en la conversacion, y mas distinguidas en la eloqüencia. Ninguna me falta á la hora que quiero: tengo tal felicidad, que sin agraviar á ninguna, Solo habla aquella con quien tengo mas gusto: Si estoy en sazon de probar de las amenidades del Parnaso, tengo poetas admirables; si apetezco noticias de paises remotos, siempre hay quien me informe con menudencia y verdad. Si me recrea la historia, tengo arte

para hacer venir á mi presencia los Héroes mas famosos que produxéron los siglos, y que me representen en el pequeño teatro de mi casa los mas raros sucesos que aconteciéron en el mundo.

Vos bien veis que quanto he afirmado es una pura verdad; sea pues en buen hora que el tiempo inexôrable haya llevado muy lejos de mí los sucesos á que yo quisiera haber estado presente; y aun tambien que entre mí y ellos medie el intervalo de muchos millares de años, nada quiere decir, nada importa: como yo quiera le he de hacer volver al tiempo de atrás su furiosa rueda, y á su pesar me ha de poner presente donde yo le señale el mas antiguo suceso. Diga en hora buena ese inflexîble viejo tirano que sus leyes son indispensables, y que el objeto de mi curiosidad ya cayó en el insondable abismo de la *nada*; sea como fuere, si yo lo mando, han de resuscitar todos esos personages, y han de comparecer y estar en mi presencia mientras yo me entretengo en especular y observar todo quanto hicieron:... Que decis, Ibrahin? este es punto en que la filosofía se interesa.

Ibrahin.—El filósofo que llega á merecer este nombre, tiene en su entendimiento una como piedra filosofal, con que saca preciosísimo oro de la materia mas vil. Quando el rêsto de los mortales no ve en este gran palacio del mundo sino su exterior fachada, el sabio admira todas las bellezas de su interior por donde se pasea su entendimiento, sin que se le reserve ni aun el gavinete mas retirado. Pero no es para todos semejante dicha, ni fuera ella tan estimable, si fuese para el vulgo. Decir que la puerta de la felicidad verdadera está abierta para todos es absurdo manifiesto, porque todo quanto hay bueno es raro, y la

y la felicidad completa por fuerza ha de ser rarísima. Mas quando por la parte del entendimiento pudiese cada qual conseguir la mayor satisfaccion, ¿ quién hay que pueda llegar á ella por lo que toca á la voluntad? Deseamos, y no conseguimos: andamos en una perpetua lucha ya con los elementos, ya con los hados, ya con los hombres, y hasta con nosotros mismos luchamos. Y con tanta fatiga, ¿ quién podrá sér feliz? Las enfermedades nos molestan, los sucesos nos afligen, los trabajos nos cansan. Por una parte los enemigos nos persiguen; de los amigos, unos nos faltan, otros nos hacen sentir sus males: si miramos á los que están encima de nosotros, vemos que nos oprimen: si á los inferiores, hallamos que nos desobedecen: si á los iguales é indiferentes, ó nos desprecian altivos, ó nos arman zeladas envidiosos. En nosotros mismos tenemos una continua angustia; porque el corazon se queja, el espíritu se cansa, la voluntad nos inquieta, la edad pesa, y todo por arte inexplicable nos atormenta. ¿ Ahora podrémos ser en semejante vida felices? Decid á quien os persuadió tal quimera que busque hombres sin cuerpo, alma sin voluntad, corazon sin apetitos, entendimiento sin confusion, y que de estas partes quiméricas componga su feliz imaginario.

El Mismo.

Descripcion jocosa del Nacimiento del Sol.

Ved cómo se levanta tarde el perezoso! Si viene rubicundo, razon tiene para venir avergonzado; pues hasta ahora no habia abierto las cortinas de las nubes para darnos los buenos dias. Toda la naturaleza lo estaba esperando

impaciente, y él muy descansado. Las montañas parece que levantan las cavezas para verle primero, y los paxarillos subiéndose á las últimas puntas de los mas altos ramos, desde allí lo quieren descubrir para ir volando á ganar las albricias, publicando por todas partes que el Sol ha nacido.

El Mismo.

Paralelo entre un General y un Pastor, para probar quien de los dos es mas feliz: y Pintura brillante del Cargo de un General.

Dialogo entre Miseno *, la Princesa* Sofía, *y el* Conde *su Hermano.*

Miseno.—Comencemos por la *independencia*, que yo reputo la basa de toda la humana grandeza.—¡ Quán dulce y suave es la independencia de un pastor en su cabaña retirada allá en retorcidas y quebradas de los montes! El puede decir en cierto modo, que es señor absoluto, y que de Dios abaxo no reconoce superior en toda la haz de la tierra: la lana de su ganado le viste, su leche le sustenta, sus corderitos le regalan; nada mas apetece, nada le falta.

Por otra parte, ¡ qué indispensable, qué continuada, y qué servil es la dependencia de un guerrero, si llega á ser General en Xefe! Primeramente para subir á este puesto, ¡ quántas humillaciones le fuéron precisas hasta arrastrarse tal vez indignamente por tierra! Despues que pudo subir, ¡ que fina política, qué adulaciones, qué lisonjas,

---

* Nombre de disfraz; porque su nombre propio era Uladislao, Rey que fué dos años de Polonia.

sonjas, qué viles contemplaciones, qué apretados torcedores de su conciencia y de su honor no le son necesarios para no llegar á caer! Si se ofrece la ocasion de salir á una campaña, ¿de quién no depende este gran guerrero? Depende del Soberano ausente; bien que esa dependencia no le es pesada, porque es justa y precisa: depende del consejo, depende del Gabinete, y depende de personas, que pasando de los blandos lechos de pluma á los teatros del amor y de la vanidad, quieren gobernar desde allí la sangre agena. Depende de personas, que saliendo de los brazos encantadores del sueño, ó de los de las sirenas que embelezan con el gusto, y con el deleyte, van á decidir facilmente, y como á sangre fria, sobre asaltos y brechas, sobre heridas y estragos, sobre peligros, horrores y muertes. Depende de los subalternos que están en espera para aprovechar la menor ocasion de arruinarle, porque muchas batallas se han perdido solo por la malicia y mala voluntad de enemigos ocultos, que no dudaron sacrificar á su ciega pasion el bien público, el honor del Soberano, la sangre de sus compatríotas, la vida de sus parientes, y la destruccion de su patria. Depende el General ademas de sus soldados, de la disposicion del terreno, de los tiempos y de las borrascas, de los correos y espías, gente mentirosa, venal y astuta: gente, que si no tiene estas qualidades, no vale nada, y si las tiene, debe temerse. Depende de la perfidia de muchos descontentos, que si los compramos con dinero, por el dinero nos venden. Depende en fin de la ciega, Fortuna, que sin razon ni motivo dá, ó arranca de la mano la palma de la victoria. Ahora decidme: ¿á tanta dependencia del mundo podrémos llamarla, sin injuria de la razon, grandeza verdadera? Toca el Pastor su flauta en los montes, y

todo

todo se alegra: al sonido de ella acuden las serranas engalanadas danzando, respondiendo á una alegría con otra: mas el guerrero hace sonar la horrísona trompeta, y todo se asusta. Los peñascos y montes rechazando el sonido funesto, lo envian de unos valles á otros, y por todas partes se van anunciando horrores, estragos y muertes. ¿ Quien es mas feliz ?

Quando el Pastor canta, nada le perturba, nada disminuye su alegría: pero el guerrero nunca cantó sus victorias sin oir la disonancia de lamentos tristes. Este forma toda su felicidad de la desgracia agena, y aquel solo la pone en lo que es útil para todos. ¡ Qué bien dixo cierto Poeta, quando cantó así !

Queda alegre el Pastor, queda sereno,
Si el tarro de la leche encuentra lleno:
La tristeza al Soldado le enagena,
Si no tiñe el acero en sangre agena.

Uno siembra los campos, otro los quema. Uno hace de ellos nacer la hermosa abundancia, otro hace salir de los abismos la hambre descarnada. Uno procura la vida á los mortales, otro la muerte. El uno es el instrumento de las bendiciones del Cielo, y el otro es el azote de su terrible ira. ¿ Decidme ahora, si viendome pastor de ovejas, despues de haber sido General en Xefe, debia reventar de pena, ó rebosar de gozo ?

El Conde.—Si mirámos estas cosas, como vos lo haceis, poca duda queda; mas pensais acaso, que un guerrero puede discurrir entónces como vos discurris ahora ? La gloria á que esos hóroes aspiran los deslumbra de modo que, encantados totalmente con la belleza de esa divinidad, aunque

aunque sangrienta, quedan absortos, y viven una vida dichosa. Consultad, Señor, vuestra propia experiencia, y hallaréis que os teniais por el hombre mas dichoso del universo, quando acababais de conseguir una victoria completa.

Miseno.—Ya que me citais para el tribunal de la propia experiencia, debemos oir su deposicion; pero ántes que ella hable, supongo que no poneis la felicidad del hombre en verse con el morrion emplumado, montado en un brioso caballo con jaeces de tercio pelo y de oro, cercado por todas partes de ricos y brillantes uniformes, de gentiles caballeros, espadas relucientes, pavellones y tiendas pomposas, &c. Amigos mio, dexemos esa gloria para los pavos reales, ó para las muchas cabezas locas, que ponen su gloria en las plumas. Lo que creo de vosotros es, que la felicidad del hombre solo la poneis en el corazon y en el alma.—Esto supuesto, os aseguro, baxo la fé de quien soy, que no hay estado mas deplorable que el del corazon de un General quando se prepara para una accion de importancia. El ve que no solo su vida (que ya entónces la reputa por nada), sino que tambien su fama están pendientes de una suerte; y que á la vuelta de un dado vá á jugar la sangre de sus compañeros, la libertad de su patria, la corona de su Soberano, el honor de su nacion, y de millares de compatriotas la vida. Mira que la fama está alerta con el clarin en la boca para publicar por todo el mundo su deshonra, si el exîto es infeliz; y el susto le está dando garrotes continuos al corazon. Esto sucede ántes de entrar en batalla. Mas luego que en la batalla entra, la escena se muda, pero no en ménos horrible: pues todo un infierno vivo le arde en el pecho. Todo es espanto quanto

miran sus ojos. La ira, la cólera, la rabia y la venganza le traen el pensamiento y el corazon en un remolino tan furioso, que mas parece tigre que hombre. La sangre de millares de enemigos es poca para saciar su sed ferina. Desearia ver sembrados los campos de cadáveres, y de cuerpos palpitantes, y enviar á los infiernos en un solo dia todo quanto le hace oposicion sobre la haz de la tierra. Todas las víboras de los abismos le roen las entrañas: una sangre negra y espesa le corre por las arterias: su corazon lleno de hiel y de veneno no respira sino ruinas, estragos y muertes. Tiemblan delante de él las Villas, tiemblan las Ciudades, y hasta las campiñas tiemblan. Toda la naturaleza le mira con horror, y justamente, porque todos los rayos del Cielo, y todas las furias de los abismos no causarian mas ruinas que las que él solo causa. Así se ve que, por donde va pasando, todo es horrura, todo desgracias, todo lamentos y gemidos. Todo lo tala, lo destruye, lo arruina, quema y abrasa. Ved como es este hombre dichoso. ¿Y es esto la verdadera felicidad?

La Princesa.—Verdadera infelicidad diria yo; pues vos me haceis temor, solo con la pintura de la imaginacion. ¡Qué seria, si yo os viese en el campo de batalla!

Miseno.—¡Ah, Señora! Ninguno conoce lo que pasa por el interior de un General en guerra, sino el que de ello tiene experiencia propia. Para salir bien le es preciso hacer una combinacion pronta de diez mil sucesos fortuitos, diferentes y encontrados. Es preciso tener una balanza justa en el entendimiento, que no vacile, ni aun en la mayor tempestad ó borrasca. Es preciso tener una vista fina que penetre hasta la region de lo futuro. Debe tener al mismo tiempo el sosiego de quien está en el gabinete,

gabinete, y el fuego y actividad de que la accion necesita: Su corazon se ve impelido juntamente del furor y de la venganza, y derretido por los sentimientos de la humanidad: por aquí ve los estímulos de la gloria, y por allí los de los dictámenes de la prudencia. Finalmente, debe cautelarse de los enemigos, desconfiar de los compañeros, y temerse de la inconstancia de la fortuna. Ahora, pues, ¿en semejante conflicto podrémos llamar á este hombre feliz?

El Conde.—Esto prueba que es muy dificil abrir esa puerta á la felicidad; mas una vez abierta, quando el General descanza en los brazos de la victoria: quando esta divinidad encantadora con una mano le pone en la cabeza la corona de laurel, y con la otra le concede la palma que jamás podrá marchitarse: quando por todas partes oye los aplausos, los vivas y las aclamaciones de los pueblos: quando los mismos Soberanos baxan de su trono para abrazarle como á amigo: quando la fama cantando lleva de Reyno en Reyno, de Clima en Clima, y de un Emisferio á otro su glorioso nombre: quando él lo ve gravado por los historiadores y poetas en el eterno templo de la gloria; ¿decid si puede haber igual satisfaccion á la vanidad del corazon humano?

Miseno.—Pero vos, Señor, ¿Suponeis que es lo mismo entrar en una batalla con todos los peligros y medidas que yo os dixe, que salir de ella victorioso? Mas, ¿quántas veces sucede que despues de haberse el General lisonjeado dulcemente con la esperanza de la gloria pierde la batalla, y se ve escarnecido de los contrarios, abominado de los nacionales, murmurado de los extrangeros, mal visto de su Soberano, y maldecido hasta de la ínfima plebe? De la

ínfima plebe; que no duda insultarle en su propia cara, por mas que el haya expuesto su vida por defender ese mismo pueblo que le insulta, habiendo tal vez obrado con mayor valor y prudencia que ningun otro General el mas fomoso.

Pero supongamos que vuestro General saliese victorioso. Apénas calma el primer ímpetu del aplauso, ¿ que enxambre de enemigos y envidiosos no le nace baxo los pies? ¿ No habeis leido las historias de los Generales Griegos y Romanos? ¿ Y quántos de un mérito superior á todo elogio leemos en ellas que muriéron olvidados ó desgraciados. Muchas veces los mismos que os están abrazando cariñosos, si pudieran, á puñaladas os atravesarian por las espaldas. Creed, amigos, lo que os digo; y si no lo creeis, os aseguro que aun no conoceis el mundo, como yo tampoco lo conocia quando era de vuestra edad; solo quando oprimido de mis trabajos me ví pastor de ovejas, solo entónces tuve lugar y sosiego para reflexîonar estas verdades. Al paso que las ovejas pacian, yo rumiaba lo que habia leido y visto, y concluía siempre, que la mayor parte de los bienes y males del mundo andan con los nombres trocados.

El Mismo.

Disputa entre Iria y Zefia, dos Hermanas, ambas jovenes, y hermosas, sobre si una singular Hermosura, en extremo rara es Favor del Cielo: ó si por el contrario es Castigo.

Iria.—Una belleza por extremo rara es el mas precioso don de Naturaleza que una muger puede recibir del Cielo. Las mismas Reynas que se ven privadas de la hermosura,

hermosura, no perdonan expensas, diligencias, ni aun tormentos para suplir esta falta. Y de aquí infiero, que aun las coronas mas ricas y brillantes reciben de la hermosura un nuevo lustre y realce. Una simple pastora, sin mas adorno que su agraciado rostro, dexando su dorado cabello parte suelto, y ondeando sobre los hombros, y parte atado con gracioso descuido, puede hacerse envidiable de las Señoras mas encumbradas. Quién estimó jamas á una muger sin esta prenda? El juicio es la prenda de los hombres, la fuerza de los brutos, la melodía de los páxaros; pero de las mugeres solo lo es la hermosura. De manera que, segun lo dicen los Pastores, que mejor lo entienden, muchas veces una sola belleza ha causado grandes revoluciones en Reynos enteros; y jamas se rindieron al juicio, ni al valor, ni á lo armonioso tantas adoraciones, como se tributan á la beldad. Yo por lo ménos si tuviese este dote de naturaleza, me contaria por la mas feliz de todas las pastoras de estas campiñas.

Zefia.—Así discurria yo, querida hermana, así discurria quando el verdor de los años me retardaba la madurez del entendimiento; pero quando ya empecé á pesar con balanza justa las comodidades é incomodidades de una rara belleza, mudé de dictámen. Y si no, decidme, Iria, ¿de que sirve esta hermosura extraordinaria á la pobre miserable sobre quien cayó este rayo? Todo el mundo se alborota en discubriéndose ella á la vista, todos en ella fixan los ojos, todos la miran con atencion; ya no es señora ni de dexarse ver, ni de mirar; porque hasta sus mas minimos movimientos la observan; y quantas personas se hallan en su pueblo son otras tantas centinelas que la guardan, y la observan.

Iria.—Así es, amiga: mas, ¡ con qué gusto ve tantos como le doblan la rodilla! Por todas partes encuentra adoraciones: todos á competencia desean excederse en los votos: todo es sacrificios. No podeis negar, hermana mia, que todo esto lisonjea mucho nuestro corazon, y le agrada sumamente.

Zefia.—Supongamos que es así, y aun adelanto mas: quiero que en presencia de esa beldad presumida se encienda el fuego por todo su alrededor, que todos los corazones ardan en holocausto, que suban hasta las nubes los inciensos olorosos que se le tributan; y aun quiero que llegue á derramarse sangre en presencia de sus altares: Mas todo esto bien considerado no puede dexar de causarle un tormento increible á la infeliz, que es el objeto, si juntamente con la belleza tiene virtud y honor; porque la sangre que por semejante respeto se vierte, dexa una mancha tal, que jamas podrá lavarse. El vapor espeso que exhalan tales corazones impuros, es de un hedor intolerable: el humor tan negro, que tizna y sofoca; y aun quando la belleza fuere tan feliz que las llamas no prendan en ella, nunca podrá librarse de que las llamaradas la chamusquen ó enegrescan. Ved ahora todos estos obsequios de que le sirven.

Iria.—Sea juiciosa y prudente, y no tiene que temer.

Zefia.—¿ No tiene que temer? ¿Y como puede su prudencia evitar que los aplausos públicos degeneren en culpas de la inocente en el tribunal de las invidiosas? Cada uno de los pretendientes, ciego de su pasion, solo pone la mira en seducirla y perderla, cueste lo que costáre; de suerte que, para muchos viene á ser gloria grande solo el entrar en el número de los que disputan la preferencia.

Vos decis que sea juiciosa; ¿Y de que le vale el juicio? Quanto mayor es su mérito, tanto mas vivo es el estímulo para las alabanzas, y el incentivo para los deseos. La infeliz no puede escapar del lazo. Si admite los obsequios, está perdída; y si no los admite, ¿de que le sirve el ser prendada?

Basta solo la chusma de las feas para hacerle una guerra disimulada, pero cruel é interminable; y en las hermosas la envidia le prepara otra guerra mas abierta, y (dexadme explicar así) mas encarnizada. Aquí es donde la infeliz tiene mucho que sufrir: porque todas las que pretenden adoraciones, de ningun modo han de consentir ver delante de sí otro ídolo mas elevado que las haga sombra. Bien sabeis que las pequeñas divinidades necesitan basa mas alta; y no pudiendo tenerla en sus propios méritos, la quieren formar de las ruinas agenas. Si encuentran un gran coloso, una belleza que sea la maravilla del mundo, no se desaniman: todas se unen, y minan debaxo sus pies hasta desenterrar los huesos de sus antepasados, para dar con el ídolo en tierra, y formar de sus ruinas pedestales á su propia vanidad.

Con estas y otras razones, de que no hago memoria, apretaba fuertemente Zefia á su hermana: Iria se esforzaba para responderla; pero no hallaba camino. Parecía una ligera corza, quando siente los monteros sacudiendo las matas, que salta de un cerro á otro, que corre veloz á un profundo valle, que luego aparece en el collado de enfrente, y allí rezelosa, viva y espantada mira á todos lados, va á salir por uno, y lo encuentra tomado; vuelve en un instante al otro, pero ya no es tiempo; hasta que en fin, apre-

apretado el cordon y estrechado el cerco, se ve obligada à rendirse: así hizo Iria; mas al fin se conviniéron ambas.

El Mismo.

Descripcion de la Envidia.

La *Envidia* es un dragon que vuela siempre á lo alto; no se arrastra por la tierra como las demas serpientes, nunca tuvo ojos para mirar ácia abaxo. Salta, embiste, y acomete á quanto mira superior. Si os quereis libertar de ella, no os fieis en la inocencia, porque vuestro mismo mérito será vuestra perdicion. La virtud es su presa mas gustosa, á la que, quanto es mas perfecta y elevada, con tanto mayor ímpetu la invade para morderla y destrozarla con sus dientes de fiera. A este monstruo, como se formó y salió de los abismos tenebrosos, todo lo que brilla le da en ojos. Por lo que si os ve lucir, hierbe luego inquieto y desesperado; y revolviendo furiosamente la cabeza, con la cola se despedaza mientras no ve en sus garras lo que anhela. La dilacion no le cansa, ni le acobardan las dificultades; ántes parece que con el tiempo se le refina el veneno, y cada vez asalta con mayor ímpetu, dándole la desesperacion fuerzas, y la rabia atrevimiento. Aún ántes de heriros, con solo los silvos os aterrará. En una palabra quien quisiere escapar del dragon de la envidia, ó no ha de brillar, ó ha de huir.

El Mismo.

De la Ingratitud.

Los mismos que declaman con mayor horror contra este monstruoso vicio, lo adoptan muchas veces como á su hijo

hijo querido, por quanto solo es feo por el aspecto que mira al bienhechor; así como por el que mira á los ingratos es agradable; y es la razon, porque á los favorecidos los dispensa de la obligacion del reconocimiento, que siempre oprime; pues quanto mayor es el beneficio que se recibe, tanto mayor es la esclavitud en que queda constituido el beneficiado; y como muy pocos gustan arrastrar estas cadenas, con solo un simple olvido se libran de su pesadez. Quien no quisiere vivir con ingratos, mucho trabajo ha de tener, si ha de vivir en el mundo Infeliz será el hombre que no experimente ingratitudes, porque muy poco bien habrá hecho á los demas. Por el contrario, quantos mas ingratos hiciéremos, tanto mas noble es el fin que nos mueve á obrar bien. Esta es la condicion del corazon humano. Si halla correspondencia insensiblemente la busca, y ya entónces obra con los ojos en ella; mas si no la encuentra, obra con ánimo noble y heroyco, haciendo el bien solo porque es bien, sin otro fin, ni motivo que fomente el interés, ó disminuya el valor. El que hace bien solamente á los agradecidos, comercia; mas el que lo hace á los ingratos, obra por pura liberalidad. El uno siembra los beneficios, el otro los derrama: uno procede como hombre, el otro como Dios; y este siempre tiene el delicado y agradable consuelo de haber obrado bien, qué es el gusto mas deleytable que puede lisonjear el paladar de una alma bien formada.

El Mismo.

Descripcion de una Tempestad.

Apénas se habian la Condesa y su familia puesto á cubierto, quando los vientos furiosos, rompiendo las cadenas,

nas, con que la naturaleza los tenia aprisionados, corrian sin freno por todos aquellos valles y montes, de suerte que parecia querer arrancar hasta los mismos peñascos. Oíanse quebrar los grandes árboles, no valiéndoles la enorme robustez de sus troncos: otros eran arrancados de raiz, y revueltos en los ayres, como si fuesen plumas ligeras. Los rebaños de ovejas, que se venian retirando del pasto, parecian enxambres de abejas, unas apiñadas en el valle, y otras esparcidas por las campiñas. El diá se obscurece de repente, y las negras nubes, puestas de uno y otro lado, comienzan á combatirse con furia desesperada, y todo es fuego. Los relámpagos encienden los ayres; los truenos, como si fuesen gruesas bombas, se revientan sobre las cabezas; y todos quedan aturdidos. El sonido funesto y horroroso parecia que, retumbando en las bóvedas del firmamento, y haciendo eco mas allá de los horizontes, iba á dar aviso en el otro emisferio de lo que pasaba; quando ved aquí que van saliendo nuevos exércitos de nubes, para auxîliar en la pendencia á las compañeras, refuerzanse de una y otra parte los enemigos, y la pelea se enciende mucho mas. Las lanzas de fuego se cruzan por los ayres, y mil saetas perdidas baxan á la tierra. Allí cae un pastor herido de un rayo: allá revienta hendido hasta la raiz un altísimo fresno. Una centella derriba aquí una elevada torre: mas adelante se quedan pasmados unos pasageros, y con solo el susto caen en tierra medio muertos. Hierve en los prados la mosquetería de gruesísima piedra, que todo lo troncha, todo lo arrasa; y del ganado, que venia corriendo á guarecerse, unas ovejas quedan muertas en el campo, otras heridas, otras las mas espantadas, embisten con furia por donde estaba la Princesa con sus hijos, y por poco

poco los atropellan. Era una grandísima confusion dentro del casal donde estaban: pues, de un lado se oía mugir los becerros, de otro balar los corderillos, que aturdidos con los estruendos de la tronada, se metian por entre las felpudas ovejas. De esta parte lloraban sin consuelo los hijos de la condesa, abrazándola por sus dos lados: de otra caían las ayas con desmayos, y el Conde quedaba confuso, triste y pensativo; . . . . hasta que en fin fué poco á poco aclarando el tiempo, y últimamente apareció la Luna.

El Mismo.

Respuesta que da Miseno á Govorek **, quando á Nombre de Lesko, Rey de Polonia viene á ofrecerle la Corona.*

Debo amar á los pueblos, á la patria, á la sangre: No puedo negarlo; pero este mismo amor me obliga á aconsejaros lo que conduce al bien de todos. Lesko nació para reynar en Polonia; yo lo conozco: y conozco tambien el trono. Sé mejor que todos si uno se ajusta con el otro. Decidle, pues, que sepa vencerse á sí mismo, ya que ha triunfado

---

* Era Govorek amigo íntimo y primer ministro del Rey; pero aborrecido de los pueblos; y Lesko habia apenas subido al trono, quando formaron el empeño de que le desterrase. Jamas quiso consentir el Rey: se revelaron los pueblos; y Lesko, prefiriendo su valído al trono, ofreció á Miseno, su primo, la corona que ya fué suya, pero creyo prudente de abdicar.—Al principio de su respuesta alude Miseno á estas palabras de Govorek.—" Aquí " me envia el Rey, para que vos compadecido del estado miserable " en que se hallan *vuestro Soberano, vuestra patria, y los que ya* " *fueron vuestros hijos*, querais volver al trono, que con tanta paz " ocupasteis" . . . .

fado de tantos enemigos, y que si estos no pudieron vencerle, no quiera ahora ser arruinado por causa de un amigo: que las pasiones que en otro tiempo fueron las mas inocentes y justas, se convierten muchas veces en defectos, quando las circunstancias se mudan. En el principio del gobierno le erais vos necesario, ahora le es nociva vuestra asistencia. Entónces fué heroísmo preferir un buen amigo al trono, ahora es crimen preferir al bien público la particular amistad. Entónces la desconfianza de las propias fuerzas en un empe o nuevo y en edad tan tierna fué prudencia: ahora despues de la experiencia y madurez es cobardía. ¿Que dirán los pueblos? ¡Qué su Príncipe los abandona por un solo vasallo! Un hombre debe estimar á su amigo; pero solo debe dar por esta amistad su justo precio; y no debe conservarla á costa del público. ¿Que dirian de un padre, que por el simple gusto de la asistencia de un amigo dexase que sus propios hijos se degollasen mutuamente, sin acudir á evitar en su casa tan funestos desastres? Pues, lo mismo dirán de mi primo, si por el ocioso y femenil gustò de téneros á su lado, dexa caer la Monarquía en rebeliones y guerras civiles. Si yo aceptase la oferta del trono, vos seriais el odio de los vasallos, viendo todos que fuisteis la causa de verse privados de un Príncipe tan sabio, como es vuestro Soberano: un Príncipe tal que solo él puede hacer toda la felicidad de los estados. ¿Que mayor daño podrian causar los enemigos con una batalla campal, en que llevasen prisionero á Lesko? Lo que harian seria privar á sus vasallos de un gran Rey, y robarles el mejor padre á sus hijos. Pues, otro tanto hace el funesto tema de vuestra mal ordenada amistad. Vos sereis mirado como un traidor, pues por el interes del valimiento

limiento consentis en esta pérdida universal, sacrificando la patria á vuestra ambicion, ó á la pasion ciega del amor.

No, mi amigo, si hasta aquí fuisteis digno de la amistad de vuestro Monorca, por los buenos consejos que le habeis dado, ahora no lo seréis si le aprobais esta resolucion indecorosa. Mientras mi primo os ve, no tiene su corazon valor para deciros que os aparteis de su lado; pero ahora en vuestra ausencia puede respirar del cautiverio; cautiverio, aunque suave, muy funesto. Retiraos, pues, vos mismo, y desde vuestro retiro escríbidle todas estas razones á vuestro Soberano. Si sois amigo de vuestro Rey, tambien Sois Polaco, y debeis á vuestra patria mas que á vuestro Príncipe, porque es deuda mas antigua; y aquella, que os dió el ser, no debe posponerse á quien solamente os aumentó la fortuna. De vuestro retiro se seguirá la tranquilidad de los pueblos, la paz del Monarca, la mutua harmonía entre ellos, y el bien general de los estados: al mismo tiempo, que si insistis en condescender con mi primo su mal dirigida pasion, él se pierde, vos sereis aborrecido, y la patria se arruinará del todo.

Por lo que á mí me toca, él y vos podeis estar seguros de que nunca aprobaré por ningun interes lo que mi razon condena. Decid á Lesko, y decid á todo el mundo que yo quiero trono mas alto, corona mas noble, y victorias mas gloriosas. *Quiero reynar sobre mis pasiones, y triunfar totalmente de ellas: esta es mi respuesta decisiva.*

El Mismo.

Estado de desesperacion en que se halla el Conde de Moravia.

Aquí fué donde todas las pasiones, que habian dominado al Conde, le estaban esperando para asaltarle quando estuviese solo, y sin esperanza de socorro. La tristeza, que habia residido muchos años en su corazon, ahora ansiosa por la presa que se le iba escapando, le embistió furiosamente, y con su hija la desesperacion, acompañada del espíritu del error, le fué á ofuscar el entendimiento. Pierde el Conde el tino, y se halla embreñado en un espeso bosque; anda y desanda, y todos los espectros mas espantosos se ofrecen á su imaginacion confusa y enferma. La negra melancolía derrama una amarguísima hiel en su corazon herido, la luz de la razon se retira, la impaciencia le inquieta, la desconfianza le desanima. ¿Qué ha de ser de mí? dice él en una angustia desesperada. Ya corre á un lado, y una horrible cueva lo intimida; ya se vuelve al opuesto, y la desconfianza le hace creer que va perdido, quando tal vez está cerca del camino real. Clama en medio del bosque, y le engañan sus ecos, pensando que le hablan; y quanto mas se fatiga por llegar al lugar de donde vienen las voces, tanto mas le faltan: (que no responde el eco á quien le habla de cerca.) Desfallece, y se dexa caer en tierra en la mas profunda hipocondría. En esta dispocion el espíritu del error, aprovechando ocasion tan oportuna, hablándole á lo interior del alma, le dice: ¿Ves como no hay fuerzas que puedan resistir á los hados? Naciste infeliz, é infeliz has de acabar á pesar de tu filosofía. Que vengan los discursos de Miseno á sacarte de las uñas de la desgracia

desgracia que te tiene enredado en este laberinto, de que no puedes desembarazarte. La suerte se venga de tí, porque las estrellas le dieron el derecho sobre tu vida; y quanto mas quisieres eludirla, tanto mayor será la furia con que te ha de perseguir. Escapaste de la muerte en el naufragio doméstico; ahora naufragarás en medio de estos árboles. ¡Desgraciado Conde! Ves ahí la loca confianza de ese hombre que quantas vueltas al rededor ha hecho dar á tu cabeza para que te imagines feliz en el centro mismo de la mayor infelicidad. Los tiempos están cumplidos, tus dias se acabarón; y si tu muerte ha de ser cruel á discrecion de las fieras, mas vale que sea suave en la heróyca resolucion de un brazo valeroso, que siempre debe mostrar que no la teme. Sabe que toda tu vida por fuerza ha de ser triste; y así acaba pronto tus dias, para que tus tormentos se acaben. Tu noble corazon no debe perecer como un vil animal haria, cediendo á la voracidad de las fieras: triunfa, pues, de la desgracia ántes que ella triunfe de tí, y dá generosamente lo que te quieren arrancar con tiranía. Dígase que el Conde de Moravia despreció heroycamente la vida, porque las grandes almas la desprecian, no queriendo ser el ludibrio de los hados; y ya que la suprema providencia hace injuria á tu nacimiénto, envolviéndote en las desgracias comunes, hazte justícia á tí mismo, saliéndote gloriosamente del teatro en que ella te ha hecho representar un papel tan indigno. Anda, ve, y precipitate de la cumbre de aquella peña, porque un simple querer te basta, y no puedes temer que tu brazo flaquee en medio del golpe. Una vez arrojado, inutil es todo arrepentimiento: arrepentimiento que de nada te servirá sino de ponerte en precision de reiterar la resolucion y multiplicar las angustias.

Ya

Ya la muerte, oyendo estos funestos consejos, salia de los infernales abismos á recibir la presa que se les destinaba, y la desesperacion con el furor se daban toda priesa para completar el sacrificio que les consagraban. Entra, pues, el furor á dar garrotes á aquella alma, clava en ella sus sangrientas garras, y el Conde adelanta el paso con ímpetu desesperado. Sus ojos confunden la luz del cielo con las sombras infernales, no sabe donde pone los pies, ni hácia donde se dirigen sus pisadas. Ved aquí que quando iba ya á executar el desgraciado intento, llega polidoro, á quien la fama habia contado los peligros de la Princesa y de su familia; venia pensativo y á galope atravesando el bosque; ve de repente al Conde. Párase: mas su figura mudada, y la novedad de la situacion le hacen dudar de lo mismo que ve. Un ayre furioso, un semblante melancólico, el color cetrino, los ojos denegridos, el paso ya lento, ya furibundo, hacian sospechar á Polidoro que el Conde habia enloquecido; observa que se va encaminando á lo alto de una roca descarnada, que está pendiente sobre los abismos. Y sin demora, soltando la rienda, y picando al brioso bruto, corre como si volase sobre las alas de los vientos, y se arroja delante de él para impedirle el precipicio. Abrázale, dándole el parabien de verle con vida, quando le lamentaba ahogado con toda su familia*. Entónces el Conde, como si volviese de un frenesí, ó como despertado de un profundo sueño, reconoce á su amigo; y turbulento, con voz tremula, y un ayre tétrico, corresponde friamente

* Habia sido inundado la noche anterior el palacio de la Princesa, quien hubiera sido anegada con toda su familia, si la tempestad no los hubiera precisado todos, volviendo del paseo, á retirarse á una cabaña de pastores, donde quedaron toda la noche.

friamente á las excesivas demostraciones de gozo que en Polidoro hallaba, y ambos se dirigen hácia la quinta en busca de la Princesa. Iba el Conde avergonzado, y Polidoro confuso. El uno rebosando gozo, y el otro medio muerto de tristeza.

El Mismo.

La Pasion de Amor.

Esta enfermedad es un mal que insulta todos los miembros, y en cada uno de ellos ocasiona particular enfermedad: en la cabeza delirios, ceguedad en los ojos, frenesí en la sangre, en el pecho una especie de cancer, que insensiblemente va royendo el corazon y el alma, y un fastidio tal en el paladar, que, todo lo que no sabe al objeto amado, le parece insipido. Con el amor queda el ánimo baldado y cojeando; y así siempre se inclina hácia una parte, y no da ni un solo paso dérecho. El amor es una fiebre tan contagiosa que muchas veces se pega con solo una simple mirada, y se apodera en un instante de todo el alma. Apenas llega á mordernos esta víbora, quando ya corre el veneno de vena en vena, repasa todos los miembros, penetra las entrañas, pégase al corazon, y profundiza en él sus raices. Creo que no puede haber enfermedad mas incurable.

El Mismo.

Hermosura de la Virtud.

La virtud, amigos mios, es en su trato sincera y veraz; en sus promesas fiel é inmutable; en la amistad lisa y sin rebozo: ella es magnánima en los proyectos, constante en las empresas, y suave en la execucion de ellas; en los con-

consejos os da sabiduría, prudencia en las resoluciones, ánimo en los peligros, y en los contratiempos os hace firme como una roca. La virtud ni teme, ni huye, ni finge: es al mismo tiempo elevada y modesta: ni se esconde avergonzada, ni hace vana ostentacion de su belleza. Es lo que es; de nadie depende, ni hace caso de quanto pueden decir de ella los hombres: ya la alaben, ó la vituperen, todo para ella es lo mismo. Es rica, pero sin luxo; independiente, pero sin soberbia; afable pero sin lisonja. En su fortaleza no hallareis violencia, ni en su blandura floxedad. Ved ahora si puede haber mejor retrato de la hermosura increada: ved si la virtud será amable á quien bien la mire y reflexîone.

El Mismo.

Pintura del Estado en que se le pone á Teodoro, *Emperador de Nicea, la supuesta Conspiracion de que acusan á* Miseno.

Como mastin irritado y rabioso, á quien un veneno roedor y mortal le despedaza el corazon cada vez que respira, que corriendo sin tino á una parte y á otra, todo lo embiste y derriba, todo lo muerde y despedaza, que con la boca abierta, los dientes agudos, la lengua colgando y palpitante, ya se precipita en los valles, ya aparece en los cerros, ya atraviesa los montes, siendo al mismo tiempo el terror de las ovejas que ántes guardaba, y de los lobos sus enemigos; que no reconoce pastor, mayoral ni zagal, y que exhala y esparce por todas partes el mismo contagio que le devora, así es el Emperador Teodoro. Su misma esposa teme, sûs confidentes se retiran, su semblante es negro,

negro, pálido, triste, furioso, inconstante, inflexible y ayrado; por quantas partes pasa dexa el horror y el miedo: ya sale, ya entra; ya sube, ya baxa; cierra, abre; vuelve á cerrar, abre otra vez, y todo lo hace con ímpetu, y en todo muestra furor: unas veces corre como loco por los campos, otras se cierra en su gabinete, y desde afuera se oyen unos ayes tan sentidos, unos gemidos tan descompasados, que parecen bramidos; en fin, casi frenético no admite consejo, á ninguno lo pide, á ninguno escucha. Ved aquí que toma un puñal, y sale furioso á ver si le puede quitar la vida á Miseno, como á orígen de todos sus cuidados.

El Mismo.

Pintura que hace Miseno *á Efigenia de la Luz de la Razon.*

La luz de la razon es un admirable don del Cielo, guia soberana para acertar en el camino de la felicidad. Escuchadla bien, y sereis siempre feliz. La luz de la razon es fiel, esta voz celestial nunca nos engaña. Y no imagineis que es opinion de los hombres sujeta á capricho, á variedad, ó á error: No: es una voz divina, un eco de la verdad eterna, que suena en el concavo de nuestro celebro, de donde pasa al espíritu, y así no puede engañarnos. Ya tenemos todos experiencia que esta voz interior ni la podemos enmudecer, ni doblarla jamás; ella es superior á toda fuerza humana. Corra enhorabuena el libertino á rienda suelta por la entera saciedad de sus pasiones; huya, escape, vuele, que por qualquier parte que vaya, siempre irá tras él el clamor de la razon; y quiera, ó no

quiera, ha de oirlo. Enciérrese en lo mas escondido de su gabinete; tape los oidos á todos los discursos que lo condenan, forme mil raciocinios á su favor, todo es inútil, por mas que se resista, ha de oir claramente la sentencia de la razon, que le dice: *Obraste mal.* Quiera despreciar esta voz, como preocupacion del vulgo, ó fábula de ignorantes: písela con rabia, sin embargo ella siempre le condenará con libertad y franqueza: haga trabajar al entendimiento, para que le disculpe: sude, fatíguese, esfuerce todos los sofismas, empeñe las astucias ocultas de la elocüencia, dé quantos garrotes pudiere á esta luz de la razon, que en vano se cansará: pisada, oprimida, y sufocada, dará gritos mucho mas fuertes, y aun se hará ver mucho mas en lo intimo de su alma. Su sentencia es incontrastable, siempre es la misma, y siempre ha de decir *hiciste mal.*

El Mismo.

Respuesta de Miseno *al* Conde *de* Moravia, *quando este, arrastrado de sus Pasiones, con Palabras insolentes, y altivas pide á* Miseno *que de allí adelante se dispense de criticar sus Acciones y darle Consejos.*

Amigo: Si es delito en vuestro tribunal el amaros seriamente, si es injuria hacer por vuestro bien todas las diligencias posibles, hasta exponer repetidas veces la vida, confieso que soy culpado; pero ni me arrepiento de esta culpa, ni prometo de emendarme de ella. Sois señor, no solo de vuestras acciones, sino de vuestro corazon, así es; me podeis aborrecer quanto quisiereis. Pero yo tambien soy señor del mio, y puedo á pesar de vuestra resistencia

amaros

amaros y ser constante en el afecto que os prometí. Por vuestro amor me desterré de mi sosiego: pedisteisme que lo hiciese, paraque pudieseis alcanzar con mis consejos la verdadera felicidad: lo cumplí; me negué á quien me buscaba para los mayores honores, y me arrojé á las ondas, solo por acompañaros en los trabajos. No lo negareis: por mar y por tierra os he seguido, y bien sabeis que ninguna accion vuestra ha tenido poder para entibiarme este amor. En Nicea quisisteis darme la muerte; os pagué con conserbaros la vida, y vida que teniais ya perdida: ninguna ofensa vuestra me hizo jamás volver atras en el obsequio comenzado. Ahora me cerrais la puerta á que os ofrezca nuevos testimonios de mi sólida y fina amistad: no importa; me contentaré con amoros de valde, y hacer por vos y en vuestra ausencia generosamente quanto pudiere para que seais feliz. De aquí en adelante todo mi gusto será obrar por solo el impulso de mi fiel amistad, sin el agradable atractivo de vuestra correspondencia. Yo asiento, hijo mio, que servir á un amigo es deuda, y amar á quien me ama es comercio; mas servir á quien me aborrece, es obrar como Dios obra, es obedecer á la ley suprema, que así lo ordena, y consolacion grande poder obrar de este modo. . . . . .
No, hijo mio, no os obligo, ni os ruego que me ameis; que sin eso yo os amaré como os he amado hasta aquí. O de cerca, ó de lejos mi alma os seguirá siempre, y á fuerza de clamores obligaré al Cielo á que me atienda. Trabajaré incesantemente por hacer feliz á un desgraciado; y seré dichoso si lo consigo, é igualmente seré feliz, si, aunque no lo consiga, trabajare con constancia, en esta impresa: porque no depende de la vuestra mi felici-

dad, sino del socorro del Cielo y de mis propias acciones. Permitidme que os abrace: á Dios, yo me retiro.

El Mismo.

Efecto de los Zelos.

En el pecho del Conde hervia la sangre negra y requemada de los zelos: cada palabra de Efigenia á Neucasis le era una lanza, cada mirada de ojos una saeta. Comienza el entendimiento á ofuscársele, y á perdérsele la memoria: olvida todo lo pasado: sus promesas, la doctrina de Miseno, y su experiencia propia, todo huye de su reminiscencia. La niebla de su entendimiento sensiblemente se hace mas espesa, llega á ser una nube negra, que fulmina relámpagos, estalla truenos, y dispara centellas y rayos. Cómienza tambien á mudársele el semblante: los ojos ven las cosas al reves: los oidos adulteran las palabras: el ánimo les da un sentido envenenado; y así, abierta la puerta de su corazon á la furia de los zelos, de tropel se le van entrando por ella todas las demas pasiones, y su alma infeliz dexa de ser señora aun de la habitacion en que vivia. El odio, la venganza, los recelos, la ira, los engaños, las inquietudes, el amor y la pasion, la traen al rededor como un remolino; ya la oprimen, ya la impelen, ya la levantan, ya la abaten; y la pobre alma desfallece, y gime.

El Mismo.

Descripcion de un Duelo.

Quando los demas reposaban de la jornada al abrigo de las tinieblas, el Conde salia dando ahullidos por los campos

campos y bosques, todo entregado á la desesperacion y al error, hasta que una madrugada resuelve desafiar á Neucasis, para que disputen en campo de duelo el derecho al corazon de Efigenía, que alevosamente se le robaba este su rival. ¿Para qué he de conservar, decia, una vida que me sirve de tormento? O venza yo, ó quede vencido; este infierno solo así se acaba: si muero, no puedo tener penas; si vivo, no tendré quien me las cause. Dixo: y sin admitir el consejo que la luz de la razon le enviaba, al modo de un relámpago, va sin detenerse á provocar á Neucasis. El imaginado favor de Efigenia habia énsoberbecido à Neucasis, quien sobre astuto, vil y mañoso añadia ahora de nuevo ser insolente, gloriándose con vanidad de la desgracia del Conde. Acepta desde luego el desafio, y á un bosque vecino se van á disputar con la espada la razon que ninguno de los dos tenia. De una parte se veía el furor, de otra la sangre fria, y la destreza. Nunca Marte tuvo retrato tan vivo como lo era el Conde: su brazo era una roca quando paraba, un rayo quando partia. Neucasis voluble, pronto, listo, y sagaz leía en los ojos del Conde todo quanto él premeditaba para evitar el golpe: en un instante se dan mil embestidas, y así de una, como de otra parte, parecia el peligro inevitable. La horrible *muerte*, tomando alas de murciégalo, vuela por el campo del combate indecisa sobre quien de los dos habia de ser el blanco de su tiro, amenazando alternativamente con su fatal guadaña á entrambos combatientes. El *valor* y la *colera* la impelian hácia un lado; la *astucia* y la *destreza* hácia otro. El Conde ciego y furioso no veía su propia sangre, ni sentia sus heridas. Neucasis mas sobre sí evitaba las

suyas.

suyas. La muerte se recreaba en la lucha que le preparaba la presa; hasta que por fin con aquella fuerza inevitable, á que nunca resiste brazo alguno, arroja el funesto instrumento contra neucasis, quando él, engañado de sus pensamientos, corriendo con la espada contra el Conde, yerra el golpe, se clava la de su enemigo por el corazon, y cae luego en tierra. Respira entónces el Conde victorioso; y arrancando de aquel corazon malvado el mortífero hierro, dexa salir envuelta en negra sangre el alma palpitante, que furiosa y desesperada se va á precipitar en los abismos. Vuélvese á mirar al rededor lleno de vanidad, semejante al Gallo *, que vence á su contrario en público combate; y puesto sobre su cadaver canta desvanecido y ufano la victoria.

El Mismo.

Paralelo de Luis XIV. *Rey de Francia y* Pedro el Primero, *Czar, ó Emperador de la Rusia.*

Ya sobre este punto escribió algo el Spectador Ingles, ó *Socrates moderno*, (uso de la voz *Spectador* nueva en el Castellano, por no hallar en nuestro Idioma otra enteramente equivalente á la Latina, *Spectator)* en el Disc. 1. de el Tomo 3. Pero sobre que el Paralelo, que hizo este amenísimo Autor, es demasiadamente ceñido, le hallo algo vic-

---

* Entre todos los animales que combaten públicamente, no hay ninguno que lo haga con tanta vanidad como el Gallo, particularmente los de Inglaterra; en cuyas contiendas públicas se cruzan muchos mil doblones. Por eso se escogió para la semejanza de la vanidad del Conde vilmente satisfecho de su obscura victoria.

vicioso, porque no disimula en el desafecto reynante en su nacion, hácia el Monarca Frances. Quanto á la substancia, convengo con él en la preferencia que dá al Moscobita; y aun juzgo, que esta preferencia estriva en unas insignes ventajas.

Pedro Alexovitz, Emperador de la Rusia, si se atiende al complexo de calidades, y acciones, por donde comunmente el mundo califica de grandes á los príncipes, fué, no solo uno de los mayores, que tuvo el mundo, pero tan sobresaliente aun en esta misma elevada clase, que apenas se hallará otro, que se le deba preferir. Con advertencia he ceñido el merito de el elogio al dictámen comun de el mundo; porque supongo, que no se puede decir absolutamente príncipe excelente, el que no posee todas aquellas virtudes morales, que exîge un imperio razonable. A uno, que en presencia de Agesilao, Rey de Sparta, ponderaba el gran poder de el Rey de Persia, replicó con generosa indignacion Agesilao: *No es mayor Rey que yo, quien no es mas justo que yo.* Mas oportuno fuera el apotegma, si la magnificencia, con que el otro hablaba de el Rey de Persia, fuese relativa á otra grandeza, que á la de su vasto imperio. Pero no es esta la regla de que usa el mundo para medir la estatura de los Reyes. Sea un Alexandro lascivo, intemperante, ebrio, cruel á tiempos, y siempre usurpador; como posea en un grado eminente las virtudes militares, y en sus empresas corresponda su fortuna á su valor, será de todos los siglos apellidado *Alexandro el Grande.*

Es verdad, que aun de aquellos, que no son muy escrupulosos en la definicion de el heroismo, son muchos los que no reconocen por héroes á los que poseen aquellas vir-

virtudes, si están manchados con tantos vicios. Si hablasemos con toda propiedad, no concederiamos la alta prerogativa de héros, á quien habitualmente padezca algun grave defecto moral. Pero el idioma de los políticos moderados, y aun de plumas bastantemente religiosas, no pide tanto; ántes estan regularmente convenidos en practicar con los príncipes ilustres un genero de condescendencia benigna, en órden á algunos vicios, especialmente el de la ambicion, y otro, hácia quien es muy resbaladiza la libertad de los soberanos, como se contengan dentro de ciertas márgenes.

Bien necesitan de esta indulgencia los dos Príncipes, cuya preferencia se qüestiona, porque ninguno de ellos fué santo. Uno, y otro tuvieron no leves vicios. La ambicion, y la incontinencia fueron comunes á entrambos, y la ambicion en entrambos, acompañada de la mala fe. Explicóla el Moscovita en la invasion de la Livonia, violando con frivolos pretextos los tratados, que habian, desde que la habia conquistado Gustavo Adolfo, asegurado aquel País á la Suecia, y engañando con promesas de paz por medio de su Embaxador en Stocolmo, al mismo tiempo que estaba disponiendo la guerra. El Monarca Francés, dicen muchos autores, pecó tanto en esta materia, que la relacion de sus infracciones de tratados con los príncipes vecinos, coloradas con falaces apariencías, casi vendria á ser una historia completa de su vida política. Pero debo añadir, que aunque lo publicaron así España, Italia, Inglaterra, y Alemania, lo publicaron quando eran enemigas de la Francia; y así, hasta saber si hay Autores Franceses veridicos, que convengan en ello, suspenderé el asenso.

La incontinencia en Luis XIV. sobre escandalosa

por

por pública, casi fué un pecado de por vida. Y en ella fué de especialísima nota la monstruosa torpeza de despojar al Conde de Montespan, de su legitima esposa, para que sirviese muchos años á su lascivia. No hallo en las historias, que leí de el Czar Pedro, que sus desórdenes en esta materia pasasen de la juventud; y aun se dice, que en los diez años, que mediaron desde el repudio de la primera muger, hasta su casamiento con la segunda, no tuvo comercio con muger alguna. Pero á toda su vida transcendió la mancha de repudiar, y cerrar en un monasterio á su muger la Princesa Eudoxîa, y casarse con otra, viviendo ella, sin que precediese de parte de esta otra culpa, que quexarse de las infidelidades de el Czar: pues aunque no falta autor, que la creyó indiciada de adulterio, fué rebatido por otros mejor informados; y como dice el Anónimo Escritor de la vida de el Czar, impresa en Amsterdan el año de 1742, toda la Rusia está plenamente persuadida de su inocencia.

Demás de estos vicios, comunes á los Monarcas, otros tres se atribuyen al Rusiano, de que no adoleció el Frances. El primero, la intemperancia en órden al vino, y licores fuertes. El segundo, dexarse arrebatar de la ira, tal vez por levísimas causas. El tercero, la crueldad.

Los dos primeros capítulos son ciertos. Pero se rebaxa mucho de su fealdad con dos consideraciones: La primera, que esos vicios eran en gran parte influídos por la barbara educacion que tuvo: La segunda, que hacia no leves esfuerzos por vencer una, y otra pasion, especialmente la de la ira; y aun se lastimaba amargamente de la gran dificultad, que hallaba en reprimirla: de modo, que, segun el autor poco há citado, muchas veces, al re-

venir de sus raptos, se le oyó prorumpir en esta, ú otras semejantes exclamaciones: *Yo reformo á mis vasallos, y no puedo reformarme á mí mismo: maldito temperamento, funesta educacion, que no puedo vencer, por mas reflexiones, y propositos que hago.*

Lo de los conatos de el Czar, para vencer su pasion por el vino, y licores fuertes, afirma el historiador Ingles Burnet, que trató al Czar en Londres. Pero es mas probable, que nunca la venció.

El capítulo de crueldad es el en que yo no puedo convenir absolutamente. Es verdad, que Pedro executó muchos, y severísimos castigos, pero muy merecidos de repetidas sedíciones, cuyo asunto era despojarle, no solo de la corona, mas tambien de la vida. A que se añadió, que los Rusianos, gente entónces barbara, feróz, y dura, solo podian ser contenidos, proporcionando el rigor á su ferocidad.

Fuera de esto, hallo en la historia de este príncipe muchos actos de singular clemencia. A su hermana la Princesa Sophia, que fue autora de las repetidas conspiraciones contra la vida de el Czar, no dió mas castigo, que la clausúra de un monasterio. Y al príncipe Galicin, instrumento principal de aquella Princesa, no mas que el destierro á la Siberia. A los Cosacos rebeldes, que haciéndose de el partido de el Rey de Suecia, tomaron las armas contra él, solo castigó desarmándolos. En la batalla de Fraustadt, el General Sueco Renschild, Capitan insigne, pero cruel, hizo degollar á sangre fria á seis mil Rusianos rendidos. Podia el Czar, por el derecho de represalia, executar lo propio con muchos prisioneros Suecos, que tenia, y á todos dexó con la vida.

En

En general con los prisioneros de guerra era, no solo benigno, y dulce, mas aun noblemente generoso. Esto mostró en varias ocasiones. A los prisioneros de la batalla de Pultava, en que fué enteramente derrotado el Rey de Suecia, despues de concederles graciosamente unas condiciones, mucho mas ventajosas, que las que en la infeliz situacion, en que se hallaban, podian esperar, trató con la mayor humanidad de el mundo. Para cuya demonstracion copiaré aquí las palabras de el autor de las *memorias de el Reyno de Pedro el Grande*, (B Yvan Nestesuranoi) impressas en Amsterdam el año de 1740.

" La suerte de tantos infelices le hizo *(al Czar)* una " impression muy sensible, y mas de una vez desaprobó " la conducta de un príncipe, *(el Rey de Suecia)* que de " esta manera sacrificaba á su ambicion tantos fieles Va- " sallos, de quienes debia ser padre, y conservador. Con- " cedió generosamente la libertad á todos los generales, y ofi- " ciales; y por dár á los soldados rasos señales sensibles de " su compasion, hizo distribuir á estos miserables mas de " quince mil ducados. El dia siguiente convidó á su mesa " á todos los Generales Suecos; y habiéndose informado " con aquella afabilidad, que le era tan natural, de el " Velt-Mariscal Renschild, á que numero llegaba el Exer- " cito Sueco ántes de la batalla; y sabido de él, que con- " tendria diez y nueve mil Suecos, y de diez á once mil " Kosacos, le dixo: *Cómo es posible, que un príncipe tan* " *prudente como el Rey de Suecia, se haya aventurado con* " *un puñado de gente en un pais incognito, y tan desdichado* " *como este?* Haviéndole respondido Renschild, que " ellos no havian sido consultados siempre para las ope- " raciones, sí solo, que como fieles Vasallos, havian ser-

" vido siempre sin contradiccion á su Rey: Esta fideli-
" dad agradó tanto á su Magestad Czariana, que quitán-
" dose la espada, que tenia á la cinta, se la dió al Conde
" Renschild, pidiéndole, que la conservase como prenda
" de la estimacion, que hacia de su persona, por ser tan
" fiel á su Rey. No mostró ménos bondad con el Conde
" Pipér; y para que todos los prisioneros clasicos fuesen
" asistidos de todo lo necesario, los destribuyó por huespe-
" des á sus Generales. El Conde Renschild, tocó al
" Conde Scheremeteff; el Conde Pipér, al Conde Go-
" loiukin; el Principe de Wirtemberg, al Príncipe Men-
" zikoff; el General Stakelberg, al General Rone; y
" así de los demas.

Es verdad, que no fué despues consiguiente en este proceder humano con los prisioneros de Pultava, los quales relegó á la Siberia: y de los dos primeros Generales, Renschild, y Lovenhaut, el segundo vivió miserrimamente aprisionado en Moscovia, donde ultimamente murió: infelicidad, que comprehendió tambien al Conde Piper, primer Ministro de el Sueco. Acaso estos Procederes le darian despues algun motivo especial de resentimiento. Renschild fué cangeado.

Al Comandante de la Flota Sueca Erenschiold, de cuyo valor fué testigo en la batalla de Alandt, luego que le hizo prisionero, regaló con un vestido rico; y despues de elogiarle altamente delante de todos sus oficiales, le ofreció su amistad para siempre.

El proceder que tubo en la toma de Nerva, fué digno de el mas noble héroe. Obstinado el Sueco Governador en no rendirse, entraron los Rusianos la Plaza por asalto. Ordenó al punto el Czar á sus oficiales, que impidies-

pidiesen toda violencia sobre los habitadores; mas no pudiendo estos contener á los soldados, que furiosos robaban, violaban, y mataban quanto veían, acudió el Czar por sí mismo al remedio; y corriendo de calle en calle, arrancaba las mugeres, y los niños de las manos de los Rusianos; amenazaba á estos con los mas severos castigos, para que se detuviesen, ayudando al imperio de su voz, el terror de su espada; pues con ella mató mas de cinqüenta de los que halló mas obstinados en proseguir las violencias. En fin, atajado el desórden, haciendo juntar en la Casa de Ayuntamiento los principales Ciudadanos, entró él; y poniendo su espada toda bañada en sangre sobre una mesa, les dixó estas palabras: *No es sangre de los Ciudadanos de Nerva la de que está teñido este acero, sino la de muchos Rusianos, que he sacrificado á vuestra conservacion.* Depositada está hoy la espda en aquel sitio, ostentándose como monumento precioso de la humanidad de aquel Monarca; y sería justo, que en las paredes de todos los Edificios públicos de Nerva, se escribiese con carácteres de oro todo el hecho.

He expuesto á V. M. los vicios de los dos Monarcas, en que no siendo grande la desigualdad, se hallará menor, ó ninguna, si se atiende á dos circunstancias, que disculpan en parte los de el Moscovita, y agravan los de el Frances: la Educacion, y la Religion.

La educacion de el Moscovita, como yá se insinuó, fué perversa; y nadie ignora, quanto la calidad de la educacion influye en todo el resto de la vida. Toda religion llena de errores, qual es la que profesaba el Czar, turba mucho la vista intelectual en órden á la moralidad. Ni una, ni otra disculpa se puede alegar á favor de Luis XIV.

Su

Su educacion fué bella, debaxo del govierno de el Marques de Villeroy, hombre bueno, y hábil, y á la vista de su Madre Ana de Austria, de quien dice el Historiador Mr. Larrey, que todos los Escritores concuerdan en darla *el bello elogio de la mejor Reyna de el Mundo.* Profesó siempre la Religion Catholica Romana, cuyas santas Maximas no podian ménos de darle continuamente en rostro con sus relaxaciones. Así, no tenia otro recurso para hácerlas ménos intolerables, que el general de todos los viciosos, la fragilidad humana.

Pasados yá en revista los vicios, que afean á los dos Monarcas, traslademos la consideracion á las acciones, ó virtudes, que los ilustran. Y aquí es dónde yo descubro unas grandes ventajas de el Rusiano sobre el Frances.

No se puede negar, que Luis XIV. fué dotado de muchas buenas calidades: hombre discreto, de juicio sólido, de espíritu constante, bastantemente aplicado al gobierno, de una entereza Regia, mezclada con afabilidad popular, amante de la justicia, en quanto no obstaba, ó à su ambicion, ó á su deleyte, estimador de el merito humano, liberal, propenso á que en el Reyno floreciesen las Artes, Ciencias, y Comercio. Mas si estas partidas bastan para constituir un buen Rey, no son suficientes para constituir un gran Rey. Y aun permitiendo, que sean suficientes para constituir un gran Rey, añadiré, que no lo son para constituir un Rey, tal, que merezca adaptársele por renombre el epitheto de *grande*; que es muy distinto lo uno de lo otro. No da idea, pongo por exemplo, tan magnifica de Alexandro, decir, que fué un gran Príncipe, ó un gran guerrero, como llamarle *Alexandro el Grande*: no da idea tan magnifica de el Santo Pontifice Gregorio el pri-

primero, decir *fué un gran Papa*, como nombrarle, y designarle con el distintivo de *el Gran Gregorio*. Este segundo pide una grandeza, no como quiera, sino grandeza heróyca: es aclamar la excelencia de el Sugeto con una especie de entusiasmo: significa estatura, no solo superior á las comunes, mas enteramente agigantada.

Dexando, pues, bastante campo á los panegyristas de Luis XIV. para que se extiendan en sus alabanzas, me contentaré con decir, que este Príncipe, en ninguna manera arribó á la grandeza de el heroismo. Porque, pregunto: ¿qué acciones propias de héroe executó Luis XIV? Ni una hallo en toda su historia. Confieso, que hizo algunas cosas utilísimas, quales fueron, sobre todo, la extincion de los duelos, y el destierro de la heregía. Pero ni estas, y mucho ménos otras inferiores á estas, pedian, ó extraordinarios esfuerzos, ó alcances superiores.

La Heregía estaba enteramente desnuda de fuerzas, quando fué la revocacion de el Edicto de Nantes. Los Duelistas no constituían partido, porque no lo eran por profesion; y aun quando se unicsen, sería en cortísimo numero. Así la execution de uno, y otro, no le costó á Luis XIV. ¡mas que quererla, y decretarla. De modo, que en las circunstancias, en que entónces estaba la Francia, otro qualquiera Rey, que se aplicase á ello, haria lo mismo. Lo propio digo de todo lo demás, que quieren aplaudir en este Príncipe. Quando entró en el govierno, estaba la Francia enteramente pacificada, los disturbios de la minoridad extinguidos. Por recomendacion de el Cardenal Mazarini, vió luego á sus lados dos insignes ministros, destinados á diferentes asuntos, Juan Baptista Colbert, y Miguél de Tellier, que partian entre

sí todos los cuidados grandes de la Corona de Francia. A Colbert se debió quanto se adelantó entónces la Francia en el Comercio, en la Marina, en Edificios públicos, en Ciencias, y Artes de que fué amantísimo, y liberalísimo Protector. A Colbert sucedió el Marques de Louvois, gran Ministro tambien, de vastísima capacidad, y suma aplicacion; por lo que pudo cumplir con los muchos, y altos empleos que tuvo. Asistiendo á Luis XIV. tales Ministros, no le quebaba que hacer, sino autorizar sus ideas, para que se executasen.

Por lo que mira á las grandes ventajas, que logró en las guerras con los Príncipes vecinos, aquellas se debieron á los excelentes generales, que tuvo. Y no hay que decir, que él los formase, ó en alguna manera concurriese á hacerlos tales; pues á los mayores de todos ellos, el Príncipe de Condé y el Mariscal de Turena, á quienes justísimamente se puede aplicar lo que dixo Virgilio de los dos Scipiones: *Duo fulmina belli:* hechos los halló y con fama ilustre ya, quando embezó á reynar. Los grandes Generales, comunmente dexan buenos discípulos; y así sucedió en la mayor parte de el Reynado de Luis XIV. Sobre todo, el Duque de Luxemburgo, que fué quien principalmente, despues que faltaron aquellos dos héroes, mantuvó la gloria Militar de la Francia, con ilustres, y repetidas victorias, debaxo de la conducta del Príncipe de Conde, havia aprendido el ministerio de la guerra.

De que resulta, que bien considerado todo, de las grandes cosas, que se hicieron en el reynado de Luis XIV. la única gloria, que sólidamente le queda á este Monarca, es, haber conocido los grandes talentos de algunos Vasallos suyos, haberlos empleado, y atendido.

¿ Pero

¿ Pero qué ? Aun dentro de esta misma especie cayó en algunas gravísimas faltas, que verisimilmente hicieron infelices los últimos años de su Reynado. Habiendo los dos Príncipes de su sangre, el de Conti, y el Duque de Orleans, dado en algunas funciones, en que se hallaron, muestras de un extremado valor, y una acertadísima conducta; por unos zelos, ó llámense rezelos, propios de un corazon pusilanime, los retiró de el manejo de las armas, y tuvo ociosos el resto de su vida. Y aun al de Orleans, lo poco que le ocupó, le tuvo atadas las manos con órdenes opuestas á sus buenas ideas: por lo que verisimilmente se perdió la gran batalla de Turin, en que el Duque queria, que el Exercito Frances saliese de las lineas á recibir los Imperiales en rasa campaña; que es lo que debia hácerse, segun los mejores Maestros de el Arte Militar; y el órden de la Corte, que le presentó el Mariscal de Marsin, le obligó, con sumo pesar suyo, que no pudo, ó no quiso disimular, á esperarlos dentro de las trincheras. El mismo desayre habia padecido cinco años ántes el Mariscal de Catinat, á cuya prudente conducta fué preferida la temeridad de el de Villeroy, de que se siguió el destrozo, que los Franceses padecieron en Chiari.

Vamos ya á examinar la conducta de Pedro el Grande. O que grande en todo! O que superior en todo á la de el Rey Frances! Hizo el Moscovita en un Réynado, de no muy extendida duracion, cosas tales, que divididas, podrian constituir gloriosos muchos Reyes, y muchos Reynados; y en todas se puede decir, que él fué el todo, ó por lo ménos en todas agente principal; y en muchas agente, y instrumento juntamente. Hizo Pedro el Grande, que, en un vastísimo Imperio, lleno todo de la mas refinada bar-

barie, cuyos habitadores rudos, indómitos, feroces, no solo ignoraban todas las Artes, pero parecian negados á su enseñanza, todas las Artes floreciesen como en otra qualquiera nacion Europea. De unos hombres, que solo parecian hombres en la figura, hizo buenos Soldados, hizo hábiles Generales por Mar, y por Tierra, hizo Pilotos, hizo Artífices para todo genero de maniobras, hizo excelentes Mathematicos, Philósofos, Humanistas, Historiadores, Políticos, Cortesanos, Discretos, &c. y para todo tuvo que vencer, no solo la profunda ignorancia de aquella gente, mas tambien su obstinada resistencia á deponer la barbarie. Añádase, haverles hecho renunciar los antiguos usos, que siendo los mas absurdos de todo nuestro Continente, eran retenidos con indecible terquedad: haver extinguido los Strelizes, que eran casi toda la fuerza de el Imperio, Milicia inobediente, y revoltosa, temida de todos sus predecesores, formando otra nueva, á quien dió oficiales Estrangeros; haver despojado de la mayor parte de su autoridad al Patriarca, que siendo adorado casi como Deidad de aquella supersticiosísima gente, incomodaba mucho la soberanía de los Czares, ó la dividia con ellos: haber humillado el tyranico orgullo de los Nobles, que á sus dependientes trataban como vilísimos esclavos: haver hecho conocer, y practicar á sus vasallos varias virtudes políticas, y morales, de quienes ignoraban aun los nombres.

A los ojos se viene, que para hacer todo esto, era menester una comprehension, una capacidad inmensa, una fuerza de espíritu robustísima, un valor en supremo grado heróyco, una actividad infatigable, una política artificiosísima, un zelo ardiente por la felicidad de aquel dilatadísimo Imperio.

Efectos proporcionados á estas, y otras virtudes, fueron

ron el establecimiento de una Infantería tan animosa, y reglada, como la de otra qualquiera nacion Europea: una Marina de quarenta Vaxeles de linea, y de ducientas Galeras: Fortificaciones, segun el estilo moderno de todas las Plazas importantes: una excelente política en todas las Ciudades principales: una Academia de Marina, adonde todas las Familias Nobles son obligadas á embiar algunos de sus hijos: Colegios en Moscou, en Petersburg y en Kiof, para enseñar las Lenguas, las Bellas Letras, y las Matemáticas: Escuelas pequeñas en las Poblaciones menores, donde los paysanos aprenden á leer, y escribir: Escuelas públicas de Moscou, de Medicina, Pharmacéutica, y Anatomía: un observatorio para la Astronomía: Imprentas tan buenas, como las de los Reynos, que florecen en policia: una Bibliotheca copiosísima, compuesta de tres, que compró en Inglaterra, y Alemania, &c.

Tantas cosas insignes, como las que hasta aquí he referido, y otras, que omito, hizo Pedro el Grande en un Reynado de veynte y nueve años; (no mas que estos reynó solo, por la muerte de su hermano Juan, que ocupaba la mitad de el trono) que si las viesemos executadas en otro grande Imperio por cinco, ó seis Reyes, en el espacio de siglo y medio, de modo, que se dividiesen entre ellos las partes de tan magnífica obra, á todos esos cinco, ó seis Reyes, aclamaria el mundo por unos Príncipes de extremada habilidad.

Los medios con que logró tantas, y tan altas empresas, fueron tan extraordinarios como ellas. Supo este Príncipe hallar la mayor elevacion en el mayor abatimiento: levántose sobre todos los Reyes, baxando á igualarse con sus mas humildes vasallos. ¡Como hizo Soldados,

dos, y buenos Soldados, á los Rusianos? Sirviendo él, como Soldado, desde el infimo grado, de donde fué subiendo por los pasos regulares hasta el supremo. Sirvió primero de Tambor, luego de Soldado raso, despues de Cabo de Esquadra, de Sargento, de Alferez, &c. Supongo, que exerciendo estos empleos, no exponia su persona en las funciones, como corresponde á cada uno de ellos; pero los exercia con la diligencia mas puntual, y con la mas rendida obediencia á sus Xefes. ¡Quanta influencia tendria esto en todos los Rusianos! ¿Qué noble Moscovita se desdeñaria de servir con el fusil, ó con la granada en la mano, viendo á su Príncipe batir el tambor? He dicho, que supongo, que en aquellos empleos no exponia su persona; porque aun quando su ardimiento le impeliese á ello, le reprimirian sus Xefes, á quienes en todo, y por todo obedecia con la mayor resignacion. Sobrábale valor, pero seria facinorosa imprudencia arriesgar una vida, de quien pendia la felicidad de la Rusia. Sobrábale valor, como mostró en varias ocasiones, siendo General de sus tropas, en cuyo estado no tenia superior que le impidiese, especialmente en dos. La una fué la batalla, que dió al General Levenhaut á la margen de el Nieper, donde haviéndose puesto en fuga al primer encuentro la Infanteria Rusiana, congregada de nuevo, colocó un número crecido de Calmucos, y Kosacos detrás de el Exercito, con órden de que hiciesen pedazos á qualquiera que huyese, sin reservar su misma persona, en caso que él cometiese esa vileza. Otra, quando circundado de el Exercito Turco á las orillas de el Pruth, y perdido sin remedio, eligió perecer con las armas en la mano, ántes que réndirse; aunque de uno, y otro riesgo le libró su Esposa la célebre Emperatriz Catalina,

sobornando con todas sus preciosas joyas al avaro Visir, que mandaba el Exercito enemigo.

El mismo exemplo, que á las tropas de tierra, dió á las de mar, subiendo por todos los oficios, desde el de Grumete, hasta el de Almirante; no siendo esto mera denominacion, sino empleo real, y verdadero: pues quando Grumete, servia al capitan de el navio en todas aquellas humildes ocupaciones en que los demas Grumetes á los suyos; y en una ocasion, que imprudentemente el capitan, corriendo un viento fuerte, le mandó, ó permitió subir á la gabia; intrepidamente lo executó, aunque luego que el capitan le vió arriba, conociendo el peligro, le mandó baxar.

Raro espectaculo fué para el mundo, y lo será siempre, puesto en la historia, un Emperador de la Rusia, haciendo el *oficio de Tambor* en la tierra, y el *de Grumete* en el Mar. Pero otro espectaculo mas raro voy á proponer. Pasmense todos los Príncipes exîstentes, y venideros, de que ese mismo Emperador de la Rusia, por aprender la construccion de los navios, y enseñarla á sus vasallos, excitándoles juntamente, para que se aplicasen á ella con su exemplo, dos años estuviese exerciendo el empleo de oficial de Carpentería en Amsterdan, con todas las circunstancias, y condiciones de tal, vestido como los demas oficiales, sustentándose de su paga diaria como los demás; pero excediéndolos á todos en el afan de el trabajo. No los triunfos de Camilo, de Marcelo, de Mario, de Cesar, de Pompeyo, embelesaron tanto á los Romanos, como Pedro el Grande, incognito debaxo de el nombre de Pedro Michaelof, y al mismo tiempo conocido de todos por lo que era; madrugando muy de mañana al astillero en hábito

bito humilde, con la hacha debaxo de el brazo, y ocupando todo el dia en aquella taréa, con tanto ardor, como si dependiese de ella su vida.

Esta fué una especie de heroismo incognito hasta entónces al mundo; pero heroismo de órden superior á quantos el mundo celebró hasta entónces. Fué un voluntario eclipse de la magestad, que descubrió todo el esplendor de la virtud. Quando se propone un fin tan noble, como el bien de los vasallos, es grandeza, mas que Regia, despojarse enteramente de la pompa. Aquellas almas vulgares, que solo adoran en los Príncipes la exterior magnificencia, notarian, y aun despreciarian, como indigna de la soberanía, aquella aparente baxeza; y al mismo tiempo el Czar, con una celsitud de ánimo, propia de su gran corazon, despreciaba como irracional ese mismo desprecio. Y aun puede ser (porque no ignoraba enteramente la Sagrada Escritura) tuviese presente lo que pasó entre David, y Michól en caso muy semejante.

Aquel gran Rey, y gran Santo, quando en procesion solemnísima se reduxo el Arca de el Testamento de la Casa de Abinadab á Jerusalem, en obsequio de la Divinidad, que en ella se representaba, ceñido con una zona, ó cubierto con un sobrevestido de lino, (que la voz de Ephod, de que usa la Escritura, un medio, entre uno, y otro, significa) iba danzando con quanta fuerza, y agilidad podia delante de el Arca: *Saltabat totis viribus antè Dominum*. Viólo su Esposa Michól desde una ventana, quando yá el Arca entraba por la Ciudad; y considerando á David envilecido con el humilde oficio de Danzarin, á que se añadia la humildad de el trage, dice la Escritura, que le despreció en su corazon: *Despexit eum in corde suo*. Y aun

aun añade, que con una irrisoria ironía le insultó luego sobre el hecho: *Quàm gloriosus fuit hodie Rex Israel, &c.* Y qué le respondió David? Que haria lo mismo, y aun mas, interviniendo el propio motivo; y en esa aparente vileza fundaria su mayor gloria: *Et ludam, et vilior fiam plusquam factus sum....et gloriosior apparebo.* El mismo baxo concepto, que de David hizo la imprudente Princesa, viéndole en humilde trage, y humilde oficio, harian de el Czar, viéndole en humilde oficio, y trage, muchos de no mejor juicio, que Michol. Mas que tenemos con eso? Esa vil exterioridad constituye para los hombres de entendimiento la mayor gloria de el Czar, como tambien la de David: *Gloriosior apparebo.*

Tanto hizo por el bien de sus Reynos Pedro el Grande, y tanta gloria le resulta de lo que hizo. Príncipe verdaderamente incomparable, á quien justísimamente se puede adaptar, aunque no por el mismo título, lo que la Escritura dice de Josías: *Similis illi non fuit antè eum Rex.* (4. Reg. cap. 25.) Nadie hizo lo que él hizo. Digan, pues, quanto quieran en su alabanza los Panegyristas de Luis XIV. Concederé, que fué excelente Rey, que mereció el epitheto de *Grande.* Pero dudo, que en la conservacion de este epitheto, házia la posteridad, logre la dicha de su antecesor el glorioso *Carlo Magno*, en quien la expresion de la grandeza se unió con tanta estrechez al nombre, que vino á hacerse parte de el nombre la expresion de la grandeza. Adularon mucho sus vasallos, y aun no pocos forasteros, á Luis XIV. Creo que huviera sido mucho mejor Rey, si no le huvieran adulado tanto. No faltó sino consagrar sus mismos vicios, dándoles el nombre de virtudes; y en parte ni aun esto faltó. De aquellos pomposos

pomposos panegyricos, de que se llenó su Reyno, y aun los estraños, durante su vida, quedaron sonoros ecos despues de su muerte, como olor de los inciensos, que tan largamente le havian tributado. Pero noto ya en algunos Escritores Franceses, que tomaron la pluma posteriormente á su fallecimiento, una tal languidez en sus elogios, que temo, que pasando un siglo, ya el eco de los panegíricos no suene, y el humo de los inciensos se disipe.

Ciertamente no sucederá esto á Pedro el Grande; porque á la grandeza de sus acciones, sobra mucha magnitud para llenar la extension de treinta, ó quarenta siglos.

Solo le faltó á este grande hombre una hazaña superior á todas las que logró, que fué plantar la verdadera religion en sus Reynos. Era sin duda capaz de hacerlo; y aun me atrevo á decir, que le sobraban fuerzas para ello, quando ya tenia á todos sus subditos enteramente rendidos á su arbitrio. Mas para executarlo era menester, que primero la Divina Gracia le desterrase de el entendimiento su errada creencia, con aquella iluminacion, que solo puede venir de *el Padre de las Luces*. Aun para las previas disposiciones, que se pueden poner acá abaxo, ó por hablar mas teológicamente, para la remocion de los estorvos, habia infinito que vencer, porque es grande la resistencia de el error envejecido. ¡Cosa lamentable! que la senectud, que todo lo debilita, y quita el vigor á los animales, á las plantas, y aun á las piedras, aumenta las fuerzas al error.

Con todo, aun en esta materia hizo algo, y no muy poco, Pedro el Grande; porque desterró algunas de aquellas mas crasas supersticiones, que con una firmísima adherencia estaban radicadas en la ceguera de sus Rusianos.

Ultimamente, para complemento de este, ya mas panegírico,

negírico, que paralelo, añadiré aquí á V. M. otra maravilla de este grande hombre, que se me haria increíble, si no lo viese asegurado por varios autores; y es que, sin embargo de los maxîmos negocios, que siempre le ocuparon, se instruyó en varias Ciencias, y Artes, de modo que fué Matemático, Philosófo, excelente General de las Tropas de Tierra, habilísimo Almirante para las de Mar, Político insigne, Historiador, Piloto, Arquitecto Naval, &c. Raro genio! Portentosa capacidad!

FEÍJOO.

Oracion sobre la Eloqüencia Española.

QUE las principales lenguas Europeas hayan llegado ya á perficionarse tanto, que gloriosamente compitan con los antiguos idiomas Latino, y griego, cosa es de que debemos regocijarnos mucho; pues logramos vivir en tan erudito siglo. Pero que la lengua Española magestuosa entre todas las que hoy se hablan, como la mas semejante á su nobilísima madre la Latina, viva tan poco favorecida, aun de los ingenios propios, cosa es sensible, cosa por cierto lastimosa. No acabo de admirar que una gloriosísima nacion, que dió á la lengua Latina un Porcio Latron, primer profesor de Rétorica, que tuvó Roma de claro nombre y fama; una tan insigne familia, como la de los Anneos Senecas, Seminario ilustre de eloqüentísimos Barones; un Marco Fabio Quintiliano, que fué el primero que, con Salario del fisco abrió escuelas públicas en la Metropoli del mundo; no acabo, digo, de admirar que una nacion tan gloriosa sufra que otras la excedan en el ornato y cultura. Yo ciertamente nó sé á que poder atribuirlo,

sino á la falsa idea que comunmente se tiene de la verdadera éloqüencia. Casi todos piensan que hablar perfectamente, es usar de ciertos pensamientos que llaman ellos conceptos, debiéndose decir delirios; procurar vestirlos con inauditas frases, taraceadas estas de palabras poéticas, extrangeras y nuevamente forjadas; multiplicar palabras magníficas, sin eleccion, ni juicio; y en fin hablar de manera que lo entiendan pocos, y lo admiren muchos, y esos, ignorantes, é idiotas. ¡O torpeza de la razon humana! ¡Hasta donde llegas! No ¿es así, que se inventó el lenguage para representar á los oyentes con la mayor viveza una clarísima idea de lo que la mente esconde? Pues, ¿que locucion mejor, que la que mas bien explica nuestros mas ocultos pensamientos? A este fin no conduce mendigar obscuros vocablos con diligencia inquiridos ó en las obras poéticas, ó en los diccionarios estraños, ó en el capricho propio. Las palabras comunes, aunque no vulgares, propiamente aplicadas, ó con decencia traspuestas á la materia sujeta, estas son las voces de que la oracion se compone. Que sea esto así, manifiestamente se convence.

Si preguntamos á los mismos que estudiosamente afectan un tan estraño lenguage, quales han sido los Príncipes de la eloqüencia Española, el uno dirá (y con razon) que el venerable Padre Fr. Luis de Granada; el otro (y bien) que el Padre Pedro de Ribadeneira; otros, si se inclinan mas á la moderna eloqüencia, que Don Diego Saavedra, ó el Padre Antonio de Vieira, despues de tanta lima en tan repetidas impresiones, ú otros tales. Ahora bien. Sea uno de los Príncipes el que cada uno quiera, con tal que sea de aquellos, cuyo lenguage haya sido universalmente aprobado. Cada qual abunde en su sentir. Solamente

mente deseo que me respondais á esto. Si es así lo que decis, ¿como no procurais imitar á esos mismos? ó si acaso sois muy ambiciosos de gloria, ¿como no trabajais en excéderlos, alargando el paso por aquel camino que allanaron ellos? ¿Hay alguna clausula, de quantas han escrito esos insignes Varones, que necesite de interpretes? No por cierto: tan lexos están de incurrir en la menor obscuridad, que me persuado que muchos no los quieren imitar, porque solo aman el estilo que necesite de tener un ingenioso lector. Infiero de esto que los sectarios de ese afectadísimo estilo, ó no tienen hecha la verdadera idea de la eloqüencia, ó erradamente se inclinan á una verbosa algaravía. En fé de los hombres juiciosos públicamente confiesan que son eloqüentes los que poco ha nombramos; y como ven que todos los juzgan constantemente por tales, no se atreven á manifestar su sentir opuesto, para que no los tengan por hombres de juicio leve. Pero su mismo estilo persuade que ellos, lo ménos que piensan, es en imitarlos. Y así á leccion de aquellos, y otros muchos mas que les ayudaria á formar un juicioso, eficaz y agradable estilo, prefieren otros con quienes su juicio niñea, ó por mejor decir, afectadamente delira. De allí se sigue la formacion de un estilo mucho mas absurdo que aquel que imitan. Los grandes progresos que así se hacen, mejor que yo los dirá el eloqüentísimo Padre Pedro Juan Perpiñan de quien seriamente decia Marco Antonio Mureto, primer orador de su siglo, que de su boca, como de la de otro Nestor, salia una oracion mas dulce, que la misma miel. Este padre pues en una de sus oraciones dice que, habiéndose propuesto imitar en sus primeros años (por la poco diestra direccion de sus indiscretos maestros, ¿y

quantos de estos hay!) Algunos malos artifices del bien decir, quanto mas trabajaba, se alejaba mas de su deseado fin, hasta que reconociendo seriamente que el que corre mas por el errado camino, es el que se adelanta ménos aciá donde se debe ir, siguió el trillado, y único de imitar á Tulio, y así llegó á ser en muy pocos años un Ciceron christiano.

Pues, ¿ que haceis, Señores, que no seguis aquellas venerables pisadas que, para memoria eterna de su sabiduria admirable, nos han dexado impresas los mas elocüentes Españoles? En el epistolar estilo tenemos á Don Antonio de Solis, Don Nicolas Antonio, y algunos mas *, cuyas epistolas Dios quiera que yo recoja, y publique, singularmente las de Don Manuel Marti, y no parecerán inferiores á las de Ciceron, Bruto y Plinio el menor. En la jocosidad Milesia tenemos á un Miguel Cervantes y Don Francisco de Quevedo, que aventajaron sin duda á Heliodoro, y Appleyo. En el estilo filosófico tenemos á un Alexo Vanegas que, por su gran doctrina y erudicion vastísima, es un Español varon; á un Fernando Perez de Oliva, no inferior filosofo á Marco Tulio, y de tan elegante estilo, que hoy admira; á un Antonio Lopez de Vega que en el genio compite con el mismo Seneca, y en el decir le excede. Pues, ¿ quien hay que ignore hasta donde hemos llegado en el estilo histórico? Igualó Don

* Hoy se debe añadir al Padre de Isla, cuyas cartas muestran lo que debe ser el estilo familiar; pues el suyo es puro, perspicuo, liso, breve, eficaz, discreto y agradable; y tal qual vez, quando lo pide la grandeza del asunto, grave, magnífico y artificiosamente elegantísimo.

Diego de Mendoza en la elegancia á Cesar: el Padre Martin de Roa fué Español tan puro como Cornelio Nepote fué Latino, y á sus escritos dió mucho mayor eficacia. ¿ Que tiene que ver Suetonio con el Licenciado Muños de Castizo, dulce, y agradable estilo; ó con el Padre Pedro de Ribadeneira de suave, ameno, y elegantísimo decir? Pues no fué Salustio mas nerviosamente succinto, que Don Antonio de Fuentemayor; ni mas hermosamente copioso Tito Livio, que Don Diego Saavedra en su *Corona Gotica*; ni mas agudo, y terso Quinto Curcio, que Don Antonio de Solis; y si Trogo Pompeyo permaneciese hoy, no creo yo que aventajára á Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales, ó Geronimo Surita en diligencia y suave facilidad de estilo. Pues, ¿ que diré del oratorio? Flaqueamos algo en el arte, como yo algun dia procuraré demostrarlo, con el favor de Dios: flaqueamos algo en el arte, y lo confieso, y no negaré lo mismo en lo que toca á los históricos preceptos á que con religion se ató la venerable antigüedad. Mas dexando á parte el artificio y la causa de Dios, ¿ que orador hubo entre los Atheniensès, ó Romanos mas eficaz que Avila, mas discreto que Hortensio, mas ingenioso que Andrade? y por acabar de provocar á todos los siglos pasados, ¿ que Orador ha habido tan dulcemente dueño de los afectos de los oyentes, como el Padre Antonio de Vieira? último esfuerzo del ingenio humano en la valentía del pensar, perspicuidad, eficacia, é inimitable decir. La lastima es, que estos, y semejantes libros ó no se suelen leer, ó si por ventura se leen, no se suele conocer lo mejor que tienen, y unicamente se imita lo que se debiera huir, y es que, por lo regular se ignora donde está, ó falta el artificio que prescribe

cribe el arte. ¿ Que mucho que suceda así, si hay tan pocos que lean, entre los Griegos á Aristoteles, y Dionisio Longino, entre los Latinos á Ciceron, y Quintiliano, excelentísimos maestros del bien decir? Y si hay algunos que los leen, ¿ quan pocos son los que practican lo que enseñan esos? y si lo intentan practicar, ¿ que pueril-mente? Antiguamente se quexaba con muchísima razon el juiciosísimo escritor del celebre dialogo de los Oradores, que los que en su tiempo oraban, hacian sobrado caso de los ardísimos preceptos de hermagoras, y apolodoro, haciendo sus oraciones ridiculas con la impertinente afectacion de tan pueriles reglas. Hoy vemos con grande lastima que, de la facultad oratoria, ó no se aprende cosa, ó se aprende solo aquella parte pueril de tropos, y figuras. Grandemente, como siempre, dixo el Padre Juan de Mariana en su Institucion Real que la facultad oratoria es en sí dificil, mas el arte breve. Atendiendo á esto, ¿ quantas veces he dicho? ¡ Que seis bien digeridos pliegos de Francisco Sanchez de las Brozas! Yo quisiera ver á la juventud mucho ménos instruida en tanta multitud de preceptos, y mas bien exercitada con pocos, y claros documentos; quisiera, digo, ver á la juventud mas aplicada á fecundar la mente de noticias útiles, exercitar el ingenio en raciocinar con juicio, elegir las cosas que sean mas del intento, escoger las palabras con que se declaren mejor, disponerlo todo con la debida órden, y dar á la oracion una hermosura natural, y no afectada harmonia. Quisiera, digo una y otras mil veces unos entendimientos mas libres sin las pihuelas del arte, unos discursos mas sólidos sin afectacion de vanas sutilezas, un lénguage mas propio sin obscuridades estudiadas, y por acabar de decirlo, un juicioso pensar

sar eficazmente agradable. Esto es eloqüencia; todo lo demas, bachillería. ¡Y que haya tan pocos que se animen á seguir un tan seguro rumbo! Si no lo vierámos, ¿quien habria de creerlo? Sucedera así por ventura, porque esto que parece fácil es tan dificultoso en la practica que, entre mil, uno apenas lo puede conseguir, quando lo otro es muy fácil á qualquiera necio balsamista. ¿Que otra cosa se puede discurrir? La eloqüencia supone un entendimiento capacísimo que, perfectamente informado del asunto que emprende, debe proponer y esforzar aquellas mas eficaces razones que se puedan hallar para mantener constantes á los bien afectos, inclinar á su dictámen los ánimos indiferentes y dudosos, y convencer tambien á los pertinaces y rebeldes; para lo qual se necesita de un conocimiento grande del genio de los oyentes y de los medios y fines de las cosas, para callar con prudencia lo que no se debe decir, esforzar con viveza lo que se deba persuadir, y convencer los ánimos con una disimulada violencia, tanto mas halague a, quanto mas imperiosa ocultamente. Este singular triunfo de la razon humana, no es para entendimientos vulgares, ni aun para aquellos mas sublimes, si no se aplican á ello con la mayor diligencia. Desengañémonos pues, que no es eloqüente aquel en cuya oracion la dialectica no dirige al discurso; la filosofía natural en su ocasion no averigua; la Metafísica no transciende; la Moral no decide; la Teología no eleva la razon; no enseña la Historia; no hace consonancia la Musica; la Retorica no brilla; y todas las facultades y ciencias no hacen su deber. Por esto vemos que el comun consentimiento de los doctos solo ha tenido por eloqüentes á aquellos que estuviéron dotados de un conocimiento universal de casi todas las ciencias:

ciencias: á los Demosténes, digo, y Cicerones; á los Naziancenos y Crisostómos; á los Cyprianos y Ambrosios; y por hablar de los nuestros á los venerables padres Pedro de Ribadeneira, y fray Luis de Granada, al Padre Antonio de Vieira y á otros tales.

No he dicho esto para desanimar á nadie, sino para que se acabe de entender que el que siguiere otro rumbo, irá muy descaminado, y, por donde pensará ser muy plausible, se hará despreciable á los hombres doctos, y en fin á todos, porque finalmente el juicio de los que son eruditos llega con el tiempo á triunfar de la comun ignorancia: y así las obras afectadamente escritas, que cien años ha se publicaron, apenas se halla hoy quien las quiera leer, quando las de los hombres eloqüentes del mismo tiempo, con diligencia se buscan, con mucho gustò se leen, con veneracion se alaban. Se desconocerá la lengua, y siempre habrá quien estudie el lenguage antiguo para saberlas imitar.

Pues, ¿ si esto es así, que desconcierto es de la razon emplearla toda en hacerse risible? Toda Europa desprecia, y aun hace burla del extravagante modo de escribir que casi todos los Españoles observan hoy. Ni una linea se traduce de nuestra lengua en las otras; argumento claro del poco aprecio que se hace de nuestro modo de decir, y mas en un tiempo en que, codiciosa la Francia de enriquecer su idioma con los mejores escritos, que ha logrado el mundo, no se acuerda de los nuestros: No sucedia así quando tenia España á los venerables Luises, candidísimas lises de la eloqüencia Española, Granada, Leon, y Puente; al ingeniosísimo Quevedo, Juiciosísimo Saavedra, y ótros semejantes: mas, ¿ que digo, semejantes? Un picarillo Guzman.

man no se contentaba de andar la España toda, sino que atravesando los altos Pireneos y frios Alpes á toda Europa entretenia: aun el flaco Rocinante de aquel ingenioso Hidalgo lo corria todo en compañía del Rucio, que fué mas celebre que el tan aplaudido de Apuleyo, por mas que digan algunos, que fuese de oro.

No quiero decir con esto que no tiene España hombres que con singular eloqüencia ilustren hoy el lenguage Español. Los tiene sin duda: conozco algunos: los venero quanto su merito pide. Unicamente me quejo de la facilidad inconsiderada de tantos millares que, sin bastante ingenio, sin conocimiento de las ciencias, sin inteligencia del arte del bien decir, sin fruto alguno, que es el mas cierto argumento de la verdadera eloqüencia, con grave daño del publico, que es lo peor de todo, embarazan los pulpitos, embarazan las prentas, manchan el papel, y con multitud oprimen á los buenos ingenios, y sus maravillosas obras. Desgraciadas prensas! Grande lastima os tengo; no os basta ser de muy robusto roble, para dexaros de quejar mas que de la violencia del torculo oprimidas, de la insufrible pesadumbre de tan inumerables necedades.

Pues, si hubó tiempo en que se haya escrito en España con algun acierto, como ciertamente lo ha habido, ninguno mas á proposito, que el que hoy logramos, para poder escribir con la mayor perfeccion. España, siempre fecundísima de los mayores talentos, los produce hoy iguales á los que en otro tiempo, esto es, iguales á los mayores del mundo. La que dió maestros á Roma quando fué mas sabia y eloqüente, los pudiera hoy dar á todo el orbe, si sus ingenios se instruyesen, y cultivasen debidamente. Con razon me duelo de que en el arte del decir

no procuremos, no solo igualar, sino tambien exceder á las demas naciones; y mas siendo tan notoria la ventaja, que nuestro lenguage hace á los extraños. Tenemos una lengua expresiva, en extremo grave, magestuosa, suavísima, y sumamente copiosa. Fuera de todo esto, llegaron ya las ciencias en Europa al mayor auge. Todas tuvieron sus veces: todas nos dexaron sus ideas en varios siglos, para que fuese el nuestro mas sabio. El que medió entre Orfeo, y Pithagoras, fué poético; entre Pithagoras, y Alexandro, filosófico; entre Alexandro, y Augusto, oratorio; entre Augusto, y Constantino, jurídico; entre Constantino, y San Bernardo, teológico; entre San Bernardo y Leon décimo, y nosotros, físico y crítico: de suerte que en nuestra edad se manifiesta la Naturaleza, y la Antigüedad. Siendo pues certísimo que la fuente del escribir, es el saber, ¿ que tiempo hay mas á proposito que este para escribir? ¿ Pues, que embarazo hay que nos impida adelantar el paso hácia la verdadera eloqüencia? Ea, procuremos lograrla, así por la propia estimacion, como por no pasar por la ignominia de ser inferiores en tan excelente calidad á las naciones extrangeras. Cierta es la competencia con las mas cultas de Europa: superiores son nuestras armas, quiero decir, nuestra lengua, si la manejamos tan bien, como nuestros mayores la espada. No es muy incierta la esperanza de conseguir la victoria, como á la diligencia de los extrangeros corresponda la nuestra. Fué eloqüentísima Athenas, quiso competirle Roma, pero no la pudo igualar, así porque no fué tan sabia, como porque la lengua no era tan expresiva y copiosa. La nuestra lleva una gran ventaja á las Europeas todas. ¿ Que falta pues, sino superar á los extrangeros, ó á lo ménos igualarlos

los en el saber y uso? Esto se podrá conseguir si parte del tiempo que se gasta en espinosas qüestiones, que ántes lastiman, que mejoran el entendimiento humano, honestamente se emplea en mas fructuosos asuntos; si solamente se imitan los que supieron hablar; si se procura imitar con intencion de vencer, como con grande acierto imitó Platon á Cratilo, y Arguitos; Ciceron á Crasso, y Antonio; si se procura, digo, imitar fixando mas la mente en la perfeccion universal que requiere el arte, que en la particular observacion del artificio de alguno; de suerte que el orador no haga lo que el ignorante Zapatero que, por diestro que sea, no sabe trabajar sin horma; sino lo que el ingeniosísimo Ceusis que, habiendo de pintar la imágen de la bellísima Helena, no quiso escoger por exemplar una sola niña, aunque muy hermosa; sino que fecundando su idea con la hermosura de cinco de las mas bellas Vírgenes, que á la sazon habia en la ciudad de Croton, logró ser emulo de la naturaleza misma con tanta gloria suya, que me persuado que casi hubiera habido tanto numero de Páris, quantos fuéron á ver á aquella segunda Helena, á no robar sus potencias un tan estraño prodigio. Así pues, el que desée formar una perfectísima idea de la verdadera eloqüencia, con juicio atienda á la invencion de Gracian, agudeza de Vieira, erudicion de Vanegas, juicio de Saavedra, discrecion de Solis, decoro de Cervantes, pureza de Quevedo, facilidad de Granada, numero de Hortensio, hermosura de Manero, y asi en otros muchos considere bien las perfecciones que en sus obras brillan mas, y tenga bien entendido que la composicion simetrica de todas ellas es la idea única de la verdadera Eloqüencia. Aspiremos pues á ella. Está

España infamada de poco eloqüente, vindicad su honra, Españoles: Generosísimos espíritus, vindicad la vuestra.

DON GREGORIO MAYAN Y SISCAR.

Pintura de BRUTO, *y Advertencias á los Monarcas.*

ERA Bruto varon severo, y tal que reprehendia los vicios agenos con la virtud propia, y no con las palabras. Tenia el silencio eloqüente, y las razones vivas. No rehusaba la conversacion, por no ser desapacible, ni la buscaba, por no ser entremetido. En su semblante resplandecia mas la honestidad, que la hermosura. Su risa era muda, y sin voz; juzgabanla los ojos, no los oidos: era alegre solo quanto bastaba á defenderle de parecer afectadamente triste. Su persona fué robusta, y sufrida lo que era necesario para tolerar los afanes de la guerra. Su inclinacion era el estudio perpetuo: su entendimiento juicioso, y su voluntad siempre enamorada de lo licito y siempre obediente á lo mejor. Por esto las impresiones revoltosas fueron en su ánimo forasteras, y inducidas de Casio, y de sus amigos, que poniendo nombre de zelo á su venganza, se la representaron decente, y se la persuadieron por leal. Mostrábase Bruto malcontento con prudencia suspensa, porque sabia quanto riesgo hay en empezar cosas, que se aseguran, si las sigue el pueblo; pues aun en llegarse á las que sigue, hay peligro: porque la multitud, tan facilmente como sigue, dexa; y en lugar de acompañar confunde. Es carga y no caudal: carga tan pesada, que hunde al que se carga de ella. Y al contrario, ninguna cosa, que no sea muy leve, la cargan, que en ella no se hundan;

hundan: alborótase el pueblo, como el mar, con un soplo, y solo ahoga á los que se fian de ella. Los sediciosos y rebelados contra Cesar, descífraban los silencios de Bruto, y aunque creyan eran á su proposito sus deseos, no atreviéndose á preguntárselos, se los espiaron con rótulos, y carteles en la estatua de su antecesor, y en su tribunal. Platican algunos Príncipes por acierto bien reportado el despreciar los papelones, y pasquines, que hacen hablar mal á las esquinas, y pilares, porque dicen, que el mejor modo que hay de que callen, es no hablar en ellos, y que mejor se caen dexándolos, que quitándolos. Esta templanza vive mal informada del fin que tienen en tales libelos las lenguas postizas de las puertas y cantones *. No es su intento deshonrar al que vituperan, mas oculto es el trasgo de su malicia. Fíxalos para reconocer, por el modo con que hablan de ellos, los retiramientos de los corazones, cerca de las personas, de quien hablan. Fíxanse para reconocer quien son los que aborrecen á los que aborrecen: no lo hacen para desfogar el enojo, sino para descubrir el caudal, y sequito que hay para desfógarle. Yo llamo á estos papeles (no sé si acierto) veletas del pueblo, por quien se reconoce adonde, y de donde corren el aborrecimiento, y la venganza, lo que estudia, y sabe el que los pone, por lo que oye dècir á los que los vieron puestos. Quan diabólico ardid sea este, conócese en que siendo tan bien reportada la mente de Bruto, y su intencion tan sin salida, se la descerrajaron tres letreros tan breves, como: ¡ *O si*

fueras

---

* Canton—Sinónimo de Esquina.

fueras Bruto! O Bruto si vivieras! Bruto no eres verdaderamente Bruto!

Y si bien para batir la vida de Julio Cesar esta fué poderosa municion, no tubiera fuerza, á no valerse de los aduladores de Cesar. Si esta parte la sé decir, y hallo quien me la sepa creer, yo seré el mas justificado acreedor, que tenga la conservacion de los Reyes y Monarcas. Mi riesgo y el suyo es, que los que á mí no pueden contradecir el decirlo, los contradirán á ellos el créerlo. ¡ O Monarcas! Desembarazad las orejas de los que os las muerden, y no os hablan, y solo os las sueltan sus bocas para despedazar, y tragarse el consejo, que viene á ellas. Oid en la vida de Cesar, para su muerte, esta clausula; y agotad en ella vuestra atencion, para vuestra salud. Aora veréis que exclamo con razon, y que exclamo poco. No halló todo el estudio de la maldad, y todo el desvelo de la traicion otra manera de hacer á Cesar aborrecible, sino ampliarle la soberania, las honras y el poder, y crecerle en divinidad los nombres y los blazones. Ponian en la cabeza de su estatua Diadema, que negociase á la cabeza de su cuerpo el cuchillo: la que se veia corona sobre el retrató, se leya proceso sobre el original. Sobreescribian sus simulacros con estas palabras, *Cesar Rey*, para que llamandoselo el pueblo, que lo leya, le publicase Tirano, y no Dictador. Solamente los hechiceros de la ambicion pudieron confeccionar corona, que quitase corona: honra que atosigase la honra: vida que envenenase la vida: adoracion que produxese desprecio: aplauso que gragease odio.—Gran ceguedad es la mia, que con vanidad de maestro estoy enseñando estas cosas á los Príncipes de quien las aprendo:

mas

mas no por esto seré culpable. Yo hago oficio de espejo; les hago ver en sí, lo que en sí no pueden ver. Ninguno puede ver en su rostro la fealdad que en el tiene: y el que no puede verse á sí con los propios ojos, la vé en otros y se la advierte. Padecen los Reyes esta enfermedad, y no la sienten, y por no sentirla, es peligrosa. Los que los enferman, juntamente les dan el mal, y les quitan el sentido. No es fuera de proposito que unos miembros se quejen por otros. Del Rey, que es cabeza, son miembros los vasallos. Quando los vasallos se quejan, el Rey les duele. Apodérase una apoplegía del cerebro, muérense los pies, y tiemblan las manos, y por la cabeza que padece, y calla, hablan con temblores los brazos....Y pues los letargos, que os asisten con nombre de Ministros, os quitan el sentido de los males que os causan, conócedlos en las quejas de vuestros miembros. Grande dolor es sentir mucho, y grande enfermedad no sentir nada; esto es ya de muerte, aquello aun es de vivo. Por esto habeis de sentir mas la falta de sentimiento, que la sobra de dolor. Y advertid que hay quien pone la corona en la cabeza, para quitar la cabeza con la corona. En la cabeza de la estatua de Cesar fué su ruina un diadema: en los pies de la estatua de Nabucodonosor una guija. De pies á cabeza sois peligrosos. Doctrina son esas dos estatuas: honra añadida os enferma la cabeza, que sois vosotros: pequeño golpe de cosa pequeña os deshace los pies, que son vuestros vasallos. Segun esto, vuestro cuidado ha de ser no consentir para vosotros demasiada grandeza, ni para ellos aun pequeño golpe.

Don Fco. de Quevedo Villegas.

Oracion

Oracion de CASIO *á sus Confidentes, quando maquina la Muerte de* JULIO CESAR.

SI Julio Cesar se dexa de persuadir temerario de la ambicion, y de la soberbia á ser tirano de su patria, y carcel de nuestra libertad, como nosotros ciudadanos de Roma, á ser leales, ¿ no nos persuadirémos de la razon y de la justicia? ¿ Y porque desconfiarémos que los Dioses que han permitido victoria á sus robos, la nieguen á nuestra santa restitucion? Dudar esto, seria cúlparlos en su providencia: y pues no tiene mas vida el que sabe ser malo, de hasta tanto que otro sabe ser bueno, cada dia, y cada hora que se alargare su vida, será fea acusacion de nuestra maldad. ¿ Que esperamos por nuestro temor, quando la República nos espera por su remedio? Dos peligros grandes tenemos: en sábernos librar del peligro infame, está el librarnos: peor es vivir indignos de la vida, por no saber morir, que morir dignos de vida, por saber buscar la muerte. Los grandes hechos nunca se hacen sin aventurarlos; y hay mas riesgo en desear dar muerte al tirano, que en dársela; porque quien empieza lo que todos desean, empieza solo lo que acaban todos. ¿ Que trabajo se iguala al disimular (obedientes á la disimulacion del tirano) con las mentiras de la cara, las amenazas del espíritu? Sabe el tirano que no merece el aplauso de los disimulados, y castiga primero á aquellos de quienes tiene sospecha, que á los de quienes tiene queja; porque tiene por peor lo que malicia, que lo que ve, quanto se debe juzgar mas dañoso el enemigo oculto, que el descubierto. Si temeis sus armas, yo os certifico que ellas no aguardan para ser nuestras, sino á

que

que él dexe de ser; que el difunto no tiene otro sequito que el de la sepultura. No tenemos otra cosa que temer en este hecho, sino la dilacion: porque si le damos tiempo, establecerá su reyno, fortificará su poderío con hechuras, y comprará amigos con mercedes y beneficios. Yo no tengo enemistad con la persona de Cesar, sino con su intento: ni en estas palabras ois mi venganza, sino mi Zelo: el pueblo os llama con carteles freqüentes, la Patria con suspiros, yo con razones: consultad con la honra, y la obligacion mi discurso; que yo fio de vuestro valor que no le faltará voto.

El Mismo.

Oracion de Bruto *á* Quinto Ligario, *quando encontró á este en la Cama, fingiendo una Enfermedad, asegurando con ella la Salud de su Sosiego en el Tiempo de la Conspiracion contra* Julio Cesar.

Hasta ahora, ó Ligario, me he llamado Bruto; ya se ha llegado la ocasion de serlo. Quiero, y debo pasar el nombre á los hechos: pues Julio Cesar imita á Tarquino, yo Marco Bruto quiero imitar á Junio. Vencido he ya con las utilidades de su muerte las amenazas de la mia. Mas quiero que se acorte lo que me resta de vida, que es ménos, que infamar lo que de mi vida ha pasado, que es mas. Yo hago el negocio de los por venir: prevengo á los que aun no son, para que sepan ser, á costa de los que no son como debian ser. Breve es la vida, ántes ninguna, en aquel que olvida lo pasado, desperdicia lo presente, y desprecia lo por venir; y solamente es vida, y tiene espacio en aquel Varon que junta todos los tiempos

en uno. Quando el pasado, con la recordacion le vuelve: el que pasa, con la virtud le logra: el por venir, con la prudencia le previene. A esto aspiro, ó Ligario. Acuérdome de lo que fué, quando la maldad coronada tuvo por límite el cuchillo de mi ascendiente. Quiero desempeñar mi obligacion en lo que oyes, y prevenir para adelante lo que séra. Hasta ahora hemos sabido todos que Roma es nuestra madre; hoy apenas sabe Roma quien de todos es su hijo. Perder la libertad es de bestias; dexar que nos la quiten es de cobardes. Quien por vivir queda esclavo, no sabe que la esclavitud no merece nombre de vida, y se dexa morir de miedo de no vivir. Tenemos por honesto morir de nuestra enfermedad, ¿y rehusarémos morir de la que tiene nuestra República? ¿Quien no vé la gloria que tiene el perder la vida, por no perder la honra, no tiene honra ni vida. A Roma ántes dexaré de ser Ciudadano, que hijo. El háberme faltado la fortuna para este intento en el exercito de Pompeyo, ántes me anima que me desmaya; que tan justificadas acciones las niegan los Dioses á la locura de la suerte, para concéderlas á la razon de la virtud. Toda la sangre de Farsalia en vez de escarmentarme, me aconseja: allí hize lo que pude, aquí haré lo que debo. Si los Dioses no me asistieren, yo no dexaré de asistir á los Dioses. No pude hacer que las armas de Cesar no empezasen á ser dichosas; pero procuraré que no acaben de serlo. Si hubiere quien me siga, verá la posteridad que hubo otros buenos Romanos; sino, conocerán que yo solo me atreví á ser bueno. Grande gloria es ser único en la bondad; mas es gloria avarienta. No lo deseo, porque quiero bien á mi Patria: no lo temo, porque conozco á sus Ciudadanos. No aborrezco en

Cesar

Cesar la vida, sino la pretension. La maldad, que le dió con el soborno los Magistrados, le persuadió con la ambicion á perpetuar en sí el cargo que la ignorancia de los Padres le prorogó. Y despues le enriqueció el sacrilegio con el robo del templo de Saturno, menospreciando las advertencias religiosas de Metelo. La fortuna furiosa dió la victoria á su traicion en la postrera batalla, y la traicion de Ptolomeo le dió la cabeza de Pompeyo. Todo quanto tiene, y ha alcanzado, ha sido dadiva de la iniquidad: nada posee, que no sea delito del que se lo dió, y del que lo tiene. Quitárselo, no es despojarle, sino absolverle. Lo que se cobra del ladron, se restituye con justicia, quando se le quita con violencia. Yo, Quinto, no trazo conjura, ántes formo tribunal; á ser jueces convoco los amigos, no á ser conjurados. La ira, ó Ligario, quema el entendimiento, no le alumbra: y la paciencia que obliga á los buenos, anima á los malos. Por esto conviene tenerlas á entrambas, ó á ninguna; que la ira sufrida sabe ser virtud, y la paciencia enojada sabe dexar de ser vicio. Determinado tienen los complices con Cesar el dia de las calendas de Marzo, por jurarle Rey en el Senado. Conviene adelantar su muerte á esta maldad, ántes que el nombre de Rey con el resplandor de la Magestad halague la ignorancia de la plebe, y atemorize el zelo de los leales. Reconocido tengo el arte de su fortificacion; hase acompañado de complices, hase hecho numeroso sequito de delinqüentes, que, como partícipes en sus delitos, sean interesados en su conservacion. Los que han merecido estar á su lado, son perjuros, acusadores, asesinos, sacrílegos, é invencioneros. Y estos son los mas á propósito para establecer su dominio: porque con arbitrios, quimeras, locuras, y novedades dis-

traen el juicio de los pueblos, y les disperdician la atencion con el movimiento perpetuo de maquinaciones nunca oydas. Y si tiene pereza nuestro zelo, y le damos lugar á que se corone, con las mercedes y cargos hará Ministros y Príncipes estos que hoy son delinqüentes, y se embazará el castigo de sus culpas en lo magnífico de sus cargos: que en el mundo los delitos pequeños se castigan, y los grandes se coronan; y solo es delinqüente el que puede ser castigado; y el facinoroso á quien no se puede castigar, es Señor. Por esto, ó Ligario, no es tan importante la presteza, como el valor. Yo no te llamo al peligro, sino á la gloria: tengo tan conocida tu virtud, que no la agravio con aguardar la respuesta de tu boca, oyéndola en tu obligacion.

El Mismo.

Respuesta de Ligario.

Tus razones, Bruto, no quieren respuesta, sino obediencia: tales son, que solo siento no háberlas dicho. En estas cosas se ha de hablar poco, ya que no se escusa el hablar algo. Confederados estan los ánimos: pon las manos en la ocasion, y apodérese el silencio mañoso del tiempo, que da la multitud de malos en que se fia Cesar; en muriendo le aborrecerán, como si fueran buenos; porque la maldad una cosa tiene peor que ella, y es necesitar de ruines para su aumento y conservacion. En la forzosa determinacion no se ha de tratar de inconvenientes, quando la maldad y la prudencia son los pilotos del mundo. Y pues los consejos desconfiados desenfrenan las sinrazones de los ruines, si quieres que esté sin recelo, pásame del discurrir al obrar.

El Mismo.

Pintura

Pintura de PORCIA, *Muger de* MARCO BRUTO.

AQUELLAS cosas que degeneran de sí mismas, en lo que desmienten su naturaleza, suelen ser prodigiosas; admirables, si son buenas, y vilísimas, si no lo son. Los hombres, que han sido afeminados, han sido torpísimo vituperio del mundo. Las mugeres, que han sido varoniles, siempre fueron milagrosa aclamacion de los siglos; porque quanto es de ignominia renunciar lo bueno, que uno tiene, es de gloria renunciar lo malo, y flaco. Porcia fué tan esclarecida, que en sus acciones mas pareció Caton, que hija de Caton; ántes Marco Bruto, que su muger: pues, siendo el natural de todas las mugeres derribado á las niñerias del agasajo, y solo atento al logro de su hermosura, á la hartura de su deleyte, y á la servidumbre de su regalo, ella está codiciosa de penas, y ansiosa de cuidados: tuvo zelos valientes, no de que la tuviese ménos amor, sino de que la tuviese ménos afligida, con la propia causa que su marido lo estaba. Tuvo por afrenta que no la juzgase Bruto digna de padecer con él, y capaz de cuidados homicidas. Estaba triste de verle triste, y corrida de estarlo por la vista, y no por la comunicacion confidente: y esto porque sabia que se aumenta el dolor á solas, y desconfiado de compañía. Paréciala, que no darla Bruto parte de él, era temor de la flaqueza mugeril, y que por esto queria padecer mas dolor secreto y prudente, que ménos dolor aventurado, y repartido. No le culpaba, porque era muger; mas trató de disculparse, sabiendo ser muger. Primero con una herida mortal se calificó para poder preguntar á su marido la causa de su tristeza. Quiso que la pregunta

fuese

fuese hazaña, no curiosidad, y reconoció tan desacreditado en las mugeres el sufrir un secreto, que se exâminó en sufrir la muerte, para persuadir que le sufriria. ¡O docto, y entónces religioso desprecio de la vida! Para convencer Porcia á Bruto de que ántes morirá, que revele el secreto, se da la muerte ántes, para que la pregunta lleve por fiador su fin. No quiso que en la promesa aguardase Bruto su constancia, quiso aguardar igualmente la muerte, y el credito de su marido. Muchas mugeres ha laureado la guerra, muchas ha consagrado á la inmortalidad la virtud en los Gentiles: empero ninguna fué igual á Porcia, que reconoció la flaqueza del sexô, y no solo la desmintió, mas excediendo el ánimo varonil, fué á su marido muger y sacrificio; dolor y exemplo; y por acompañarle en el espíritu, despreció acompañarle en el talamo. Bien reconoció Marco Bruto lo que tenia, y lo que perdia, quando viéndola mortal, con estupor no pidió á los Dioses la diesen vida, sino que fortunasen su intento, de manera que le pudiesen juzgar digno de ser marido de Porcia.

El Mismo.

Oracion de Porcia.

"Saldrán mi sangre, y mi alma de mi cuerpo; mas no saldrá tu secreto: y si no se puede fiar secreto á muger que no sea muerta, por merecer que me lo fies, quando no me lo puedes fiar, me he dado la muerte. Mas quiero merecer ser tu muger, que serlo: mejor es dexar de ser muger con la muerte, que ser muger, y no merecer serlo con la vida. Con esto nos acabará un cuidado á entrambos: pues yo te veo morir del que tienes, y yo muero del mismo

mismo, porque no le tengo. Yo no sé lo que padeces, y lo padezco, porque no lo sé. Si alcanzares de dias á tus cuidados, que á mí me alcanzan de dias, vivirás mas que yo, mas no mejor. Yo te perdono que ahora me tengas lastima, porque te quiero tanto, que solo sentiré que despues me puedas tener envidia. No pidas mi salud á los Dioses, ni la solicites en los remedios: que yo no quiero que la muerte, que me da la constancia, me la estorve la medicina. Mas gloria te será haber tenido muger, que te haga falta, que tener muger, que te sobre. No te digo que vivas, ni que mueras: vive, si pudieres; y muere, si no pudieres mas."

Oyóla Bruto, y mezclando sus lágrimas con su sangre, pagó su valentía comunicándola el intento, que la callaba, y de justicia debia á su muerte. Porcia reviviendo en el gozo de háberle merecido á su marido parte de su cuidado, y resucitando la voz caida por el desperdicio de la Sangre, le dixo.

El Mismo.

Segunda Oracion de Porcia.

Bruto en nada tienes peligro: si matas, te debe tu patria su vida: si mueres, te debe por su vida tu muerte. Si esta se sigue, me acompañarás como marido: si se difiere, me seguirás como amante. Yo ruego á los Dioses que permitan que te aguarde á tí, y no á Cesar; que tu amor y este secreto lo llevo conmigo á los silencios del sepulcro. El pensar quiere tiempo, y lo pensado, execucion. Muchas cosas hay, que no se dicen, y se derraman, porque lo que no se comunica se sospecha: nada es

tan

tan seguro, como pensar lo que se ha de hacer; y nada es secreto, si para hacer lo determinado, se tarda en pensar, quando el pensar es delito, y la tristeza amenaza. Recátate del tiempo, que es parlero; y advierte que tales intentos se han de tener, y no se han de detener.

El Mismo.

Quan perniciosos son los Consejeros malos.

Las conjuraciones contra los Príncipes son tan peligrosas, como injustas, de mas riesgo mientras se tratan, que quando se efectuan. Con alto seso cautelaron esta Bruto, y Casio; pues su execucion la trataban solamente personas forzosamente asistentes al Príncipe, que ni se pudiesen extrañar, ni excluir, para que no tuviese que maliciar la Sospecha. Todos eran consejeros, y era el consejo donde le habian de matar. No es solo Cesar el Príncipe que ha muerto á manos de sus consejeros. A mas han muerto malos consejos, que sus enemigos. En esto son parecidas las leyes á la medicina. Matan los Medicos, y viven de matar, y la queja cae sobre la dolencia; arruinan á un Monarca los Consejeros malos, y culpan á la fortuna: y los unos y los otros son homicidas pagados. Mata el Medico al enfermo con lo que le receta para que sane: destruye el Consejero al Señor con lo que le persuade para que acierte. Háblase solo de que mataron á Cesar, porque se ven las heridas de los puñales, y no las de los pareceres: así dicen que matan al que hieren; mas no dicen que matan al que curan. La diferencia es grande, pero no buena; porque á estocadas muere uno, y á malos consejos, muchos, si no todos. ¿Como podia vivir un Monarca

narca que tenia por sus enemigos á sus Senadores? Antes me espanto como vive alguno, pues, pocos los tuvieron por amigos. Dañoso es el consejo en el Príncipe, que no sabe temerle, como tomarle. Es forzoso, y necesario que el Príncipe le tenga, y le oyga, si lo sabe descifrar. Algo ha de tener mas que sus Consejeros el Príncipe, si quiere que no le tengan los Consejeros á él. Quien sabe recibir consejo, hace que se le sepan dar. Aquel es verdaderamente Rey, que por sí sabe con lo que determina, en lo que le aconsejan, aconsejar á los que le consultan. Muchas cosas han acertado consejos admitidos, y no ménos los desechados. Entiende Cesar que viene á que le aconsejen, y viene á que le maten. Mucho deben temer los malos en lo que olvidan la memoria del gran Dios; ella en el castigo de los delinqüentes sirve de fiscal para las circunstancias del pecado. No basta que muera Cesar, sino que cayga muerto á los pies de la estatua de Pompeyo, á quien dió muerte. Siempre fué sumamente aborrecible á Dios la hipocresía. Holgóse Cesar de ver cortada la cabeza de Pompeyo, y fingió lagrimas; y desquitóse la justicia divina de esta maldad con la circunstancia de arrójarle muerto á los pies del bulto del ofendido. Siempre gobernó el mundo el Dios solo verdadero, todo santo, siempre justo. Los errores de la Religion fueron originados de la mente engañada de los hombres: ellos obraban como flacos, él como justiciero: con los Dioses inducidos de la idolatría le pusieron nombres; mas no le quitaron el oficio; tan cuidadosa era entónces su providencia, como ahora: mas ofendida, lo confieso, pero no ménos exercitada. Mata el Tirano, porque puede, y no se acuerda que puede, y debe morir quien mata. Júzgase fuera del castigo, por-

que no se acuerda de quien le juzga. Si Julio Cesar leyera, y no mirara la estatua de Pompeyo, la temiera proceso, y no la viera imágen: tuviérala por querella de bronce contra él, y no por adorno de su tribunal, ni lisonja de su venganza.

El Mismo.

Fué Cesar *el peor Conjurado contra sí.*

Matarse por no morir, es ser igualmente necio y cobarde. Es la accion mas infame del entendimiento, por ser hija de tan ruines padres, como son ignorancia, y miedo: dos vicios en cuyo matrimonio no se ha visto divorcio. Pues quien tiene miedo, ignora; y quien ignora, tiene miedo. Solo deseo saber donde halla el valor para mátarse, quien no lo tiene para aguardar que le maten. Sospecho que esto es hazaña del temor, que tambien sabe dar heridas, y ensangrentarse. Mas son los que han muerto en las batallas á miedo, que á hierro; y no son pocas victorias las que ha alcanzado el temor por desesperado, no por valiente. Esto, con la experiencia, avisó á la sagicidad del victorioso á contentarse con la fuga del contrario. De aquí se colige que el miedo se hace temer; y que, en el cobarde, que huye, suele ocasionar victoria el vencedor, que le sigue. Mejor se puede disculpar el que se muere de miedo, que el que de miedo se mata; porque allí obra sin culpa la naturaleza, y en este con delito y culpa del discurso apocado, y vil. Contra toda razon celebran por gloriosos á los que se dieron muerte, por no venir á poder de sus enemigos, sin ver que su pusilanimidad hace en ellos, quanto pudiera hacer la insolencia del contrario. Necio ahorro es del miedo.

Dase

Dase Caton la muerte, porque Cesar no se la dé. Si fué por esto, él fué en sí propio vencido, y justiciado, verdugo y venganza, y vengador de Cesar. Si lo reduxo á la aritmética de la cobardía, y juzgó por muchas muertes muchos dias de vida sujetos, y quiso ántes una, que muchas; quien se confiesa medroso de vivir sujeto, ¿como calificará el mátarse de miedo de no sujétarse? Confiésase indigno de las defensas del sufrimiento invencible, despreciador de calamidades. El sufrimiento, y la paciencia son los valentones de la virtud. No padece la fortuna ultrage de otros; desaliéntanse en ellos los castigos, cansase en su perseverancia la crueldad.

Julio Cesar, viéndose combatido de sueños advertencias, pronosticos, y agüeros, se dexó al peligro, queriendo mas padécerle una vez, que témerle muchas, sin advertir que muchos rezelos ántes estorvan la muerte, que la ocasionan. Dictábale estas palabras á Cesar la persuasion de su conciencia por usurpador del Imperio. Mas se condenaba por lo que sabia de sí, que por lo que sabia de los otros. Tratábase como á tirano; y el no querer que le acompañase la guarda de los Españoles, no fué temeridad, sino conocimiento de que al delinqüente no le defiende la guardia, sino la enmienda. Sabia que, al que quieren matar, los que le guardan le acompañan á la muerte, no se la estorvan; y quando saben de quien habian de guardar al Príncipe, ya no tienen Príncipe que guardar, porque del matador solo da noticia el ya muerto. Y quando no bastan á la defensa del difunto, atienden á la prision del homicida. Cesar por su discurso desconfió de la defensa de su vida, y por su tiranía, del castigo de su muerte. Y así ni fué temeridad, ni valor saliendo dexar

la guardia. Muy esforzada borrasca padecia su imaginacion, pues, de esta temeridad le pasaba á una confianza tan vana, como decir: *Que su conservacion á quien mas importaba era la* Republica. ¡O quan inadvertidamente se aseguran riesgos particulares en conveniencias comunes; y mas quando la conveniencia de muchos se funda en el daño de uno. ¿Quien fué tan necio, que se persuadiese importaba tanto á otro, como á el? En esto confesó Cesar los delirios de su estimacion propia, que es, y será el tósigo de todas las prosperidades. Parece que Cesar iba haciendo lugar á sus enemigos, y desembarazándoles su determinacion: todos estaban obstinados: Cesar en llegar á morir, á pesar de toda la naturaleza; los conjuralos á matarle, á pesar de tantos sobresaltos y sustos: pues no desconfiaron su secreto de la larga conversacion recatada de Popilio Lena con Cesar. Díxole su muger que no saliese; mandóselo el sueño: amonestarónselo los Agoreros: amenazóle el Astrólogo, y á nadie creyó, guardando el credito para Decio Bruto, uno de los conjurados, que le dixo que saliese. Séame licito afirmar que Cesar fué el primero, el postrero, y el peor conjurado contra sí; y que si él no lo fuera, no tuviera efecto la conjuracion. Los Monarcas mas peligran en lo que creen, que en lo que dudan: porque esto aguarda el consejo que busca, y aquello sigue el que le dan.

Bien desenfadada se mostró la sospecha de Cesar, quando al entrar en el Senado, y viendo á Spurina Astrólogo, que le habia amenazado, le dixo: *Spurina, hoy son los Idus de Marzo.* Parece que se enfadaba Cesar de la pereza de su desdicha. Siempre quien se burló de su pe-

ligro, se halló burlado de él. Bien constante y prodigiosa fué la respuesta de Spurina: *Hoy son los Idus, mas no han pasado.* Estraño divertimiento fué no reparar en estas palabras, en que hoy repara con temor el que las lée. Empero esto no fué tan digno de admiracion, como tomar el memorial en que otro le dió noticia de la conjuracion, nombrando los conjurados, y diciéndole *que le leyese luego: que le importaba*; y cuidadoso Cesar para diferenciarle de los demas memoriales que llevaba en la mano, le puso entre los dedos, y entró en el Senado sin léerle. Claramente se ve que en este caso se juntó á la flaqueza del hombre la providencia de Dios. ¿Quien podia esperar que quien no habia dado credito á las aves, ni á los animales, ni á los sepulcros, ni á las estrellas, ni á los sacrificios, ni á la religion, le habia de dar á un particular? Aquí se conoce quan flaco de memoria es el pecado. Tiene Cesar en su mano su vida, y la olvidó: tiene en la agena la muerte, y la busca. En nuestra mano nada se logra, en la de Dios nada se pierde. Pocas veces son dichosos los avisos saludables en poder de los tiranos: no es nuevo en ellos tomar el buen advertimiento para olvidarle, ni poco antiguo pérderse por háberlo olvidado. Canas tiene el divertir á los Príncipes, para que no lean lo que los importa. Faltóle tiempo á Cesar para leer, y faltóle la vida por no haber leido. Justo es que quien difiere á otro tiempo su remedio, no alcance remedio, ni tiempo.

El Mismo.

Reflexiones sobre la Muerte de CESAR.

Los que para hacer á Cesar aborrecible le añadieron corona, dignidad, y poder, para mátarle le prendieron con la adoracion, le cercaron con las reverencias, y le cegaron con los besos. Mas homicidas fueron aquí los abrazos, que los estoques. Debo decir que sin aquellos, no lo supieran ser estos. Bien puede haber puñalada sin lisonja, mas pocas veces hay lisonja sin puñalada. Pocos tienen á la adulacion por arma ofensiva; y ménos son los que no la padecen. Es matador invisible á la guarda de los Monarcas: entrales la muerte por los oidos, envaynada en palabras alagüeñas. Las caricias en los palacios hacen traiciones, y traidores: y quando son ménos malas, son prólogos de la disimulacion. Tan desnuda anduviera la mentira, como la verdad, si la lisonja no la vistiera de todas colores: es la tienda de todos los aparatos del engaño, de todos los trastos de la maldad. En ellas halla espadas la ira, mascaras el enojo, caras la traicion, novedades el embeleco, disfraces la asechanza, joyas el soborno, galas y rebozos la ambicion, la maldad puestos, y la infamia caudal. Humillábanse estos á Cesar para derríbarle, llegábanse á él para apartarle de la vida, llevábanle en los abrazos las heridas, y en los besos la ceguera. Hallóse tarde embarazado, levantóse en pie para desviarlos por fuerza. Mal apartan de sí los Príncipes el peligro domestico: es fácil no ocasiónarle, y ocasionado es imposible el huirle: determinarse tarde al remedio del daño, es daño sin remedio. En tanto que estuvo sentado, se le arrodillaron: en levantándose, levan-

se levantaron para derribarle. Quitóle Julio Cymbro la toga de los ombros, y luego Casca le dio por las espaldas la primera puñalada. Rey que se dexa quitar la capa, da ánimo para que le quiten la vida. Los que cara á cara le desnudan, dan la señal á los que estan detras, para que le maten. Esta primera herida, que dice Plutarco, que no fué de peligro, fué la mortal, por ser la primera, pues dió determinacion á las otras. Quien empieza á perder el respeto á los Reyes, los acaba por todos los demas que le siguen. Es reo de lo que hace, y de lo que hace que hagan. Asió Cesar á Casca la mano con el puñal por la guarnicion, y con grande voz le dixo en Latin: ¿ *Malvado Casca que haces ?*—O ceguedad de los tiranos! Ven á el que los desnuda delante, y á el que los hiere detras, y pregúntanles lo que hacen! Quien pregunta lo que padece, con razon padece, y sin remedio lo que pregunta. No puede ser mayor ignorancia que preguntar uno lo que ve. Este es el riesgo de los Monarcas, que ni conocen los matadores, quando los matan, ni la muerte, estando muriéndose. Tiene Cesar en la mano la empuñadura de la espada que le hirió, y la punta en la espalda; y pregunta, gritando, al homicida lo que hace, habiéndóselo dicho el golpe, y la sangre. Achaque es de la Magestad descuidada preguntar al que le destruye, y no creer al que le desengaña. Si los Reyes preguntaran á sus heridas, y no á los que se las dan, tuvieran noticia de su defensa.

Cesar volvió á mirarlos, y vio que todos, con las espadas desnudas, juntos le embestian; mas viendo que con el puñal desenbaynado le acometia Marco Bruto, cubriéndose la cabeza con la toga, se dexo á la ira de sus enemigos. Suetonio escribe, que dixo en griego: ¡ *Y tú entre*

entre estos, y tú, hijo! ¡ Que mal atenta, y quan desacordada es la hora postrera de los tiranos! Todos, ó los mas, acaban, diciendo requiebros á quien los mata. ¿ Que otra cosa puede suceder al que llega con su pecado hasta su muerte? Era Marco Bruto su pecado, hijo de su adulterio, y admíraśe de que un hombre, pariente de su delito, esté entre los que le hieren: y llama hijo al que es cabeza de los conjurados contra él. Defendióle en la rota que dió á Pompeyo en Farsalia: llamóle á sí desde Larisa: abrázole en llegando á su Real: perdonó por él á Casio: dióle goviernos: arrimóle á sí en el Senado: espántase de que esté con los que él propio le juntó, y de verle donde le habia entrado.—Mire el Príncipe á quien acerca á sí, y á quien se acostumbra; porque esto está en su mano, y no su remedio.

El Mismo.

A los Asesinos de Cesar.

Grave delito es dar muerte á qualquier hombre, mas darla al Rey es maldad exêcrable: y traycion nefanda, no solo poner en él manos, sino hablar de su persona con poca reverencia, ó pensar de sus acciones con poco respeto. El Rey bueno se ha de amar, el malo se ha de sufrir. Consiente Dios el tirano, siendo quien le puede castigar, y deponer: ¿ y no le consentirá el vasallo, que debe obedecerle? No necesita el brazo de Dios de nuestros puñales para sus castigos, ni de nuestras manos para sus venganzas.

El Mismo.

Oracion

Oracion primera de BRUTO *despues de haber matado á* CESAR.

PUEBLO Romano, Julio Cesar es el muerto, yo soy el matador: la vida que le quité es la propia que el habia quitado á vuestra libertad: si en él fué delito tiranizar la Republica, en mí ha de ser hazaña el restituirla. En el Senado le dí muerte, porque no diese muerte al Senado. A manos de los Senadores acabó: las leyes armadas le hirieron: sentencia fué, y no conjuracion. Cesar fué justiciado, y ninguno fué homicida. En este suceso solo podrán ser delinqüentes los que de vosotros nos juzgaren por delinqüentes. Yo no retraxé al Capitolio mi vida, sino estas razones: porque en habiéndolas oido, os agraviara si os temiera.

EL MISMO.

Oracion Segunda de BRUTO.

CIUDADANOS de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio Cesar, os hicieron vasallos: y esta mano, de vasallos os vuelve á compañeros. La libertad que os dió mi antecesor Junio Bruto contra Tarquino, os da Marco Bruto contra Julio Cesar. De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobacion. Yo nunca fuí enemigo de Cesar, sino de sus designios: ántes tan favorecido, que, en háberle muerto, fuera el peor de los ingratos, sino hubiera sido el mejor de los leales. No han sido sabidores de mi intencion la envidia, ni la venganza. Confieso que Cesar, por su valen-

tía, por su sangre, y por su eminencia en la arte militar, y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos. Mas tambien afirmo que mereció la muerte, porque quiso ántes tomároslos con el poder de darlos, que merécerlos: por esto no le he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que el mató en sí, que fué la lealtad á vosotros, la obediencia á los Padres. No lloré su vida, porque supe llorar su alma. Pompeyo dio la muerte á mi Padre; y aborreciéndole como á homicida suyo, luego que contra Julio, en defensa de vosotros, tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus exercitos, y en Farsalia me perdí con él. Llamóme con suma benignidad Cesar, prefiriéndome en las honras, y beneficios á todos. He querido traeros estos dos sucesos á la memoria, para que veais, que, ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en Cesar me grangearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha: vivió Cesar por vuestra ruina: matéle yo por vuestra libertad: si esto juzgais por delito, con vanidad le confieso: si por beneficio, con humildad os lo propongo. No temo el morir por mi Patria; que primero decreté mi muerte, que la de Cesar. Juntos estais, y yo en vuestro poder: quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal; que á mí me será doblada gloria morir, por haber muerto al tirano. Si os provocan á compasion las heridas de Cesar, recorred todos vuestras parentelas, y veréis como por él habeis degollado vuestros linages; y los Padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres, habeis manchado las campañas, y calentado los puñales. Esto que no pude estorvar, y procuré defender, he castigado. Si me haceis cargo

de

de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos, si merezco pena, no me la perdoneis: si premio, yo os le perdono.

El Mismo.

No sintió el Pueblo Romano que matasen á Cesar, *y sintió que muerto dixesen mal de él.*

Ninguna accion á que atienden muchos, la aprueban todos; porque adonde asisten malos y buenos, no es posible la concordia, y es forzosa la diferencia. Es violenta siempre la victoria, porque la da la mayor parte: vence el número, y no la razon. Este riesgo tienen las juntas populares, que les convoca el primero grito, y las arrebata qualquier demonstracion: en ellas tiene mas parte el que se adelanta, que quien se justifica.

Oyeron todos á Marco Bruto, y aunque no aprobaron todos su razonamiento, por haber sido modesto para el difunto, y reverente para los oyentes, sin demasia ni oprobrio del muerto, los apasionados de Cesar, acallando su opinion con el silencio, siguieron á los que seguian el parecer de Bruto. Mas luego que el imprudente, y envilecido Cinna, con abominables palabras, empezó á deshonrar con oprobrios el cadáver de Cesar, los que habian callado á Marco Bruto, con justo furor se declararon contra Cinna, y los conjurados.

Era Cinna falsario de virtudes, hablador y embustero. Tenia su medra en la eminencia de las maldades, no tenia vergüenza, sino de que otro fuese peor: y fué tal, que nunca pudo tener vergüenza. Su oficio era acusar á los buenos, sin perdonar á los malos: á aquellos, porque le

eran contrarios: á estos, porque no le fuesen competidores. Su cobardía era infame: su envidia aun no tenia por limite la miseria, ni su venganza la muerte. No se defendia de ella el envidiado con dexar de ser, porque alimentaba su rabia en procurar (siendo imposible) que no hubiese sido. En ninguna edad, ni en algun suceso han faltado hombres de estas costumbres; diciéndolo las desdichas, y las afrentas de las Monarquias, que no sucedieran, si ellos faltaran.

Honrar al amigo muerto, es religion: y honrar al enemigo muerto es religion y honra. Quien afrenta, ó consiente que afrenten á su enemigo difunto, miserablemente se confiesa dichoso, é infamemente cobarde: pues ni pudo vencer su vida valiente, ni su muerte disimulado. El que llora, y alaba á su enemigo ya difunto, muestra mañoso; que si no le pudo vencer, esperaba vencerle; que le padece constante, y no le temia rendido. ¡O quantas calamidades han irritado aplausos mugeriles en la muerte de los enemigos, introducidos por los invencioneros del miedo, que pobres de valor, por divulgar victorias, grangean castigos! —No sintió el pueblo Romano que matasen á Cesar; y sentió que muerto dixesen mal de él. Tenia el pueblo Romano honra, y no permitia á los que no la tenian. ¡O providencia inexcrutable de Dios, que solo hiciese las partes de Cesar quien solo le afrentaba, y que los oprobrios le grangeasen sequito, y sus propias afrentas fuesen venganza de sus heridas!

El Mismo.

Oracion

Oracion de MARCO ANTONIO, *dirigida al Pueblo Romano despues de la Muerte de* CESAR, *en el Sitio de la Hoguera.*

HOY no es dia de hablar de Julio Cesar, sino de enseñarle. Mejor os informarán vuestros ojos de sus heridas, que mi lengua. Oid á su cuerpo, que sus crueles puñaladas tienen voz, y os persuadirán mejor abiertas con los puñales de sus parientes, que mi boca cerrada con los suspiros, y anegada con el llanto. Sus virtudes fueron las que merecieron tan grande envidia: y con esto digo quan grandes fueron: su valentía tan generosa, que para su muerte no dió lugar sino á la traicion de su hijo, y de sus mas favorecidos amigos: sus armas tan justificadas, que, si se ha de estar al parecer del Cielo, los Dioses (contra todos sus enemigos) con el suceso las aprobaron: sus hazañas son toda la gloria vuestra, y de esta ciudad, cabeza del mundo. Si Pompeyo venciera á Cesar, mataran á Pompeyo; y á Cesar le mataron porque venció: dedicaron estatuas á la desdicha de aquel, y puñaladas á la victoria de este. No pretendió quitaros la libertad, sino aliviárosla del dominio molesto de muchos padres, con el moderado de un hijo solo. No le mataron porque era tirano, sino porque estorbaba que lo fuesen ellos. Ayer le dieron la muerte, y hoy los matadores se han dado á sí las provincias. Despedazaron al que las ganó para vosotros, y repartiéronlas entre sí, por premio de haberle muerto, haciendo precio de un homicidio tan alevoso los triunfos esclarecidos de vuestro Capitan. ¿Como podia querer usúrparos lo que teneis quien, como habeis oido, en su testamento

testamento os dexaba á todos todo lo que tenia, y que, si pudiera hablar, por el amor que os tuvo, agradeciera á los traidores su muerte, por haber accelerado con ella en el cumplimiento del testamento suyo vuestro soccorro? Herederos de Cesar sois, ahí teneis su hacienda, presente teneis su cuerpo, y sus homicidas. A vosotros toca repartir el fuego, de suerte que juntamente le consuma difunto, y le vengue agraviado.

Viendo Antonio con estas palabras precipitada la ciudad á las honras del difunto, y al castigo de los malhechores, sacando la vestidura de Cesar, que traya consigo, llena de sangre, y horrible con las muchas heridas, descogiéndola al pueblo, añadió tales razones:

Esta es la toga, que en Cesar fué venerable, y en mis manos es horror escandaloso; en ella sus venas, que fueron aclamacion del mundo, son manchas: no permitais que pasen á vuestra honra.

El Mismo.

Carta de Bruto *á* Ciceron *sobre la Asistencia y Amparo que da á* Octavio.

He sabido que por opónerte á la tiranía que Antonio pretende para sí, la procuras para Octavio, heredero que adoptó Cesar. Esto, Ciceron, no es opónerte al tirano, sino hacerle. No aborreces el Imperio, sino el Emperador. Contradices el dominio á Marco Antonio, porque le aborreces, no porque aborreces el dominio. De peor conseqüencia es dársele á Octavio, que dexársele á Antonio, quanto es peor continuar por herencia y sucesion la tiranía, que empézarla por violencia: pues esta siempre se oye

oye delinqüente, y aquella ya desciende con buen nombre. Si te mueven las virtudes, y blandura de Octavio, acuérdate que nuestros pasados con nombre de Señores jamas quisieron servir á los buenos. Teme que no con aquellas costumbres, que se merece reynar, se reyna; y que igualmente se pierde la libertad debaxo del buen Príncipe, como del malo. ¿Que haces de las causas? Si dices que no hay otro medio de excluir á Antonio: ese no es medio, sino achaque para véngarte dél con quitarle la tiranía de Roma: y de Roma, con dársela al sucesor de Cesar, y es feamente negociacion interesada. Advierte, ó Ciceron, tu yerro; que dexas de ser traydor á tu Patria en Antonio, por serlo en Octavio, y que se conocerá que tu ambicion y desórden excede á la de entrambos: pues quieres se conozca puedes quitar el Imperio, y darle, porque reconociéndole de tí el Emperador, te sea sino agradecido, sujeto: sino vasallo, hechura. Y puede ser padezcas las quejas del depuesto, y que no cobres el reconocimiento del colocado. Yo tengo por culpa darte consejo en lo que te le debia pedir: juzga lo que será en tí no recibir el que debias dar.

El Mismo.

Reflexîones de Domitíla *á* Eudoxîa, *su Amiga, sobre la Ignorancia en que son comunmente educadas las Mugeres.*

Se cree, querida mia, que tenemos las mugeres hartas ocupaciones en cuidar de los hijos y en atender á su crianza, y á la economía, para que podamos perder tiempo en el estudio de las ciencias. No hay duda que no todas las doncellas estan en estado de dedicarse al estudio; pero hay muchas,

muchas, á quienes por las circunstancias de sù nacimiento, no solo les fuera útil tal enseñanza, sino que tambien les conviniera. Antes bien de muchas de ellas, y de la educacion que se les da, infiero la conseqüencia general de la preocupacion de los hombres en este particular, y la de los mismos padres, que, esmerándose en que sus hijas aprendan las artes que contribuyen á pulir, y perfeccionar su presencia exterior, descuidan tanto de las ciencias, que ilustran el entendimiento y ánimo de las mismas, sirviéndola de adorno mas apreciable toda su vida.

La mas hermosa muger apenas dilata el imperio de sus gracias y belleza mas allá de la mitad de su carrera vital. Entónces ve descaecer insensiblemente su estimacion, si no la sostienen las luces adquiridas de las ciencias, y los conocimientos que ricibjó con la educacion, ó con su privado estudio; pues aunque la naturaleza organizó con alguna diversidad nuestros cuerpos, no diversificó nuestras almas y entendimientos, ni hizo de inferior especie nuestras almas, ni de peor condicion nuestros talentos. Estoy ántes bien persuadida que si las mugeres hubiesemos tenido siempre igual instruccion que los hombres, en todos tiempos y edades los hubieramos aventajado en las producciones del genio, á pesar de las mayores ventajas y mejores proporciones que puedan ellos tener para ilustrar su entendimiento. Esto agrava la injusticia que se nos hace en criarnos ignorantes y añade estrañeza al general motivo que los hombres tuvieron para ello; y qué yo atribuyo á la antigua barbarie de los tiempos y al continuo exercicio de las armas, á que dieron siempre los hombres la preferencia sobre todas las demás artes y ciencias que cuestan tanto de adquirir. La civilizacion, y cultura de las naciones fué

siempre obra de los siglos. El sexô fuerte, y solo superior en esto á las mugeres, así como quiso que todo plegase y se humillase al poder y fuerza de su brazo, así tambien quiso avasallar nuestra flaqueza, á la qual impuso todas las leyes que se le antojaron.

Así se vió humillado nuestro sexô, reducida nuestra indústria á la economía de la familia, empleadas nuestras luces en los solos cuidados y ocupaciones caseras, y arrinconado en el hogar nuestro entendimiento, mientras los hombres, llevados de la loca pasion de dominar la tierra, se extendian armados de hierro, por las vecinas y remotas provincias, á fin de robarlas y dilatar así su señorío, ó exponian sus pechos por la defensa de las mismas, de sus hijos, hogares y mugeres. Tales fueron siempre las miras y anhelos de la ambicion, con el furioso empleo de las armas, que tan injustamente ennoblecieron los hombres para robar y adquirir. De esta ennoblecida ferocidad proceden nuestra sujecion y dependencia. No habrá quien pueda llevar la luz de sus conocimientos entre las tinieblas con que cubrió el tiempo las historias de los Egipcios y de los pueblos que los precedieron. Son pocas, é inciertas las noticias que nos quedan de sus ciencias y cultura; pero la Grecia, que despues del Egipto fué la primera en cultivar el ingenio, vió redundar sus gloriosos efectos en las producciones de los talentos de las mugeres celebres, que en ella florecieron, y que quedan todavia por aventajar, á pesar de todos los esfuerzos que hicieron para ello los hombres en los siglos posteriores.

Otras tales hubiera visto y admirado Roma, si los Romanos, cimentando tambien su gloria en las armas y en la ambicion de señorear al suelo, no tardaran en pulirse

y civilizarse con el estudio de las ciencias y de las artes liberales. Luego que con el ocio de la paz se dedicaron á ello, parecia que hubiesen de igualar y aun aventajar á los Griegos en la cultura. Mas las disensiones civiles y las guerras que inmediatamente nacieron, turbaron los tiempos mas felices de la república, dieron lugar á una cruel dominacion que envileció sus ánimos, y agravada de su mismo peso y grandeza, sin el apoyo de su antiguo esfuerzo y patriotismo, cedió al impulso de los pueblos bárbaros que la aniquilaron, y la devolvieron á su antigua rudeza. En ella quedó otra vez envuelta la cultura de nuestro sexô, que por consiguiente continuó en experimentar el menosprecio y humillacion en que nos tienen los hombres, porque somos flacas en su cotejo, y porque no podemos, armadas de acero, herir, matar, y conquistar, como ellos. Mas quando lleguen los hombres á apreciar la humanidad, y á detestar la guerra, si por ventura llega este tiempo feliz; quando pongan la mayor dicha y gloria de una nacion en la paz, en la cultura del ingenio y de las artes, entónces verán redundar sus benéficos influxos en nuestra mejor enseñanza, disipándose, aunque lentamente, las preocupaciones que fomentan acerca ds nuestra instruccion. Con ella se desvanecerá el baxo concepto en que son tenidos nuestros talentos, disminuyéndose en parte el aprecio que hicieron siempre del esfuerzo y valor en que los aventajan los tigres y leones.

De aquí nacen á mi parecer, las preocupaciones que todavia fomentan sobre nuestra educacion, y sobre los inconvenientes que se imaginan y dicen que nacerán si nos instruimos en las ciencias; porque piensan que el estudio nos distraerá de nuestras principales ocupaciones,

que nos hará mas presumidas de lo que somos naturalmente; que serémos por lo mismo bachilleras; que los libros no nos convienen, ó que no nos convienen otros que los de devocion; que somos fáciles en admitir nuevas maxîmas, y que las contraerémos dañosas en los libros, en que nos distraerá nuestra curiosidad; que con el deseo de parecer sabias é ilustradas, tendrémos mayor trato y mas freqüentes galanteos, y así de otros daños con que pretenden cargar nuestro sexô, si se les diera á las doncellas una científica educacion.

Pero me parece que tal enseñanza contribuiría para sacar su entendimiento de las tinieblas de la ignorancia y del error, y no para hacerlas letradas y doctas. Este es un empeño arduo y dificil á los mismos hombres que se emplean en el estudio toda su vida; y dado caso que una ú otra muger lo consiguiese, dedicándose solo al estudio de las letras y ciencias, aunque desatendiendo á las ocupaciones de su familia, no digo yo que quedase recompensado el daño, pero sí que seria ménos malo que si desatendiera á sus obligaciones, como muchas lo hacen, ó por la natural é invencible desidia, ó por el cortejo, ó por vanos pasatiempos, ó por emplearse dias enteros en tocarse y adornarse, á fin de desmentir lo que son.

No veo tampoco porque debiesen tener las mugeres motivos de presumir, por saber los primeros rudimentos de las ciencias, mucho ménos si esta enseñanza se hiciese entre ellas comun y si las precediera el estudio de la virtud. Pero si á pesar de esto, hubiera algunas que presumieran de sí por haber aprendido á resolver unos problemas de geometría, ó adquirido algunas noticias de la extension y situacion de la tierra, y de la esfera, ó de algunas causas de la naturaleza,

turaleza y de sus efectos, ó de los sucesos de la historia, fuera á la verdad risible tal presuncion si la manifestasen. ¿ Mas los hombres no presumen tambien de sí, y á las veces por saber ciencias ridículas, que les valiera mas que las desaprendiesen, por estudios y conocimientos insulsos y miserables ?

No pretendo por esto defender nuestra vanidad en este particular: mas no veo porque solo á nosotras nos deba ser nociva tal presuncion, y se nos achaque á nosotras solas el defecto. ¿ No mereciéramos á mas de esto mas indulgencia por presumir de saber, que por ser hermosas, ricas y bien nacidas ? Estos son bienes accidentales, y aquel es adquirido. Y si fueran entónces bachilleras, y hiciesen ostentacion de su saber, recaeria el daño en el mismo buen concepto de las mismas; por quanto en vez de ser reputadas sabias, se grangearian el menosprecio de las demas.

Tampoco sé porque deban competirnos libros solos de devocion. Este zelo no nace en los hombres de deseo de nuestro aprovechamiento, sino del baxo concepto en que nos tienen. Raros son los libros científicos que contengan máximas dañosas, y es falso que seamos mas fáciles que los hombres en embéberlas. Esta opinion nace tambien en ellos de la presunción que alimentan por haberse erigido en jueces de los modos de opinar y con ellos el derecho de juzgar, al tiempo que nos apartan de ellos, y nos los vedan, temiendo que á mas de todos aquellos daños, se nos siga tambien el otro de acrecentar nuestros cortejos y galanteos. Mas los hombres buscan ántes para ello la hermosura y la disolucion que las ciencias y la sabiduría: lo consiguen mas facilmente en el libre trato de las ignorantes, que en la compostura y seriedad de las entendidas y discretas.

¿ Quantas

¿ Quantas mugeres se entregan, aun sin querer, y de mala gana, á cortejos, que, aunque honestos en sí, dan sin embargo que decir, y á los quales renunciáran de contado, para exîmirse de los engaños del trato, si desde niñas se hubieran aficionado á las letras, pues con el estudio no se aburririan en la soledad de su retiro? Las ocupaciones caseras, por muchas que sean, exîgen descanso, y dan comunmente muchos dias de tregua; mas no hay descanso, ni tregua peor que el no saberse que hacerse, ni en que emplearse.

El descanso debe servir de alivio al ánimo, distrayéndolo de la tarea y de la labor; pero en vez de aliviarle, engendra enfado y aborrecimiento, no encontrando el alma con que divagar al ocio, peor que la fatiga. Esto es lo que produxo el juego, los cortejos, y otros divertimientos perniciosos. ¿ De quanto mayor, y mas util recreo les fuera á muchas el estudio de las ciencias que el juego, que los bayles, que otros pasatiempos insulsos? ¿ Quantas mayores ventajas les acarrearia para la instruccion y enseñanza de sus hijos, é hijas, y para destruir en sí mismas muchos errores vulgares y muchos vanos antojos?

Entónces no pondrian todas sus miras en el tocador, ni su único estudio en sus peynados y vestidos, ni se apasionarian tanto por estravagantes modas y adornos mas costosos de lo que pueden sufrir tal vez las circunstancias de su estado y condicion, ni tendria tanto cebo y fomento el luxo. Se ceñirian á la sola modesta elegancia y aseo que sin hacerlas malgastar tantas horas, ni causarlas tantos desvelos, las haria mas estimables. Y aunque así no fuera, adquiririan á lo ménos con el estudio y tal qual aplicacion muchas luces y conocimientos, que las harian respetar

mucho mas en el trato, en las conversaciones, en las visitas, en los concursos, y fueran causa de que muchos hombres se instruyeran, á quienes harian rebaxar algun tanto de la presuncion en que viven de sí mismos y de su saber.

Pero demos, Eudoxîa, que las mugeres instruidas tuvieran mayores cortejos y galanteos, que las que se quedan en su ignorancia y rudeza, ¿ dexarian por eso de ser honestas? Por tener mayores luces, ¿ debieran por eso ser ménos recatadas? ¿ El número mayor de visitas haria inclinar sus ánimos á la disolucion? ¿ Quanto mas fácil es fomentar una particular pasion con el trato de pocos, que con el de muchos? Los libertinos y disolutos no van en busca de las luces del entendimiento, sino de las tinieblas de la ignorancia. Esta no exîme nuestro sexô de caida, ni la falta de conocimientos precave que se pervierta el corazon . . . . . .

No por eso pretendo decir que no se las ha de enseñar la labor: digo muy al contrario que esta debe ser el fundamento de la enseñanza y educacion de las doncellas. Por la labor deben comenzar desde niñas, y tenerla aprendida ántes que ninguna otra ciencia, á que debe ser preferida por la real utilidad que acarrea á las familias, y á las mismas costumbres de las doncellas. La aficion á la labor la pongo entre las principales calidades del Sexô. Por ella evitan el ocio; por ella dexan de poner sus pensamientos en el galanteo, y en otros devaneos de donde dimanan los pesares y desarreglos de las familias . . . . . Si yo pues tuviera hijas procuraria inspirar las moderados afectos, diciéndolas así: hijas mias, es verdad que nacisteis nobles y ricas, y que no teneis necesidad de empléaros en la labor; pero es bien que os empleis en ella, porque no sabeis lo que el tiempo venidero dará de sí. Las desgracias son freqüentes

freqüentes en este mundo, y de ellas no se exîmen ni la nobleza, ni las riquezas. Lo que á otras muchas acontece, os puede suceder tambien á vosotras. No os deberá parecer imposible teniendo á la vista tantos exemplos de Señores grandes, é ilustres, que por odio del gobierno, ó por perdidas de pleytos, ó por guerras, ó por malas conductas, y propios vicios, ven arruinadas sus familias, y reducidas á estado muy inferior: y si por desgracia de vuestros maridos, llegais á estado semejante, cogereis entónces el fruto de esta presente ocupacion, haciéndola con ánimo esforzado: los Señores ricos y principales ponen tambien sus ojos y aprecio en esta calidad de una doncella, aunque sea noble. Las familias mismas mas opulentas, é ilustres, tienen tambien sus límites. Las mayores riquezas son motivo de mayores gastos y ostentacion; las mismas padecen tambien sus estrecheces que exîgen industriosas y económicas miras de una rica madre de familia, especialmente si tiene muchos hijos. Lejos pues de dexar de inspirar á las doncellas la aficion á la labor y economía, deben al contrario las madres poner su mayor cuidado en ello, por ser esta la parte mas principal de la educacion de las hijas. Pero no se descuiden del estudio: tengan cada dia las ciencias sus horas fixas. De esta manera harán de la enseñanza de sus hijas tres objetos principales: El de la labor y economía, en que comprehenderia tambien todo lo que toca á pulir y ennoblecer su exterior y sus naturales gracias: el del entendimiento, reduciéndolo á los principios de las ciencias mas útiles, á fin de ilustrar su mente y disipar las tinieblas de la ignorancia y de los errores vulgares: y el del ánimo, que es el objeto principal de la virtud,

virtud, para moderar los siniestros afectos del corazon y las pasiones . . . . . .

EUDOXÍA—POR DON PEDRO MONTENGON.

Reflexiones de una Madre á su Hija sobre la Modestia.

HIJA mia, la modestia es la prenda mas amable de una doncella, aun en cotejo de la hermosura. Esta, no hay duda, halaga y solicita mucho mas la pasion del hombre, pero aquella se grangea su mayor estimacion y aprecio. La pasion nace de los atractivos que la hacen amar aquello que la provoca: mas el aprecio y estimacion que infunde el decoro de la modestia, proceden del respeto que adora en la exterior compostura de un rostro la belleza interior del alma, á quien aquella retrata. Aquella misma es tambien seguro indicio de la dulzura de genio, y de la suavidad del caracter, á quien sirve de alma, de la qual espera su mayor satisfaccion y dicha en el casamiento el hombre que pretende poseerla. La hermosura es don accidental de la naturaleza, que entre pocas la reparte: pero la hermosura interior del alma la dá la virtud sola, á qualquiera que desea conseguirla.

Conmigo, ni contigo, Eudoxía, no anduvo ciertamente muy liberal la naturaleza de exterior belleza de rostro; sin embargo, el aprecio que mis padres procuraron infundirme al decoro exterior de la modestia, me grangeó la preferencia de tu ilustre padre Belisario, en cotejo de mayores hermosuras, segun el mismo me dixo. Solo este exemplo pudiera ser bastante para persuadirte lo que te aconsejo; y si todas las doncellas dieran credito á la hermosura

mosura de la virtud, y si sus padres las aficionasen á ella desde niñas, me persuado que ella sola fuera capaz de reformar en parte las estragadas costumbres, y acrecentar el número de los casamientos, haciéndolos mas apetecibles y dichosos. Pueden los hombres mostrase inclinados á la disolucion, manifestar exteriormente desden á la modestia que solicitan; mas no podrán jamas sufocar al interior respeto y veneracion que ella engendra en sus corazones. Ella enfrena al atrevimiento, que pretende avasallar nuestra flaqueza, ni nos dió otros medios mas nobles la naturaleza para repeler sus atrevidas solicitaciones, que la modesta virtud, acompañada de la dulzura, y animada al mismo tiempo de la severidad del recato, que da á una doncella la semejanza de deidad respetable; y ennobleciendo todas sus acciones, puede reprimir en parte con solo su llanto la altivez del genio del marido, si á alguna se llegó á tocar por mala suerte.

Es, no hay duda, desgracia y gran desgracia un marido de genio aspero, extravagante, y obstinado; mas si de algun modo se puede aliviar tal desventura, es con la fortaleza de la modestia, y de la blanda conformidad con las combinaciones del destino; sin ella solo agrazamos nuestro infeliz estado en matrimonios, cuyos sagrados lazos no se rompen con malos modos; ni se ablandan, ni corrigen los duros genios á quienes estamos sujetas con demostraciones de resentimiento y enojo; ni la desesperacion nos exîme de su dominio. Toda decompostura exterior de ira y de venganza parece que desdice de nuestra complexîon blanda, y de los alicientes suaves de las gracias de nuestro sexô, á quien compiten al contrario la dulzura del recato, y la mansedumbre de la exterior modestia, y compostura. Yo no ceso,

Eudoxîa, de encomendartelas, y puedo parecer en ello importuna. Pero si las madres, hija mia, no se esfuerzan en esto, dificilmente podrán prender tales máximas en el corazon de una doncella, á quien todo la distrae, y aparta para conocerlas por sí misma. Aquellas, que jamas las oygan de sus padres, y que inducidas de los malos exemplos, las miran con desden y con menosprecio, piensan tal vez que con darse ayres desvanecidos, desenvueltos, y libres, conquistarán mas presto el afecto de aquellos que las galantean. Mas el hombre, que manifiesta prenderse de aquella franqueza y desenvoltura, aunque llegue á cebarse en ella su pasion, quisiera, sin embargo, poder apreciar mucho mas el recato, y modestia que echa ménos, y que es siempre la prenda mas amable de la hermosura, y la que solo consolida con el tiempo la constante estimacion de los maridos. El hombre presto dexa de amar la belleza que posee; mas las blandas y modestas calidades de la hermosura interior del alma fomentan de continuo el aprecio, y se grangean la amigable confianza, que rara vez padece quiebra. Muy al revez sucede en aquellas que, haciendo alarde vano de sus exteriores atractivos, como poniendo en venta su hermosura, se exponen á encontrar malos compradores y peores apreciadores, que las hacen arrepentir de su liviandad.

Pero tengo, Eudoxîa, el consuelo de conocer que son demas estos consejos para tí; bien que ahora, mas que nunca, debo renovártelos, por quanto tu ilustre Padre tiene determinado darte un esposo digno de tu nacimiento, luego que vuelva de su gloriosa expedicion de Italia. . . . . .

EUDOXÎA, POR MONTENGON.

La

La Vida de los Labradores en Cotejo de la de los Ciudadanos.

Parecemе que lo yerran todos aquellos que nacidos entre la libre y amena frondosidad de los campos, ansian dexar la dichosa quietud de su estado, para ir á encerrarse en las grandes ciudades, alhagados de su ostentoso trato, y de los ruidosos divertimientos que solicitaron sus desvanecidos corazones. Reconociéndose con alguna riqueza y nombre, que heredaron de sus mayores, y que los hacen príncipes en las aldeas, se figuran que podrán igualar á los que lucen, y hacen eco en las ciudades, sin echar de ver que en lugar de ser aplaudidos, como se los pinta la vanidad, van solo á ser tildados, y tal vez escarnecidos, y á perder la sobesanía de su rancia nobleza, y la preciosa tranquilidad y paz del campo, para meterse en los forzosos disgustos y desazones que engendra el turbulento y malicioso trato ciudadano. Alegran, á la verdad, á primera vista los divertimientos urbanos, la pompa, y la ostentacion, en que parece que los ánimos de los Señores y de los ricos no caben de gozo y de satisfaccion, haciendo alarde de costosas galas, de modas, de gastos, que dan tanto realce á la opinion de su nombre, y riquezas, que solicitan las pasiones de los que los admiran dar aquellos tributos á la fortuna, y á la gloria que los levantó sobre los demas. A esto añaden los concursos en las fiestas así públicas, como particulares, los juegos, las numerosas y lucidas visitas, los saraos, y todas las demas cosas que dan alma y trono al trato, y vida ciudadana con el lucimiento. Todo esto, á la verdad, falta en el campo; y aquellos que lo

probaron en las ciudades, y se acostumbraron á ello, creen que no puede haber contento donde aquello falta. De aquí nace la desvanecida opinion que forman de los labradores, llamándolos, y creyéndolos infelices, porque los ven privados de urbanidad, de oficioso trato, aburridos de sí mismos, brumados de sus fatigas, reducidos al solo trato de las bestias y animales caseros, sin luces, sin conocimientos, sin crianza. Ni reparan en tratarles con desprecio, si algunas veces se encuentran con ellos, siendo así que son los hombres mas útiles á la patria, los mas respetables por consiguiente, y me atreviera á decir los mas nobles, por mas que se altere al oirlo la necia presuncion y vanidad.

¿Mas quereis ver el aprecio que se merecen todos esos vanos divertimientos del trato de los ciudadanos, y toda su ufana cortesía?—Freqüentad las magníficas concurrencias del circo, del teatro, y las demas fiestas, en que todos quieren lucir á porfía.—Mas, ¡quan pocos son los que reparan en los móviles de su vano lucimiento y en el gran vacío y triste aturdimiento que dexan en el ánimo todos esos magníficos espectáculos, luego que sucede la quietud del retiro á su bullicio y boato! ¡Quàn pocos son los que se exîmen de las solicitudes y congojas que causan las depuestas galas y vestidos con que lucieron, gastados ántes de ser pagados, ó que no se pagan tal vez, sino con nuevos pesares y desazones, á pesar de la jovialidad y falsa risa que procuran ostentar, y que se convierte en mas amarga tristeza! No son solos estos disgustos y pesares los que sacan de sus vanos divertimientos. Son muchos mas los daños que causan al ánimo, nacidos de los medios viles y rateros, de que se valen para distinguirse: de las miras

miras sordidas, maliciosas, y falsas de honradez que llevan y con que se arruinan. Pero es mas poderosa que todo eso la vanidad que los junta, y la curiosidad que los arrastra á los concursos de ostentácion. Quien mira á bulto un grande espectáculo, queda embelesado y sorprendido de complacencia, al ver la brillante y somptuosa apariencia que ostentan los concurrentes; la diversidad de los trages, de los colores, y gustos con que se adornan; la cantidad y precio de las joyas y adornos con que lucen; las voces y gritos de alegría con que resuena el circo, y que hace resaltar el embaído contento en los semblantes, de modo que al verlo, no es de extrañar que exclame algun necio desvanecido: ¡O bienaventurada cultura de los hombres, que supo producir un espectaculo tan admirable! Baxen los Dioses del Olimpo á disfrutar lo que allá les falta. ¡O buen Homero! ¿Valia la pena de hacer baxar á Júpiter y á Juno sobre la cumbre del Ida, para que admirasen el furioso enojo de Aquiles y el esfuerzo de Diomedes? ¡Este, sí, que es espectáculo digno de los ojos celestiales!

La apariencia tal lo representa. Pero si vieran los ánimos de los que en junto forman este espectáculo, ¡Oh, quan lastimosa y miserable vista nos representarian! ¡Quan mentirosa su risa! ¡Quan falso su contento! La carrera de los carros y caballos, el remedo del triunfo, su ostentoso aparejo y lucimiento tienen, no hay duda, embobados y divertidos los ánimos; pero para agravar despues mucho mas sus corazones, siéndoles entretanto, cebo de todas sus pasiones. Crecen de este modo las rivalidades y emulaciones de los poderosos que dan á gozar á otros lo que ellos no gozan, y lo que, á mas de

desperdiciar sus riquezas, les acarrea enfados, pesadumbres y molestias inseparables de la ostentacion. Se aviva así la envidia de los que, no siendo tan poderosos como aquellos, no pueden ostentar, ni lucir como ellos, lo que irrita y entristece sus fantasias, y acrecienta su sentimiento y dolor, y las quejas interiores contra la suerte que les hizo infelices, por no poder hacerse admirar, como ellos admiran á los mas ricos. De aquí toman cuerpo las ansias por medrar y levantarse, que los inducen á tentar todos los medios y caminos para llegar á donde ven con envidiosa ambicion llegados otros, fomento principal de las desvanecidas emulaciones del uno y del otro sexô, en su ensalzado trato y comercio social urbano.

Puestas de este modo en impetuoso movimiento las pasiones, sufocan la sinceridad y honradez de sus ánimos, y de sus efectos. Las fingidas amistades se truecan en mayores odios y rencores. Sus conversaciones solo hallan pábulo en argumentos maliciosos, vanos, é insulsos, en su trato embustero que les sujeta á continuas importunidades, que les acarrea amargas pesadumbres, y les hace victimas de sus estudiadas etiquetas. Se añade á esto las malvadas, ó maliciosas invenciones con que obran; las solapadas finezas y servicios que se venden, y los engaños, y traiciones que se hacen con sus falsas demostraciones, de que proceden otros infinitos daños y males que se ocasionan, necesarios frutos de esos jactados bienes de la urbana sociedad, tan celebrada y preferida á la honrada sencillez, y á la dulce quietud de la vida del campo.

¡Pero quan diferente espectáculo, y quanto mas delicioso y agradable nos ofrece en él la naturaleza á los que con ojos sabios la contemplan! No entiendo indicar solamente

lmente este ameno ensanche de los campos, de la diversidad de sus verdores, que tanto recrean el alma, baxo las sombras placenteras de los árboles, amenizadas de los varios cantos de las aves; ni la silenciosa y dulce tranquilidad que aquí reyna, lejos del enfadoso ruido de las ciudades; hablo tambien de la suave paz y sosiego de los ánimos de los labradores exêntos de los estímulos de la ambicion y de la vanidad, y lejos de los exemplos que la fomentan. Ellos, á la verdad, no prueban la ufana y altanera satisfaccion que infunde el trage rico y costoso, ni las ansias de ser considerados y aplaudidos; pues esta misma falta es un bien verdadero para los que no la echan ménos, ni conocen los estímulos de la presuncion, ni la servidumbre del miramiento que aquella requiere, para llevar esa vana apariencia, y en conservarla, no ménos que los desvelos y cuidados que cuesta el mantenerla. Los labradores ni se hartan en opíparos convites, ni prueban los diversos gustos de los estudiados manjares, ó de vinos forasteros; pero tampoco están sujetos á las dañosas conseqüencias de la saciedad y destemplanza que se les siguen. Ellos no tienen tampoco mullidos y delicados lechos con ricos adornos; pero duermen mas tranquilos y descansados sueños, aunque sea sobre desechados rastrojos. Sudan bien, sí, y trabajan al resistero de los soles mas ardientes; pero acostumbrados al sufrimiento y á la fatiga, sienten mucho ménos sus trabajos, que los ricos y ociosos del peso de su desidiosa holganza, aunque en el seno de la abundancia, y de buscados placeres. Ellos no conocen lucidos concursos, ni ostentosos divertimientos, pero tampoco se les da cosa alguna por no conócerlos, ni se apesadumbran y entristecen como aquellos que las echan ménos con afliccion, quando

les

les faltan. Su exterior desaliñado y pobre manifiesta, á la verdad, la rustica crianza que tuvieron; pero en su exterior encogimiento se echa de ver la honrada sencillez y candor de sus corazones exêntos de la solapada malicia de los ciudadanos, y de los fraudes y engaños que traman estos, cubriéndola con las embusteras expresiones de su trato y cortesanía. ¡O quanto mas felices fueran los habitadores de los campos si supiesen apreciar su estado libre de todos los disgustos y molestias, que son el acibar de la vida urbana! Pero al sabio aprecio que les falta suple la naturaleza, infundiendo en sus corazones un placido y continuado contento, que es el cimiento de la dicha de la vida. MONTENGON.

Reflexiones dirigidas al FISCO, *despues de haberle demostrado que su Conducta, es á decir, sus Vexáciones, son el mayor Obstaculo á la comun Prosperidad en la Nueva-España.*

¡O fisco! Escuchad la voz con que desde el retiro de su gabinete llama tu atencion, no un enemigo tuyo, sino un indiferente, que estudia, que medita, que escribe; hombre imparcial, fiel vasallo de su Príncipe, verdadero amante de su Patria. No conviertas la proteccion, que legitimamente te interesa, en direccion despótica. No descuides adquirir la confianza del natural y extrangero. No te dexes arrastrar de las sutilezas ni de los sofismas que te rodean. No te dexes seducir del interes del momento. No te dexes llevar del orgullo del poder: aun en los exâmenes, que creas tener derecho, razon, y motivo de internarte, camina con muy medido paso. No toques al incensario de la buena fe. Consulta la opinion pública. Observa que esta

ésta, el honor, el credito, son el alma del cuerpo moral en el mundo civil. Con crédito hay todo: no quiero citarte otro exemplo que el de Inglaterra. Mira que el credito es la mas preciosa joya del universo conocido: que su falta no tiene recompensa, ni equivalente; que en su perdida no cabe indemnizacion.

EDUARDO MALO DE LUQUE *.

El Poder de la Virtud y de una Conciencia pura.

Belisario á su Hija.

PUDO la fortuna despojarme de todos aquellos bienes, con que engrandece, si se le antoja, al hombre mas baxo y ruin en este risible teatro de la tierra; pero la fortaleza y la constante entereza del alma se exîmieron siempre de los caprichos de la suerte. No le demos, pues, mas el gozo de que oiga en adelante nuestras quejas y lamentos, y neguémosle la satisfaccion de que nos vea tristes y abatidos. Dexemos que se lamenten de ella los que, engreidos en sus favores, se reputan viles, deshonrados, é infelices, si los pierden. Belisario, ni su hija no deben pensar así. Su mayor gloria, sus títulos mayores, y su mayor grandeza estan cimentados en sus sentimientos. Estos ennoblecerán, hija, nuestro presente estado, aunque infeliz y miserable, en esta pobre casa. De aquí no me sacará ya ni el sonido de la guerrera trompeta, ni los favores soberanos. Verdad es que no podré como el honrado Regulo, ni como el honesto Fabricio, arar ni sembrar el campo de mis mayores,

E e pues

---

* *Eduardo Malo de Luque* es la Anagrama de *El Duque de Almodovar.*

pues la falta de la vista me lo veda; pero igualmente satisfecho que ellos, podré á la sombra de un árbol tratar con vos, y con Domitila de los afectos del alma y de las pasiones.

MONTENGON.

Descripcion de una Corrida de Toros *.

LUEGO que llegó, vió alterada la plaza, huyendo la turba de un famoso toro que á este punto soltáron; era de Tarifa, grande, madrigado, y como un Leon de bravo. Así como salió, dando dos ó tres ligeros brincos, se plantó en medio de la plaza, haciendose dueño della, con que á todos puso miedo. Encarabase á una y otra parte de donde le tiraron algunas varas, y sacudiéndolas de sí, se daba tal maña, que no consentia le tirasen otras desde el suelo, porque hizo algunos lances, y ninguno perdido. Ya nò se atrebian á poner delante, ni habia quien á pie lo esperase, aun de muy lexos. Dexáronlo solo, que otro mas que Ozmin y su criado no parecia allí cerca. El toro bolvió al Caballero como un viento, y fuéle necesario sin pereza tomar su lanza, porque el toro no la tuvo en entrarle, y levantando el brazo derecho, que con el lienzo de Daraja traia por el molledo atado con graciosa destreza, y galan ayre,

---

* Es el estilo natural como el pan que nunca enfada: siempre gusta por lo verdadero y claro, ni repugna á la eloqüencia, ántes huye con palabras castas y propias: por eso ha sido tan leído y celebrado Mateo Aleman que, á gusto de muchos y entendidos, es el mejor y mas clasico Español. Con que espero que se leera con gusto la siguiente descripcion.

ayre, le atravesó por medio del gatillo todo el cuerpo, clavándole en el suelo la uña del pie izquierdo, y qual si fuera de piedra, sin mas menearse, lo dexó allí muerto, quedándole en la mano un pedazo de la lanza que arrojó por el suelo, y se salió de la plaza. Todos quedáron con general murmullo de admiracion y alabanza, encareciendo el venturoso lance y fuerzas del embozado. No se trataba otra cosa que ponderar el caso, hablándose los unos á los otros; todos lo vieron y todos lo contaban, á todos pareció sueño, y todos volvian á referirlo; aquel dando palmadas, el otro dando voces; este habla de mano, aquel se admira; el otro se santigua; este alza el brazo y dedo, llena la boca y ojos de alegría, el otro tuerce el cuerpo y se levanta; unos arquean la cejas, otros reventando de contento hacen graciosos matachines, que todo para Daraja eran grados de gloria. &c.

DON MATEO ALEMAN.

Razonamiento de un Morisco á sus Granaderos.

AUNQUE es sin fruto trátaros de lo que os está bien, estando con tanta pasion y tan determinados al mal, el dolor, la sangre, é conocimiento no permiten que calle. A lo ménos no serémos todos incitadores de vuestra ira: habrá alguno que hable con consejo. Muevenos á alteraros las injusticias de los jueces, y el deseo de libertad, cosas que entre sí mal convienen. Si quereis vengaros de los Magistrados, ¿porque alabais la libertad contra el Rey? y si es afrenta estar sujetos, dexad los vicios de los que gobiernan. Pero exâminemos cada cosa. ¿Agravianos los Magistra-

dos en executar las pragmáticas Reales? Ese es su oficio ser ministros de la ley: si ella es injusta, en ella está la culpa, no en el ser juez. ¿Porque amenazais á los miserables Christianos que entre nosotros viven?

¿Lavará su sangre inocente los yerros que no han hecho? Quando los Cielos aprueben vuestra causa, no pueden el modo. Condena vuestra poca modestia la razon, si alguna tuvierais. Y ¿que medio es para libraros de sus vicios, romper guerra? ¿Donde serán mejor crueles y avarientos, que adonde el robo y el homicidio merecen premio? Si primero os ofendian, era con algun recato, escondiendo el odio, y codicia; ahora roto el freno del temor, é irritados, buscarán el Cielo y tierra para que den fe y aplauso á sus atrocidades. En fin no podeis sufrir á quatro que os gobiernan, ¡y llamais contra vosotros todo el Reyno! La libertad dulce es, pero el que la quiere procure no perderla; porque quien una vez reconocido señor se rebela, mas es contumaz siervo, que amador de la libertad. Comprámosla entónces con sangre, quando el Rey Don Fernando pobló de pavellones esa vega; nuestros padres mayores de cuerpos y ánimos, exercitados en las guerras, llenos de armas, señores de las fuerzas y ciudades del Reyno, no pudieron resistir á los Christianos: vosotros ménos, sin un muro, dados á la labor de la tierra, desarmados, ¡quereis sugetarlos, quando en riquezas y señorios han crecido tanto! ¿Sois vosotros mas poderosos que los Italianos, mas fuertes que los Alemanes, mas desconocidos que los Indios, mas valerosos que los Franceses, mas ricos que los Sicilianos! Italia, domadora del mundo, consiente Gobernadores Españoles en sus provincias: los Alemanes con aquel ánimo despreciador de la muerte, no bastáron á

que

que no atravesasen el Albis las vencedoras insignias de España: inmensos, y no domados mares servian de muro á los del nuevo mundo, pero no bastaba para los corazones Españoles un mundo, y conquistáron otro nuevo: la belicosa Francia sintió en lo mas precioso los truenos de las bombardas de España, y cansada de ver presos sus Reyes, y de ser vencida, buscó en la paz seguridad: los fertiles collados de Sicilia sirven á la abundancia de España: ¡ Solos vosotros os quereis oponer á la corriente de sus hados . . . . . !

DON ANTONIO DE FUENTE MAYOR: VIDA DE PIO QUINTO.

Definicion de Dios.

QUANDO Dios trató de hacer á Moyses plenipotenciario suyo, para el gran negocio de libertar á su pueblo de la opresion, que padecia debaxo de la tiranica dominacion de los Egipcios; Señor, le replicó Moysés, si me preguntaren quien me dió esta comision, ó que nombre, que carácter tiene, ¿ que respuesta les daré ?—*Yo soy el que soy*, le respondió Dios: *esto dirás á los hijos de Israel*; el que es me enbió á vosotros. ! O enigma divino ! O sentencia de una inmensa profundidad ! O oceano, cuyas margenes ignora toda criada inteligencia ! ¿ Pero como ha de hallarselas, si no las tiene ? En estas pocas, pero supremamente misteriosas palabras, está contenido aquel, que llamo *principio de la mas sublime Metafísica, y altísimo dogma Teológico, revelado en la Sagrada Escritura.*

Aquel, que es, me enviò á vosotros. En esta clausula está la verdadera definicion de Dios. A quien pregunte, quien

quien es Dios, la respuesta legitima, y aun única es, *aquel que es*. Así se definió Dios á sí mismo: ¿y quien podria definir á Dios, sino el mismo Dios? No es esta definicion conforme á las reglas de la Dialectica, que nos dan en las escuelas. Seria indigna de Dios, si se sujetase á esas reglas. Fué autor de ellas Aristóteles, y era el ingenio de Aristóteles, aunque grande para de tejas abaxo, muy poca cosa para fundar reglas, que pudiesen subir tan arriba . . . . Sí: *El que es*. Esta es la definicion de Dios. Pero dirásme: ¿como puede ser esta la definicion de la Deidad, si no hay cosa alguna de que no se pueda afirmar lo mismo? El hombre es: el bruto es: la planta es: el cielo es: la tierra es, &c.—¡O, que eso no es percibir el concepto de aquella soberana sentencia! Hay una gran diversidad, una suma distancia de afirmar que una cosa *es*, á afirmar que el *ser* sin contraccion, ó determinacion á alguna especie, ó genero, es su constitutivo adequado, ó expresa su verdadera nocion. Lo primero se puede afirmar de todo ente criado: lo segundo solo del ente infinito; porque lo mismo es explicarle por el *ser* sin determinacion, ó contraccion alguna, que concederle un ser universalísimo, un ser ilimitado, un ser, que carece de toda márgen, orilla, ó termino. Esto es lo que los Teólogos Escolasticos con gran propiedad llaman plenitud del ser, *plenitudo essendi*, y que se puede apreciar como un excelente comento líteral del texto, *qui est misit me ad vos*.

FEIJÓO.

Razonamiento de HERNAN CORTES *á sus Soldados.*

QUANDO considero, amigos, y compañeros mios, como nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, quantos estorvos,

estorvos, y persecuciones dexamos atrás, y como se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de Dios en esta obra, que emprendemos: y entiendo, que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios, que prometer los sucesos: su causa nos lleva, y la de nuestro Rey (que tambien es suya) á conquistar regiones no conocidas; y ella misma bolverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increibles, batallas desiguales, en que havréis menester socorreros de todo vuestro valor; miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo, y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo de el corazon como el primero; que en la guerra, mas vezes sirve la paciencia, que las manos; y quiza por esta razon tuvo Hercules el nombre de invencible, y se llamaron trabajos sus hazañas. Hechos estais á padecer, y hechos á pelear en esas islas, que dexais conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía; que siempre son las dificultades de el tamaño de los intentos. La Antigüedad pintó en lo mas alto de los Montes el Templo de la Fama, y su Simulacro en lo mas alto de el Templo: dando á entender, que para vallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos, pero la union multiplica los exercitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, Amigos, ha de ser el consejo en quanto se resolviere: una la mano en la execucion, comun la utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistare. De el valor de qualquiera de nosotros se ha de fábricar, y componer la seguridad de todos. Vuestro Caudillo soy,

y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados: mas tendréis que obedecer en mi exemplo, que en mis órdenes: y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero; y aun me lo promete el corazon, con no sé que movimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto, pues, á convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mia, pues se funda en que os tengo á mi lado, y dexo de fiar en mí, todo lo que espero de vosotros.

Don Antonio de Solis.

De la Extension del Imperio Mexicano y Pintura de Motezuma.

Quando llegó Cortes á Mexico hallábase en su mayor aumento el Imperio, cuyo Dominio reconocia casi todas las provincias, y regiones que se habian descubierto en la America Septentrional, governadas entónces por él, y por otros Regulos, ó Caciques, tributarios suyos. Corria su longitud, de Oriente á Poniente, mas de quinientas leguas; y su latitud, de Norte á Sur, llegaba por algunas partes á doscientas: tierra poblada, rica, y abundante. Por el Oriente partia sus límites con el Mar Atlantico (que hoy se llama del Norte) y discurria sobre sus aguas aquel largo espacio, que hay desde Panuco á Yucatán. Por el Occidente tocaba con el otro Mar, registrando el Oceano Asiatico (ó sea el Golfo de Anián) desde el Cabo Mendocino, hasta los extremos de la Nueva Galicia. Por la parte del Medio dia, se dilataba mas; corriendo sobre

el

el Mar del Sur, desde Acapulco á Guatemala, y llegaba á introducirse por Nicaragua en aquel Istmo, ó estrecho de tierra, que divide, y engaza las dos Americas. Por la vanda del Norte se alargaba ácia la parte de Panuco, hasta comprehender aquella provincia; pero se dexaba estrechar considerablemente de los montes, ó Serranías, que ocupaban los Chichimecas, y Otomies; gente barbara, sin república, ni policia, que habitaba en las cabernas de la tierra, ó en las quiebras de los peñascos, sustentándose de la casa, y frutas de Arboles silvestres; pero tan diestros en el uso de sus flechas, y en servirse de las asperezas, y ventajas de la Montaña, que resistieron varias veces á todo el poder Mexicano; enemigos de la sujecion, que se contentaban con no dexarse vencer, y aspiraban solo á conservar entre las fieras su libertad.

Creció este Imperio de humildes principios, á tan desmesurada grandeza, en poco mas de ciento y treinta años; porque los Mexicanos, nacion belicosa por naturaleza, se fueron haciendo lugar con las armas entre las demas naciones, que poblaban aquella parte del mundo. Obedecieron primero á un Capitan valeroso, que los hizo soldados, y les dio á conocer la gloria militar: despues eligieron un Rey, dando el supremo Dominio al que tenia mayor credito de valiente; porque no conocian otra virtud, que la fortaleza: y si conocian otras, eran inferiores en su estimacion. Observaron siempre esta costumbre de elegir por su Rey al mayor Soldado, sin atender á la sucesion; aunque en igualdad de hazañas preferia la sangre Real; y la guerra (que hacian los Reyes) iba poco á poco ensanchando la Monarquía. Tuvieron al principio de su parte la justicia de las armas; porque la opresion de sus con-

ántes los puso en terminos de inculpable defensa; y el Cielo favoreció su causa con los primeros sucesos: pero creciendo despues el poder, perdió la razon, y se hizo tiranía.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . Fué el undecimo de sus Reyes (segun lo pintaban sus Anales) Motezuma, segundo de este nombre; Varon señalado, y venerable entre los Mexicanos, aun ántes de reynar.

Era de la Sangre Real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso, y esforzado Capitan, con diferentes hazañas, que le dieron grande opinion. Bolvió á la Corte algo elevado con estas lisonjas de la fama; y viéndose aplaudido, y estimado como el primero de su nacion, entró en esperanzas de empuñar el Cetro en la primera eleccion: tratándose en lo interior de su ánimo, como quien empezaba á coronarse con los pensamientos de la Corona.

Puso luego toda su felicidad en ir ganando voluntades, á cuyo fin se sirvió de algunas artes de la política; ciencia, que no todas vezes se desdeña de andar entre los barbaros, y que ántes suele hacerlos, quando la razon, que llaman de estado, se apodera de la razon natural. Afectaba grande obediencia, y veneracion á su Rey, y su extraordinaria modestia, y compostura en sus acciones, y palabras; cuidando tanto de la gravedad, y entereza del semblante, que solian decir los Indios, que le venía bien el nombre de Motezuma, que en su lengua significa *Principe sañudo*, aunque procuraba templar esta severidad, forzando el agrado con la liberalidad.

Acre-

Acreditábase tambien de muy observante en el culto de su religion: poderoso medio para cautivar á los que se goviernan por lo exterior; y con este fin labró en el templo mas freqüentado un apartamiento, á manera de tribuna, donde se recogia muy á la vista de todos; y se estaba muchas horas entregado á la devocion del aura popular, ó colocando entre sus dioses el idolo de su ambicion.

Hízose tan venerable con este genero de exterioridades, que quando llegó el caso de morir el Rey, su antecesor, le dieron su voto, sin controversia, todos los electores, y le admitió el pueblo con grande aclamacion. Tuvo sus ademanes de resistencia, dexándose buscar para lo que deseaba, y dió su aceptacion con especies de repugnancia. Pero apenas ocupó la Silla Imperial, quando cesó aquel artificio, en que traía violentado su natural, y se fueron conociendo los vicios, que andaban encubiertos con nombre de virtudes.

La primera accion, en que manifestó su altivéz, fué despedir toda la familia Real, que se componia de gente mediana, y plebeya; y con pretexto de mayor decencia, se hizo servir de los nobles, hasta en los ministerios ménos decentes de su casa. Dexábase ver pocas vezes de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros, y criados; tomando el retiro, y la melancolía como parte de la Magestad. Para los que conseguian el llegar á su presencia, inventó nuevas reverencias, y ceremonias; extendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse, á que podia mandar en la libertad, y en la vida de sus vasallos; y executó grandes crueldades, para persuadirlo á los demas.

Impuso nuevos tributos, sin pública necesidad, que

se repartian por cabezas entre aquella inmensidad de subditos; y con tanto rigor, que hasta los pobres mendigos reconocian miserablemente el vasallage, trayendo á sus Erarios algunas cosas viles, que se recibian, y se arrojaban en su presencia.

Consiguió con estas violencias, que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor, y el aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias: á cuya sujecion salió personalmente, por ser tan zeloso de su autoridad, que se ajustaba mal à que mandase otro en sus exercitos; aunque no se le puede negar, que tenia inclinacion, y espíritu militar. Solo resistieron á su poder, y se mantuvieron en su rebeldia las provincias de Mecholacan, Tlascála, y Tepeaca: y solía decir él, que no las sojuzgaba, porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos, que aplicar á los sacrificios de sus dioses: Tyrano hasta en lo que sufria, ó en lo que dexaba de castigar.

Habia reynado catorce años, quando llegó á sus Costas Hernan Cortes; y el último de ellos fué todo presagios, y portentos de grande horror, y admiracion, ordenados, ó permitidos por el Cielo, para quebrantar aquellos ánimos feroces, y hacer ménos imposible á los Españoles aquella grande obra, que con medios tan desiguales iba disponiendo, y encaminando su Providencia.

Don Antonio de Solis.

Razo-

Razonamiento de HERNAN CORTES, *en el primer Ayuntamiento en la Vera-Cruz, renunciando él Titulo de Capitan General.*

" YA, señores, (por la misericordia de Dios) tenemos en este consistorio representada la persona de nuestro Rey, á quien debemos descubrir nuestros corazones, y decir, sin artificio, la verdad, que es el vasallage, en que mas le reconocemos los hombres de bien. Yo vengo á vuestra presencia, como si llegára á la suya, sin otro fin, que el de su servicio, en cuyo zelo me permitiréis la ambicion de no confesarme vuestro inferior. Discurriendo estais en los medios de establecer esta nueva republica: dichosa ya en estar pendiente de vuestra direccion. No será fuera de propósito, que oygais de mí lo que tengo premeditado, y resuelto, para que no camineis sobre algun presupuesto ménos seguro, cuya falta os obligue á nuevo discurso, y nueva resólucion. Esta villa, que empieza hoy á crecer al abrigo de vuestro gobierno, se ha fundado en tierra no conocida, y de grande poblacion, donde se han visto ya señales de resistencia, bastantes para creer, que nos hallamos en una empresa dificultosa, donde necesitarémos igualmente del consejo, y de las manos, y donde muchas vezes habrá de proseguir la fuerza, lo que empezare, y no consiguiere la prudencia. No es tiempo de maximas políticas, ni de consejos desarmados. Vuestro primer cuidado debe atender á la conservacion de este exercito, que os sirve de muralla: y mi primera obligacion es advertiros, que no está hoy, como debe, para fiarle nuestra seguridad, y nuestras

tras esperanzas. Bien sabeis, que yo gobierno el exercito, sin otro título, que un nombramiento de Diego Velazquez, que fué con poca intermision escrito, y revocado. Dexo aparte la sinrazon de su desconfianza, por ser de otro propósito; pero no puedo negar, que la jurisdiccion militar, de que tanto necesitamos, se conserva hoy en mí, contra la voluntad de su dueño; y se funda en un título violento, que trae consigo mal disimulada la flaqueza de su órigen. No ignoran este defecto los soldados, ni yo tengo tan humilde el espíritu, que quiera mandarlos con autoridad escrupulosa; ni es el empeño, en que nos hallamos, para entrar en él con un exercito, que se mantiene mas en la costumbre de obedecer, que en la razon de la obediencia. A vosotros, señores, toca el remedio de este inconveniente: y el Ayuntamiento, en quien reside hoy la representacion de nuestro Rey, puede, en su Real nombre, proveer el gobierno de sus armas, eligiendo persona en quien no concurran estas nulidades. Muchos sujetos hay en el exercito capaces de esta ocupacion, y en qualquiera que tenga otro genero de autoridad, ó que la reciba de vuestra mano, estará mejor empleada. Yo desisto desde luego del derecho que pudo comunicarme la posesion; y renuncio en vuestras manos el título, que me puso en ella, para que discurrais con todo el arbitrio en vuestra eleccion: y puedo aseguraros, que toda mi ambicion se reduce al acierto de nuestra empresa; y que sabré, sin violentarme, acomodar la pica en la mano, que dexa el Baston: que si en la guerra se aprende el mandar obedeciendo, tambien hay casos, en que el haber mandado enseña á obedecer."

Dicho

Dicho esto, arrojó sobre la mesa el título de Diego Velazquez, besó el Baston, y dexándole entregado á los Alcades, se retiró á su Barraca.

El Mismo.

Del trage y Estilo con que se daban las Embaxadas en Mexico.

Adornaronse luego los quatro Embiados de Cortes * con sus Insignias de Embaxadores; para cuya funcion se ponian sobre los ombros una manta, ó beca de algodon, torcida, y anudada por los estremos: en la mano derecha una saeta larga, con las plumas en alto: y en el brazo izquierdo una rodela de concha. Conóciase por las plumas de la saeta el intento de la Embaxada; porque las roxas anunciaban la guerra; y las blancas denotaban la paz: al modo que los Romanos distinguian con diferentes símbolos á sus feciales, y caduceadores. Por estas señas eran conocidos, y respetados en los transitos; pero no podian salir de los caminos reales de la provincia, donde iban; porque si los hallaban fuera de ellos, perdian el fuero, y la inmunidad; cuyas esenciones tenian por sacrosantas; observando religiosamente este genero de fe pública, que inventó la necesidad, y puso entre sus leyes el derecho de las gentes.

Con estas insignias de su ministerio entraron en Tlascala los quatro Embiados de Cortes; y conocidos por ellas, se les dió su alojamiento en la Calpisca (llamabase así

* Eran quatro Cempoales, esto es, quatro de los mas distinguidos vecinos de Cempoala.

así la casa, que tenian diputada para el recibimiento de los Embaxadores) y el dia siguiente se convocó el Senado para oirlos, en una sala grande del consistorio, donde se juntaban á sus conferencias. Estaban los senadores sentados por su antigüedad, sobre unos taburetes baxos de maderas extraordinarias, hechos de una pieza, que llamaban Yopales; y luego que se dexaron ver los embaxadores, se levantaron un poco de sus asientos, y los agasajaron con moderada cortesía. Entraron ellos con las saetas levantadas en alto, y las becas sobre las cabezas, que entre sus ceremonias era la de mayor sumision, y hecho el acatamiento al Senado, caminaron poco á poco hasta la mitad de la sala, donde se pusieron de rodillas, y sin levantar los ojos, esperaron á que se les diese licencia para hablar. Ordenóles el mas antiguo, que dixesen á lo que venian; y tomando asiento sobre sus mismas piernas, dixo uno de ellos, á quien tocó la oracion, por mas despejado:

Razonamiento del Embiado Principal.

"Noble República, valientes, y poderosos Tlascaltécas; el Señor de Cempoala, y los Caciques de la Serranía, vuestros amigos, ó confederados, os embia salud; y deseando la fertilidad de vuestras cosechas, y la muerte de vuestros enemigos, os hacen saber, que de las partes del Oriente han llegado á su tierra unos hombres invencibles, que parecen Deidades: porque navegan sobre grandes palacios, y manejan los truenos, y los rayos: armas reservadas al Cielo: ministros de otro Dios Superior á los nuestros, á quien ofenden las tyranías, y los sacrificios de sangre humana. Que su Capitan es Embaxador de un Príncipe muy poderoso, que con impulso de su religion, desea remediar los

abusos de nuestra tierra, y las violencias de Motezuma; y haviendo redimido ya nuestras provincias de la opresion en que vivian, se halla obligado á seguir, por vuestra república, el camino de Mexico; y quiere saber en que os tiene ofendidos aquel tyrano, para tomar por suya vuestra causa, y ponerla entre las demas, que justifican su demanda. Con esta noticia, pues, de sus designios, y con esta experiencia de su benignidad, nos hemos adelantado á pediros, y amonestaros, de parte de nuestros Caciques, y toda su confederacion, que admitais á estos estrangeros, como á bienhechores, y aliados de vuestros aliados. Y de parte de su Capitan os hacemos saber, que viene de paz, y solo pretende, que le concedais el paso de vuestras tierras: teniendo entendido, que desea vuestro bien, y que sus armas son instrumentos de la justicia, y de la razon, que defienden la causa del Cielo, benignas por su propia naturaleza, y solo rigurosas con el delito, y la provocacion."

Dicho esto, se levantaron los quatro sobre las rodillas; y haciendo una profunda humiliacion al Senado, se bolvieron á sentar, como estaban, para esperar la respuesta.

El Mismo.

Razonamiento de Magiscatcin, el mas Anciano y de mayor Autoridad en la Republica, á los Senadores.

" Bien sabeis, nobles, y valerosos Tlascaltecas, que fué revelado á nuestros Senadores, en los primeros siglos de nuestra antigüedad, y se tiene hoy entre nosotros como punto de religion, que ha de venir á este mundo, que habitamos, una gente invencible, de las Regiones Orientales, con tanto dominio sobre los elementos, que fundará ciu-

dades movibles sobre las aguas, sirviéndose del fuego, y del ayre para sujetar la tierra: y aunque entre la gente de juicio no se crea, que han de ser Dioses vivos (como lo entiende la rudeza del vulgo) nos dice la misma tradicion, que serán unos hombres Celestiales; tan valerosos, que valdrá uno por mil, y tan benignos, que tratarán solo de que vivamos, segun razon, y justicia. No puedo negaros, que me ha puesto en gran cuidado lo que conforman estas señas con las de esos estrangeros, que teneis en vuestra vecindad. Ellos vienen por el rumbo del Oriente: sus armas son de fuego: casas Maritimas sus embarcaciones: de su valentía, ya os ha dicho la fama lo que obraron en Tabasco: su benignidad ya la veis en el agradecimiento de vuestros mismos confederados; y si bolvemos los ojos á esos Cometas, y señales del Cielo, que repetidamente nos asombran, parece que nos hablan al cuidado, y vienen como avisos, ó mensageros de esta gran novedad. Pues quien habrá tan atrevido, y temerario, que si es esta la gente de nuestras Profecías, quiera probar sus fuerzas con el Cielo, y tratar como enemigos á los que traen por armas sus mismos decretos? Yo, por lo ménos, temeria la indignacion de los Dioses, que castigan rigurosamente á sus rebeldes; y con sus mismos rayos parece que nos están enseñando á obedecer; pues habla con todos la amenaza del trueno, y solo se ve el estrago, donde se conoció la resistencia. Pero yo quiero, que se desestimen como casuales estas evidencias; y que los estrangeros sean hombres como nosotros; ¿que daño nos han hecho para que tratemos de la venganza? Sobre que injuria se ha de fundar esta violencia? Tlascala, que mantiene su libertad con sus victorias; ¿y sus victorias con la razon de sus armas, moverá

una guerra voluntaria, que desacredite su gobierno, y su valor? Esta gente viene de paz: su pretension es pasar por nuestra republica; no lo intenta sin nuestra permision; pues ¿ donde está su delito? Donde nuestra provocacion? Llegan á nuestros umbrales, fiados en la sombra de nuestros amigos, ¿ y perderémos los amigos por atropellar á los que desean nuestra amistad? Que dirán de esta accion los demas confederados? Y que dirá la fama de nosotros, si quinientos hombres nos obligan á tomar las armas? ¿ Ganaráse tanto en vencerlos, como se perderá en haverlos temido? Mi sentir es, que los admitamos con benignidad, y se les conceda el paso, que pretenden: si son hombres, porque está de su parte la razon; y si son algo mas, porque les basta para razon la voluntad de los Dioses."

El Mismo.

Razonamiento de Xicontencâl *el mozo contra los Españoles, en Respuesta á el de Magiscatcin.*

No en todos los negocios *(dixo)* se debe á las canas la primera seguridad de los aciertos, mas inclinadas al recelo, que á la osadia, y mejores consejeras de la paciencia, que del valor. Venero, como vosotros, la autoridad, y el discurso de Magiscatcín; pero no estrañareis en mi edad, y en mi profesion otros dictámenes ménos desengañados, y no sé si mejores: que quando se habla de la guerra, suele ser engañosa virtud la prudencia; porque tiene de pasion todo aquello, que se parece al miedo. Verdad es, que se esperan entre nosotros esos reformadores Orientales, cuya venida, dura en el vaticinio, y tarda en el desengaño. No es mi ánimo desvanecer esta voz, que se ha hecho vene-

rable con el sufrimiento de los siglos; pero déxadme que os pregunte, que seguridad tenemos de que sean nuestros prometidos estos estrangeros. ¿ Es lo mismo caminar por el rumbo del Oriente, que venir de las regiones Celestiales, que consideramos donde nace el sol? Las armas de fuego, y las grandes embarcaciones, que llamais palacios marítimos, no pueden ser obra de la industria humana, que se admiran, porque no se han visto? Y quiza serán ilusiones de algun encantamiento, semejantes á los engaños de la vista, que llamamos ciencia en nuestros agoreros. ¿ Lo que obraron en Tabasco, fué mas que romper un exercito superior? Esto se pondera en Tlascála, como sobrenatural, donde se obran cada dia, con la fuerza ordinaria, mayores hazañas? ¿ Y esa benignidad que han usado con los Cempoales, no puede ser artificio para ganar á ménos costa los pueblos? Yo, por lo ménos, la tendria por dulzura sospechosa, de las que regalan el paladar, para introducir el veneno; porque no conforma con lo demas que sabemos de su codicia, sobervia, y ambicion. Estos hombres (si ya no son algunos monstruos, que arrojó la Mar en nuestras costas) roban nuestros pueblos; viven al arbitrio de su antojo: sedientos del oro, y plata, y dados á las delicias de la tierra: desprecian nuestras leyes: intentan novedades peligrosas en la justicia, y en la religion: destruyen los templos: despedazan las aras: blasfeman de los Dioses, ¿ y se les da estimacion de Celestiales? ¿ Y se duda la razon de nuestra resistencia? ¿ Y se escucha sin escandalo el nombre de la paz? Si los Cempoales, y Totonaques los admitieron en su amistad, fué sin consulta de nuestra republica, y vienen amparados en una falta de atencion, que merece castigo en sus Valedores. Y esas impre-

impresiones del ayre, y señales espantosas, tan encarecidas por Magiscatcín, ántes nos persuaden á que los tratemos como enemigos; porque siempre denotan calamidades, y miserias. No nos avisa el Cielo con sus prodigios de lo que esperamos, sino de lo que debemos temer; que nunca se acompañan de horrores sus felicidades: ni enciende sus cometas para que se adormezca nuestro cuidado, y se dexe estar nuestra negligencia. Mi sentir es, que se junten nuestras fuerzas, y se acabe de una vez con ellos, pues vienen á nuestro poder señalados con el indice de las estrellas, para que los miremos como tyranos de la Patria, y de los Dioses: y librando en su castigo la reputacion de nuestras armas, conozca el mundo, que no es lo mismo ser inmortales en Tabasco, que invencibles en Tlascála.

El Mismo.

Razonamiento de Xicotencal *el viejo, pidiendo la Paz á Cortes, de Parte de su Republica.*

Ya, valeroso capitan, (seas, ó no, del genero mortal) tienes en tu poder al Senado de Tlascála, última señal de nuestro rendimiento. No venimos á disculpar el yerro de nuestra nacion, sino á tomarle sobre nosotros, fiando á nuestra verdad tu desenojo. Nuestra fué la resolucion de la guerra; pero tambien ha sido nuestra la determinacion de la paz. Apresurada fué la primera, y tarda es la segunda; pero no suelen ser de peor calidad las resoluciones mas consideradas; ántes se borra con trabajo, lo que se imprime con dificultad; y puedo asegurar, que la misma detencion nos dió mayor conocimiento de tu valor, y profundó los cimientos de nuestra constancia. No ignoramos,

mos, que Motezuma intenta disuadirte de nuestra confederacion: escúchale como á nuestro enemigo, si no le considerares como tirano; que ya lo parece, quien te busca para la sinrazon. Nosotros no queremos que nos ayudes contra él, que para todo lo que no eres tú, nos bastan nuestras fuerzas: solo sentirémos, que fies tu seguridad de sus ofertas, porque conocemos sus artificios, y maquinaciones; y acá en mi ceguedad se me ofrecen algunas luces, que me descubren, desde lexos, tu peligro. Puede ser que Tlascála se haga famosa en el mundo por la defensa de tu razon; pero dexemos al tiempo tu desengaño, que no es vaticinio lo que se colige fácilmente de su tiranía, y de nuestra fidelidad. Ya nos ofreciste la paz; si no te detiene Montezuma, que te detiene? Por que te niegas á nuestras instancias? Por que dexas de honrar nuestra Ciudad con tu presencia? Resueltos venimos á conquistar de una vez tu voluntad, y tu confianza, ó poner en tus manos nuestra libertad: elige, pues, de estos dos partidos, el que mas te agradare, que para nosotros nada es tercero entre las dos fortunas, de tus amigos, ó tus prisioneros.

El Mismo.

Reconocimiento del Volcan de Popocatepec por Diego de Ordáz, *con su Descripcion.*

Acompañaron á Diego de Ordáz en este reconocimiento dos soldados de su compañía, y algunos Indios principales, que ofrecieron llegar con él hasta las Hermitas, lastimándose mucho de que iban á ser testigos de su muerte. Es el monte muy delicioso en su principio: hermoséanle por todas partes frondosas arboledas, que subiendo largo trecho

trecho con la cuesta, suavizan el camino con su amenidad: y al parecer, con engañoso divertimiento, llevan al peligro por el deleyte. Vase despues esterilizando la tierra, parte con la nieve (que dura todo el año en los parages, que desampara el Sol, ó perdona el fuego) y parte con la ceniza, que blanquea tambien desde lexos con la oposicion del humo. Quedáronse los Indios en la estancia de las hermitas, y partió Diego de Ordáz con sus dos soldados, trepando animosamente por los riscos, y poniendo muchas veces los pies donde estuvieron las manos: pero quando llegaron á poca distancia de la cumbre, sintieron que se movia la tierra con violentos, y repetidos baybenes, y percibieron los bramidos horribles del volcan, que á breve rato disparó, con mayor estruendo, gran cantidad de fuego, embuelto en humo, y ceniza: y aunque subió derecho, sin calentar lo transversal del ayre, se dilató despues en lo alto y bolvió sobre los tres una lluvia de ceniza, tan espesa, y tan encendida, que necesitaron de buscar su defensa en el concavo de una peña, donde faltó el aliento á los Españoles, y quisieron bolverse; pero Diego de Ordáz, viendo que cesaba el terremoto, que se mitigaba el estruendo, y salia ménos denso el humo, los animó con adélantarse, y llegó intrepidamente á la voca del volcan, en cuyo fondo observó una gran masa de fuego, que al parecer, hervia como materia liquida, y resplandeciente; y reparó en el tamaño de la voca, que ocupaba casi toda la cumbre, y tendria como un quarto de legua su circunferencia. Bolvieron con esta noticia, y recibieron norabuenas de su hazaña, con grande asombro de los Indios, que redundó en mayor estimacion de los Españoles. Esta vizarria de Diego de Ordáz, no pasó entónces de una curiosidad temeraria; pero

pero el tiempo la hizo de conseqüencia, y todo servia en esta obra: pues hallándose despues el exercito con falta de polvora (para la segunda entrada que se hizo por fuerza de armas en Mexico) se acordó Cortes de los hervores de fuego liquido, que se vieron en este volcan, y halló en él toda la cantidad, que huvo menester de finísimo azufre para fabricar esta municion: con que se hizo recomendable, y necesario el arrojamiento de Diego de Ordáz, y fué su noticia de tanto provecho en la conquista, que se la premió despues el Emperador con algunas mercedes, y ennobleció la misma faccion, dándole por armas el volcan.

El Mismo.

Bella respuesta de Montezuma *á sus Magos, quando le comunicaron las Amenazas de sus Dioses.*

Que podemos hacer si nos desamparan nuestros Dioses? Vengan los estrangeros, y caÿga sobre nosotros el Cielo, que no nos hemos de esconder, ni es razon que nos halle fugitivos la calamidad: solo me lastiman los viejos, niños, y mugeres, á quien faltan las manos para cuidar de su defensa.

El Mismo.

Acompañamiento de Motezuma, *quando* Salió *á recibir á* Cortes.

Poco despues se fué dexando ver la primera Comitiva Real, que serian hasta docientos nobles de su familia, vestidos de librea, con grandes penachos conformes en la hechura, y el color. Venian en dos hileras con notable silencio,

silencio, y compostura, descalzos todos, sin levantar los ojos de la tierra: acompañamiento con apariencias de procesion. Luego que llegaron cerca del exercito, se fueron arrimando á las paredes en la misma órden; y se vió á lo lexos una gran tropa de gente mejor adornada, y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Motezuma, sobre los ombros de sus favorecidos, en unas andas de oro bruñido, que brillaba con proporcion entre diferentes labores de pluma sobrepuesta, cuya primorosa distribucion procuraba obscurecer la riqueza con el artificio. Seguian el paso de las andas quatro personages de gran suposicion, que le llevaban debaxo de un palio, hecho de plumas verdes, entretexidas, y dispuestas de manera, que formaban tela, con algunos adornos de argentería; y poco delante iban tres magistrados con unas varas de oro en las manos, que levantaban en alto sucesivamente, como avisando, que se acercaba el Rey, para que se humillasen todos, y no se atreviesen á mirarle: desacato, que se castigaba como sacrilegio. Cortes se arrojó del cavallo, poco ántes que llegase; y al mismo tiempo se apeó Motezuma de sus andas, y se adelantaron algunos Indios, que alfombraron el camino, para que no pusiese los pies sobre la tierra, que á su parecer no era digna de su huellas.

Previnose á la funcion con espacio, y gravedad; y puestas las dos manos sobre los brazos del Señor de Iztapalapa, y el de Tezcuco, sus sobrinos, dió algunos pasos, para recibir á Cortes.

El Mismo.

De la presencia, y trage de MOTEZUMA.

ERA Motezuma de buena presencia: su edad hasta quarenta años, de mediana estatura, mas delgado, que robusto, el rostro aguileño, de color ménos obscuro que el natural de aquellos Indios; el cabello largo, hasta el extremo de la oreja; los ojos vivos, y el semblante magestuoso, con algo de intencion; su trage, un manto de sutilísimo algodon, anudado sin desayre sobre los ombros, de manera, que cubria la mayor parte del cuerpo, dexando arrastrar la falda. Traya sobre sí diferentes joyas de oro, perlas, y piedras preciosas, en tanto numero, que servian mas al peso, que al adorno. La Corona, una mitra de oro ligero, que por delante remataba en punta, y la mitad posterior, algo mas obtusa, se inclinaba sobre la cerviz; y el calzado, unas suelas de oro macizo, cuyas correas, tachonadas de lo mismo, ceñian el pie, y abrazaban parte de la pierna, semejante á las Caligas militares de los Romanos.

EL MISMO.

Razonamiento de MOTEZUMA *á* CORTES.

ANTES que me deis la embaxada (ilustre Capitan, y valerosos estrangeros) del Príncipe grande, que os embia, debeis vosotros, y debo yo desestimar, y poner en olvido lo que ha divulgado la fama de nuestras personas, y costumbres, introduciendo en nuestros oidos aquellos vanos rumores, que van delante de la verdad, y suelen obscurecerla, declinando en lisonja, ó vituperio. En algunas partes os havrán dicho de mí, que soy uno de los Dioses inmortales,

levantando

levantando hasta los Cielos mi poder, y mi naturaleza: en otras, que se desvela en mis opulencias la fortuna: que son de oro las paredes, y los ladrillos de mis palacios, y que no cabe en la tierra mis tesoros; y en otras, que soy tirano, cruel, y sobervio: que aborrezco la justicia, y que no conozco la piedad. Pero los unos, y los otros os han engañado con igual encarecimiento: y para que no imagineis, que soy alguno de los Dioses, ó conozcais el desvarío de los que así me imaginan, esta porcion de mi cuerpo (y desnudó parte del brazo) desengañará vuestros ojos, de que hablais con un hombre mortal, de la misma especie; pero mas noble, y mas poderoso que los otros hombres. Mis riquezas, no niego, que son grandes; pero las hace mayores la exâgeracion de mis vasallos. Esta casa, que habitais es uno de mis Palacios. Mirad esas paredes, hechas de piedra, y cal, materia vil, que debe al arte su estimacion; y colegid de uno, y otro el mismo engaño, y el mismo encarecimiento, en lo que os hubieren dicho de mis tiranías, suspendiendo el juicio, hasta que os entereis de mi razon; y despreciando ese lenguage de mis rebeldes, hasta que veais si es castigo lo que llaman infelicidad, y si pueden acúsarle, sin dexar de merécerle. No de otra suerte han llegado á nuestros oidos varios informes de vuestra naturaleza, y operaciones. Algunos han dicho, que sois Deidades: que os obedecen las fieras; que manejais los rayos; y que mandais en los elementos. Y otros, que sois facinerosos, iracundos, y sobervios: que os dexais dominar de los vicios, y que venis con una sed insaciable del oro, que produce nuestra tierra. Pero ya veo que sois hombres de la misma composicion, y masa, que los demas, aunque os diferencian de nosotros algunos accidentes de

los que suele influir el temperamento de la tierra en los mortales. Esos brutos, que os obedecen, ya conozco que son unos venados grandes, que traeis domesticados, y embebidos en aquella doctrina imperfecta, que puede comprehender el instinto de los animales. Esas armas, que se asemejan á los rayos, tambien alcanzo, que son unos cañones de metal no conocido, cuyo efecto es como el de nuestras cerbatanas; ayre oprimido, que busca salida, y arroja el impedimento. Ese fuego, que despiden con mayor estruendo, será quando mucho algun secreto mas que natural de la misma ciencia, que alcanzan nuestros magos. Y en lo demas, que han dicho de vuestro proceder, hallo tambien, segun la observacion que han hecho de vuestras costumbres mis embaxadores, y confidentes, que sois benignos, y religiosos; que os enojais con razon; que sufris con alegria los trabajos; y que no falta entre vuestras virtudes la liberalidad, que se acompaña pocas veces con la codicia. De suerte, que unos, y otros debemos olvidar las noticias pasadas, y agradecer á nuestros ojos el desengaño de nuestra imaginacion: con cuyo presupuesto quiero que sepais ántes de háblarme, que no se ignora entre nosotros, ni necesitamos de vuestra persuasion para creer, que el Príncipe grande, á quien obedeceis, es descendiente de nuestro antiguo Quezalcoal, Señor de las siete Cuebas de los Navatlácas, y Rey legitimo de aquellas siete naciones, que dieron principio al Imperio Mexicano. Por una profecía suya, que veneramos, como verdad infalible, y por la tradicion de los siglos, que se conserva en nuestros anales, sabemos, que salió de estas regiones á conquistar nuevas tierras ácia la parte del Oriente, y dexó prometido, que andando el tiempo, vendrian sus descendientes á moderar

nuestras

nuestras leyes, ó poner en razon nuestro gobierno. Y porque las señas que traeis conforman con este vaticinio, y el Príncipe del Oriente, que os embia, manifiesta en vuestras mismas hazañas la grandeza de tan ilustre progenitor, tenemos ya determinado, que se haga en obsequio suyo todo lo que alcanzaren nuestras fuerzas. De que me ha parecido advertiros, para que hableis sin embarazo en sus proposiciones, y atribuyais á tan alto príncipio estos excesos de mi humanidad.

El Mismo.

Respuesta de Cortes *á* Motezuma.

Despues (Señor) de rendiros las gracias por la suma benignidad, con que permitis vuestros oidos á nuestra embaxada, y por el superior conocimiento, con que nos habeis favorecido, menospreciando, en nuestro abono, los siniestros informes de la opinion, debo déciros, que tambien acerca de nosotros se ha tratado la vuestra con aquel respeto, y veneracion que corresponde á vuestra grandeza. Mucho nos han dicho de vos en esas tierras de vuestro Dominio; unos, afeando vuestras obras; y otros, poniendo entre sus Dioses vuestra persona: pero los encarecimientos crecen ordinariamente con injuria de la verdad; que como es la voz de los hombres el instrumento de la fama, suele participar de sus pasiones; y estas, ó no entienden las cosas como son, ó no las dicen como las entienden. Los Españoles, Señor, tenemos otra vista, con que pasamos á discernir el color de las palabras, y por ellas el semblante del corazon. Ni hemos creido á vuestros rebeldes, ni á vuestros lisongeros: con certidumbre de que sois Príncipe

cipe grande, y amigo de la razon, venimos á vuestra presencia, sin necesitar de los sentidos, para conocer que sois Príncipe mortal. Mortales somos tambien los Españoles, aunque mas valerosos, y de mayor entendimiento, que vuestros vasallos, por haber nacido en otro clima de mas robustas influencias. Los animales que nos obedecen, no son como vuestros venados, porque tienen mayor nobleza, y ferocidad; brutos inclinados á la guerra, que saben aspirar con alguna especie de ambicion á la gloria de su dueño. El fuego de nuestras armas, es obra natural de la industria humana, sin que tenga parte alguna en su produccion esa facultad, que profesan vuestros magos, ciencia entre nosotros abominable, y digna de mayor desprecio, que la misma ignorancia; con cuya suposicion (que me ha parecido necesaria para satisfacer á vuestras advertencias) os hago saber, con todo el acatamiento debido á vuestra Magestad, que vengo á visitaros como embaxador del mas poderoso Monarca que registra el sol desde su nacimiento; en cuyo nombre os propongo, que desea ser vuestro amigo, y confederado; sin acordarse de los derechos antiguos, que habeis referido, para otro fin, que abrir el comercio entre ambas Monarquías, y conseguir, por este medio, vuestra comunicacion, y vuestro desengaño. Y aunque pudiera (segun la tradicion de vuestras mismas historias) aspirar á mayor reconocimiento en estos Dominios, solo quiere usar de su autoridad, para que le creais, en lo mismo que os conviene; y daros á entender, que vos, Señor, y vosotros Mexicanos, que me ois, (bolviendo el rostro á los circunstantes) vivis engañados en la religion que profesais, adorando unos leños insensibles, obra de vuestras manos, y de vuestra fantasía; porque solo hay un Dios verdadero,

principio

principio eterno (sin principio, ni fin) de todas las cosas; cuya Omnipotencia infinita crió de nada esa Fábrica maravillosa de los Cielos; el sol, que nos alumbra; la tierra, que nos sustenta; y el primer hombre, de quien procedemos todos, con igual obligacion de reconocer, y adorar á nuestra primera causa. Esta misma obligacion teneis vosotros impresa en el alma, y conociendo su inmortalidad, la desestimais, y destruis, dando adoracion á los demonios, que son unos espíritus inmundos, criaturas del mismo Dios, que por su ingratitud, y rebeldía, fueron lanzados en ese fuego subterraneo, de que teneis alguna imperfecta noticia, en el horror de vuestros volcanes. Estos, que por su envidia, y malignidad, son enemigos mortales del genero humano, solicitan vuestra perdicion, haciéndose adorar en esos idolos abominables; suya es la voz, que alguna vez escuchais en las respuestas de vuestros oraculos, y suyas las ilusiones, con que suele introducir en vuestro entendimiento los errores de la imaginacion. Ya conozco, Señor, que no son de este lugar los misterios de tan alta enseñanza; pero solamente os amonesta ese mismo Rey, á quien reconoceis tan antigua superioridad, que nos oygais en este punto con ánimo indiferente, para que veais como descansa vuestro espíritu en la verdad, que os anunciamos, y quantas veces habeis resistido á la razon natural, que os daba luz suficiente para conocer vuestra ceguedad. Esto es lo primero que desea de vuestra Magestad el Rey, mi Señor, y esto lo principal que os propone, como el medio mas eficaz, para que pueda estrecharse con durable amistad la confederacion de ambas coronas, y no falten á su firmeza los fundamentos de la religion, que sin dexar alguna dis-

cordia

cordia en los dictámenes, introduzcan en el ánimo los vinculos de la voluntad.

El Mismo.

Descripcion de la Ciudad de Mexico.

La gran ciudad de Mexico, que fué conocida en su antigüedad por el nombre de *Tenuchtitlán*, ó por otros de poco diferente sonido (sobre cuya denominacion se cansan voluntariamente los Autores) tendria en aquel tiempo sesenta mil familias de vecindad, repartida en dos barrios, de los quales llamaba el uno *Tlatelúleo*, habitacion de gente popular; y el otro *Mexico*, que por residir en el la Corte, y la Nobleza, dió su nombre á toda la poblacion.

Estaba fundada en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras, y montañas, de cuyos Rios, y vertientes, rebalsadas en el Valle, se formaban diferentes Lagunas, y en lo mas profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con mas de cincuenta poblaciones la Nacion Mexicana. Tendria este pequeño mar treinta leguas de circunferencia; y los dos lagos que le formaban, se unian, y comunicaban entre sí, por un dique de piedra, que los dividia, reservando algunas aberturas, con puentes de madera, en cuyos lados tenian sus compuertas levadizas, para cevar el lago inferior, siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno, con la redundancia del otro. Era el mas alto, de agua dulce, y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento: y el otro, de agua salobre, y obscura, semejante á la maritima, no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la

misma tierra, donde se detenian, gruesa, y salitrosa por aquel parage; pero de grande utilidad para la fabrica de la Sal, que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al Sol, y adelgazando con el fuego las espumas, y superfluidades que despedia la resaca.

En el medio casi de esta Laguna salobre tenia su asiento la ciudad, cuya situacion se apartaba de la linea equinoccial ácia el norte diez y nueve grados, y trece minutos, dentro aun de la torrida zona, que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos, para que aprendiese nuestra experiencia, quan poco se puede fiar de la humana sabiduría, en todas aquellas noticias, que no entran por los sentidos á desangañar el entendimiento. Era su clima benigno, y saludable, donde se dexaban conocer á su tiempo el frio, y el calor, ambos con moderada intencion: y la humedad, que por la naturaleza del sitio, pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos, ó morigerada con el beneficio del Sol.

Tenia hermosísimos lejos enmedio de las aguas esta gran poblacion, y se daba la mano con la tierra, por sus diques, ó calzadas principales; fábrica sumptuosa, que servia tanto al ornamento, como á la necesidad. La una, de dos leguas ácia la parte del mediodia: (por donde hicieron su entrada los Españoles) la otra, de una legua, mirando al septentrion: y la otra, poco menor, por la parte occidental. Eran las calles bien niveladas, y espaciosas: unas de agua con sus puentes, para la comunicacion de los vecinos: otras de tierra sola hechas á la mano; y otras de agua, y tierra: los lados para el paso de la gente, y el medio para el uso de las canoas, ó barcas de tamaños diferentes, que navegaban por la ciudad, ó servian al co-

 mercio,

mercio, cuyo numero toca en increible: pues dicen, que tendria Mexico entónces mas de cincuenta mil, sin otras embarcaciones pequeñas, que allí se llamaban Acales, hechas de un tronco, y capaces de un hombre, que remaba para sí.

Los edificios públicos, y casas de los nobles, de que se componia la mayor parte de la ciudad, eran de piedra, y bien fabricadas: las que ocupaba la gente popular, humildes, y desiguales; pero unas, y otras en tal disposicion, que hacian lugar á diferentes plazas de terraplen, donde tenian sus mercados.

Era entre todas la del Tlatelúlco de admirable capacidad, y concurso; á cuyas ferias acudian ciertos dias en el año todos los mercaderes, y comerciantes del Reyno, con lo mas precioso de sus frutos, y manifacturas; y solian concurrir tantos, que siendo esta Plaza (segun dice Antonio de Herrera) una de las mayores del mundo, se llenaba de Tiendas puestas en hileras, y tan apretadas, que apenas dexaban calle á los compradores. Conocian todos su puesto, y armaban su oficina de bastidores portatiles, cubiertos de algodon basto, capaz de resistir al agua, y al Sol. No acaban de ponderar nuestros escritores el órden, la variedad, y la riqueza de estos mercados. Habia hileras de Plateros, donde se vendian joyas, y cadenas extraordinarias, diversas hechuras de animales, y vasos de oro, y plata, labrados con tanto primor, que algunos de ellos dieron que discurrir á nuestros artífices, particularmente unas calderillas de asas movibles, que salian así de la fundicion, y otras piezas del mismo genero, donde se hallaban molduras, y relieves, sin que se conociese impulso de martillo, ni golpe de sincel. Habia tambien hileras de Pintores,

con

con raras ideas, y payses de aquella interposicion de plumas, que daba el colorido, y animaba la figura, en cuyo genero se hallaron raros aciertos de la paciencia, y la prolixidad. Venian tambien á este mercado quantos generos de telas se fabricaban en todo el Reyno, para diferentes usos, hechas de algodon, y pelo de conejo, que hilaban delicadamente las mugeres, enemigas en aquella tierra de la ociosidad, y aplicadas al ingenio de las manos. Eran muy de reparar los bucaros, y hechuras esquisitas de finísimo barro, que trayan á vender, diverso en el color, y en la fragrancia, de que labraban con primor extraordinario quantas piezas, y vasijas son necesarias para el servicio, y el adorno de una casa, porque no usaban de oro, ni de plata en sus vaxillas; profusion, que solo era permitida en la mesa Real, y esto en dias muy señalados. Hallábanse con la misma distribucion, y abundancia los mantenimientos, las frutas, los pescados, y finalmente quantas cosas hizo venales el deleyte, y la necesidad.

Hacianse las compras, y ventas por via de permutacion; con que daba cada uno lo que le sobraba, por lo que habia menester: y el maiz, ó el cacao servia de moneda para las cosas menores. No se gobernaban por el peso, ni le conocieron; pero tenian diferentes medidas, con que distinguir las cantidades, y sus numeros, ó caracteres, con que ajustar los precios, segun sus tasaciones.

Habia casa diputada para los Jueces del comercio, en cuyo tribunal se decidian las diferencias de los comerciantes, y otros ministros inferiores, que andaban entre la gente, cuidando de la igualdad de los contratos: y llevaban al tribunal las causas de fraude, ó exceso, que necesitaban de castigo. Admiraron justamente nuestros Españoles la pri-

primera vista de este mercado, por su abundancia, por su variedad, y por el órden, y concierto, con que estaba puesta en razon aquella muchedumbre. Aparador verdaderamente maravilloso, en que se venian de una vez á los ojos la grandeza, y el gobierno de aquella corte.

Los templos (si es lícito darles este nombre) se levantaban sumptuosamente sobre los demas edificios: y el mayor, donde residia la suma dignidad de aquellos inmundos Sacerdotes, estaba dedicado al Idolo *Viztzilipuztli*, que en su lengua significaba Dios de la guerra, y le tenian por el Supremo de sus Dioses. Primacía de que se infiere, quanto se preciaba de militar aquella Nacion. El vulgo de los Soldados Españoles le llamaba *Huchilobos*, tropezando en la pronunciacion: y así le nombra Bernal Diaz del Castillo, hallando en la pluma la misma dificultad. Notablemente discuerdan los autores en la descripcion de este soberbio edificio. Antonio de Herrera se conforma demasiado con Francisco Lopez de Gomara: los que le vieron entónces, tenian otras cosas en el cuidado, y los demas tiraron las lineas á la voluntad de su consideracion. Seguimos al Padre Josef de Acosta, y á otros autores de los mejores informados.

Su primera mansion era una gran plaza en quadro, con su muralla de silleria, labrada por la parte de afuera con diferentes lazos de culebras encadenadas, que daban horror al portico, y estaban allí con alguna propiedad. Poco ántes de llegar á la puerta principal estaba un humilladero, no ménos horroroso. Era de piedra con treinta gradas de lo mismo, que subian á lo alto, donde habia un genero de azutea prolongada, y fixos en ella muchos troncos de crecidos árboles, puestos en hilera: tenian

estos

estos sus taladros iguales á poca distancia, y por ellos pasaban de un árbol á otro diferentes varas, ensartando cada una, por las sienes, algunas calaveras de hombres sacrificados; cuyo numero (que no se puede referir sin escandalo) tenian siempre cabal los ministros del templo, renovando las que padecian algun destrozo con el tiempo. Lastimoso trofeo, en que manifestaba su rencor el enemigo del hombre: y aquellos Barbaros le tenian á la vista sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechada, en la costumbre de los ojos, la memoria de la muerte.

Tenia la Plaza quatro puertas correspondientes en sus quatro lienzos, que miraban á los quatro vientos principales. En lo alto de las portadas habia quatro estatuas de piedra, que señalaban el camino, como despidiendo á los que se acercaban mal dispuestos: y tenian su presumpcion de Dioses liminares, porque recibian algunas reverencias á la entrada. Por la parte interior de la muralla estaban las habitaciones de los sacerdotes, y dependientes de su ministerio, con algunas oficinas, que corrian todo el ambito de la plaza, sin ofender el quadro, dexándola tan capaz, que solian baylar en ella ocho, y diez mil personas, quando se juntaban á celebrar sus festividades.

Ocupaba el centro de esta plaza una gran maquina de piedra, que á cielo descubierto, se levantaba sobre las torres de la ciudad; creciendo en diminucion hasta formar una media pirámide, los tres lados pendientes, y en otro labrada la escalera: edificio sumptuoso, y de buenas medidas, tan alto, que tenia ciento y veinte gradas la escalera; y tan corpulento, que terminaba en un plano de qua-

quarenta pies en quadro; cuyo pavimento, enlosado primorosamente de varios jaspes, guarnecia por todas partes un pretil con sus almenas retorcidas, á manera de caracoles, formado por ambas haces, de unas piedras negras semejantes al azabache, puestas con órden, y unidas con betunes blancos, y roxos, que adornaban mucho el edificio.

Sobre la division del pretil, donde terminaba la escalera, estaban dos estatuas de marmol, que sustentaban (imitando bien la fuerza de los brazos) unos grandes candeleros de hechura extraordinaria. Mas adelante una losa verde, que se levantaba cinco palmos del suelo, y remataba en esquina, donde afirmaban por las espaldas al miserable, que habian de sacrificar, para sacarlo por los pechos el corazon. Y en la frente una Capilla de mejor fábrica, y materia, cubierta por lo alto con su techumbre de maderas preciosas, donde tenian el idolo sobre un altar muy alto, y detras de cortinas. Era de figura humana, y estaba sentado en una silla (con apariencias de trono) fundada sobre un globo azul, que llamaban Cielo; de cuyos lados salian quatro varas con cabezas de sierpes, á que aplicaban los ombros, para condúcirle quando le manifestaban al pueblo. Tenia sobre la cabeza un penacho de plumas varias, en forma de pajaro, con el pico, y la cresta de oro bruñido; el rostro de horrible severidad, y mas afeado con dos fajas azules, una sobre la frente, y otra sobre la nariz. En la mano derecha una culebra ondeada, que le servia de baston, y en la izquierda quatro saetas, que veneraban como traidas del Cielo, y una rodela con cinco plumages blancos, puestos en Cruz, sobre

sobre cuyos adornos, y la significacion de aquellas insignias, y colores, decian notables desvarios, con lastimosa ponderacion.

Al lado siniestro de esta Capilla estaba otra de la misma hechura, y tamaño, con un idolo, que llamaban *Tlaloch*, en todo semejante á su compañero. Tenianlos por hermanos, y tan amigos, que dividian entre sí los patrocinios de la guerra, iguales en el poder, y uniformes en la voluntad: por cuya razon acudian á entrambos con una victima, y un ruego, y les daban las gracias de los sucesos, teniendo en equilibrio la devocion.

El ornato de ambas capillas era de inestimable valor, colgadas las paredes, y cubiertos los altares de joyas, y piedras preciosas, puestas sobre plumas de colores. Y habia de este genero, y opulencia ocho templos en aquella ciudad; siendo los menores mas de dos mil, donde se adoraban otros tantos ídolos, diferentes en el nombre, figura, y advocacion. Apenas habia calle sin su Dios tutelar; ni se conocia calamidad entre las pensiones de la naturaleza, que no tuviese altar, donde acudir por el remedio. Ellos se fingian y fabricaban sus Dioses de su mismo temor, sin conocer, que enflaquecian el poder de los unos, con lo que fiaban de los otros: y el demonio ensanchaba su dominio por instantes: violentísimo tyrano de aquellos racionales, y en pacifica posesion de tantos siglos. O permisiones inexcrutables del Altísimo!

El Mismo.

Calen-

Calendario de los Mexicanos, Computo del Año, y de los Siglos.

TENIAN los Mexicanos dispuesto, y regulado su calendario con notable observacion. Governábanse por el movimiento del Sol, y midiendo sus alturas, y declinaciones para enténderse con el tiempo. Daban al año trecientos y sesenta y cinco dias, como nosotros; pero le dividian en diez y ocho meses, señalando á cada mes veinte dias, de cuyo numero se componian los trecientos y sesenta; y los cinco restantes eran como dias intercalares; que se añadian al fin del año, para igualar el curso del Sol. Mientras duraban estos cinco dias (que á su parecer dexaron advertidamente sus mayores, como vacios, y fuera de cuenta) se daban á la ociosidad, y trataban solo de perder como podian aquellas sobras del tiempo. Dexaban el trabajo los oficiales, cerrábanse las Tiendas, cesaba el despacho de los tribunales, y hasta los sacrificios en los templos. Visitábanse unos á otros, y procuraban todos divértirse con varios entretenimientos, dando á entender, que se prevenian con el descanso, para entrar en los afanes, y tareas de el año siguiente; cuyo ingreso ponian en el principio de la primavera, discrepando del año Solar, segun el computo de los astrólogos, en solos tres dias, que venian á tomar de nuestro mes de Febrero.

Tenian tambien sus semanas de á trece dias, con nombres diferentes, que se notaban por imágenes en el calendario, y sus siglos, que constaban de quatro semanas de años, cuyo método, y dibujo era de notable artificio, y se guardaba cuidadosamente para memoria de los sucesos.

For-

Formaban un circulo grande, y le dividian en cincuenta y dos grados, dando un año á cada grado. En el centro pintaban una efigie del Sol, y de sus rayos salian quatro faxas de colores diferentes, que partian igualmente la circunferencia, dexando trece grados á cada Semidiametro, cuyas divisiones eran como Signos de su Zodiaco, donde tenia el siglo sus revoluciones, y el Sol sus aspectos, prósperos, ó adversos, segun el color de la faxa. Por defuera iban notando en otro círculo mayor con sus figuras, y caracteres los acaecimientos del siglo, y quantas novedades se ofrecian, dignas de memoria: y estos Mapas seculares, eran como instrumentos públicos, que servian á la comprobacion de sus Historias. Puédese contar entre las providencias de aquel Gobierno, el tener Historiadores, que mandasen á la posteridad los hechos de su Nacion.

Habia su mezcla de supersticion en este computo de los siglos, porque tenian aprehendido, que peligraba la duracion del mundo, siempre que terminaba el Sol aquella carrera de las quatro semanas mayores, y quando llegaba el último dia de los cincuenta y dos años, se prevenian todos para la última calamidad. Despédianse de la luz con lágrimas; dispónianse para morir sin enfermedad; rompian las vasijas de su menage, como trastos inútiles: apagaban los fuegos, y andaban toda la noche como frenéticos, sin atreverse á descansar, hasta saber si estaban de asiento en la region de las tinieblas. Pero al primer crepusculo de la mañana empezaban á respirar con la vista en el Oriente, y en saliendo el Sol, le saludaban con todos sus instrumentos, cantándole diferentes Hymnos, y Canciones de alegria desconcertada: congratulábanse despues unos con otros, de que ya tenian segura la duracion del mundo por otro siglo;

y acudian luego á los Templos á congratúlarse con sus Dioses, y á recibir la nueva lumbre de los Sacerdotes, que se encendia delante de los Altares con vehemente agitacion de leños combustibles. Prevénianse, despues de todo lo necesario, para empezar á vivir; y este dia se celebraba con públicos regocijos, llenándose la Ciudad de bayles, y otros exercicios de agilidad, dedicados á la renovacion del tiempo, no de otra suerte, que celebró Roma sus juegos seculares.

El Mismo.

Oracion de Cacumazin, *Rey de Tezcuco, á los de su Faccion, animándolos contra los Españoles.*

A que aguardamos, amigos, y parientes, que no abrimos los ojos al oprobrio de nuestra Nacion, y á la vileza de nuestro sufrimiento. Nosotros, que nacímos á las armas, y ponemos nuestra mayor felicidad en el terror de nuestros enemigos, ¿concedemos la cerviz al yugo áfrentoso de una gente advenediza? ¿Que son sus atrevimientos sino acusaciones de nuestra floxedad, y desprecios de nuestra paciencia? Consideremos lo que han conseguido en breves dias, y conocerémos primero nuestro desayre, y despues, nuestra obligacion. Arrojáronse á la Corte de Mexico insolentes de quatro victorias, en que los hizo valientes la falta de resistencia. Entraron en ella triunfantes, á despecho de nuestro Rey, y contra la voluntad de la nobleza, y gobierno. Introduxeron consigo á nuestros enemigos, ó rebeldes, y los mantienen armados á nuestros ojos; dando vanidad á los Tlascaltécas, y pisando el pundonor de los Mexicanos. Quitaron la vida con púb-

público, y escandaloso castigo á un general del imperio, tomando en ageno dominio jurisdiccion de magistrados, ó autóridad de legisladores. Y últimamente prendieron al gran Motezuma en su Alojamiento, sacándole violentamente de su Palacio; y no contentos con pónerle guardas á nuestra vista, pasaron á ultrajar su persona, y dignidad con las prisiones de sus delinqüentes. Así pasó: todos lo sabemos; pero ¿quien habrá que lo crea sin desmentir á sus ojos? ¡O verdad ingeniosa! digna del silencio, y mejor para el olvido! Pues, en que os deteneis, ilustres Mexicanos? Preso vuestro Rey, y vosotros desarmados! Esa libertad aparente, de que lo veis gozar estos dias, no es libertad, sino un tránsito engañoso, por el qual ha pasado insensiblemente á otro cautiverio de mayor indecencia, pues le han tiranizado el corazon, y se han hecho dueños, de su voluntad, que es la prision mas indigna de los Reyes. Ellos nos gobiernan, y nos mandan, pues el que nos habia de mandar los obedece. Ya le veis descuidado en la conservacion de sus Dominios, desatento á la defensa de sus leyes, y convertido el ánimo Real en espíritu servil. Nosotros, que suponemos tanto en el Imperio Mexicano, debemos impedir con todo el ombro su ruina. Lo que nos toca es juntar nuestras fuerzas, acabar con estos advenedizos, y poner en libertad á nuestro Rey. Si le desagradáremos, dexándole de obedecer en lo que le conviene, conocerá el remedio, quando convalezca de la enfermedad; y si no le conociere, hombres tiene Mexico, que sabrán llenar con sus sienes la corona; y no será el primero de nuestros Reyes, que por no saber Reynar, ó Reynar descuidadamente, se dexó caer el Cetro de las manos.

El Mismo.

Oracion de HERNAN CORTES *á sus Soldados, al salir á Campaña contra Narbaez.*

ESTA noche, amigos, ha puesto el Cielo en nuestras manos la mayor ocasion que se pudiera fingir nuestro deseo: veréis agora lo que fio de vuestro valor, y yo confesaré, que vuestro mismo valor hace grandes mis intentos. Poco ha que aguardabamos á nuestros enemigos, con esperanza de vencerlos al reparo de esa ribera: ya los tenemos descuidados, y desunidos, militando por nosotros el mismo desprecio con que nos tratan. De la impaciencia vergonzosa con que desampararon la campaña, huyendo esos rigores de la noche (pequeños males de la naturaleza) se colige, como estarán en el sosiego unos hombres, que le buscaron con floxedad, y le disfrutan fin recelo. Narbaez entiende poco de las puntualidades, á que obligan las contingencias de la guerra. Sus soldados, por la mayor parte son visoños, gente de la primera ocasion, que no ha menester la noche para moverse con desacierto, y ceguedad: muchos se hallan desobligados, ó quexosos de su Capitan: no faltan algunos, á quien debe inclinacion nuestro partido; ni son pocos los que aborrecen, como voluntario, este rompimiento; y suelen pesar los brazos, quando se mueven contra el dictámen, ó contra la voluntad. Unos, y otros se deben tratar como enemigos, hasta que se declaren; porque si

* Marchaba entónces Narbaez con un poderoso exercito contra Hernan Cortes, por cuya cabeza habia Señalado dos mil pesos de talla.

si ellos nos vencen, hemos de ser nosotros los traydores. Verdad es, que nos asiste la razon; pero en la guerra, es la razon enemiga de los negligentes: y ordinariamente se quedan con ella los que pueden mas. A usurparos vienen quanto habeis adquirido: no aspiran á ménos, que hacerse dueños de vuestra libertad, de vuestras haciendas, y de vuestras esperanzas: suyas han de llamar nuestras victorias: suya la tierra que habeis conquistado con vuestra sangre: suya la gloria de vuestras hazañas; y lo peor es, que con el mismo pie, que intentan pisar nuestra cerviz, quieren atropellar el servicio de nuestro Rey, y atajar los progresos de nuestra religion; porque se han de perder, si nos pierden; y siendo suyo el delito, han de quedar en duda los culpados. A todo se ocurre, con que obreis esta noche como acostumbrais: mejor sabréis execútarlo, que yo discúrrirlo: alto á las armas, y á la costumbre de vencer: Dios, y el Rey en el corazon, el pundonor á la vista, y la razon en las manos, que yo seré vuestro compañero en el peligro; y entiendo ménos de animar con las palabras, que de persuadir con el exemplo.

El Mismo.

Pintura de Motezuma.

Fué Motezuma Príncipe de raros dotes naturales; de agradable, y magestuosa presencia; de claro, y perspicaz entendimiento: falto de cultura, pero inclinado á la substancia de las cosas. Su valor le hizo el mejor entre los suyos, ántes de llegar á la Corona, y despues le dió entre los estraños la opinion mas venerable de los Reyes. Tenia el genio, y la inclinacion militar: entendia las armas

mas de la guerra; y quando llegaba el caso de tomarlas era el exercito su Corte. Ganó, por su persona, y direccion, nueve batallas campales. Conquistó diferetes provincias, y dilató los límites de su Imperio, dexando los resplandores del solio, por los aplausos de la campaña, y teniendo por mejor cetro, el que se forma del baston. Fué naturalmente dadivoso, y liberal: hacia grandes mercedes, sin genero de ostentacion, tratando las dadivas como deudas, y poniendo la magnificencia entre los oficios de la magestad. Amaba la justicia, y zelaba su administracion en los ministros con rigida severidad. Era contenido en los desórdenes de la gula, y moderado en los incentivos de la sensualidad. Pero estas virtudes, tanto de hombre, como de Rey, se deslucian, ó apagaban con mayores vicios de hombre, y de Rey. Su continencia le hacia mas vicioso, que templado, pues se introduxo en su tiempo el tributo de las concubinas, naciendo la hermosura en todos sus reynos esclava de sus moderaciones, desordenado el antojo, sin hallar disculpa en el apetito. Su justicia tocaba en el extremo contrario; y llegó á equivócarse con su crueldad, porque trataba como venganzas los castigos, haciendo muchas veces el enojo, lo que pudiera la razon. Su liberalidad ocasionó mayores daños, que produxo beneficios; porque llegó á cargar sus reynos de imposiciones, y tributos intolerables, y se convertia en sus profusiones, y desperdicios el fruto aborrecible de su iniquidad. No daba medio, ni admitia distincion entre la esclavitud, y el vasallage: y hallando política en la opresion de sus vasallos, se agradaba mas de su temor, que de su paciencia. Fué la sobervia su vicio capital, y predominante: votaba por sus meritos, quando encarecia su fortuna; y pensaba de sí mejor

mejor, que de sus Dioses, aunque fué sumamente dado á la supersticion de su idolatría; y el demonio llegó á favorécerle con freqüentes visitas, cuya malignidad tiene sus hablas, y visiones para los que llegan á cierto grado en el camino de la perdicion. Sujetóse á Cortes voluntariamente, rindiéndose á una prision de tantos dias, contra todas las reglas naturales de su ambicion, y de su altivez. Pudose dudar entónces la causa de semejante sujecion; pero de sus mismos efectos se conoce ya, que tomó Dios las riendas en la mano para domar este monstruo, sirviéndose de su mansedumbre para la primera introduccion de los Españoles: principio, de que resultó despues la conversion de aquella gentilidad. Reynó este Príncipe diez y siete años: undecimo en el numero de aquellos emperadores: segundo en el nombre de Motezuma; y últimamente, murió en su ceguedad á vista de tantos auxîlios, que parecian eficaces. ¡O siempre inexcrutables permisiones de la eterna justicia! Mejor es para el corazon, que para el entendimiento.

El Mismo.

Oracion de Cortes *á los Españoles* *.

" No trato, amigos, y compañeros, de acórdaros, ni engrandéceros el empeño, en que os hallais, de obrar como Españoles en esta empresa, porque tengo conocido el esfuerzo de vuestros corazones; y no solo debo confesar la experiencia, sino la embidia de vuestras hazañas. Lo que os

---

* Tenia entónces dos exercitos: el de los Españoles, y el de los Indios confederados: ambos se disponian á marchar contra la ciudad de Tezcuco.

os propongo (ménos como superior, que como uno de vosotros) es, que pongamos todos, con igual diligencia, la vista, y la consideracion en esa multitud de Indios, que nos sigue, tomando por suya nuestra causa: demonstracion, que nos ha puesto en dos obligaciones, dignas ambas de nuestro cuidado: la primera, de trátarlos como amigos, sufriéndolos, si fuere necesario, como á ménos capaces de razon: y la otra, de advértirlos, con nuestro proceder, lo que deben observar en el suyo. Ya llevais entendidas las ordenanzas, que se han intimado á todos; qualquiera delito contra ellas, tendrá en vosotros su propia malicia, la malicia del exemplo. Cada uno debe reparar, en lo que podrán influír sus transgresiones, ó será fuerza, que reparemos los demas, en lo que importan las influencias del castigo. Sentiré mucho hallarme obligado á proceder contra el menor de mis soldados; pero será este sentimiento como dolor inescusable, y andarán juntas en mi resolucion la justicia, y la paciencia. Ya sabeis la faccion grande á que nos disponemos: obra sera digna de historia conquistar un Imperio á nuestro Rey: las fuerzas que veis, y las que se irán juntando, serán proporcionadas al heróyco intento. Y Dios (cuya causa defendemos) va con nosotros, que nos ha mantenido á fuerza de milagros, y no es posible que desampare una empresa, en que se ha declarado tantas veces por nuestro capitan. Sigámosle, pues, y no le desobliguemos: sigámosle, y no le desobliguemos." Acabó su oracion, y dió principio á la marcha.

El Mismo.

Oracion

Oracion de CORTES *á los Vasallos de Cacumacen Rey de Tezcuco, convidándolos á dar la Investidura de aquel Reyno al Sobrino * del Rey fugitivo.*

" AQUÍ teneis, amigos, al hijo legítimo de vuestro legítimo Rey. Ese injusto dueño, que tiene mal usurpada vuestra obediencia, empuñó el Cetro de Tezcuco, recien teñido en la sangre de su hermano mayor: y como no es dada la ciencia de conservar á los tyranos, reynó como se hizo Rey, despreciando el aborrecimiento, por conseguir el temor de sus vasallos, y tratando como esclavos á los que habian de tolerar su delito: y últimamente, con la vileza de abandónaros en el riesgo, desestimando vuestra defensa, os ha descubierto su falta de valor, y puesto en las manos el remedio de vuestra infelicidad. Pudiera yo (si no fueran otras mis obligaciones) sérvirme de vuestro desamparo, y recurrir al derecho de la guerra, sujetando esta ciudad, que tengo, como veis, al arbitrio de mis armas; pero los Españoles nos inclinamos dificultosamente á la sinrazon; y no siendo en la substancia vuestro Rey, el que nos hizo la ofensa, ni vosotros debeis padecer como vasallos suyos, ni este Príncipe quedar sin el Reyno, que le dió la naturaleza. Recíbidle de mi mano, como le recibisteis de el Cielo. Dadle por mi la obediencia, que le debeis, por la sucesion de su padre. Suba en vuestros ombros á la Silla de sus mayores: que yo ménos atento á mi conveniencia, que á

* El sobrino de Cacumacin era hijo legítimo de Nezabal, á quien este, su hermano, mató por sus propias manos, para écharle del trono, y arrancar de sus sienes la corona.

la equidad, y á la justicia, quiero mas su amistad, que su Reyno; y mas vuestro agradecimiento, que vuestra sujecion.

El Mismo.

Razonamiento que hizo Cortes á los Prisioneros de Chalco.

Pudiera, segun el estilo de vuestra Nacion, y segun aquella especie de justicia, en que hallan su razon las leyes de la guerra, tomar satisfaccion de vuestra iniquidad, sirviéndome del cuchillo, y del fuego, para usar con vosotros de la misma inhumanidad, que usais con vuestros prisioneros; pero los Españoles no hallamos culpa digna de castigo, en los que se pierden sirviendo á su Rey: porque sabemos diferenciar á los infelices de los delinqüentes: y para que veais lo que va de vuestra crueldad á nuestra clemencia, os hago donacion, á un tiempo, de la vida, y de la libertad. Partid luego á buscar las vanderas de vuestro Príncipe, y décidle de mi parte (pues sois nobles, y debeis observar la ley, con que recibis el beneficio) que vengo á tomar satisfaccion de la mala guerra, que se me hizo en mi retirada, rompiendo alevosamente los pactos, con que me dispuse á executarla: y sobre todo á vengar la muerte del gran Motezuma, principal motivo de mi enojo. Que me hallo con un exercito, en que no solo viene multiplicado el numero de los Españoles invencibles, sino alistadas quantas naciones aborrecen el nombre Mexicano, y que brevemente le pienso buscar en su corte, con todos los rigores de una guerra, que tiene al Cielo de su parte: resuelto á no desistir de tan justa indignacion, hasta dexar reducidos á polvo, y ceniza todos sus dominios, y anegada

en

en la sangre de sus vasallos la memoria de su nombre. Pero que si todavia, por escusar la propia ruina, y la desolacion de sus pueblos, se inclinare á la paz, estoy prompto á concedérsela, con aquellos partidos, que fueren razonables: porque las armas de mi Rey (imitando hasta en esto los rayos celestiales) hieren solo donde hallan resistencia, mas obligadas siempre á los dictámenes de la piedad, que á los impulsos de la venganza.

El Mismo.

Oracion de Motezuma *á los Sediciosos.*

Tan lexos, estoy, vasallos mios, de mirar como delito esta conmocion de vuestros corazones, que no puedo négarme inclinado á vuestra disculpa. Exceso fué tomar las armas sin mi licencia; pero exceso de vuestra fidelidad. Creísteis, no sin alguna razon, que yo estaba en este palacio de mis predecesores detenido, y violentado: y el sacar de opresion á vuestro Rey, es empeño grande para intentado sin desórden: que no hay leyes, que puedan sujetar el nimio dolor á los terminos de la prudencia: y aunque tomais, con poco fundamento, la ocasion de vuestra inquietud, (porque yo estoy sin violencia entre los forasteros, que tratais como enemigos) ya veo, que no es descrédito de vuestra voluntad el engaño de vuestro discurso. Por mi eleccion he perseverado con ellos, y he debido toda esta benignidad á su atencion, y todo este obsequio al Príncipe que los embia. Ya estan despachados: ya he resuelto que se retiren; y ellos saldrán luego de mi corte; pera no es bien que me obedezcan primero que vosotros, ni que vaya delante de vuestra obligacion su cor-

teía. Dexad las armas, y venid, como debeis, á mi presencia, para que, cesando el rumor, y callando el tumulto, quedeis capaces de conocer lo que os favorezco, en lo mismo que os perdono.

El Mismo.

Defensa de las Mugeres.

En grave empeño me pongo. No es ya solo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: defender á todas las mugeres, viene á ser lo mismo que ofender á casi todos los hombres: pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexô con desestimacion de el otro. A tanto se ha extendido la opinion comun en vilipendio de las mugeres, que apenas admite en ellas cosa buena. En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones. Pero donde mas fuerza hace, es en la limitacion de sus entendimientos. Por esta razon, despues de defenderlas con alguna brevedad sobre otros capítulos, discurriré mas largamente sobre su aptitud para todo genero de ciencias, y conocimientos sublimes.

El falso Profeta Mahoma, en aquel mal plantado paraiso, que destino para sus sequaces, les negó la entrada á las mugeres, limitando su felicidad al deleyte de ver desde afuera la gloria, que habian de poseer dentro los hombres. Y cierto que seria muy buena dicha de las casadas, ver en aquella bienaventuranza, compuesta toda de torpezas, á sus maridos en los brazos de otras consortes, que para este efecto fingió fabricadas de nuevo aquel grande artífice de chîmeras. Bastaba para comprehender quánto puede errar el hombre, ver admitido este delirio en una gran parte de el mundo.

Pero

Pero parece que no se alexa mucho de quien les niega la bienaventuranza á las mugeres en la otra vida, el que les niega casi todo el mérito en esta. Freqüentísimamente los mas torpes de el vulgo representan en aquel sexô una horrible sentina de vicios, como si los hombres fueran los únicos depositarios de las virtudes. Es verdad que hallan á favor de este pensamiento muy fuertes invectivas en infinitos libros: en tanto grado, que uno, ú otro apenas quieren aprobar ni una sola por buena: componiendo, en la que está asistida de las mejores señas, la modestia en el rostro con la lascivia en el alma.

Contra tan insolente maledicencia, el desprecio, y la detestacion son la mejor apología. No pocos de los que con mas freqüencia, y fealdad pintan los defectos de aquel sexô, se observa ser los mas solícitos en grangear su agrado. Eurípides fué sumamente maldiciente de las mugeres en sus tragedias; y segun Athenéo, y Stobéo era amantísimo de ellas en su particular: las exêcraba en el teatro, y las idolatraba en el aposento. El Bocacio, que fué con grande exceso impúdico, escribió contra las mugeres la violenta sátira, que intituló *Laberinto de el amor*. ¿ Que misterio habrá en esto? Acaso con la ficcion de ser de este dictámen quieren ocultar su propension: acaso en las brutales saciedades de el torpe apetito se engendra un tedio desapacible, que no representa sino indignidades en el otro sexô. Acaso tambien se venga tal vez con semejantes injurias la repulsa de los ruegos: que hay hombre tan maldito, que dice que una muger no es buena, solo porque ella no quiso ser mala. Ya se ha visto desahogarse en mas atroces venganzas esta injusta quexa, como

testifica el lastimoso suceso de la hermosísima Irlándesa, Madama Duglás. Guillelmo Leout, ciegamente irritado contra ella, porque no habia querido condescender con su apetito, la acusó de crimen le lesa Magestad; y probando con testigos sobornados la calumnia, la hizo padecer pena capital. Confésola despues el mismo Leout, y refiere el suceso La Mota le Vayer.

No niego los vicios de muchas. Mas ay! Si se aclarára la genealogía de sus desórdenes, ¡como se hallaria tener su primer órigen en el porfiado impulso de individuos de nuestro sexô! Quien quisiere hacer buenas á todas las mugeres, convierta á todos los hombres. Puso en ellas la naturaleza por antemural la vergüenza contra todas las baterías de el apetito, y rarísima vez se le abre á esta muralla la brecha por la parte interior de la plaza.

Las declamaciones que contra las mugeres se leen en algunos Escritores sagrados, se deben entender dirigidas á las perversas, que no es dudable las hay. Y aun quando miráran en comun al sexô, nada se prueba de ahí, porque declaman los médicos de las almas contra las mugeres, como los médicos de los cuerpos contra las frutas, que siendo en sí buenas, útiles y hermosas, el abuso las hace nocivas. Fuera de que no se ignora la extension que admite la Oratoria en ponderar el riesgo, quando es su intento desviar el daño.

Y díganme los que suponen mas vicios en aquel sexô, que en el nuestro, ¿como componen esto con darle la Iglesia á aquel con especialidad el epiteto de devoto? ¿Como con lo que dicen gravísimos Doctores, que se salvarán mas mugeres que hombres, aun atendida la pro-

por-

porcion á su mayor numero? Lo qual no fundan, ni pueden fundar en otra cosa, que en la observacion de ver en ellas mas inclinacion á la piedad.

Ya oigo contra nuestro asunto aquella proposicion de mucho ruido, y de ninguna verdad, que las mugeres son causa de todos los males. En cuya comprobacion hasta los ínfimos de la plebe inculcan á cada paso que la Caba induxo la pérdida de España, y Eva la de todo el mundo.

Pero el primer exemplo es falso. El Conde D. Julian fué quien traxo los Moros á España, sin que su hija se lo persuadiese, quien no hizo mas que manifestar al padre su afrenta. ¡Desgraciadas mugeres, si en el caso de que un insolente la atropelle, han de ser privadas de el alivio de desahógarse con el padre, ó con el esposo! Eso quisieran los agresores de semejantes temeridades. Si alguna vez se sigue una venganza injusta, será la culpa, no de la inocente ofendida, sino de el que la executa con el acero y de el que dió ocasion con el insulto; y así entre los hombres queda todo el delito.

El segundo exemplo, si prueba que las mugeres en comun son peores que los hombres, prueba de el mismo modo que los Angeles en comun son peores que las mugeres: porque como Adan fué inducido á pecar por una muger, la muger fué inducida por un Angel. No está hasta ahora decidido quien pecó mas gravemente, si Adan, si Eva; porque los Padres estan divididos. Y en verdad que la disculpa que da Cayetano á favor de Eva, de que fué engañada por una criatura de muy superior inteligencia, y sagacidad, circunstancia que no concurrió en Adan, rebaxa mucho, respecto de este, el delito de aquella.

. . . . . .

Para

Para empezar á hacernos cargo de la dificultad (dexando por ahora á parte la qüestion de el entendimiento, que se ha de disputar separada, y mas de intento en este discurso) por tres prendas, en que hacen notoria ventaja á las mugeres, parece se debe la preferencia á los hombres, *Robustéz*, *constancia*, y *prudencia*. Pero aun concedidas por las mugeres estas ventajas, pueden pretender el empate, señalando otras tres prendas, en que exceden ellas: *hermosura*, *docilidad*, y *sencilléz*.

La robustez, que es prenda del cuerpo, puede considerarse contrapesada con la hermosura, que tambien lo es. Y aun muchos le concederán á esta el exceso. Tendrian razon, si el precio de las prendas se hubiese de determinar precisamente por la lisonja de los ojos. Pero debiendo hacer mas peso en el buen juicio, para decidir esta ventaja, la utilidad pública, pienso debe ser preferida la robustéz, á la hermosura. La robustéz de los hombres trae al mundo esencialísimas utilidades en las tres columnas que sustentan toda República, *Guerra*, *Agricultura*, y *Mecánica*. De la hermosura de las mugeres, no sé que fruto importante se saque, sino es que sea por accidente. Algunos la argüiran de que, bien lexos de traer provechos, acarrea gravísimos daños en amores desordenados que enciende, competencias que suscita, cuidados, inquietudes, y rezelos, que ocasiona en los que estan encargados de su custodia.

Pero esta acusacion es mal fundada, como originada de falta de advertencia. En caso que todas las mugeres fuesen feas, en las de ménos deformidad se experimentaria tanto atractivo, como ahora en las hermosas; y por consiguiente harian el mismo estrago. La ménos fea de todas, puesta

puesta en Grecia, seria incendio de Troya, como Helena: y puesta en el Palacio de el Rey D. Rodrigo, seria ruina de España, como la caba. En los países donde las mugeres son ménos agraciadas, no hay ménos desórdenes que en aquellos donde las hay de mas gentileza, y proporcion. Y aun en Moscovia, que excede en copia de mugeres bellas á todos los demas Reynos de Europa, no está tan desenfrenada la incontinencia, como en otros países; y la fe conyugal se observa con mucha mayor exâctitud.

No es, pues, la hermosura por sí misma autora de los males que le atribuyen. Pero, en el caso de la qüestion, doy mi voto á favor de la robustez, la qual juzgo prenda mucho mas apreciable que la hermosura. Y así, en quanto á esta parte se ponen de bando mayor los hombres. Quédales empero á salvo á las mugeres replicar, valiéndose de la sentencia de muchos doctos, y recibida de toda una ilustre escuela, que reconoce á la voluntad por potencia mas noble que el entendimiento, la qual favorece su partido; pues si la robustez, como mas apreciable, logra mejor lugar en el entendimiento, la hermosura, como mas amable, tiene mayor imperio en la voluntad. La prenda de la constancia, que ennoblece á los hombres, puede contrarestarse con la docilidad que resplandece en las mugeres. Donde se advierte, que no hablamos de estas, y otras prendas consideradas formalmente en el estado de virtudes, porque en este sentido no son de la linea física, sino en quanto estan radicadas, y como delineadas en el temperamento, cuyo embrion informe es indiferente para el buen, y mal uso; y así mejor se llamarán flexîbilidad, ó inflexîbilidad de el genio, que constancia, ó docilidad.

Diráseme que la docilidad de las mugeres declina mu-

chas veces á ligereza; y yo repongo que la constancia de los hombres degenera muchas veces en terquedad. Confieso que la firmeza en el buen propósito es autora de grandes bienes; pero no se me puede negar, que la obstinacion en el malo es causa de grandes males. Si se me arguye que la invencible adherencia al bien, ó al mal es calidad de los Angeles, respondo, que sobre no ser esto tan cierto, que no lo nieguen grandes Teólogos, muchas propiedades que en las naturalezas superiores nacen de su excelencia, en las inferiores provienen de su imperfeccion. Los Angeles, segun doctrina de Santo Thomas, quanto mas perfectos, entienden por ménos especies; y en los hombres el corto número de especies es defecto. En los Angeles el estudio seria tacha de su entendimiento; y á los hombres les ilustra el suyo.

La prudencia de los hombres se equilibra con la sencillez de las mugeres: y aun estaba para decir mas; porque en realidad al Género humano mucho mejor les estaria la sencillez que la prudencia de todos sus individuos. Al siglo de oro nadie le compuso de hombres prudentes, sino de hombres cándidos.

Si se me opone que mucho de lo que en las mugeres se llama candidez, es indiscrecion; repongo yo, que mucho de lo que en los hombres se llama prudencia, es falacia, doblez, y alevosía, que es peor. Aun esta misma franqueza, con que á veces se manifiesta el pecho contra las reglas de la razon, es buena considerada como señal. Como nadie ignora sus propios vicios, quien los halla en sí de alguna monta, cierra con cuidado á los acechos de la curiosidad los resquicios de el corazon. Quien comete delitos en su casa, no tiene á todas horas la puerta abierta

para

para el registro. De la malicia es compañera individua la cautela. Quien, pues, tiene facilidad en franquear el pecho, sabe que no está muy asqueroso. En esta consideracion, la cándidez de las mugeres siempre será apreciable: quando arreglada al buen dictámen, como perfeccion; y quando no, como buena señal.

Sobre las calidades expresadas, resta á las mugeres la mas hermosa, y mas trascendente de todas, que es la vergüenza: gracia tan característica de aquel sexô, que aun en los cadáveres no le desampara, si es verdad lo que dice Plinio, que los de los hombres anegados fluctuan boca arriba, y los de las mugeres boca abaxo: *veluti pudori defunctarum parcente naturâ* *.

Con verdad, y agudeza, preguntando un filósofo, que color agraciaba mas el rostro á las mugeres, repondió el de la vergüenza. En efecto juzgo que esta es la mayor ventaja que las mugeres hacen á los hombres. Es la vergüenza una valla, que entre la virtud, y el vicio puso la naturaleza. Sombra de las bellas almas, y caracter visible de la virtud la llamó un discreto frances. Y S. Bernardo, extendiéndose mas, la ilustró con los epitetos de piedra preciosa de las costumbres, antorcha de la alma púdica, hermana de la continencia, guarda de la fama, honra de la vida, asiento de la virtud, elogio de la naturaleza, y divisa de toda honestidad †. Tintura de la virtud la llamó con sutileza, y propiedad Diógenes. De hecho, este es el robusto, y grande baluarte que, puesto en frente de el vicio,

* Lib. 7. cap. 17.

† Serm. 86. in Cantic.

cubre todo el alcazar de el alma: y que vencido una vez, no hay, como decia el Nacianceno, resistencia á maldad alguna: *Protinus extincto subeunt mala cuncta pudore.*"

Diráse que es la vergüenza un insigne preservativo de execuciones exteriores, mas no de internos consentimientos, y así siempre le queda al vicio camino abierto para sus triunfos, por medio de los invisibles asaltos que no puede estorbar la muralla de el rubor. Aun quando ello fuese así, siempre seria la vergüenza un preservativo preciosísimo, por quanto por lo ménos precave infinitos escándalos, y sus funestas conseqüencias. Pero si se hace atenta reflexîon, se hallará que defiende, si no en un todo, en gran parte, aun de esas escaladas silenciosas, que no salen de los ocultos senos de el alma; porque son muy raros los consentimientos internos, quando no los acompañan las execuciones, que son las que radican los afectos criminales en el alma, las que aumentan, y fortalecen las propensiones viciosas. Faltando estas, es verda que una, ú otra vez se introduce la torpeza en el espíritu; pero no se aloxa en él como doméstica, mucho ménos como Señora; sí solo como peregrina.

Las pasiones, sin aquel alimento que las nutre, yacen muy débiles, y obran muy tímidas; mayormente quando en las personas muy roborosas es tan franco el comercio entre el pecho, y el semblante, que pueden rezelar salga á la plaza pública de el rostro quanto maquinan en la retirada oficina de el pecho. De hecho se les pintan á cada paso en las mexillas los mas escondidos afectos, que el color de la vergüenza es el único que sirve á formar imágenes de objetos invisibles. Y así, aun para atajar tropiezos de el deseo,

deseo, puede ser rienda en las mugeres el miedo de que se lea en el rostro lo que se imprime en el ánimo.

A que se añade, que en muchas sube á tal punto el rubor, que le tienen de sí mismas. Este heroyco primor de la vergüenza, de que trató el ingeniosísimo P. Vieyra en uno de sus sermones, no es puramente ideal, como juzgan algunos espíritus groseros, sino práctico, y real en los sujetos de índole mas noble. Así lo conoció Demetrio Phalereo, quando instruyendo la juventud de Atenas, les decia que dentro de casa tuviesen vergüenza de sus padres, fuera de ella de todos los que los viesen, y en la soledad cada uno de sí propio.

Pienso haber señalado tales ventajas de parte de las mugeres, que equilibran, y aun acaso superan las calidades en que exceden los hombres. ¿ Quien pronunciará la sentencia en este pleyto? Si yo tuviese autoridad para ello, acaso daria un corte, diciendo que las calidades en que exceden las mugeres, conducen para hacerlas mejores en sí mismas: las prendas en que exceden los hombres, los constituyen mejores, esto es, mas útiles para el público. Pero como yo no hago oficio de Juez, sino de Abogado, se quedará el pleyto por ahora indeciso.

Y aun quando tuviese la autoridad necesaria, seria forzoso suspender la sentencia; porque aun se replica á favor de los hombres, que las buenas calidades que atribuyo á las mugeres, son comunes á entrambos sexôs. Yo lo confieso, pero en la misma forma que son comunes á ambos sexôs las buenas calidades de los hombres. Para no confundir la qüestion, es preciso señalar de parte de cada sexô aquellas perfecciones, que mucho mas freqüentemente se hallan en sus individuos, y mucho ménos en los

de

de el otro. Concedo pues que se hallan hombres dóciles, cándidos y ruborosos. Añado, que el rubor, que es buena señal en las mugeres, aun lo es mejor en los hombres; porque denota, sobre indole generosa, ingenio agudo: lo que declaró mas de una vez en su satiricon Juan Barclayo, á cuyo sutilísimo ingenio no se le puede negar ser voto de muy especial nota: y aunque no es seña infalible, yo en esta materia he observado tanto, que ya no espero jamas cosa buena de muchacho en quien advierto frente muy osada.

Es así, digo, que en varios individuos de nuestro sexô se observan, aunque no con la misma freqüencia, las bellas calidades que ennoblecen al otro. Pero esto en ninguna manera inclina á nuestro favor la balanza, porque hacen igual peso por la otra parte las perfecciones de que se jactan los hombres, comunicadas á muchas mugeres.

De prudencia política sobran exemplos en mil princesas por extremo hábiles. Ninguna edad olvidará la primera muger, en quien desemboza la historia las obscuridades de la fabula: *Semíramis*, digo, Reyna de los Asirios, que educada en su infancia por las palomas, se elevó despues sobre las águilas; pues no solo se supo hacer obedecer ciegamente de los súbditos, que le habia dexado su marido, mas hizo tambien súbditos todos los pueblos vecinos, y vecinos de su imperio los mas distantes, extendiendo sus conquistas, por una parte hasta la Etiopia, por otra hasta la India. Ni á *Artemisa*, Reyna de Caria, que no solo mantuvo en su larga viudez la adoracion de aquel Reyno; mas siendo asaltada de los Rodios dentro de él, con dos singularísimos estratagemas, en dos lances solos destruyó las tropas que le habian invadido: y pasando velozmente

de

de la defensiva á la ofensiva, conquistó, y triunfó de la Isla de Rodas. Ni á las dos *Aspasias*, á cuya admirable direccion fiaron enteramente con feliz suceso el gobierno de sus estados Pericles, esposo de la una, y Ciro, hijo de Dario Noto, Galan de la otra. Ni á la prudentísima *Phile*, hija de Antipatro, de quien, aun siendo niña, tomaba su padre consejo para el gobierno de Macedonia, y que despues con sus buenas artes sacó de mil ahogos á su esposo el precipitado, y ligero Demetrio. Ni á la mañosa *Livia*, cuya sutil astucia parece fué superior á la penetracion de Augusto; pues no le hubiera dado tanto dominio sobre su espíritu, si la hubiera conocido. Ni á la sagaz Agripina, cuyas artes fueron fatales para ella, y para el mundo, empleándose en promover á su hijo Neron al solio. Ni á la Sabia *Amalasunta*, en quien fué ménos entender las lenguas de todas las naciones sujetas al Imperio Romano, que gobernar con tanto ácierto el estado, durante la minoridad de su hijo Atalarico.

Ni (dexando otras muchísimas, y acercándonos á nuestro tiempos) se olvidará jamas *Isabela de Inglaterra*, muger, en cuya formacion concurrieron con igual influxo las tres gracias, y las tres furias, y cuya soberana conducta seria siempre la admiracion de la Europa, si sus vicios no fueran tan parciales de sus máxîmas, que se hicieron imprescindibles: y su imágen política se presentará siempre á la posteridad, coloreada (manchada diré mejor) con la sangre de la inocente Maria Estuarda, Reyna de Escocia. Ni *Catalina de Médicis*, Reyna de Francia, cuya sagacidad en la negociacion de mantener en equilibrio los dos partidos encontrados de Católicos y Calvinistas, para precaver el precipicio de la Corona, se pareció á la destreza

de los volatines, que en alta y delicada cuerda, con el pronto artificioso manejo de los dos pesos opuestos, se aseguran del despeño, y deleytan á los circunstantes, ostentando el riesgo, y evitando el daño. No fuera inferior á alguna de las referidas nuestra Católica *Isabela* en la administracion del gobierno, si hubiera sido reynante, como fué Reyna. Con todo no le faltaron ocasiones, y acciones, en que hizo resplandecer una prudencia consumada. Y aun Laurencio Beyerlink en su elogio dice, que no se hizo cosa grande en su tiempo, en que ella no fuese la parte, ó el todo: *quid magni in regno, sine illâ, imò nisi per illam ferè gestum est?* Por lo ménos el descubrimiento del nuevo mundo, que fué el suceso mas glorioso de España en muchos siglos, es cierto que no se hubiera conseguido, si la magnanimidad de Isabella no hubiese vencido los temores, y perezas de Fernando.

En fin, (lo que es mas que todo), parece ser, aunque no estoy muy seguro del cómputo, que entre las Reynas que mandaron largo tiempo como absolutas, las mas se hallan en las historias celebradas, como gobernadoras excelentes. Pero las pobres mugeres son tan infelices, que siempre se alegarán contra tantos exemplos ilustres una Brunequilda, una fredegunda, las dos Juanas de Nápoles y otras pocas; bien que á las dos primeras, si les sobró malicia, no les faltó sagacidad.

. . . . . .

Hasta aquí de la prudencia política, contentándonos con bien pocos exemplos, y dexando muchos. De la prudencia económica es ocioso hablar, quando todos los dias se estan viendo cosas muy bien gobernadas por las mugeres, y muy desgobernadas por los hombres.

Y pasando

Y pasando á la fortaleza, prenda que los hombres consideran como inseparable de su sexô, yo convendré en que el cielo los mejoró en esta parte en tercio y quinto; mas no en que se les haya dado como Mayorazgo, ó vínculo indivisible, esento de toda partida con el otro sexô.

No pasó siglo á quien no hayan ennoblecido mugeres valerosas. Y dexando los exemplos de las Heroinas de la escritura, y de las santas Martires de la ley de Gracia (porque hazañas donde intervino especial auxîlio soberano, acreditan el poder divino, no la facultad natural del sexô), ocurren tantas mugeres de heroyco valor, y esforzada mano, que en tropel se presentan en el teatro de la memoria. Y tras de las *Semíramis*, las *Artemisas*, las *Thomiris*, las *Zenobias*, se parece una *Aretáphila*, esposa de Nicotrato, Soberano de Cirene en la Libia, en cuya incomparable generosidad se compitieron el amor mas tierno de la Patria, la mayor valentía del espíritu y la mas sutil destreza del discurso: pues por librar su patria de la violenta tiranía de su marido, y vengar la muerte que este por poseerla habia executado en su primer consorte, haciéndose Caudillo de una conspiracion, despojó á Nicotrato del Reyno, y de la vida: y habiendo sucedido Leandro, hermano de Nicotrato, en la Corona, y en la Crueldad, tuvo valor y arte para echar tambien del mundo á este segundo tirano; coronando en fin sus ilustres acciones con apartar de sus sienes la corona que, reconocidos á tantos beneficios, le ofrecieron los de Cirene. Una *Dripetina*, hija del gran Mitridates, compañera inseparable de su padre en tantos arriesgados proyectos, que en todos mostró aquella fuerza de alma, y de cuerpo, qué desde su infancia habia prometido la singularidad de nacer con dos órdenes de

dientes: y despues de deshecho su padre por el gran Pompeyo, sitiada en un castillo por Manlio Prisco, siendo imposible la defensa, se quitó voluntariamente la vida, por no sufrir la ignominia de esclava. Una *Cletia* Romana que, siendo prisionera de Porsena, Rey de los Hetruscos, venciendo mil dificultades, se libró de la prision, y rompiendo con un caballo (otros dicen que con sus brazos propios) las ondas del Tiber, arrivó felizmente á Roma.

. . . . . .

Una *Epponina* que, con la ocasion de haberse arrogado su marido Julio Sabino en las Galias el título de Cesar, toleró con rara constancia indecibles trabajos; y siendo últimamente condenada á muerte por Vespasiano, generosamente le dixo, que moria contenta, por no tener el disgusto de ver tan mal Emperador colocado en el Solio.

Y porque no se piense que estos siglos últimos en mugeres esforzadas son inferiores á los antiguos, ya se presentan armadas una *Poncella de Francia*, columna que sustentó en su mayor afliccion aquella vacilante Monarquía; y tan bien que encontrados en los dictámenes, como en las armas, Ingleses y Franceses, aquellos atribuyeron sus hazañas á pacto diabólico, y estos á mocion divina: acaso los Ingleses fingieron lo primero por odio, y los franceses que manejaban las cosas, idearon lo segundo por política: que importaba mucho en aquel desmayo grande de pueblos, y soldados, para levantar su ánimo abatido, persuadirles que el Cielo se habia declarado por aliado suyo, introduciendo para este efecto al teatro de Marte una doncella magnánima, y despierta, como instrumento proporcionado para un socorro milagroso. Una *Margarita de Dinamarca* que, en el siglo décimo quarto, con-

quistó por su persona propia el Reyno de Suecia, haciendo prisionero al Rey Alberto, y la llaman la segunda Semíramis los Autores de aquel siglo. Una *Marulla*, natural de Lemnos, isla del Archipiélago, que en el sitio de la fortaleza de Cochin, puesto por los Túrcos, viendo muerto á su padre, arrebató su espada y rodela, y convocando con su exemplo toda la guarnicion, en cuya frente se puso, dió con tanto ardor sobre los enemigos, que no solo rechazó el asalto, mas obligó al Baxá Soliman á levantar el sitio: hazaña que premió el General Loredano de Venecia, cuya era aquella plaza, dándole á escoger para marido qualquiera que ella quisiese de los mas ilustres de los Capitanes de su Exército, y ofreciéndole dote competente en nombre de la República. Una *Blanca de Rossi*, Muger de Bautista Porta, Capitan Paduano, que despues de defender valerosamente, puesta sobre el muro, la plaza de Basano en la Marca Trevisana, siendo luego cogida la plaza por traicion, y preso, y muerto su marido por el Tirano Ezelino, no teniendo otro arbitrio para resistir los ímpetus brutales de este furioso, enamorado de su belleza, se arrojó por una ventana; peró despues de curada, y convalecida (acaso contra su intencion) del golpe, padeciendo debaxo de la opresion de aquel barbaro el oprobrio de la fuerza, satisfizo la amargura de su dolor y la constancia de su fe conyugal, quitándose la vida en el mismo sepulcro de su marido, que para este efecto habia abierto . . . . . Una *María Pita*, heroyna Gallega, que en el sitio puesto por los Ingleses á la Coruña el año de 1589, estando ya los enemigos alojados en la brecha, y la guarnicion dispuesta á capitular, despues que con ardiente, aunque vulgar facundia, exprobró á los nuestros su cobardía,

arrancando espada, y rodela de las manos de un soldado, y clamando que quien tuviese honra la siguiese, encendida en corage se arrojó á la brecha, de cuyo fuego marcial, saltando chispas á los corazones de los soldados, y vecinos, que prendieron en la pólvora del honor, con tanto ímpetu cerraron todos sobre los enemigos, que, con la muerte de mil y quinientos (entre ellos un hermano del General de tierra Enrique Noris) los obligaron á levantar el sitio. Felipe II. premió el valor de la Pita, dandole por los dias de su vida grado, y sueldo de Alferez vivo; y Felipe III. perpetuó en sus descendientes el grado, y sueldo de Alferez reformado. Una *María de Estrada*, consorte de Pedro Senchez farsan, soldado de Hernan Cortés, digna de muy singular memoria por sus muchas, y raras hazañas, que refiere el P. Fr. Juan de Torquemada en su primer tomo de la Monarquía Indiana. Tratando de la luctuosa salida que hizo Cortés de México, despues de muerto Motezuma, dice de ella lo siguiente: "Mostróse muy "valerosa en este aprieto, y conflicto María de Estrada, "la qual con una espada, y una rodela en las manos hizo "hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con "tanto corage, y ánimo, como si fuera uno de los mas "valientes hombres del mundo, olvidada de que era muger, "y revestida del valor, que en caso semejante suelen "tener los hombres de valor, y honra. Y fueron tantas "las maravillas, y cosas que hizo, que puso en espanto, "y asombró á quantos la miraban." Refiriendo en el capítulo siguiente la batalla que se dió entre Españoles, y Mexicanos en el valle de Otumpa (ó Otumba, como lo llama D. Antonio de Solís) repite la memoria de esta ilustre muger con las palabras que se siguen: "En esta batalla,

" batalla, dice Diego Muñoz Camargo en su memorial de " Tlaskala, que María de Estrada peleó á caballo, y con " una lanza en la mano tan varonilmente como si fuera " uno de los mas valientes hombres del exército, y aven- " tajándose á muchos." No dice el autor de donde era natural esta Heroyna; pero el apellido persuade que era Asturiana. Una *Ana de Baux*, gallarda flamenca, natural de una aldéa cerca de Lila, que solo con el motivo de guardar su honor de los insultos militares en las guerras del último siglo, escondiendo su sexô con los hábitos del nuestro, se dió al exercicio de la guerra, en que sirvió mucho tiempo, y en muchos lances con gran valor, de modo que arribó á la Tenencia de una Compañía; y siendo despues hecha prisionera por Franceses, descubierto ya su sexô, el Mariscal de Seneterre le ofreció una Compañía en el servicio de Francia; lo que ella no admitió por no militar contra su Príncipe; y volviendo á su patria, se hizo Religiosa.

El no haber nombrado hasta ahora las Amazonas, siendo tan del intento, fué con el motivo de hablar de ellas separadamente. Algunos Autores niegan su exîstencia, contra muchos mas que la afirman. Lo que podemos conceder es, que se ha mezclado en la historia de los Amazonas mucho de fábula, como es el que mataban todos los hijos varones, que vivian totalmente separadas del otro sexô, y solo le buscaban para fecundarse una vez en el año. Y del mismo jaez serán sus encuentros con Hércules, y Teseo, el socorro de la feroz Pentesilea á la afligida Troya; como acaso tambien la visita de su Reyna Talestris á Alexandro. Pero no puede négarse sin temeridad contra la fe de tantos escritores antiguos, que

hubo

hubo un cuerpo formidable de mugeres belicosas en la Asia, á quienes se dió el nombre de Amazonas.

Y en caso que tambien esto se niegue, por las Amazonas que nos quitan en la Asia, para la gloria de las mugeres, parecerán Amazonas en las otras tres partes del mundo, América, Africa, y Europa. En la América las descubrieron los Españoles, costeando armadas el mayor rio del mundo, que es el Marañon, á quien por esto dieron el nombre que hoy conserva de *Rio de las Amazonas*. En la Africa las hay en una provincia del Imperio del Monomotapa, y se dice que son los mejores soldados que tiene aquel príncipe en todas sus tierras; aunque no falta Geógrafo que hace estado á parte del pais que habitan estas mugeres guerreras.

En Europa, aunque no hay pais donde las mugeres de intento profesasen la Milicia, podrémos dar el nombre de Amazonas á aquellas que en una, ú otra ocasion con esquadron formado, triunfaron de los enemigos de su patria. Tales fueron las Francesas de Belovaco, ó Beauvais, que siendo aquella cuidad sitiada por los Borgoñones el año de 1472, juntándose debaxo de la conducta de Juana Hacheta el dia del asalto, rechazaron vigorosamente los enemigos, habiendo precipitado su Capitana la Hacheta de la muralla al primero que arboló el estandarte sobre ella. En memoria de esta hazaña se hace aun hoy fiesta anual en aquella Ciudad, gozando las mugeres el singular privilegio de ir en la procesion delante de los hombres. Tales fueron las habitadoras de las Islas *Echinadas*, hoy llamadas *Cur-Solares*, célebres por la victoria de Lepanto, ganada en el mar de estas Islas. El año antecedente á esta famosa batalla, habiendo atacado los Turcos

la

la principal de ellas, tal fué el terror del Gobernador veneciano Antonio Balbo, y de todos los habitadores, que tomaron de noche la fuga; quedando dentro las mugeres, resueltas á persuasion de un Sacerdote llamado Antonio Rosoneo, á defender la Plaza; como de hecho la defendieron con grande honor de su sexô, é igual oprobrio del nuestro.

NOTA. *En las mugeres que se mataron á sí mismas, no se propone esta resolucion como exemplo de virtud, sino como exceso vicioso de la fortaleza, que es lo que basta para el intento.*

Resta en esta memoria de mugeres magnánimas decir algo sobre un capítulo en que los hombres mas acusan á las mugeres, y en que hallan mas ocasionada su flaqueza, ó mas defectuosa su constancia, que es la observancia del secreto. Caton el Censor no admitia en esta parte excepcion alguna, y condenaba por uno de los mayores errores del hombre fiar secreto á qualquiera muger que fuese. Pero á Caton le desmintió su propia tataranieta *Porcia*, hija de Caton el menor, y muger de Marco Bruto, la qual obligó á su marido á fiarle el gran secreto de la conjuracion contra Cesar, con la extraordinaria prueba que le dió de su valor, y constancia en la alta herida, que voluntariamente para este efecto, con un cuchillo se hizo en el muslo.

Plinio dice, en nombre de los magos, que el corazon de cierta ave aplicada al pecho de una muger dormida, la hace revelar todos sus secretos. Lo mismo dice en otra parte de la lengua de cierta sabandija. No deben de ser tan fáciles las mugeres en franquear el pecho, quando la Mágica anda buscando por los escondrijos de la naturaleza llaves

llaves con que ábrirles las puertas del corazon. Pero nos reímos con el mismo Plinio de esas invenciones, y concedemos que hay poquísimas mugeres observantes del secreto. Mas á vueltas de esto, nos confesarán asimismo los políticos mas expertos, que tambien son rarísimos los hombres á quienes se puedan fiar secretos de importancia. A la verdad, si no fueran rarísimas estas alhajas, no las estimáran tanto los príncipes, que apenas tienen otras tan apreciables entre sus mas ricos muebles.

Ni les faltan á las mugeres exemplos de invencible constancia en la custodia del secreto. Pitágoras, estando cercano á la muerte, entregó sus escritos todos, donde se contenian los mas recónditos misterios de su filosofía á la sabia *Damo*, hija suya, con órden de no publicarlos jamas; lo que ella tan puntualmente obedeció, que aun viéndose reducida á suma pobreza, y pudiendo vender aquellos libros por gran suma de dinero, quizo mas ser fiel á la confianza de su padre, que salir de las angustias de pobre.

. . . . . .

En la conjuracion movida por Aristogitón contra Hippias, Tirano de Atenas, que empezó por la muerte de Hipparco, hermano de Hippias, fué puesta á la tortura una muger cortesana, sabidora de los cómplices: la qual para desengañar prontamente al Tirano de la imposibilidad de sácarla el secreto, se cortó con los dientes la lengua en su presencia.

En la conspiracion de Pison contra Neron, habiendo, desde que aparecieron los primeros indicios, cedido á la fuerza de los tormentos los mas ilustres hombres de Roma, donde Lucano descubrio por cómplice á su propia madre, otros á sus mas íntimos amigos, solamente á *Epicharis*, muger

muger ordinaria, y sabidora de todo, ni los azotes, ni el fuego, ni otros martirios pudieron arrancar del pecho la menor noticia.

Y yo conocí á una, que exâminada en el potro sobre un delito atroz que habian cometido sus amos, resistió las pruebas de aquel riguroso exâmen, no por salvarse á sí, sí solo por salvar á sus dueños; pues á ella le habia tocado tan pequeña parte en la culpa, ya por ignorar la gravedad de ella, ya por ser mandada, ya por otras circunstancias, que no podia aplicársele pena que equivaliese, ni con mucho, al rigor de la tortura.

Pero de mugeres, á quienes no pudo exprimir el pecho la fuerza de los cordeles, son infinitos los exemplares. Oí decir á persona que habia asistido en semejantes actos, que siendo muchas las que confiesan al querer desnudarlas para la execucion, rarísima despues de pasar este martirio de su pudor, se rinde á la violencia del cordel. ¡ Grande excelencia verdaderamente del sexô, que las obligue mas su podor propio, que toda la fuerza de un verdugo !

No dudo que parecerá á algunos algo lisonjero este paralélo que hago entre mugeres, y hombres. Pero yo reconvendré á estos con que Séneca, cuyo Estoycismo no se ahorró con nadie, y cuya severidad se puso bien lexos de toda sospecha de adulacion, hizo comparacion no ménos ventajosa á favor de las mugeres; pues las constituye absolutamente iguales con los hombres en todas las disposiciones, ó facultades naturales apreciables. Tales son sus palabras: *Quis autem dicat naturam maligne cum muliebribus ingeniis egisse, et virtutes illarum in arctum retraxisse? Par illis, mihi crede, vigor, par ad honesta*

(libeat) facultas est. Laborem, doloremque ex aqua, si consuevere, patiuntur *.

Llegamos ya al batidero mayor, que es la qüestion del entendimiento, en la qual yo confieso que, si no me vale la razon, no tengo mucho recurso á la autoridad; porque los Autores que tocan esta materia (salvo uno, ú otro muy raro) estan tan á favor de la opinion del vulgo, que casi uniformes hablan del entendimiento de las mugeres con desprecio.

A la verdad bien pudiera responderse á la autoridad de los mas de esos libros con el apólogo que á otro propósito trae el Siciliano Carduccio, en sus Diálogos sobre la Pintura. Yendo de camino un hombre, y un Leon, se les ofreció disputar quienes eran mas valientes, si los hombres, si los leones: cada uno daba la ventaja á su especie; hasta que llegando á una fuente de muy buena estructura, advirtió el hombre que en la coronacion estaba figurado en marmol un hombre haciendo pedazos á un leon. Vuelto entónces á su contrincante en tono de vencedor, como quien habia hallado contra él un argumento concluyente, le dixo: Acabarás ya de desengáñarte de que los hombres son mas valientes que los leones, pues allí ves gemir oprimido, y rendir la vida un leon debaxo de los brazos de un hombre. Bello argumento me traes, (respondió sorriéndose el leon): esa estatua otro hombre la hizo, y así no es mucho que la formase como le estaba bien á su especie. Yo te prometo que, si un leon la hubiera hecho, él hubiera vuelto la tortilla, y plantado el leon sobre el hombre, haciendo gigote de él para su plato.

Al

* In consol. ad Martiam.

Al casò: hombres fueron los que escribierón èsos libros, en que se condena por muy inferior el entendimiento de las mugeres. Si mugeres los hubieran escrito, nosotros quedaríamos debaxo. Y no faltó alguna que lo hizo; pues *Lucrecia Marinella*, docta Veneciana, entre otras obras que compuso, una fué un libro con este título: *Excelencia de las mugeres, cotejàda con los defectos, y vicios de los hombres*, donde todo el asunto fué probar la preferencia de su sexô al nuestro. El sabio Jesuita Juan de Cartagena dice, que vió, y leyó este libro con grande placer en Roma, y yo le ví tambien en la Biblioteca Real de Madrid. Lo cierto es, que ni ellas, ni nosotros podemos en este pleyto ser Jueces, porque somos partes; y así se habia de fiar la sentencia á los Angeles, que como no tienen sexô, son indiferentes.

Y lo primero, aquellos que ponen tan abaxo el entendimiento de las mugeres, que casi le dexan en puro instinto, son indignos de admitirse á la disputa. Tales son los que asientan, que á lo mas que puede subir la capacidad de una muger, es á gobernar un gallinero.

Tal aquel Prelado citado por D. Francisco Manuel en su Carta, y Guia de casados, que decia, que la muger que mas sabe, sabe ordenar un arca de ropa blanca. Sean norabuena respetables por otros títulos los que profieren semejantes sentencias; no lo serán por estos dichos; pues la mas benigna interpretacion, que admiten, es la de recibirse como hypérboles chistosos. Es notoriedad de hecho que hubo mugeres que supieron gobernar, y ordenar Comunidades Religiosas, y aun mugeres que supieron gobernar, y ordenar Repúblicas enteras.

Estos discursos contra las mugeres sòn de hombres

uperficiales. Vén que por lo comun no saben sino aquelos oficios caseros, á que están destinadas; y de aquí infieren (aun sin saber que lo infieren de aquí, pues no hacen sobre ello algun acto reflexo) que no son capaces de otra cosa. El mas corto Lógico sabe, que de la carencia del acto á la carencia de la potencia no vale la ilacion; y así, de que las mugeres no sepan mas, no se infiere que no tengan talento para mas.

Nadie sabe mas que aquella facultad que estudia, sin que de aquí se pueda colegir, sino bárbaramente, que la habilidad no se extiende á mas que la aplicacion. Si todos los hombres se dedicasen á la Agricultura (como pretendia el insigne Thomas Moro en su Utopia) de modo que no supiesen otra cosa, ¿ seria esto fundamento para discurrir que no son los hombres hábiles para otra cosa? Entre los Drusos, Pueblos de la Palestina, son las mugeres las únicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer, y escribir; y en fin, lo poco, ó mucho que hay de literatura en aquella gente, está archivado en los entendimientos de las mugeres, y oculto del todo á los hombres; los quales solo se dedican á la Agricultura, á la Guerra, y á la Negociacion. Si en todo el mundo hubiera la misma costumbre, tendrian sin duda las mugeres á los hombres por inhábiles para las letras, como hoy juzgan los hombres ser inhábiles las mugeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace; pues procede sobre el mismo fundamento.

Y acaso sobre el mismo principio, aunque mucho mas benigno con las mugeres, el Padre Malebranche, en su *Arte de investigar la verdad*, les concedió ventaja conocida sobre los hombres en la facultad de discernir las cosas sensibles, dexándolas muy abaxo para las ideas abstractas;

tractas; pues aunque señala por razon de esto la blandura de su celebro, estas causas físicas ya se sabe que cada uno las busca, y señala á su modo, despues que por la experiencia está, ó se juzga asegurado de los efectos. Siendo esto así, cayó este Autor en aquella dolencia intelectual, de que quiso él mismo curar á todo el linage humano; esto es, el error ocasionado de preocupaciones comunes, y principios mal reflexîonados; pues hizo sin duda este juicio, ó por dexarse arrastrar del comun, ó porque advirtió que las mugeres reputadas por hábiles, discurren con mas felicidad, y acierto que los hombres en órden á las cosas sensibles, y con mucho ménos (si no enmudecen del todo) en materias abstractas: siendo así, que esto no proviene de la desigualdad de talento, sino de la diferencia de aplicacion, y uso. Las mugeres se ocupan, y piensan mucho mas que los hombres en el condimento del manjar, en el ornato del vestido, y otras cosas á este tono, y así discurren, y hablan acerca de ellas con mas acierto, y con mas facilidad. Por el contrario en qüestiones teóricas, ó ideas abstractas, rarísima muger piensa, ó rarísima vez; y así, no es mucho que las encuentren torpes, quando les tocan estas materias. Para mayor desengaño de esto se observará, que aquellas mugeres advertidas, y de genio galante, que gustan de discurrir á veces sobre las delicadezas del amor Platónico, quando se ofrece razonar sobre este punto, dexan muy atras al hombre mas discreto, que no se ha dedicado á explorar estas bagatelas de la fantasía.

Generalmente qualquiera, por grande capacidad que tenga, parece rudo, ó de corto alcance en aquellas materias á que no se aplica, ni tiene uso. Un Labrador del campo, á quien Dios haya dotado de agudísimo ingenio, como

algunas

algunas veces sucede, si no ha pensado jamas en otra cosa que su labranza, parecerá muy inferior al mas rudo político siempre que se ofrezca hablar de razones de estado. Y el mas sagaz político, si es puro político, metiéndose á hablar de ordenar esquadrones, y dar batallas, dirá mil desvaríos; y si le oye algun hombre inteligente en la Milicia, le tendrá por un fatuo, como reputó tal Annibal al otro grande Orador Asiático, que en presencia suya, y del Rey Antíoco se arrojó á razonar de las cosas de la guerra.

Lo propio sucede puntualmente en nuestro caso: estáse una muger de bellísimo entendimiento dentro de su casa, ocupado el pensamiento todo el dia en el manejo doméstico, sin oír, ú oyendo con descuido, si tal vez se habla delante de ella de materias de superior esfera. Su marido, aunque de muy inferior talento, trata por afuera freqüentemente, ya con Religiosos sabios, ya con hábiles políticos, con cuya comunicacion adquiere varias noticias, entérase de los negocios públicos, recibe muchas importantes advertencias. Instruido de este modo, si alguna vez habla delante de su muger de aquellas materias, en que por esta via cobró un poco de inteligencia, y ella dice algo que le ocurre al propósito, como, por muy penetrante que sea, estando desnuda de toda instruccion, es preciso que discurra defectuosamente, hace juicio el marido, y aun otros, si lo escuchan, de que es una tonta, quedándose él muy satisfecho de que es un lince.

Lo que pasa con esta muger, pasa con infinitas, que siendo de muy superior capacidad respecto de los hombres concurrentes, son condenadas por incapaces de discurrir en algunas materias; siendo así, que el no discurrir, ó discurrir mal depende, no de falta de talento, sino de falta de noticias,

noticias, sin las quales ni aun un entendimiento angélico podrá acertar en cosa alguna; los hombres entretanto aunque de inferior capacidad, triunfan, y lucen como superiores á ellas, porque estan prevenidos de noticias.

Sobre la ventaja de las noticias hay otra de mucho momento; y es, que los hombres estan muy acostumbrados á meditar, discurrir, y razonar sobre estas materias, que son de su uso, y aplicacion, al paso que las mugeres rarísima vez piensan en ellas: con que se puede decir, que quando llega la ocasion, los hombres hablan de muy pensado, y las mugeres muy de repente.

En fin, los hombres, con la recíproca comunicacion sobre tales asuntos, participan unos las luces de otros; y así, quando razonan sobre ellos, no solo usan de el discurso propio, mas tambien se aprovechan de lo que tomaron de el ageno; explicándose á veces en la boca de un hombre solo, no un entendimiento solo, sino muchos entendimientos. Pero las mugeres, como en sus conferencias no tratan de estas materias sublimes, sino de sus labores, y otras cosas domésticas, no se prestan sobre ellas luz alguna unas á otras: con que ocurriendo el caso de hablar en semejantes materias, sobre razonar de repente, y sin noticias, usan solo cada una de sus luces propias.

Estas ventajas que hay para que un hombre de cortísima penetracion discurra mucho mas, y con mucho mayor acierto en asuntos nobles que una muger de gran perspicacia, son de tanto momento, que puede suceder en la concurrencia de una muger agudísima con un hombre rudo, parecer este discreto, y aquella tonta, á quien no hiciere las reflexîones que llevo escritas.

De hecho la falta de estas reflexîones introduxo en tantos

tantos hombres (y algunos por otra parte sabios, y discretos) este gran desprecio del entendimiento de las mugeres; y lo mas gracioso es, que han gritado tanto sobre que todas las mugeres son de cortísimo alcance, que á muchas, si no á las mas, yá se lo han hecho creer.

Y parece que ni aun aquellos que, acercándose mas á la razon, asientan, pero con mucho menor exceso, ventajoso el entendimiento de los hombres, dexando lugar á que entre las mugeres haya algunas de sólido, y perspicaz ingenio; digo, que ni aun aquellos hubieran, á mi entender, establecido esta desigualdad entre los dos sexôs, si hubieran atendido á las circunstancias expresadas que ocurren, para que aun excediendo en la capacidad, parezcan inferiores las mugeres en las mas ocasiones.

Ni yo sé que fundamento puede tener esta pretendida desigualdad mas que el que llevo dicho, y cuya equivocacion he descubierto. Porque si se me dice que la experiencia lo ha demostrado, y está prevenido que la experiencia que se alega es engañosa, y manifestados varios capítulos de su falacia. Fuera de que en órden á experiencia, yo citaré dos grandes testigos á favor de las mugeres. El primero es el discretísimo Portugues D. Francisco Manuel en su Carta de Guia de Casados.

En este Caballero concurrieron quantas circunstancias se pueden desear para tener señaladísimo voto en la materia de que tratamos; porque sobre ser de escogida advertencia, peregrinó varias tierras, mezclado comunmente en negocios, por los quales, y por el genio aúlico, y cortesano que tenia, trató en todas partes muchas señoras, como se ve en sus escritos.

Este Autor, pues, parece que no contento con dexar iguales

iguales en la parte intelectual á las mugeres con los hombres, les concede á ellas alguna ventaja. Así dice en el libro citado, fol. 73. despues de referir la opinion contraria á las mugeres: "Soy de muy diferente opinion, y creo cierto hay muchas de gran juicio. Ví, y traté algunas en España, y fuera de ella. Por esto mismo me parece que aquella agilidad suya en percibir, y discurrir, en que nos hacen ventaja, es necesario templarla con grande cautela." Y poco mas abaxo: "Así, pues, no es lícito privar á las mugeres del sutilísimo metal de entendimiento con que las forjó la naturaleza; podemos siquiera desviarles las ocasiones de que lo afilen en su peligro, y en nuestro daño." El testimonio de este Autor, como he dicho, es de gran peso, porque sobre su mucha experiencia, y discrecion, se añade, que en el escrito citado nada benigno está con las mugeres; y aun al fin de él, sin mucho rebozo, se acusa á sí propio de algo severo.

El segundo testigo es el eruditísimo Francés el Abad de Bellegarde, hombre tambien áulico, y que conoció bien el mundo en el gran Teatro de Paris. Este Autor en un libro que dió á luz, intitulado: *Cartas curiosas de Literatura, y de Moral*, afirma que el espíritu de las mugeres no es en alguna manera inferior al de los hombres para qualquiera de las ciencias, artes, ó empleos. No he visto á este Autor, pero le citan sobre este asunto los de las Memorias de Trevoux en el mes de Abril del año de 1702. El Autor de la *Jornada de los coches de Madrid á Alcalá* (que, sea quien se fuere, se conoce ser hombre de voto) es del mismo sentir. El P. Buffier, célebre Escritor Frances, de la Compañía de Jesus, probó de intento el mismo asunto en un libro, intitulado: *Examen des préjúgés vulgaires.*

Ya es tiempo de persuadir con exemplos que no es ménos hábil el entendimiento de las mugeres, que el de los hombres, aun para las ciencias mas dificiles: medio el mejor para convencer al vulgo, que por lo comun se mueve mas por exemplos, que por razones. Referir todos los que ocurren, seria muy fastidioso; y así solo señalarémos algunas de las mugeres mas ilustres en doctrina de estos últimos siglos, que florecieron, ya en nuestra España, ya en los Reynos vecinos.

España, á quien los estrangeros cercenan mucho el honor de la literatura, produxo muchas mugeres insignes en todo género de letras. Las principales son las que se siguen.

Doña Ana de Cervaton, Dama de Honor de la Reyna Germana de Fox, segunda esposa de D. Fernando el Católico, fué celebradísima, aun mas por sus bellas letras, y preciosos talentos, que por su peregrina hermosura, siendo esta tanta, que era tenida por la muger mas bella de la Corte. En Lucio Marineo Sículo se hallan las Cartas Latinas que este Autor escribió á dicha Señora, y las Respuestas de ella en el mismo idioma.

Doña Isabel de Joya, en el siglo decimo sexto, fué doctísima. Se cuenta de ella que predicó en la Iglesia de Barcelona con pasmo de el innumerable concurso que la escuchó (supongo que el prelado que se lo permitió, hizo juicio de que la regla de el Apostol, que en la Epístola primera á los Corintios prohibe á las mugeres hablar en la Iglesia, admite algunas excepciones, como las admite la prohibicion de que enseñen, en la Epístola primera á Timóteo; pues de hecho Priscila, compañera de el mismo Apostol, enseñó, é instruyó á Apolo Póntico en la doctrina

trina Evangélica, como consta de los Actos de los Apóstoles). Y que despues pasando á Roma en el Pontificado de Paulo III. delante de los Cardenales, con suma satisfaccion de ellos explicó muchos punto dificiles de los libros de el Sutil Escoto. Pero lo que mas la ennoblece, es haber convertido en aquella Capital de el Orbe gran número de Judíos á la Religion Católica.

Luisa Sigéa, natural de Toledo, y originaria de Francia, sobre ser erudita en la Filosofía, y buenas letras, fué singular en el ornamento de las lenguas, porque supo la Latina, la Griega, la Hebrea, la Arábiga, y la Syriaca: y en estas cinco lenguas se dice, que escribió una Carta al Papa Paulo III. Siendo despues su padre Diego Sigéo llamado á la Corte de Lisboa para Preceptor de Teodosio de Portugal, Duque de Berganza, la Infanta Doña María de Portugal, hija de el Rey D. Manuel, y de su tercera esposa Doña Leonor de Austria, que era muy amante de las letras, quiso tener en su compañía á la sabia Sigéa. Casó esta Señora con Francisco de Cuevas, Señor de Villanasur, Caballero de Burgos, y tiene en Castilla (segun refiere D. Luis de Salazar en su Historia de la Casa Farnesia) mucha, y muy clara sucesion.

Doña Oliva Sabuco de Nantes, natural de Alcaráz, fué de sublime penetracion, y elevado numen en materias Físicas, Médicas, Morales, y Políticas, como se conoce en sus escritos. Pero lo que mas la ilustró fué su nuevo sistema Fisiológico, y Médico, donde contra todos los antiguos, estableció, que no es la sangre la que nutre nuestros cuerpos, sino el jugo blanco derramado de el celebro por todos los nervios; y atribuyó á los vicios de este vital rocío

casi todas las enfermedades. A este sistema, que desatendió la incuriosidad de España, abrazó con amor la curiosidad de Inglaterra, y ahora ya lo recibimos de mano de los estrangeros, como invencion suya, siéndolo nuestra. ¡. Fatal genio de los Españoles! que para que les agrade lo que nace en su tierra, es menester que se lo manipulen, y vendan los estrangeros. Tambien parece que esta gran muger fué delante de Renato Descartes en la opinion de constituir el celebro por único domicilio de la alma racional, aunque extendiéndola á toda su substancia, y no estrechándola precisamente à la glándula pineal, como Descartes. La confianza que tuvo Doña Oliva en el propio ingenio para defender sus singulares opiniones, fué tal, que en la Carta Dedicatoria, escrita al Conde de Barajas, Presidente de Castilla, le suplicó emplease su autoridad para juntar los mas sabios Físicos, y Médicos de España, ofreciéndose ella á convencerlos de que la Física, y Medicina, que se enseñaba en las Escuelas, toda iba errada. Floreció en tiempo de Felipe II.

Doña Bernarda Ferreyra, Señora Portuguesa, hija de D. Ignacio Ferreyra, Caballero de el Hábito de Santiago, sobre entender, y hablar con facilidad varias lenguas, supo la Poesía, la Retórica, la Filosofía, y las Matemáticas. Dexó varios escritos Poéticos. Y nuestro famoso Lòpe de Vega hizo tanto aprecio de el extraordinario mérito de esta señora, que le dedicó su Elegia, intitulada la *Fylis*.

Doña Juliana Morella, natural de Barcelona, fué un portento de sabiduría. Habiendo su padre cometido un homicidio, huyó, llevándola consigo á Leon de Francia, donde estudiando esta rara niña, hizo tan rápidos progresos, que

que á la edad de doce años (y fué el de 1607) defendió Conclusiones públicas en Filosofía, que dedicó á Doña Margarita de Austria, Reyna de España. A la edad de diez y siete años, segun la relacion de Guido Patin, que vivió en aquel tiempo, entraba á disputar publicamente en el Colegio de los Jesuitas de Leon. Supo Filosofía, Teología, Música, y Jurisprudencia. Dícese que hablaba catorce lenguas. Entróse Religiosa Dominica en el Convento de Santa Praxêdis de Aviñon.

La célebre Monja de México *Sor Juana Ines de la Cruz* es conocida de todos por sus eruditas, y agudas Poesías; y así es escusado hacer su elogio. Solo diré que lo ménos que tuvo fué el talento para la Poesía, aunque es el que mas se celebra. Son muchos los Poetas Españoles que la hacen grandes ventajas en el numen; pero ninguno acaso la igualó en la universalidad de noticias de todas Facultades. Tuvo naturalidad, pero faltóle energía. La Crisis del Sermon del P. Vieyra acredita su agudeza; pero haciendo justicia, es mucho menor que la de aquel incomparable Jesuita, á quien impugna. ¿Y que mucho que fuese una muger inferior á aquel hombre, á quien en pensar con elevacion, discurrir con agudeza, y explicarse con claridad, no igualó hasta ahora Predicador alguno?

Es tambien ocioso el Panegyrico de la Señora *Duquesa de Aveyro*, difunta, porque están bien recientes sus noticias en la Corte, y en toda España.

Las Francesas sabias son muchísimas, porque tienen mas oportunidad en Francia, y creo que tambien mas libertad para estudiar las mugeres. Reducirémos su número á las mas fomosas.

Susana de Habert, muger de Carlos del Jardin, Oficial

cial del Rey Enrico III, supo Filosofía, y Teología: fué muy versada en las doctrinas de los Santos Padres. Aprendió las Lenguas Española, Italiana, Latina, Griega, y Hebrea. Pero para su verdadera gloria contribuyó mas su piedad Christiana, en que fué extremada, que su vasta sabiduría.

Maria de Gurnay, Parisiense, de ilustre familia, á quien el sabio Dominico Baudio dió el nombre de *Sirena Francesa*, alcanzó tan gloriosa fama de ingenio, y literatura, que apenas hubo hombre grande en su tiempo que no se hiciese mucho honor de tener comercio epistolar con ella; y así se hallaron en su gavinete, quando murió, Cartas de los Cardenales Richelieu, Bentivollo, y Perron, de S. Francisco de Sales, y otros esclarecidos Prelados, de Carlos I, Duque de Mantua, del Conde de Alés, de Erycio Puteano, Justo Lipsio, Mons. Balzac, Maynardo, Heinsio, Cesar Capacio, Carlos Pinto, y otros muchos de erudicion sobresaliente en aquella edad.

Madalena Scuderi, llamada con mucha razon la *Saphe de su siglo*, pues igualó á aquella celebradísima Griega en el primor de las composiciones, y la excedió mucho en la pureza de costumbres, fué grande en la doctrina, pero incomparable en la discrecion, como testifican sus muchas, y excelentísimas obras. Su *Artamenes*, ó *Gran Cyro*, y la *Clelia*, que debaxo de el velo de novelas esconden mucho de verdaderas historias, á manera de el *Argenis* de Barclayo, son piezas de sumo valor, y que, en mi sentir, exceden á quanto se ha escrito en este género, así en Francia, como en las demas naciones, á la reserva sola de el Argenis; porque la nobleza de los pensamientos, el armonioso texido de la narracion, la patética eficacia de la persuasiva, la viveza

veza de las descripciones, y la nativa pureza, magestad, y valentía de el estilo, hacen un todo admirable: á que se añade para mayor realce el manejar con toda la decencia posible los empeños amatorios, representar con la hermosura mas atractiva las virtudes morales, y con el mas brillante resplandor las heroycas. En atencion á las prodigiosas prendas de esta muger, la vino á buscar el singular honor de recibirla por asociada todas las Academias donde se admitian personas de du sexô. En la Academia Francesa llevó el premio señalado à las piezas de eloqüencia el año de 1671; que fué lo mismo que declararla aquel nobilísimo cuerpo por la persona mas elóqüente de la Francia. El Rey Christianísimo Luis XIV, á cuya comprehension ningun mérito elevado se escondia, le señaló una pension de doscientas libras de renta. El Cardenal Mazzarini mucho ántes le habia dexando en su testamento otra. Y otra tenia por la liberalidad de el sabio Cancillér de Francia Luis de Boucherat; con que terminó llena de gloria una vida muy regular, y muy dilatada el año de 1701.

Antonieta de la Guardia, noble Francesa, hermosa de apuesta en cuerpo, y alma; pues por ella se dixo, qué la naturaleza habia teniûo el gustazo de juntar todas las gracias de el espíritu, y de el cuerpo en una muger; fué tan eminente en la Poesía, que en un tiempo en que este Arte era muy cultivado, y estimado en Francia, no hubo en todo aquel dilatado Reyno hombre alguno que le pusiese el pie delante. Sus obras se recogieron en dos volúmenes, que no he visto. Murió el año de 1694, dexando una hija heredera de su ingenio, y numen, que ganó el premio de la Poesía en la Academia Francesa.

Le

La Señora *Maria Madalena Gabriela de Montemart*, hija del Duque de Montemart, y Religiosa Benedictina, nació con todas las disposiciones necesarias para las ciencias mas dificiles, y abstractas, como dotada de feliz memoria, sutil ingenio, y recto juicio. En su primera edad aprendió las Lenguas Española, Italiana, Latina, y Griega. Siendo á los quince años presentada á la Reyna de Francia María Teresa de Austria, inmediatamente á su entrada en aquel Reyno, hizo admirarse toda la Corte, oyéndola hablar la Lengua Española con propiedad, y elegancia. Alcanzó quanto hasta hoy se sabe de la antigua, y nueva Filosofía. Fué consumada en las Teologías Escolástica, Dogmática, Expositiva, y Mystica. Hizo algunas traducciones, entre las quales es recomendadísima la de los primeros libros de la Iliada, y escribió sobre diferentes materias, ya de Moral, ya de Crítica, ya de asuntos Académicos. Sus cartas fueron estimadísimas, y el gran Luis XIV. las recibia con gran placer. Componia primorosos versos, pero pocos; y esos, despues de una simple lectura, los condenaba al fuego: sacrificio que hizo su humildad de otras muchas obras suyas; y hiciera de todas, si obrase solo por el propio dictámen. Su piedad, y talento para el gobierno resplandecieron en igual grado que su doctrina. En consideracion de tantas, y tan altas calidades fué elegida Abadesa General de la Congregacion Fontevraldense, Orden de S. Benito, que tiene la particularidad de que siendo compuesta de gran número de Monasterios de uno, y otro sexô, repartidos en quatro Provincias, todos reconocen por universal Prelada suya á la Abadesa de Fontevraldo, Monasterio insigne, y no menor teatro de nobleza que de virtud, pues cuenta entre sus

Pre-

Preladas catorce Princesas, y en ellas cinco de la Casa Real de Borbon. Aun fuera de Francia se extendió un tiempo la jurisdiccion de la Abadesa de Fuentevraldo, siendo cierto, como asegura el Cronista Yepes, que los dos Religiosísimos Conventos de Monjas, Santa Maria de la Vega de Oviedo, sito en el Principado de Asturias, y Santa Maria de la Vega de la Serrana, en tierra de Campos, estuvieron sujetos á la Prelada de Fuentevraldo, ántes que se uniesen á la Congregacion de S. Benito de Valladolid. Llenó tan alto empléo la Señora Montemart, con tanta satisfaccion de todo el mundo, como edificacion, y acrecentamiento de su Congregacion, mandando dignísimamente á los hombres una muger, que en el conjunto de prendas, si nó fué superior á todos los hombres de su tiempo, por lo ménos, en el concepto de los que la trataron, ninguno fué superior á ella; y murió llena de méritos el año de 1704.

Ana Le-Febre, conocida comunmente debaxo del nombre de *Madama Dacier*, siendo hija de un padre doctísimo, Tanaquildo Le-Febre, salió igual á su padre en erudicion, y mayor que él en la eloqüencia, y en el primor de escribir con delicadeza, y hermosura el propio Idioma. Fué crítica de primer órden, de modo, que en esta facultad, por lo ménos en quanto á Autores profanos, no hubo hombre en su tiempo, ni en la Francia, ni fuera de ella, que la excediese. Hizo muchas traducciones de Autores Griegos, que ilustró con diferentes Comentarios. Su pasion por Homero la empeñó en varias Disertaciones, donde resplandecieron igualmente la viveza de su ingenio, y la rectitud de su juicio, manteniendo la preferencia del Poeta Griego sobre Virgilio, contra algunos Críticos que la impugnaron, especialmente contra Mons. de la Mota,

de la Academia Francesa; y si bien que algunos Partidarios del Poeta Latino, que se pusieron de parte de Mons. de la Mota, no pueden negar que el voto de este era de corto peso, por ignorar el Idioma Griego en que escribió Homero, y que sabía con perfeccion su docta Coopositora. Y por lo que mira á la justicia de la causa, hace gran fuerza el que á Virgilio solo algunos Autores Latinos, pero ninguno Griego, le conceden ventaja, ó igualdad con Homero; al paso que este tiene á su favor todos los Griegos, y muchos Latinos, entre quienes sobresale el discretísimo Historiador Veleyo Patérculo, dándole el alto elogio de que ni tuvo á quien imitar, ni le succedió alguno que pudiese imitarle á él. Murió Ana Le-Febre pienso que há tres, ó quatro a os *.

Italia no cede á Francia en copia de mugeres eruditas; pero por la misma razon que ceñimos á breve número las Francesas, harémos lo propio con las Italianas.

Dorotea Bucca, natural de Bolonia, habiendo sido destinada desde su infancia á las letras, se adelantó con pasos tan agigantados en ellas, que se practicó con ella la (hasta entónces) nunca vista singularidad de darle aquella famosa Universidad el bonete de Doctora, donde fué mucho tiempo Catedrática. Floreció en el siglo decimo quinto.

Isotta Nogarola, natural de Verona, fué el Oráculo de su siglo; porque sobre ser muy docta en Filosofía, y Teología, se le añadió el ornamento de varias lenguas, gran lectura de los Padres, y en la eloqüencia se asegura que no fué inferior á los mayores Oradores de aquella edad. Las pruebas de su facundia no fueron vulgares; pues oró varias

* Feijóo escribió esta defensa, de las mugeres en el año 1726, ó 27.

varias veces delante de los Papas Nicolao V, y Pio II, y en el Concilio de Mantua, que convocó este Pontífice, á fin de unir todos los Príncipes Christianos contra el Turco. Aquel ilustre Protector de las letras el Cardenal Besarion, habiendo visto algunas obras de Isotta, quedó tan prendado de su espíritu, que hizo el viage de Roma á Verona, solo por verla. Murió esta señora á los treinta y ocho años de su edad en el de mil quatrocientos sesenta y seis.

Laura Cereti, natural de Brescia, desde la edad de 18 años enseñó públicamente la Filosofía con general aplauso á los principios de el siglo decimo sexto.

Casandra Fidele, Veneciana, fué tan celebrada en la inteligencia de la lengua Griega, en la Filosofía, en la Teología, y en la Historia, que apenas hubo Príncipe ilustre en aquella edad que no le diese testimonio público de su estimacion; y se cuentan entre los veneradores de Casandra los Papas Julio II, y Leon X, el Rey Luis XI. de Francia, y nuestros Católicos Reyes D. Fernando, y Doña Isabel. Escribió diversas obras, y murió de 102 años en el de 1567.

Catalina de Cibo, Duquesa de Camerino en la Marca de Ancona, supo la lengua Latina, la Griega, y la Hebrea, Filosofía, y Teología. Su virtud dió nuevo esplendor á su doctrina. Edificó el primer Convento que tuvieron los Capuchinos. Y murió el año de 1557.

Marta Marchina, Napolitana, de baxo nacimiento, pero de genio tan elevado, que superando los estorbos de su humilde fortuna, aprendió con suma velocidad las lenguas Latina, Griega, y Hebrea, y fué no vulgar Poetisa. Tan excelsas prendas no fueron poderosas á levantarla de aquella esfera en que habia nacido, contrastándolas con

malignos influxos su adversa estrella; pues se sabe que trasladada á Roma, se sustentó á sí, y á su familia haciéndo jabones. Pero es de creer, que un espíritu de este caracter, á tener para estudiar la oportunidad, que tuvieron otras mugeres, fuera prodigio entre las mugeres, y aun entre los hombres. Murió de 46 años en el de 1646.

Lucrecia Helena Cornaro, de la ilustrísima familia de los Cornaros de Venecia, si en la serie de esta memoria es la última de las sabias Italianas, por ser la mas moderna, podemos decir que aventaja en dignidad á las primeras, sin ser injustos contra alguna. Nació esta muger, para honor de su sexô, el año de 1646. Desde su tierna infancia declaró una violenta inclinacion á las letras, á quien correspondieron portentosos, y rápidos progresos; porque no solo se instruyó con facilidad rara en las lenguas Latina, Griega, y Hebrea, mas aprendió tambien casi todas las lenguas vivas de la Europa. En Filosofía, Matemáticas, y sagrada Teología se distinguió con tantas ventajas, que la Universidad de Padua resolvió darla el grado de el Doctorado en la Facultad de Teología; lo que se hubiera executado, á no intervenir la oposicion de el Cardenal Barbarigo, Obispo de la Ciudad, que escrupulizó en la materia, en atencion á la máxîma de S. Pablo, que niega á las mugeres el ministerio de enseñar en la Iglesia; y así, para no violar esta Regla Canónica, ni faltar á la estimacion debida al relevante mérito de Helena, se tomó el temperamento de constituirla Doctora en la Facultad Filosófica, habiendo acudido á hacer mas plausible el acto muchos Príncipes, y Princesas de varias partes de Italia. Habiendo sido tan eminente su ciencia, solo pudo ser excedida, y lo fué de su rara piedad. A la edad de doce años

hizo voto de virginidad. Y aunque despues un Príncipe Aleman, solicitando con ardor la mano de Helena, le ofreció conseguir de su Santidad dispensacion en el voto, aun asistido de los ruegos de sus parientes, no pudo rendir su constancia. Para cortar de un golpe las esperanzas de otros muchos pretendientes importunos, quiso entrarse Religiosa Benedictina; pero estorbada por su padre, hizo lo que pudo, que fué revalidar la promesa de virginidad, añadiendo los otros votos Religiosos, en calidad de oblata de la Religion de S. Benito, en manos de el Abad de el Monasterio de S. Jorge. A este sacrificio de su libertad se siguió una vida tan exemplar dentro de la casa paterna, que pudiera ser envidiada de la mas austera Religiosa. Era tanto su amor al recogimiento, y tanto su pudor de parecer en público, que aunque, rindiéndose al precepto de su padre, se dexaba ver algunas veces, era con tanta pena, que solia decir, que aquella obediencia le habia de costar la vida. En efecto esta fué bien corta, pues pasó á otra mejor á los 38 años de edad, con igual regocijo de los Angeles, que llanto de los hombres, dexando muchas obras, que podrán hacer eterna su fama. Son muchos los Autores que hicieron el Panegyrico de esta rara muger; entre quienes Gregorio Leti en sus *Raguallos Históricos* le dá los epitetos de *Heroina de las Letras*, y de *Monstruo de las Ciencias*, llamándola juntamente *Angel en la hermosura, y en el candor*.

La Alemania, en cuyo helado suelo tiene mas vigor Apolo para influir en los espíritus, que para derretir los carámbanos, nos presenta tambien una centella del Sol en una muger de su País.

Esta fué la famosa *Ana Maria Schurmán*, gloria de una,

una, y otra Germania, superior, é inferior; porque aunque nació en Colonia, su padres, y abuelos fueron de los Países Baxos. No se conoció hasta ahora capacidad mas universal en uno, ni en otro sexô. Todas las Ciencias, y todas las Artes reconocieron con igual obediencia el imperio de su espíritu, sin que alguna hiciese la menor resistencia, quando esta Heroina se empeñaba en su conquista. A los seis años de edad cortaba con tixeras en papel, sin patron alguno, preciosas, y delicadas figuras. A los ocho, en pocos dias aprendió á hacer dibuxos de flores, que fueron estimados. A los diez, no le costó mas que tres horas de trabajo el saber bordar con primor. Pero sus talentos para exercicios mas altos estaban entretanto escondidos, hasta que á los doce años se descubrieron con esta ocasion. Estudiaban dentro de casa unos hermanitos suyos, y se notó, que varias veces al tomarles la leccion, donde les faltaba la memoria, les apuntaba la niña, sin que hubiese precedido de su parte otro estudio mas que el oírlos quando estaban pasando la leccion, como de paso. Esta seña, junta con las demás que daba de una habilidad enteramente extraordinaria, determinaron á su padre á permitir que la niña siguiese por la carrera de los estudios el pendiente de su inclinacion. Pero no fué carrera, sino vuelo aquel acelerado movimiento, con que la Schurmán discurrió por todos los anchísimos espacios de la erudicion sagrada, y profana; arribando en fin á la posesion de casi todas las ciencias humanas, juntamente con la sagrada Teología, y grande inteligencia de la Escritura. Supo perfectamente las lenguas Alemana, Holandesa, Inglesa, Francesa, Italiana, Latina, Griega, Hebrea, Syriaca, Caldéa, Arábiga, y Etiópica: era dotada tambien de el numen poético,

tico, y compuso muy discretas obras en verso. En las Artes liberales logró igual aplauso que en las Ciencias, y en los idiomas. Comprehendió científicamente la Música, y manejaba varios instrumentos con destreza. Fué excelente en la Pintura, en la Escultura, y en el Arte de grabar á cincel. Cuéntase que habiendo hecho su retrato propio en cera al espejo, unas perlas, que servian de adorno à la imágen, salieron tan naturales, que nadie creyó que fuesen de cera, hasta hacer la experiencia de picarlas con un alfiler. Sus cartas se hicieron estimar, y desear, no solo por la hermosura de el estilo, mas tambien por el primor de la letra, que quantos le vieron juzgaron inimitable, de modo que qualquiera rasgo de su pluma era buscado como alhaja rara de gabinete. Apenas hubo hombre grande en su tiempo, que no le diese testimonios de su estimacion, y solicitase su comercio literario. La ilustre Reyna de Polonia Luisa María Gonzaga, en su tránsito á aquel Reyno, despues de desposada en Paris por Procurador con el Rey Ladislao, se dignó de visitar á la Schurmán en su porpia casa. Nunca quiso casarse, aunque solicitada de muchos con ardor, y con ventajosos partidos, especialmente de Mons. Catec, Pensionario de Holanda, y famoso Poeta, que habia hecho algunos versos en elogio suyo, quando Ana Maria no tenia mas de catorce años. En fin, esta muger, merecedora de ser inmortal, murió en el de 1678 al 71 de su edad.

Omito otras muchas doctas mugeres, que ennobleicieron á Alemania, y otros Paises Européos, por concluir con un exemplo reciente de la Asia, para prueba de que no está la gloria literaria de las mugeres encarcelada en la Europa.

Este

Este será de la bella, discreta, y generosa *Sitti Maani* *, Muger de el famoso Viagero Pedro de la Valle, Caballero Romano. Nació Maani en la Mesopotamia, porque aquella feliz Provincia, en cuyos términos creen algunos Expositores que estuvo plantado el Paraíso, tuviese la dicha de ser Patria de dos Raqueles; pues es cierto, que Harán, donde nació la querida esposa de Jacob, era Lugar de la Mesopotamia. Habiendo hecho resplandecer desde muy jóvenes años, no ménos la nobleza de su genio, y la viveza de su entendimiento, que la hermosura de su semblante, estas noticias excitaron en la curiosidad de Pedro de la Valle el deseo de lograr su vista, y tras de las noticias, las experiencias encendieron en su amor las ansias de tenerla por esposa. Efectuado el matrimonio, no solo dexó Maani el rito Caldeo que seguia, por abrazar el Romano, pero reduxo á sus padres á lo mismo. Parece increible lo que esta amable Asiana adelantó en pocos años (porque fueron pocos los que vivió); pues no solo adquirió todos los conocimientos, de que son capaces aquellas Regiones, que miran hoy como forasteras las Ciencias; pero llegó á entender doce diferentes idiomas. Aun fué mas crecido el número, como tambien la perfeccion de sus virtudes morales; entre las quales, como mas estraña en su sexô, brilló mas la fortaleza, habiendo asistido armada en dos, ó tres encuentros á la defensa de su marido. Esta muger, de muchos modos peregrina, por sus prendas, y por sus viages, en uno de ellos, cerca de Ormuz, rindió la vida, á una fiebre, verdaderamente maligna, á los veinte y tres años de edad. Así murió, con dolor de quantos la conocian,

* *Siti* es título de honor entre los Persianos que equivale á *Señora*.

cian, esta nueva Raquél, tan semejante á la antigua, que parece que la naturaleza, y la fortuna estudiosamente formaron el pararelo. Entrambas naturales de Mesopotamia. Entrambas bellas por extremo. Entrambas casadas con hombres muy merecedores; pero forasteros. Entrambas iguales en la resolucion de dexar el rito patrio por seguir la Religion de el esposo. Entrambas conformes en llevar parte de la vida peregrinando, siguiendo los pasos de sus consortes. Y al fin entrambas murieron en la flor de su edad, y en el camino. Pero en el trance fatal parece que fué muy desemejante el esposo de la una al de la otra, por haber excedido mucho Pedro de la Valle al Patriarca Jacob en la fineza. Este sepultó á su Raquel en el mismo camino donde murió; quando parece que correspondia al grande mérito de su esposa tener con su cadaver la atencion que tuvo con él propio, el qual encargó fuertemente á su hijo Josef conduxese al sepulcro de sus mayores, que estaba en Hebrón. Este cuidado, que se echa ménos en aquel amante Patriarca (bien que se debe discurrir, que hubo razon poderosa, ó mysteriosa, ó natural para omitirle), sobresalió con los realces mas finos en Pedro de la Valle; porque despues de bien aromatizado el cadaver de su adorada Maani, depositado en costosa urna, le conduxo consigo quatro años enteros que discurrió por la Asia, llevando siempre puesta la vista en sus cenizas, como el corazon, y la memoria en sus virtudes; hasta que volviendo á Roma, colocó aquellos despojos de la parca en el sepulcro de sus mayores los Señores de la Valle, que le tienen en la Capilla de S. Pablo de la Iglesia de Santa María de *Ara-Cœli*, con tan ostentosos funerales, que apenas se vieron mas magníficos, pronunciando el mismo Pedro de la Valle la Oracion

Fúnebre, en que dixeron mucho mas sus ojos, que sus labios, hasta que cesaron de el todo los labios, porque lo dixesen todo los ojos. Fué el caso, que añudada la garganta de la congoja, fué preciso dexar la Oracion imperfecta; y quanto estaba prevenido en eloqüentes cláusulas, se derritió en lágrimas tiernas: voces propias de el dolor, cuyos ecos reciprocó el numeroso concurso en sus gemidos.

Veo ahora, que se me replica contra todo lo que llevo dicho, de este modo. Si las mugeres son iguales á los hombres en la aptitud para las artes, para las ciencias, para el gobierno político, y económico, ¿ por que Dios estableció el dominio, y superioridad de el hombre, respecto de la muger, en aquella sentencia de el cap. 3. de el Génesis *Sub viri potestate eris?* Pues es de creer, que diese el gobierno á aquel sexô, en quien reconoció mayor capacidad.

Respondo lo primero, que el sentido específico de este Texto aun no se sabe con certeza, por la variacion de las versiones. Los Setenta leyeron: *Ad virum conversio tua.* Aquila: *Ad virum societas tua.* Symmacho: *Ad virum appetitus, vel impetus tuus.* Y el doctísimo Benedicto Pereyra dice, que traduciendo el original Hebreo palabra por palabra, sale la sentencia de este modo: *Ad virum desiderium, vel concupiscencia tua.*

Lo segundo respondo, que se pudiera decir, que la sujecion política de la muger fué absolutamente pena de el pecado, y así en el estado de la inocencia no la habría. El Texto por lo ménos no lo contradice; ántes bien parece que habiendo de obedecer la muger al varon en el estado de la inocencia, debiera Dios intimarle la sujecion luego que la formó. Siendo esto así, no se infiere que la preferencia

ferencia se le dió al hombre por exceder á la muger en entendimiento, sino porque la muger le dió la primera ocasion al delito.

Lo tercero digo, que tampoco se infiere superioridad de talento en el varon, aunque desde su órigen le diese Dios superioridad gubernativa de la muger. La razon es, porque aunque sean iguales los talentos, es preciso que uno de los dos sea primera cabeza para el gobierno de casa, y fâmilia; lo demas sería confusion, y desorden. Entre las especies probables de gobierno tienen los Filósofos Morales, siguiendo á Aristóteles, por la ínfima, ó ménos perfecta la que se llama Timocracia, en que todos los individuos de la República mandan igualmente, ó tienen igual voto. Pero entre marido, y muger, no solo sería imperfecto este modo de mandar en quanto al gobierno económico, sino imposible; porque en la multitud de el Pueblo, quando haya diversidad de dictámenes, se puede decidir la dificultad por pluralidad de votos; lo que entre marido, y muger no puede suceder, porque estan uno á uno: y así, en caso de oponerse en el dictámen, no se puede determinar si no es uno de los dos superior. ¿Pero por que habiendo de ser superior el uno, siendo iguales los talentos, quiso Dios que lo fuese el hombre? Pueden discurrirse varios motivos en el exceso de otras prendas, como en la constancia, ó en la fortaleza; porque estas virtudes convienen para tomar las resoluciones convenientes, y mantenerlas despues de tomadas, atropellando en uno, y otro los estorbos de temores, ó vanos, ó ligeros: pero es mejor decir, que en las divinas resoluciones ignoramos por la mayor parte los motivos.

Concluyo este Discurso, satisfaciendo á un reparo

que se podrá formar sobre el asunto; y es, que persuadir al género humano la igualdad de ambos sexôs en las prendas intelectuales, no parece que trae utilidad alguna al Público, ántes bien le ocasionará algun daño, por quanto fomenta en las mugeres su presuncion, y orgullo.

Pudiera ocurrir á este escrúpulo solo con decir, que en qualquiera materia que se ofrezca al discurso, es utilidad bastante conocer la verdad, y desviar el error. El recto conocimiento de las cosas por sí mismo es estimable, aun sin respecto á otro fin alguno criado. Las verdades tienen su valor intrínseco; y el caudal, ó riqueza de el entendimiento, no consta de otras monedas. Unas son mas preciosas que otras, pero ninguno inútil. Ni la verdad, que hemos probado, puede por si inducir vanidad, y presuncion en las mugeres. Si ellas son verdaderamente en las perfecciones de la alma iguales con nosotros, no habrá vicio alguno en que lo conozcan, y entiendan así. Santo Thomas, hablando de la vanagloria, dice, que este pecado no se incurre, por conocer cada uno, y aprobar el bien, ó perfeccion que tiene: *Quod autem aliquis bonum suum cognoscat, & approbet, non est peccatum* *. Y en otra parte, hablando de la presuncion, dice, que este vicio siempre se funda en algun error de el entendimiento: *Præsumptio autem est motus appetitivus, quia importat quamdam spem inordinatam, habet autem se conformiter intellectui falso* †. Luego el conocer las mugeres lo que son, como no lleguen á pensar de sus prendas mas de lo que deben, no podrá hacerlas vanagloriosas, ó presumidas; ántes, si se mira bien

* 2. 2. quæst. 132. art. 1.

† Quæst. 22. art. 2.

bien el desengaño á que se ordena este capítulo, no añade presuncion á las mugeres, y se la quita á los hombres.

Pero mucho mas pretendo, y es, que la maxîma que hemos establecido, no solo no puede ocasionar en lo moral daño alguno, sino que puede traer mucho provecho. Considérese á quantos hombres la imaginada superioridad de talentos los hace osados para emprender sobre el otro sexô criminales conquistas. En qualquiera lid la confianza, ó desconfianza de la fuerza propia, hace mucho para ganar, ó perder la batalla. El hombre en fe de la ventaja en el discurso, propone con valentía; la muger, juzgándose inferior, escucha con respeto. ¿ Quien puede negar aquí una gran disposicion para que él venza, y ella se rinda?

Sepan, pues, las mugeres, que no son en el conocimiento inferiores á los hombres: con eso entrarán confiadamente á rebatir sus sofismas, donde se disfrazan con capa de razon las sinrazones. Si á la muger la persuaden, que el hombre, respecto de ella, es un oráculo, á la mas indigna propuesta prestará atento el oido, y reverenciará como verdad infalible la falsedad mas notoria. Bien se sabe á que torpezas han reducido los Hereges, que llamamos Molinistas, á muchas mugeres antecedentemente muy virtuosas. ¿ De que nació la perversion, sino de haber imaginado en ellos unos hombres de superiores luces, y de haber desconfiado con demasía de el propio entendimiento, quando les estaba representando bien claramente la falsedad de aquellos venenosos dogmas?

Otra consideracion hay que hacer muy importante en esta materia. Es cierto que qualquiera cede mas facilmente

mente á aquel en quien reconoce alguna notable ventaja. Un hombre sirve sin violencia á otro hombre, que es mas noble que él; pero con suma repugnancia, si son iguales en nacimiento. Lo propio sucede en nuestro caso. Si la muger está en el error de que el hombre es de sexô mucho mas noble, y que ella por el suyo es un animalejo imperfecto, y de baxo precio, no tendrá por oprobrio el rendírsele; y llegándose á esto la lisonja del el obsequio, reputará por gloria lo que es ignominia. Conozca, pues, la muger su dignidad, como clamaba S. Leon al hombre. Sepa que no hay ventaja alguna de parte de nuestro sexô; y así, que siempre será oprobrio, y vileza suya conceder al hombre el dominio de su cuerpo, salvo quando le autorize la santidad de el matrimonio.

Aun no he dicho toda la utilidad que en lo moral traerá el sacar á los hombres, y mugeres de este error en que estan, de la desigualdad de los sexôs. Firmemente creo que este error es causa de mancharse con adulterios infinitos tálamos. Parece que me enredo en una estraña paradoxa; pero no es sino una verdad constante: Atencion.

Pasados pocos meses, despues que con el vínculo de el matrimonio se ligaron las almas de dos consortes, pierde la muger aquella estimacion que ántes lograba por alhaja recien poseída. Pasa el hombre de la ternura á la tibieza, y la tibieza muchas veces viene á parar en desprecio, y desestimacion positiva. Quando el marido llega á este vicioso extremo, empieza á triunfar, y á insultar á la esposa en fe de las ventajas que imagina en la superioridad de su sexô. Instruido de aquellas sentencias, que la muger que mas alcanza, alcanza lo que un niño de catorce años: que

no

no hay que buscar en ellas seso, ni prudencia, y otras de este jaez, todo lo que observa en la suya trata con sumo desprecio. En este estado quanto la pobre muger discurre es un delirio, quanto dice un despropósito, quanto obra un yerro. El atractivo de la hermosura, si es que la tiene, ya no sirve de nada, porque le rebaxó el precio la seguridad de la posesion. Ese es un hechizo que ya está deshecho. Solo se acuerda el marido de que la muger es un animal imperfecto; y si se descuida, á la mas linda le echará en la cara, que es un vaso de inmundicia.

En este estado de abatimiento está la infeliz muger, quando empieza á mirarla, como suelen decir, con buenos ojos un galan. A la que está aburrida de ver á todas horas un semblante ceñudo, es natural que le parezca demasiadamente bien un rostro apacible. Esto basta para facilitar la conversacion. En ella no oye cosa que no la lisonjee el gusto. Antes no escuchaba sino desprecios; aquí no se le habla sino de adoraciones. Antes era tratada como ménos que muger; ahora se vé elevada á la esfera de deidad. Antes se le decia que era una tonta; ahora escucha que tiene un entendimiento divino. En la boca de el marido era toda imperfecciones; en la de el galan es toda gracias. Aquel la señoreaba como tyrano dueño; este se le ofrece como rendido esclavo. Y aunque el enamorado, si fuera marido, hiciera lo mismo que el otro, como eso no lo previene la triste casada, halla entre los dos la distincion que hay entre un Angel, y un bruto. Ve en el marido un corazon lleno de espinas; en el galan coronado de flores. Allí se le presenta una cama de hierro; aquí de oro. Allí la esclavitud; aquí el imperio. Allí la mazmorra; aquí el solio.

En

En esta situacion ¿ que hará la muger mas valiente? ¿ Como resistirá dos impulsos dirigidos á un mismo fin, uno que la impele, otro que la atrae? Si el Cielo no la detiene con mano poderosa, segura es la caida. Y si cae, ¿ quien puede negar que su propio marido la despeña? Si él no la trátara con vilipendio, no le hiciera fuerza el amante con la lisonja. El mal tratamiento de el uno, da valor al rendimiento de el otro. Todo este mal viene muchísimas veces de aquel concepto baxo que los hombres casados tienen hecho de el otro sexô. Déxense de esas erradas máxîmas, y lograrán las mugeres mas fieles. Estímenlas, pues Dios los manda amarlas: y desprecio, y amor no entiendo como se pueden acomodar juntos en un corazon, respecto de el mismo objeto.

FEIJOÓ.

Declamacion cerca la Muerte de LUIS XVI, *Rey de Francia.*

EN vano, nuestros muy amados hermanos *, hemos esperado que el tiempo tranquilizaria nuestro espíritu, y mitigaria nuestro dolor. Hay penas tan amargas, tan dolorosas y crueles, que se aumentan por la resistencia que se les opone; y que no se mitigan sino permitiéndoles un libre desahogo. Nuestra imaginacion perseguida por las ideas mas tristes y espantosas fatiga continuamente nuestra

---

* Habla el Autor á los fieles de su Diocesis. Se imprimió esta Declamacion, ó Carta Pastoral, en el mes de Abril de 1793, en la Ciudad de Santander, en España.

nuestra alma, y oprimida por una multitud de sentimientos contrarios, no sabe á qual ceder primero. La indignacion y el horror; la amargura, y el dolor; la admiracion y el pesar la dividen igualmente, ó por mejor decir, la ocupan y llenan del todo. Que monstruos! . . . . . Que tormentos! . . . . . Que virtudes! . . . . . Que monstruos los asesinos de nuestro Rey! Que tormentos le han hecho sufrir! Que virtud en el heroysmo y paciencia del Justo sacrificado á la impiedad Filosófica de un siglo corrompido! Ah! Ya se ha consumado el último atentado, este crimen abominable, cuyo solo pensamiento nos hacia ántes, y nos ha hecho mucho tiempo despues volvernos pálidos de asombro, y temblar de horror. Y por que hombres! por que Leyes! con que audacia! con que barbarie! con que serenidad! Poner las manos sacrilegas en el Ungido del Señor, quitar la vida al que está revestido de la autoridad del mismo Dios para exercer su justicia y su bondad sobre la tierra, es un horrible Regicidio. ¡Pero quando este crimen está acompañado de las circunstancias mas feroces; quando está precedido de todos los ultrages reunidos, de las mas viles afrentas, y de las mayores aflicciones; quando tienen la desvergüenza de cubrir con la capa de justicia la mas inaudita y mas culpable de todas las injusticias; quando para ella se usa la solemnidad atroz de un Suplicio legal; quando parece no se siguen las vanas formalidades de algunas leyes arbitrarias, sino para trastornarlas todas; quando se niega á su Rey inocente, condenado, sin embargo, á morir por mano del Verdugo, los efectos de la sensibilidad, que no se negarian al delinqüente mas convicto, y que en los tiempos ménos barbaros se concedian aun á los asesinos de nuestros

Reyes; quando este asesinato público viene á ser como un crimen nacional, cometido con plena deliberacion; quando se decreta esta muerte por sus mismos acusadores, se consiente sin reclamacion por monstruos, que hace ya quatro años parece no se hartan de cometer atrocidades; quando se executa á ciencia y paciencia de todo un Reyno, y en el centro de una Capital inmensa, sin la menor oposicion, en medio de gritos de alegria y de aplausos, propios del infierno; ¿que nombre prodrémos dar á un tal Regicidio, ó como le podrémos explicar? Ni como, siquiera, le podrémos concebir? No: los siglos mas groseros de la barbaridad mas inhumana no presentan ciertamente un exemplo semejante.

Se han visto Reyes muertos por asesinos: se han visto, Victimas de facciones, que han despedazado sus Reynos, perecer en medio de sus defensores: se ha visto uno destronado, condenado, muerto en medio de su Pueblo; pero esto fué obra solamente de un solo monstruo atrevido, osado, ambicioso, hipócrita; pero no ha sucedido, sino despues de muchas batallas, el apoderarse de la Sagrada Persona del Monarca; y no ha sucedido por décirlo así, sino despues de haber muerto todos los Vasallos fieles; pero el verdugo que consumó este delito no se atrevió á presentarse en el Cadahalso á cara descubierta, sino desfigurado; pero el mas triste silencio reynaba en los corazones de los asistentes, y solo era interrumpido por sollozos; pero una infinidad de Vasallos fieles murieron el mismo dia de sentimiento y dolor; pero el malvado que se atrevió á juzgarle y condenarle, por mas que afectaba tranquilidad, padeció toda su vida los mas vivos remordimientos, é inquietudes de su conciencia, perplexidades de

su alma, desconfianzas perpetuas de sus mismos Partidarios, y el sobresalto de hallar á cada instante un vengadór de la muerte de su Rey; pero el exemplo solo de este exêcrable atentado le hacia conocer ser posible executasen con él otro tanto, y le enseñaba por consiguiente á guardarse, y prevenir este suceso: En fin las amargas quejas de la Nacion Inglesa, que quisiera borrar de los fastos de su Historia hasta la menor idea de semejante atentado, que expian cada año honrando la memoria de Carlos I., y sobre todo permaneciendo obedientes á sus Sucesores con una fidelidad inviolable; todo esto deberia servir de una gran leccion al Universo entero para no renovar el mas infame y odioso delito. ¡ Y los Franceses se han manchado con la sangre de su Rey, en un siglo que se atreven á llamar el Siglo de las luces; bajo el imperio de una filosofía, que se dice ser tan amante de la humanidad, han excedido por su criminal audacia todo lo que la Historia presenta en este genero de mas exêcrable!

Los Franceses...! despues de haber despreciado, ultrajado, hollado todo lo que la naturaleza, la humanidad, la razon, la justicia, la Religion ofrecen de mas sagrado; despues de haber armado al Padre contra el Hijo, al Hijo contra el Padre, al Esposo contra su Esposa, al Hermano contra el Hermano, al Amigo contra el Amigo, los Vasallos contra el Rey; despues de haber invadido todas las propiedades de la Iglesia, de la Corona, de la Nobleza, y de todo lo que pertenecia al Trono, y al Altar; despues de haber despojado las Iglesias, violado los Templos, destrozado los Altares, profanado los Ornamentos Sagrados, insultado las Reliquias de los Santos, atentado contra la Magestad del mismo Dios en sus Tabernáculos; despues de

haber ultrajado, arrojado de sus asilos, reducido á los horrores de la miseria las Virgenes del Santuario; despues de haber perseguido, desterrado, martirizado los Sacerdotes; despues de haber rompido todos los vínculos que los unian á la Iglesia Católica; despues de haber adoptado todas las Religiones, á fin de proscribir la de Jesu-Christo; despues de haber atraido mil veces sobre sí las anatemas de la razon ultrajada, de la humanidad violada, de la Religion perseguida; despues de haber declarado la Guerra á toda autoridad, á todas las Potencias, amenazado todas las Coronas, tratado de emponzoñar con sus Dogmas todos los Estados, y sublevar todos los Pueblos; despues de haber destronado á su Rey, matado á sus pies á sus mas fieles criados, de haberle insultado en su Persona, en su Esposa, en sus Hijos, en sus Parientes, hasta en la memoria de sus mayores; despues de haberle tenido en una prision estrecha, desembaynada continuamente la espada sobre su cabeza; despues de haberle hecho beber hasta las heces del vaso infernal de todos los disgustos, de todas las amarguras, de todas las privaciones mas sensibles; despues de haberle negado siempre el consuelo de todo recreo, de haberle hecho sufrir con precipitacion todos los dolores posibles; los Franceses! revelados, injustos, singuinarios, inhumanos, barbaros, feroces, impios, incredulos, filósofos, se han hecho exêcrables regicidas, han hecho espirar sobre el Cadalso.....Ay! ¡Aquien gran Dios!.....Al hijo primogenito de la Iglesia, al descendiente de San Luis, al Nieto de Henrique quarto, de Luis el grande, de Luis el muy amado, al Hijo del Delfin, modelo de todas las virtudes! ¿A quién? pregunto otra vez. Al Amigo, al Padre de sus Vasallos, á un Príncipe virtuoso, cuya Alma era bella y justa, á un Príncipe, que solo deseaba

seaba el bien, que á nadie habia hecho mal. Ah! Príncipe desgraciado, y tan digno de mejor suerte! Quando llamabas á los pies del Trono los representantes del Pueblo, para escuchar sus aflicciones, y concertar con ellos los medios de aliviar á tus hijos, llamabas entónces mismo á tus Vergudos, para conducirte al Cadalso! ¡Y los Verdugos son Franceses! Son hijos de nuestra Patria! Ah, nuestros muy amados hermanos! ¿Por que no hemos muerto ántes que oyeramos esta novedad que nos hiela la sangre de puro horror? Como hemos nacido en un Siglo que produce semejantes atrocidades? ¡Oh, quanto debemos felicitarnos por haber huido de esa tierra de sangre, para testificar al Universo entero que no pensamos como ella! ¡Que lastima tenemos á las Almas sensibles y á tantos Católicos, fieles á Dios y al Rey, que se ven precisados á habitarla todavia, y cuya debil y tímida virtud se halla embuelta en el caos abominable de todos los delitos! Oh, Francia! ¿Si aun no estás bien castigada por tus prevaricaciones, si no es bastante el que hayas llegado á ser el oprobrio y el horror de toda la Europa, de todas las Naciones, y de todo el Universo, que suerte debes esperar, puesto que no hay infelicidad que tú no hayas merecido? Si no está decretado que solo el delito reyne sobre la tierra, toda la tierra debe declararse contra tí. Si Dios no abandonó las Naciones á ese espíritu de locura, y de furor que te devora, todas ellas se deben reunir para ahógarle en tu seno mismo. No tendrás pera defénderte sino las potestades del Infierno *, á quien tú has sacrificado todos tus hijos, y de las que ya participas la rabia y la desespe-

* Ps. 105.

sesperacion. Bien pronto no tendrás inocentes ni justos, en quienes excitarla, y entónces la exercitarás contra tí misma. La sangre con que te has embriagado es un veneno que te consumirá tarde, ó temprano. Los Cadáveres, en los que has saciado tus mortales furores, han introducido en tu cuerpo una semilla necesaria de corrupcion, y ruina. El olor de muerte, con que has querido apacentar y satisfacer tu criminal orgullo, te anuncia una destruccion espantosa. ¡Oh, Franceses delinqüentes! A pesar vuestro hay todavia un Cielo justo; hay todavia un Dios vengador, que ha oido el grito de muerte que habeis pronunciado contra tantos inocentes, y contra el mejor de los Reyes *. Ha oido que pediais que su sangre † cayese sobre vosotros y sobre vuestros hijos: El ve todavía vuestro crimen gravado con caracteres sangrientos sobre vuestra frente audaz, sobre vuestras manos parricidas, y sobre vuestras regicidas almas. La sangre de ese cordero, es así, pidió el perdon para vosotros. Era, pues, bien pura, y vosotros por lo mismo sois bien delinqüentes en haberla derramado. Ah! La vuestra no bastaria para expiar este delito. No: no conseguirá del Cielo una gracia que vosotros mismos no esperais, y cuyas saludables impresiones os complaceis en rechazar. ¿Acaso no teniais un Dios? Le habeis exêcrado. No teniais su Religion tan sublime, tan santa, tan pura? Habeis renegado de ella. No teniais la paz? Habeis preferido la guerra. ¿No teniais un Rey, y el mejor de los Reyes? Le habeis asesinado. No temeis las venganzas del Cielo: Vuestra obstinacion las

* Math. cap. 26. v. 66.

† Id. cap. 27. v. 25.

las provoca. ¿Y la sangre del Justo podrá acaso suspenderlas? No: no hay mas que la Justicia de Dios para aquellos que insultan y desprecian su misericordia. La sangre de Abel pidió perdon; pero el sello de la reprobacion no dejó por eso de estar siempre impreso en la frente del fratricida. La sangre de los Martyres pidió perdon; pero sus Jueces, y sus verdugos quedaron sin embargo en las tinieblas del Paganismo. La Sangre de Jesu-Christo pidió perdon; pero la Nacion, que la derramó, no deja por eso de ser la exêcracion del Universo. La sangre del Justo caerá pues sobre vosotros *, Sectarios feroces, Filósofos impios, que la habeis derramado; y sobre vosotros, monstruos cobardes y perfidos, que mas, ó ménos habeis consentido en su derramamiento: Ella caerá sobre todos vosotros los que habeis contribuido á su Suplicio, que habeis aplaudido su muerte, y que la habeis celebrado como un triunfo, digno ciertamente de vuestra barbaridad. El castigo será grande y memorable: Hace mucho tiempo que os amenaza, y parece que el Cielo no ha permitido este exêcrable atentado sino para acelerarle mas. ¡Podrá acaso llegar á tiempo que aun os impida precipitar en el Sepulcro de nuestro Rey todo lo que le toca por la Sangre, por el amor, y por la obligacion! Ay de mi! que se ha hecho de su Esposa, de sus Hijos, y de su Hermana! Se dice que están encerrados en una Carcel la mas estrecha y horrorosa. Que será de ellos? No es esto un presagio siniestro del suplicio que les espera? Acaso desean este fin, aunque tan cruel, como una gracia. ¡Tan infelices son, y tan insoportable les es sobre-

* Rom. 2.

sobrevivir al digno objeto de sus cariños! * O Reyna sensible y tierna! Qual habrá puesto vuestro corazon una afliccion semejante! Que Esposa, que Madre, que Reyna fué jamas oprimida de tales penas y dolores! Quantas veces despues del primer instante de vuestra cautividad no habeis experimentado las agonias de la muerte! Que golpes tan terribles ha descargado sobre vos el azote de la desgracia! Siendo tan grande como la inmortal Maria Teresa, vuestra Augusta Madre, Ah! por que no habeis gozado de su felicidad! Teniendo entre sus brazos á su hijo, (que era la esperanza y el heredero del Trono de los Cesares) recorria las filas de sus fieles Hungaros para inspirarles los sentimientos de su ternura, y en cada uno de ellos halló un defensor intrepido: mil veces habeis intentado hablar del mismo modo al corazon de los Franceses; pero ya no lo eran los que os rodeaban; y se habian convertido hacia quatro años en una vil gavilla de monstruos y asesinos. En esto ha venido á parar: La Reyna de las Naciones está cubierta de luto por haber quedado viuda †: Noche y dia sus mexillas estan surcadas de lágrimas amargas: No tiene amigos que la puedan consolar: los muchos que de ella han recibido beneficios, todos se han hecho ingratos, y se han convertido en sus perseguidores; tuvieron la osadía de echarle las manos violentas, y ponerla en prision con sus hijos: la hija de tantos Reyes está despojada de todo su lustre, y no le ha quedado mas que afrentas, ultrages y tormentos. Sus enemigos extendieron su mano profana y cruel á todo lo que amaba su corazon, y estan

* Tobiæ 3. v. 6.

† Lament. cap. 1.

están cerca de quitarle la vida con las gravísimas aflicciones que le causan estos furiosos. Cada dia hieren su alma con algun nuevo golpe de ferocidad; y si aun vive, y viven sus hijos, se puede decir que es para hacerla sufrir mas, y para mas prolongar el deleyte barbaro de sus verdugos: Por todas partes se ve rodeada de la muerte: de la parte de afuera ve la espada amenazando su cabeza, y dentro sufre el martirio de la sensibilidad, que por instantes la va llevando al Sepulcro. ¡Que situacion esta, gran Dios! Ah Señor! Si es susceptible de alguna mitigacion en sus penas, y de algun consuelo, ó remedio, de vós solo le esperamos, y os le pedimos postrados en vuestra presencia, y derramando copiosas lágrimas.

¡Princesa desgraciada, víctima, y modelo admirable del amor fraternal, virtuosa Isabel, ¿que hija de Jerusalem se puede comparar con vos: que virgen de Sion tan oprimida de desgracias *, tan sumergida como vos en un Oceano de dolores? Todo lo habeis sacrificado á los sentimientos de la mas pura amistad. Hubierais podido evitar los males que personalmente os afligen; pero fiel al Rey, vuestro Hermano, participando del mismo amor para con su Pueblo, de su Santa y sublime resignacion, os unisteis inviolablemente á su suerte, y solamente la violencia, ó la muerte os pudieron separar: Participasteis de todos sus peligros, quisisteis suavizar sus penas, reunir en vos todos sus males, y quisierais haber muerto por él. Ya no exîste, y este fatal golpe os acabó de sumergir en la mas profunda tristeza. Oh, Princesa digna de todos los elogios y de todo el reconocimiento y respeto del Universo!

* Lament. c. 2.

¿Es este por ventura el premio de las sublimes calidades de vuestra alma, y de la dulce piedad de vuestro corazon? ¿Es posible que los feroces enemigos de vuestro augusto Hermano, no hayan sido desarmados por vuestro candor, por vuestras virtudes, y lágrimas? ¿Es posible que hayan vuelto contra vos misma la espada de su perfidia? Ah! ¡Si la tierra no tenia con que recompensar tantas virtudes, preciso era que se armase para perseguirlas!

Y vos, Princesa, primer fruto del amor de nuestro desgraciado Monarca, que tristeza ha marchitado la aurora de vuestra vida! Ay de mi! Si el dolor no ha segado todavia la flor de vuestros años, ¿la afilada hoz del crimen la respetará por ventura?

Vos en fin, Príncipe, mas jóven todavia, pero ya tan desgraciado, á quien vuestro amor para con vuestro Padre y para con la Patria, mas ántes que todo derecho, ha erigido ya un Trono en nuestros corazones en lugar del que la rebelion ha trastornado, ¡que no podamos arrancaros, como un nuevo Joas, de las manos sangrientas que os amenazan! * Bañado en lágrimas, intercedisteis por vuestro Augusto Padre; pero esos gritos, capaces de enternecer al mas duro, no pudieron enternecer á los cobardes verdugos. Conociais bien el lenguage del amor filial, conociais ya la virtud. ¡Que barbaros! ¡Y os sacrificarán!

¡De que manera horrible se manifiesta esta Secta que se honra con el nombre de Filosofía, cuya audacia, é impiedad excede todo lo imaginable; esta Secta digna de toda la abominacion de los hombres, y de todas las venganzas del

* 4. Reg. c. 11.

del Cielo! ¡Que terribles son sus dogmas, que espantosos, y que malignos en sus efectos! ¡Que partidarios puede tener mas que corazones ciegos por las pasiones, enemigos de todo órden, y capaces de todos los horrores! Bien lejos de hacer felices los Pueblos, ella no hace felices á sus furiosos partidarios, si ya no se pretende ser una felicidad vivir del pillage, de las muertes, en medio de las ruinas, reynar sobre sepulcros, sobre cenizas, no seguir otras Leyes que las del mas fuerte, ó del mas audaz en el delito, ó del mas diestro en el arte de la perfidia. Filosofía insensata, que á fuerza de discurrir sobre todo, todo lo ha confundido, y llenado de tinieblas. Filosofía, que no debe su órigen sino á las pasiones mas vergonzosas, y que para substraerse al imperio de las Leyes Divinas y humanas, ha trastornado toda moralidad, y roto todos los lazos de la subordinacion: Tan contraria al órden de la Sociedad, como impia, no reconoce algun representante de Dios sobre la tierra, ninguna autoridad, que tenga su órigen en el Cielo: Atribuye el órden físico al acaso, y quiere que el órden moral sea abandonado al capricho de los hombres, que ella prepara y dispone á todos los excesos de la rebelion, á todos los furores de la seduccion, á todos los latrocinios de la anarquía. Trata de preocupaciones los sentimientos íntimos de nuestra conciencia, que nos manifiesta la gran diferencia que hay entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso: Trata de locura y de absurdo á este grito poderoso de la razon, que ha enseñado sola á todos los Pueblos, que hay otra vida: No se detiene, como la heregía, en combatir, ó negar algunos articulos de nuestra Fe; ataca la Religion Católica en sus verdades fundamentales; y quando la creencia de diez y

ocho Siglos debiera ser un testimonio que le tapase la boca, entónces á viva fuerza y con mano armada arguye contra la Iglesia: Quiere destruirla envileciéndola, y despojándola de quanto posee: la ataca por fuera y por dentro: nada ménos intenta que trastornar la piedra firme sobre que está edificada; y con los grandes nombres de tolerantismo, de igualdad, de libertad, consangra en la práctica la persecucion, el despotismo, y hace gemir al Pueblo bajo la esclavitud mas cruel. Su boca es como un sepulcro abierto, que no exhala mas que corrupcion y muerte, sus labios estan teñidos con el veneno del aspid, y sus pies dexan señales de sangre por donde quiera que pasen *. Es una secta mas criminal que la Nacion Deicida: no solamente ultraja al Hombre Dios, nuestro Salvador, quanto puede, con invenciones mas exquisitas que sus enemigos los mas sutiles, y con mas crueldad que sus perseguidores los mas violentos, sino que quisiera abatir tambien el Trono del Omnipotente, y si fuera posible, acabarle bajo sus ruinas. *Para nada se necesita de Dios en el órden social.* Ves ahí lo que gritan. *Enemiga del culto y de los Reyes*, esta es su divisa, digna del Infierno. Esta es la bestia monstruosa, á quien llama San Juan *misterio* de iniquidad, Madre de todas las torpezas, y abominaciones de la tierra; que se baña en la sangre de los Santos y de los Martires. Infelices de los Pueblos que se dexaren seducir de sus errores! Desdichadas de las potencias de la tierra, que no tomasen las precauciones debidas contra sus atentados! ¡Mal aventurados todos los que la adoraren á ella, ó á su imágen, y que fueren marcados

---

*Rom. cap. 3.

cados con su caracter y sello! A la embriaguez de la abominacion y del crimen sucederán las justas venganzas de Dios *.

¡ Oh, Francia demasiadamente culpable, quantos tesoros de colera juntas sobre tu cabeza! Que castigo terrible te preparas! Sí: me parece oir á cada instante una voz del Cielo que te amenaza. " Salid de su seno, dice ella, " salid vosotros que no habeis aun participado de sus ini- " quidades, sino quereis ser envueltos en sus ruinas: Sus " maldades llegaron hasta el Trono de Dios, y está indig- " nado por ellas. Llega el tiempo de castigarla segun sus " obras, y de volverle con usuras los males que hizó su- " frir á los escogidos. Quanto se ha glorificado en sus " crueldades, tanto sufrirá de tormentos. Se atreve á " decir en la perversidad de su corazon: *Yo soy la Reyna* " *del Universo: Todos los Pueblos son mis adoradores, y* " *estoy esenta de la adversidad*; pero todas las adversi- " dades se arrojarán furiosamente en un solo dia sobre " ella; ella será entregada á la hambre, al fuego, y á la " muerte, que la devorarán, por que el Dios, que la va á " juzgar, es el Dios fuerte y poderoso." †

Oh! no es esto ciertamente lo que nuestro corazon desea. No respira mas que caridad. ¿ Y el temor solo de ver envueltas en estas desdichas tantas almas justas que tus furores no han podido todavia someter al imperio del crimen, no seria un motivo bien poderoso para que deseasemos ardientemente se suspendiesen las anatemas que tienes

---

* Apoc. c. 14.

† Apoc. c. 18.

tienes bien merecido? Sí, sí, tú los mereces, Ciudad maldita de Dios, Babilonia corrompida, y orgullosa, y á quien la Escritura nos representa * como una muger cubierta de nombres de blasfemias, y teniendo en sus manos una copa llena de sus abominaciones, de sus torpezas, y de todas las heces del vicio. Esta Ciudad infame, de quien está escrito que será sumergida en un momento sin quedar de ella el menor rastro, por que sus comerciantes querian hacerse Señores del Universo; por que difundió su veneno en todas las Naciones; por que se halló llena de sangre de Profetas y de Santos, y culpable de todas las muertes que sus agentes cometieron sobre la tierra †: Esta Ciudad infame era ménos culpable que tú. ¿Que crimen hay que tú no hayas cometido? Que abominacion de que no te halles manchada? ¿Que hay en el Cielo y en la Tierra tan sagrado que tú no hayas ultrajado y hecho servir, ó sacrificado á tus proyectos de rebelion, á la licencia mas desenfrenada, á la rabia mas feroz; y á la impiedad mas diabólica? ¿Que te resta ya que hacer para llegar al colmo de tu iniquidad despues del horrible asesinato que acabas de cometer en la persona de tu Rey? ¿Este solo delito no te hace mas culpable que todos los otros juntos? . . . . .

¿Y que Rey? Que Reyes hubo jamas en la Francia, por amados que fuesen, que mereciesen serlo mas que él? Luis XII, Enrique IV, Padres de la Patria, eran sus modelos, y no tememos decir que los ha excedido. Sencillo en su exterior, enemigo del fausto, del orgullo y del luxo, dueño

---

* Apoc. cap. 17. v. 3. y 4.

† Ibid. cap. 18. v. 21.

dueño de todas las pasiones, que la facilidad de satisfacerlas hace ordinariamente tan vivas en un Rey; no tenia vicios, tenia todas las virtudes. Católico de corazon, siempre fiel á Dios, á la Religion, á la Iglesia, no miró jamas como extraña la mas minima de las obligaciones de un verdadero Christiano. Era Rey, y llevaba á todos sus Súbditos en su corazon, como el Padre mas tierno. Su ambicion única, su complacencia la mas pura, la mas verdadera y constante era la felicidad de su Pueblo; de ella hablaba, y en ella se ocupaba incesantemente, y trabajaba por sí mismo en buscar los medios de procurarsela con toda la eficacia posible. No perdonaba trabajo para conseguir este precioso fin, que era la ocupacion continua de su alma. Ah! Nos atrevemos á decir que esto era como su flaco. Sus crueles enemigos lo saben bien, y los monstruos se han valido de su propia conciencia para perderle, para armarle traicion, para hacerle odioso, para destronarle, y para conducirle al suplicio. ¿Que otro motivo, sino el amor de sus Vasallos, le pudo obligar á tantos sacrificios desde el principio de su Reynado, y especialmente de seis años á esta parte? ¡Y sus mismos Súbditos han cedido á la faccion que meditaba su ruina, se han dexado cegar por el interes, y subyugar por el temor: han contribuido á formar las cadenas del mejor de los Reyes, á entregarle en manos de sus verdugos, ellos mismos le han dado la muerte!

Pero en su cautiverio, en sus trabajos, en su muerte misma se mostró digno heredero del Trono de San Luis, y manifestó á todo el Universo de quanto era capaz su grande alma. Para vergüenza eterna de la faccion rebelde, que le ha sacrificado, Luis XVI vivirá en la posteridad, como

como el Príncipe mas digno de serlo, y como el mas desgraciado por haber sido Rey de los Franceses.

¡ Oh! cobardes, malvados, executores infames de la faccion regicida, que os ha tenido á sueldo para cometer atentados, y que dirigió á su gusto vuestras marchas ácia el crimen, por monstruos que seais, por incapaces que parezcais de abergónzaros todavia y de admirar la virtud, decid, ¿ si su constancia no os ha hecho temblar mil veces ? ¿ Si no os ha pasmado su valor ? ¿ Si no habeis reconocido siempre en él la serenidad y la tranquilidad de la inocencia ? ¿ Y si en medio de las afrentas mas sangrientas, de las injurias mas viles, habeis oido jamas salir de su boca otras expresiones que las que respiraban amor de su Pueblo ? ¿ Podeis negar que solamente por el temor de no derramar la sangre de sus Vasallos le habeis arrancado el consentimiento á todos esos decretos de iniquidad, que tanto repugnaban á su corazon y á su conciencia ? No, no : no temia por sí mismo ; probó bien que era superior al temor de la muerte ; y bien lejos de dar un paso para evitarla, se hubiera entregado mil veces voluntariamente á ella, si la sangre de sus Vasallos no hubiera siempre contenido su valor, y sino hubiera temido encender en su Reyno el fuego de la Guerra civil.

Y vosotros, que habeis sido los testigos y los confidentes sensibles de sus tristezas y de sus penas ; vosotros, á quien ha sido concedido leer en este corazon, verdaderamente Real, y en esta Alma tan pura y bella, decidlo á vista del Universo, y sobre todo para castigar á los culpables Franceses, decid lo que era vuestro Rey. ¿ Quantas veces habeis admirado su valor sublime, y su constancia

en

en una situacion, de que la Historia del Mundo no presenta exemplo; su inagotable bondad, su dulzura, su paciencia, su resignacion, su Religion, y su Fe? Quando habeis sido bañados con sus lágrimas, decid, ¿si los trabajos de sus fieles Vasallos y de su Augusta Familia no han sido la causa de derramarlas, mas ántes que los suyos propios? ¿Quantas veces no habrá querido deponer el mismo una Corona, que le arrancaron con tantos horrores, si le hubiera sido permitido despojarse de ella, y si hubiera podido privar á su Familia de la herencia de sus mayores? ¿Quantas veces no ha gemido al ver que esta no seria bien pronto mas que una herencia de infortunios? Decid en fin ¿con que resignacion consentia el sufrir todavia mas, si fuera necesario, para restablecer la calma y la paz en su Reyno?

¿Pero que necesidad tenemos del testimonio ageno, quando el mismo se pinta de una manera tan natural, energica, sublime, é importante en este escrito de eterna memoria, que encierra sus sentimientos, y su última voluntad? ¡Que tierno es el lenguage de la virtud desgraciada, y de la inocencia perseguida, que se sostiene por una confianza christiana, y que halla la tranquilidad y la paz en una entera y perfecta resignacion! ¡Oh Testamento de mi Rey! ¡Que impresion tan profunda has hecho en mi corazon! ¡Con que abundancia hiciste correr mis lágrimas! ¡Con que afliccion y tristeza penetra mi imaginacion la prision de mi Rey, ó mas bien el santuario del justo, y contempla á este Augusto Monarca, uno de los primeros del Universo, apartado de toda sociedad humana por la injusticia *de los que eran sus Vasallos*, solo con solo Dios, contemplándose con tranquilidad á las puertas de la

eternidad, postrándose en espíritu á los pies del Soberano Juez, y descubriéndole los senos de su Alma, y ocupándose en delinearlos tales como Dios mismo los puede conocer! Victima de la barbarie mas vil, y condenado á empapar en sus lágrimas el pan, que solamente le concedian para que llegase vivo al suplicio, sin duda que él va á descargar la amargura de sus sentimientos, á entrégarse á las quejas, y á invocar la venganza del Cielo sobre sus perseguidores y Verdugos. Pero no; su Alma sensible sabe sufrir christianamente, y sin conocer la venganza, ni el resentimiento. No sufre sino para perdonar, se abre toda entera á este acto heroico de caridad, de que pone á Dios por testigo; y si confiesa el mal que le hacen sufrir, es con expresiones moderadas, y con modificaciones que parecen tiran á escusar los motivos. En una palabra, parece que mas siente la imposibilidad en que se halla de manifestar á sus amigos su reconocimiento, *que la ingratitud y deslealtad de sus enemigos*, de quien es victima. Privado de todos los placeres de la vida, *caido de facto* de su grandeza, despojado del primer Trono del Universo, sin duda explicará su sentimiento, y volverá la vista gimiendo hácia las ventajas de que se le priva. No: Las grandezas de este mundo las desprecia "como bienes peligrosos, y perecederos;" su atencion se fixa solamente "en la gloria sólida y durable de la eternidad." Se compadece de sus hijos, "si algun dia son condenados á ser grandes sobre la tierra;" se compadece de su hijo "si tiene la desgracia de llegar algun dia á ser Rey."

¿Mas á lo ménos, turbado con el pensamiento de la eternidad, y por el temor de la muerte, titubearia su juicio, pretenderia aplacar á sus irreconciliables enemigos, les pedi-

pediria perdon, y pediria al Cielo apartase el golpe que le amenazaba? No: Luis XVI Rey de Francia en ninguna ocasion se mostró mas digno de serlo. La cobardía, la pusilanimidad no tubieron entrada en su corazon. Se contentó con protestar estaba inocente, poniendo al Cielo por testigo. Miró la muerte sin temblar, vió el Cadalso con serenidad; y dándole poco cuidado el suplicio que debia separar su Alma de sus despojos mortales, solamente piensa en prepararla para presentarse delante de su Criador. Confiado en los meritos de Jesu-Christo nuestro Salvador, la pone entre las manos de la Misericordia Divina, Profesa su Fe: declara, que "muere en la union "de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, "y Romana, que tiene su poder por una sucesion no in-"terrumpida de San Pedro, á quien Jesu-Christo la ha con-"fiado: protesta su sumision á las decisiones de los Prelados "Eclesiasticos unidos á la Santa Iglesia Católica." Para confundir mas los errores que despedazan la Iglesia de Francia, se acusa especial y abiertamente, y con un profundo arrepentimiento, "de haber dado su sancion, aunque "contra su voluntad, á todos los actos contrarios á la disci-"plina de la Iglesia Católica." Para testificar aun mas su Fe, no quiere servirse del ministerio de los Sacerdotes jurados é intrusos; "y despues de haber exâminado escrupu-"losamente su conciencia, y haberlos detestado, y pedido "perdon de ellos, los confiesa en la presencia de Dios, "porque no espera se le conceda un Confesor Católico." Solamente pide á Dios para sí el perdon de sus pecados, y en lo demas se abandona enteramente y sin reserva á la voluntad Divina: para los otros le pide "el que proteja á su "Muger, sus Hijos, su Hermana, sus Tias, sus Herma-

" nos, y todos los que le estan unidos por los vínculos de " la sangre, ó por qualquiera otra razon: Pide que parti- " cularmente mire con misericordia á su Muger, sus Hijos, " su Hermana, que sufren hace mucho tiempo con él, y " que los sostenga con su gracia; Pide en fin que perdone " á todos los que se han declarado sus enemigos sin que él " les haya dado algun motivo, y á los que por un falso zelo, " ó por un zelo mal entendido le han hecho mucho daño."

No se olvida de alguna de sus obligaciones. Como Católico, como Rey Christianísimo, estrecha por una profesion de Fe los vinculos que le unen á la Iglesia de Jesu-Christo. Como Christiano " perdona de todo su corazon, " y sin exceptuar á ninguno, á todos los que le han hecho " padecer, y en particular los malos tratamientos y dis- " gustos que le han causado los guardias de vista, de los " que la mayor parte creerian deberselos hacer sufrir. " Pide perdon á los que pudo haber ofendido por inadver- " tencia, pues con deliberacion no se acuerda de haber " ofendido á ninguno; y por los malos exemplos, ó es- " candalos, que pudiese haber dado: En fin pide á todos " los que tienen caridad, que rueguen á Dios, como él lo " hace, le perdone sus pecados."

Como Monarca sensible y tierno " testifica su recono- " cimiento en general á los que le han mostrado un ver- " dadero afecto y desinteres; y á las Almas compasivas, " que halló algunas veces entre los que le guardaban;" Pero tuvo la precaucion de no nombrarlos; " sabe que en " la presente situacion seria comprometerlos y hacerlos " odiosos á la faccion dominante," si manifestase que ellos eran sus amigos. Se contenta con encargar espe- cialmente á su Hijo " busque las ocasiones de conócerlos." Y si nombra á tres claramente, es porque á estos ya los

conocian sus enemigos. Pide á M. M. " de Malesherbes, " Tronchet, y de Seze, sus Abogados, reciban su agra- " decimiento, y las expresiones de su afecto por el trabajo " que han tenido en defenderle."

Como Esposo " pide á su Muger le perdone los males " que padece por su causa, y los disgustos que le pudo " haber dado durante su Matrimonio, como él la perdona " todos los que ella le pudo haber dado."

Como Padre " encomienda sus hijos á su Muger, ase- " gurando que jamas ha dudado del amor que les profesa; " y ruega á su hermana les continue el amor que les tiene, " y que les sirva de Madre, si tuviesen la desgracia de " perder la suya. Le encarga sobre todo que tenga espe- " cial cuidado de hacerlos buenos Christianos; que los " guie á la virtud, y que les enseñe á despreciar las gran- " dezas perecederas, y peligrosas del Mundo, si algun dia " son condenados á poseerlas."

" Como Padre encarga estrechamente á sus hijos, pri- " meramente el servir á Dios, y amarle sobre todas las " cosas, y despues que conserven siempre la union entre sí " mismos, sumisos y obedientes á su Madre, reconocidos á " los cuidados y trabajos que padece por ellos: y que " miren á su hermana como una segunda Madre."

Como Rey agradecido y victima de la ingratitud, re- comienda á su Hijo " el que tenga cuidado de las personas " que le son afectas, quanto se lo permitieren las circun- " stancias; que mire esto como una deuda sagrada que " ha contraido con aquellos que han sido desgraciados por " su causa, y con los hijos, ó parientes de los que por él " han perecido. Le pide perdone, como él lo hace, á " los ingratos que le han perseguido, y que solamente " atienda á sus desgracias."

Como

Como Rey, (desgraciado, por haberlo sido, y aunque Martir del amor á su Pueblo) " recomienda á su hijo, " Que si tiene la desdicha de llegar á ser Rey, piense que " se debe todo entero á la felicidad de sus conciudadanos: " Que debe olvidar todo odio y resentimiento, y en espe- " cial quanto tenga relacion con la infelicidad y miserias, " que experimenta. Le advierte que no puede hacer feliz " á su Pueblo, sino reynando segun las Leyes; pero al " mismo tiempo le previene, que un Rey no las puede " hacer respetar, ni obrar el bien que desea, sino tiene " la autoridad necesaria, y que de otra suerte, sino puede " obrar libremente, y sino le tienen respeto, el Rey viene " á ser mas perjudicial que útil."

Pide una gracia á los facciosos, no para sí, sino para el fiel Criado que permaneció en su compañía hasta el fin. *Pide que le entreguen sus vestidos, sus libros, su muestra, su bolsillo, y los otros pequeños efectos que han sido depositados en el Consejo de la Comun.*

¡ Que herencia esta para un Rey ! ¡ Quan digno es de compasion un Rey que se ve reducido á hacer semejante Testamento ! ¡ Pero que grande es en la presencia de Dios ! Franceses ! Veis ahí el Rey, el Padre, el Amigo, cuyas virtudes no habeis querido conocer ! Franceses ! Veis ahí, pues, al Rey, al Padre, al Amigo, que habeis acabado á disgustos, y habeis conducido al Cadalso ! Ah, barbaros, deténeos ! Sino teneis compasion de vuestro Rey, tened la de vos mismos; pensad en el oprobrio eterno de que os vais á cubrir.

No: la sentencia ya está dada, y la rabia no sufre dilaciones. Oh, buen Rey ! ¿ Vais á perecer entre las manos de un Verdugo, y no hallaréis un million de bra-

zos,

zos, que se levanten para vuestra defensa, y ni siquiera uno solo de vuestros Vasallos no apetecerá la gloria de morir por Vos, ó con vos? Oh, gran Rey! en un abandono tan doloroso y tan universal, en un momento terrible de humillaciones, y ferocidades, vuestro valor no os abandonará? Vuestro corazon no se helará por el temor de la muerte? No: el inocente no se pone palido á vista del suplicio, y nuestro Rey desprendido, por los largos trabajos, del amor á la vida; fortificado por el testimonio de una conciencia recta y pura, seguro de la Corona inmortal que ha conquistado por su sangre; nuestro Rey sube sobre el Cadalso con mas constancia y dignidad que si subiera sobre el Trono.

A lo ménos, Franceses, ántes de consumar vuestro crimen, escuchad una vez siquiera á vuestro Rey. Ah! los monstruos temerian que se enterneciese el Pueblo, recelarian experimentar el menor sentimiento de justicia, y que se suscitase en su corazon el mas leve movimiento de amor ácia sus Reyes, tan natural en otro tiempo á los Franceses: se dan prisa á ahogar en la sangre de su Rey estos sentimientos, y á inmolar la victima inocente.

Temisteis que se enterneciesen! Sin duda vuestro Rey, digno de ser Padre de su Pueblo, no queria hablarle, aun en el Cadalso, sino el lenguage del amor. El le queria decir: "O, Pueblo mio! Los que te llaman "bienaventurado abusan de tu credulidad, y te engañan "cruelmente *. No has nacido para buscar tu felicidad "en el delito, entre los horrores de la anarquía, en el "desprecio de todas las Leyes, ni en el abuso de todos "los

* Isaiæ 3. v. 12.

" los principios. ¿ No tienes ya aquella dulzura que te
" caracterizaba y distinguia ? ¿ No eres ya aquel Pueblo
" generoso, sensible, justo, conocido de todas las Naciones
" por su afecto á la Religion, por la sumision á la auto-
" ridad, por su respeto á las Leyes ? ¿ Has querido tú,
" Pueblo mio, aquellas que han trastornado el Trono y
" el Altar, que han despedazado la Iglesia de Jesu-Christo,
" perseguido sus Ministros, y entregado al pillage y al
" incendio las propiedades de aquellos que han permane-
" cido fieles á su Dios y á su Rey ? Si tú no las has
" querido, ¿ como has podido consentir en ellas, como
" has podido permitir el que se executasen ? Tú no has
" podido ignorar que ninguna he sancionado yo sino por
" violencia, y por una infinidad de atentados. ¿ Has po-
" dido creer que yo te daba semejantes Leyes quando yo
" era la primera victima de su injusticia, y de su impie-
" dad ? ¿ No has visto que me aproveché de un solo mo-
" mento de libertad, que pude robar á la vigilancia de mis
" Carceleros, para revocar todo lo que habia sido decre-
" tado bajo mi nombre ? Dios sabe con que profundo
" arrepentimiento las he revocado, y las retrato ahora so-
" lemnemente aquí en tu presencia. Oh, Pueblo mio !
" Yo he llegado á serte odioso ; ¿ pero que es lo que yo
" he hecho, ó en que he procurado afligirte, ó hacerte in-
" feliz ? respóndeme *. ¿ Por que diste fe á las calumnias
" atroces con que han procurado envilecerme, ántes que á
" los sentimientos de mi corazon que te eran bien conoci-
" dos ? ¿ Qual es el momento de mi vida, qual el aliento de
" mi exîstencia que no haya sido consagrado á tu felicidad ?
" ¿ Que has sufrido en el curso de mi Reynado, que pueda
ser

* Fer. 6. Maj. Hebd.

" ser comparable con la menor parte de los males que hoy
" dia te consumen y acaban? Pero el furor que te tran-
" sporta te impide conócerlo. Cada dia ves abrirse á tus
" pies un nuevo precipicio. Oh, pueblo mio! Por tu
" causa, y no por mí, quisiera enternécerte é ilustrarte *.
" No, no: no es por mi causa. La vida se me hace
" demasiadamente pesada para que la ame. Desde que
" perdí tu confianza, ya no tengo necesidad de vivir. Tu
" quieres mi sangre, y yo te hago de ella un voluntario
" sacrificio. ¡ Quiera el Cielo perdonartela, como yo te
" la perdono! Pero una gracia te pido, y es, que á lo mé-
" nos este sea el último crimen; que se sacie tu furor en
" mí, y se extinga en mi sangre. Oh, mi Pueblo! Esta
" es la sola gracia que te pido, y muero tranquilo, y
" muero feliz, mil veces feliz, si puedo comprar á este
" precio tu tranquilidad y tu dicha."

" Gran Dios! En el momento, en que el hilo, que
" me tenia distante de vos, vá á ser cortado para siempre,
" escuchad los acentos de un Padre que os suplica en
" favor de sus hijos: Escuchad las voces de mi sangre,
" que clama á vuestra misericordia: Yo os la ofrezco en
" union de la de Jesu-Christo, vuestro Hijo, y mi Salva-
" dor, para satisfacer á vuestra justicia; perdonad mis pe-
" cados, perdonad á mi Pueblo su ceguedad y su delirio †.
" No quiere ya el Rey que le habeis dado: sed, pues, vos
" mismo Señor, su luz y su guia: rasgad el velo que le
" oculta la verdad: disipad las tinieblas que le rodean.
" Esto es lo que ardiente, sola, y últimamente desea mi

---

* Luc. c. 23. v. 23.

† Luc. 23.

" Alma, que encomiendo en vuestras manos, y que os " pido recibais con vuestra misericordia *."

Alma celestial de mi Rey! Los hombres han jurado vuestra perdida; el Dios justo y bueno os estiende sus brazos: Se acaba el tiempo de vuestras desgracias; las puertas de la eternidad se abren para comenzar vuestra dicha; la gloria de la tierra no era ya digna de vos; una Corona inmortal os espera; un Trono perecedero seria ya indigno de que vos le ocupaseis: debeis reynar á la diestra del Rey de los Reyes; entrad en posesion de este nuevo Reyno, este es verdaderamente el de San Luis: el es debido á vuestras virtudes, á vuestros trabajos; es debido al amor invencible que habeis conservado hasta el último suspiro para con vuestros enemigos los mas crueles; este es el Premio del Martyr de la caridad.

El Ilmo Sr. Dn. Juan Carlos,
Obispo de la Rochela.

Declamacion cerca la Libertad, é Igualdad †.

¡ O libertad funesta! ¡ O libertad cruel! ¡ O libertad indigna de este nombre; pues que realmente no es mas que un desenfreno brutal, ó segun la expresion del Apóstol San Pedro ‡, un velo para cubrir enormes maldades! Digan, si pueden, sus fanáticos defensores en que consiste la libertad que tanto resuena en sus juntas en sus escritos, en sus

---

* Luc. 23. v. 46.

† Se escribió esta declamacion en 1793, quando gemia toda la Francia debaxo de la tiranía de Robespierre.

‡ Non quasi velamen habentes malitiæ libertatem. 1. Petr. 11. 16.

sus conversaciones, alucinando con ella la plebe, excitando el furor, atolondrando al mundo entero. ¿ Que quieren significar por esa *libertad con que nacemos todos?* ¿ Quieren decir que todos nacemos libres para obrar el bien y el mal? Si no quieren decir mas, podian excusar sus grandes filósofos tanto aparato de discursos y erudicion, para establecer una verdad que la saben los mas rudos por propia experiencia, y á todos la enseña y la repite á cada paso nuestra santa religion. El caso es, que aun esta verdad, con ser tan evidente, tuvieron valor para négarla muchos de los mismos filósofos, estableciendo en su perversa filosofía el fatalismo. Pero dexando tan desatinadas ideas, quisiera saber ¿ qual es la idea propia de esa libertad que tanto cacarean, y que con tanto furor intentan propagar en el mundo los nuevos reformadores, poniéndola por primera basa de su soberbia impresa? ¿ Pretenden acaso que nacemos todos con la licencia y derecho de hacer impunemente lo que se nos antoje, robar, matar, calumniar, adulterar, blasfemar, sin temor de Dios ni de los hombres? ¡ Infeliz linage humano si aspirase á semejante libertad! Ya no tendriamos que buscar sobre la tierra una sociedad de hombres, sino una manada terrible de fieras indómitas. No es creible que pretendan tanto los nuevos promulgadores de la libertad; á lo ménos se avergonzarán de decirlo. Díganos pues ¿ en que consiste la decantada libertad, por la qual quieren reformar ó refundir el mundo, romper los vínculos mas sagrados, abolir las leyes, los estatutos, las costumbres, los pactos mas autorizados, y lo que mas es, la santa religion de sus mayores? No hay que esperar una respuesta positiva; porque ni son capaces de proponer una idea verdadera de su decantada libertad, ni les tiene cuenta

horrorizar á los hombres con las ideas confusas y asombrosas que de ella se han formado. Decia bien uno de sus filósofos, que la libertad es un ídolo que sus amantes le adoran sin conocerle: un ídolo que con su bella exterioridad atrae los corazones corrompidos ó incautos. Este ídolo les conviene para conmover los pueblos, apartarles de las legítimas potestades, y unirles á su partido. De este ídolo, de este fantasmon, de esta voz vaga de *libertad* se han valido siempre los autores de las mas funestas rebeliones. ¿Quantos pueblos, quantas provincias, quantos reynos y repúblicas se han sacrificado á este ídolo? ¿Quanta sangre ha derramado, quantos estragos ha causado en el mundo la voz de *libertad* mal entendida, y artificiosamente propuesta? Apénas hubo ambicioso ni tirano, que no se valiera de ella para los depravados fines de su ambicion y tiranía. La misma nacion, que con tanto furor procura propagar la libertad, tiene ya que llorar los frutos amargos de su fantastico arbol. Si el furor les permitiera un momento de serenidad para considerar los males gravísimos que su aparente libertad ha causado dentro y fuera de su casa, no podria dexar de asombrarse de sí misma y de su ilusion. Veria sus hermosas campiñas, sus opulentas ciudades, toda su comarca convertida en un campo de batalla, donde pelean entre sí con rabioso encono los propios pueblos, los vecinos, los mismos domésticos y parientes, obligados todos á vivir como el inquieto Esau * con el cuchillo en la mano para defenderse unos de otros. Veria renovada en sus desgracias la funestísima tragedia, que se vió en Judea

* Vives in gladio. Gen. xxvii. 40.

dea en tiempo del Emperador Augusto, por las mismas causas que han trastornado la Francia. Con las máxîmas de una nueva filosofía, dice Josefo *, empezaron ciertos ingenios turbulentos á declamar contra las disposiciones imperiales, ponderando que la sujecion del pueblo era una rigurosa esclavitud. Excitan así el furor del mismo pueblo para recobrar la que llaman libertad. Soplan con toda su arte y esfuerzo el fuego de la sedicion: y veis aquí convertida luego aquella provincia en un teatro de sangrientas guerras, robos, prisiones, homicidios, y todo género de horrorosos estragos, enfurecidos los propios vecinos unos contra otros como implacables enemigos; y fué tal su rabia, que ni perdonaron al Santuario, ántes tan respetado de toda la nacion. ¿Que mas? El furioso amor de la libertad, fomentado con las perversas máxîmas de la nueva filosofía, plantó, segun el historiador, las venenosas raices de los horrendos males que despues oprimieron y arruinaron enteramente aquella miserable república. En este retrato podria ver la nacion Francesa su tristísima suerte, á que la ha conducido la libertad que tanto celebra.

Lo mismo que dixe de la libertad, podemos decir de la igualdad, otro ídolo no ménos fantástico, que arrastra el afecto de aquella nacion. Los hombres, dicen sus filósofos, nacen todos iguales. ¿Y que querrán decir con esto? ¿Que todos tenemos una misma naturaleza compuesta de cuerpo y alma: que todos nacemos desnudos, mortales, sujetos á las miserias de este mundo, y á las pasiones de la carne? ¡Profundo arcano: raro descubrimiento de la nueva

* Joseph. Antiquit. Judaic, lib, xviii. cap. 1.

nueva filosofía! Ni las naciones mas bárbaras y estúpidas del fondo de la Africa necesitan de sus persuasiones para créerlo: porque ven que la naturaleza del hombre, á diferencia de los brutos, es en todos la misma con las mismas propiedades y miserias. Nuestra religion nos recuerda esta verdad, no como ignorada, sino para que la tengamos muy presente, y nos humillemos con su memoria, considerando que el principio, el fin, y las miserias de nuestra vida son iguales en todos los hombres, sin distincion de ricos y pobres, de nobles y plebeyos, de los que nacen en una chosa y en un palacio. Pero ¿han de ser todos los hombres iguales en el órden civil y político, como lo son en las propiedades de la naturaleza? Esta es la dificultad, este es el punto que debieran demostrar los nuevos filósofos, y no demostrarán jamas con todos los esfuerzos de su vana filosofía.

Los hombres pueden considerarse ó segun lo que tienen por su naturaleza, ó por lo que pueden y deben tener viviendo en sociedad. Por su naturaleza son todos iguales. Quando no hubiera en el mundo mas que un hombre, ó viviera separado de los demas, tendria la misma naturaleza y las mismas propiedades naturales que tiene ahora viviendo con otros de su especie. Pero ¿quien dirá que el hombre fué criado para vivir solo, separado de los demas hombres, sin conexîon ó union con ellos á la manera de las fieras? A la verdad no ha faltado entre los famosos filósofos de nuestro ilustrado siglo quien á hecho á la humanidad este honor, defendiendo que el primer estado de los hombres fué como el de las fieras silvestres, vivir sin union, sin mutuo trato, sin sociedad, cada uno para sí solo. Pero ¿podrémos pensar tan indignamente del

del hombre y de su Criador? ¿Para que quiso Dios que todo el linage humano, á diferencia de los demas vivientes, descendiese de una misma cabeza? ¿Para que distinguir los hombres de los brutos con la facilidad de hablar, y de manifestar á otros con sus palabras los propios pensamientos, ideas, y afectos? ¿Para que inspirarles naturalmente sentimientos de compasion, de misericordia, de beneficencia, de amor á los individuos de su misma especie? ¿Para que grabar en sus corazones la ley de amar cada uno al próxîmo como á sí mismo, y de no hacer ni querer contra otro lo que no quiere contra sí? ¿Para que, digo, estas distinciones del hombre, y otras que seria largo exponer, si no le hubiera destinado á vivir en sociedad? No es necesario vivir en sociedad para ser hombre: la vida social no es esencial á la naturaleza humana; pero corresponde á su noble destino. El mismo Autor supremo que hizo al hombre, le destinó á vivir en sociedad con los de su naturaleza; y como la sociedad verdadera no puede formarse, y ménos subsistir sin union, órden, y recíproca relacion de unos á otros: esta union, esta relacion, este órden corresponde al estado natural del hombre. Veis aquí, el sólido fundamento de la sociedad civil ó política, y de la subordinacion de unos hombres á otros, que no saben ó no quieren ver los libertinos. ¿Como pudieran vivir los hombres en una sociedad bien ordenada sin cabeza, sin gobierno, sin direccion, sin leyes que tengan por fin la subsistencia, la debida union, y el bien comun de la misma sociedad? ¿Como podrá jamas verificarse todo esto quedando iguales todos los hombres, sin subordinacion y dependencia? ¿No ha de haber quien mande, y quien obedezca: quien dirija, y quien siga su direccion? ¿Todos han degobernar, ó

estar

estar sin gobierno? ¿Todos han de tener igual cargo y oficio? El cuerpo moral y político de una república bien ordenada ha de ser como el cuerpo humano, donde hay cabeza que gobierna, manos que obran, pies que andan: cada miembro tiene distinto exercicio, sin confundirse uno con otro. En esto consiste la armonía, el órden, el buen gobierno de un cuerpo político: de este pende su paz, y su mayor bien. ¿Que pretenden pues los nuevos reformadores con su soñada igualdad? ¿Intentan acaso establecer el *ostracismo* * de Atenas, con que se aborrecia, no la desigualdad de los cargos y oficios, sino la mayor excelencia del honor, del aplauso, de la estimacion, y aun de la virtud, por la qual se desterraban de aquella república los Arístides, los Temístocles, los Cimones, porque sobresalian en virtud y merito? Si tal es la desigualdad que aborrecen, y la igualdad que desean, muy léjos de envidiar sus conatos, debemos tenerles la mayor compasion, pues que desterrando á los que pudieran contener con su autoridad y exemplo el mas pernicioso libertinage, le quitan el freno para corromper y perder la república.

Mas ¿para que cansarnos? La libertad y la igualdad que quieren establecer aquellos reformadores, no son mas que una mera quimera: unos nombres vanos, vacíos de todo significado, que solo sirven para seducir la plebe para excitar su furor, para inducirla á las mas furiosas rebeldías y sediciones con el fin de recobrar la libertad y la igualdad

* Destierro político por espacio de diez años, que usaban los Griegos con aquellas personas que tenian gran poder y crédito, á fin de que no aspirasen á quitar la libertad al gobierno; y á veces para quitar los zelos y envidia de los inferiores.

igualdad que se les pintan como usurpadas contra el derecho natural de todos y de cada uno. De estas voces se han valido los Graccos, los Catilinas, los Cromvelos, y quantos formaron el exêcrable proyecto de rebelarse contra las potestades legítimas. Hasta el cruelísimo Dionisio, cuyo intolerable despotismo le mereció el renombre de *tirano*, se valió con maligna astucia de las mismas voces * para mudar y usurpar el gobierno de Siracusa. De suerte que los ecos de libertad é igualdad han sido siempre la fatal trompeta de las terribles revoluciones. Y ¿que se ha logrado con ellas? ¿Se ha recobrado la suspirada ó soñada libertad é igualdad? De ningun modo. No eran estos los fines de los principales autores de las sediciones: no buscaban la libertad del pueblo, sino su propio dominio: no querian que todos fuesen iguales, sino ser ellos sobre todos. Querian derribar del trono á los legítimos superiores, para sentarse ellos en el mismo: querian que el pueblo aborreciera el dominio actual, para sujetarle al suyo, supuesto que nunca podria subsistir sin superior ó superiores que le gobernasen. Digámoslo claro. Querian abolir una tiranía fingida y un despotismo imaginario, para establecer otro despotismo y tiranía verdadera.

Hablen las naciones donde se vieron tales trastornos: hable la misma Francia desde la cuna del nuevo gobierno en que se halla: diga si se vió jamas tan tiranizada, tan esclava, tan privada de su decantada libertad. Si escuchamos sus voces inconsideradas, y las lisonjas con que alimentan su furor los reformadores, solo la Francia goza

Y y verdadera

---

* Diodor. Sic. lib. xiii.

verdadera libertad: en el resto de la Europa, y aun del mundo, todo es tiranía, despotismo, esclavitud. Habrán aprendido este lenguage de la soberbia Grecia, que locamente se jactaba * de que solo eran libres los Griegos; y á los demas pueblos, así como les llamaba, bárbaros, les tenia tambien á todos por esclavos. Al mismo tiempo desterraban á sus magistrados, á los patricios mas beneméritos, condenaban á muerte à los mas dignos y útiles: una palabra contra sus máxîmas, una expresion dicha ó escrita que se opusiese á sus vanas supersticiones, una demostracion de especial respeto á un individuo que lo merecia, era bastante motivo para formarles proceso, expatriarles, ó hacerles tragar la cicuta: ¡ tal era la decantada libertad!

La libertad verdadera de una república, y de un reyno, es que pueda gozar cada qual de lo que su talento, su trabajo, sus méritos, ó el sudor de sus mayores le han adquirido: que la pública autoridad le ampare, le defienda, le libre de robos, de injusticias, de calumnias y vexaciones: que nadie le impida los actos de verdadera virtud, piedad y religion: que pueda siempre hallar en las leyes y en la autoridad del gobierno el seguro asilo contra toda violencia: sobre todo, que no se le quiten, ántes bien se le faciliten los medios para ser eternamente feliz. Esta, esta es la libertad verdadera: esta es la dulce libertad que por la divina misericordia gozamos los que tenemos la dichosa suerte de ser súbditos de un Rey católico, justo, piadoso, amante de sus vasallos, que quiere y sabe gobernarles mas como padre, que como Señor. ¿ Para que alucinar á la plebe

* Aristot. Polit. lib. i. c. 1.

plebe ignorante, y conmover todo el mundo con los odiosos nombres de *tirano* y *despota?* Si para ser despota ó tirano basta tener un hombre autoridad sobre los demas, y con ella gobernarles, llámense tiranos todos los padres, por mas que sean amantes de sus hijos: llámense despotas todos los generales de los exércitos, todos los magistrados de qualquiera república, por mas que la gobiernen con moderacion y justicia. No consiste la tiranía y despotismo en que sea uno el que gobierna, sino en que gobiernen injustamente ó uno ó muchos. Así pudo decir Tulio con razon *, "que "aun el gobierno democrático, si era injusto, se debia lla- "mar tiránico, y que el mismo pueblo, quando gobierna "injustamente, es un verdadero tirano." Pudo decir con igual razon Aristóteles †, "que el violento poder del pue- "blo es tiranía." Vuelvan, pues, los nuevos reformadores la vista sobre sí mismos, y vean si el nombre de tiranos, que con tanta insolencia dan á todos los Soberanos, es el distintivo propio de su gobierno, de aquel gobierno que está fundado sobre un exêcrable parricidio: de aquel gobierno que se levanta sobre las ruinas de la santa religion de sus mayores: de aquel gobierno que todo lo reforma, ménos las costumbres corrompidas: de aquel gobierno que soltando las riendas al mas abominable libertinage, cierra las puertas á la verdadera piedad, prohibe los sacrificios mas gratos al Criador, destierra para siempre los institutos especialmente consagrados al servicio de Dios, á la sanctificacion de las almas, al exemplo y edificacion de los pueblos: de aquel gobierno en fin, que dexando im-

 punes,

* Cicero ap. S. P. August. de civ. Dei, lib. ii. c. 21.

† Arist. Polit. lib. v. c. 22.

punes, ó tal vez celebrando las mas horribles atrocidades de los facinerosos, castiga con gravísimas penas, como rebeldías, el inocente desahogo de la innata piedad, el religioso zelo de los que llama por oprobrio *aristocráticos*, y suelen ser los mas amantes de la patria. El orador de Roma, y el filósofo de Atenas, que tuvieron por tiránico qualquiera gobierno injusto, aunque fuese de todo el pueblo, seguramente no exîmirian de este feo borron al actual gobierno de Francia, por mas que se diga *popular* ó *democrático*.

No es mi ánimo insultar á una nacion que verdaderamente amo y he amado siempre. Siento en el alma el abismo de males en que la ha sumergido el furioso deseo de una libertad imaginaria, ó mas bien las perversas máxîmas de una filosofía tan falsa, como nueva. Mis expresiones no son mas que desahogos de un justo sentimiento. Bien conozco que no las ha de oir, y si tal vez las oyera, haria de ellas el desprecio que le inspira su arrogancia. En todo caso no se ofenda de las verdades que á un ministro del Señor dicta el zelo, la humanidad, el amor de los que ha tenido y desea tener por hermanos y miembros de un mismo cuerpo. Si yo creyera que mis clamores habian de llegar á sus oidos, exclamaría con todo mi corazon, y diria como el Apóstol San Pablo á los de Galacia *: " ¿ Quién pudo, infeliz nacion, así alucinarte, para que rompieses los vînculos de tu antigua fidelidad y obediencia, no solo á tu legítimo Soberano, sino tambien á las santas leyes y sagradas máxîmas que tanto habias respetado hasta ahora ? ¿ De donde

* ¡ O insensati Galatæ ! ¿ Quis vos fascinavit non obedire veritati ? Ad Gal. iii. 1.

donde tan asombrosa novedad*? ¿Por ventura se te ha predicado un nuevo evangelio? ¿Se han mudado los principios de la verdadera religion? ¿Han variado las reglas de la justa moralidad? ¿Adquirió la naturaleza humana nuevos derechos, y nuevas prerogativas; ó acaso las ha descubierto el ingénio humano despues de cincuenta y mas siglos en que le fueron desconocidas? Nada de esto ciertamente. Lo que ha podido transformarte con tanto asombro, es la malignidad de ciertos ingénios tumultuosos †, que por sus depravados fines, abusando de tu ligereza genial, encendieron y propagaron el fuego de la sedicion que te devora. Si amas la libertad, si este es el atractivo de tu afecto: ¿Que libertad mas dulce ni mas feliz que la que nos hizo gozar el soberano Redentor ‡, librando nuestras almas de la vil esclavitud del pecado y del demonio? Esta es la libertad propia de los hijos de Dios, que nos hace dichosos, empezando en esta vida la dicha que se ha de consumar y durar para siempre en la patria celestial. Pero esta libertad no suelta las riendas á las pasiones: no rompe los vínculos de la justa subordinacion; ántes bien, como hija y compañera inseparable de la caridad §, inspira el amor, el respeto, el gusto con que debemos servir y sujetarnos unos á otros. Tus nuevos reformadores pusieron

---

* Miror quod sic tam cito transferimini ab eo, qui vos vocavit in gratiam Christi, in aliud evangelium. Ibi. cap. i. 6.

† Quod non est aliud, nisi sunt qui vos conturbant. Ibi v. 7.

‡ Vos enim in libertatem vocati estis, fratres. Ibi cap. 5. v. 13.—Si ergo vos filius liberaverit, verè liberi eritis. Joan. viii. 36.

§ Tantum ne libertatem in occasionem detis carnis, sed per caritatem Spiritus servite invicem. Ad Gal. v. 13.

sieron por primera basa de su legislacion la libertad é igualdad. En vez de instruirte primeramente con las obligaciones inviolables del hombre respecto á Dios, á sí mismo, á los legítimos superiores, y á su proxîmo, como lo hiciéron los mas prudentes legisladores, entre los quales ocupan un lugar muy especial, á pesar de tus invectivas, los de España: en vez, digo, de hacerte conocer tus naturales obligaciones, en que habian de fundar sus leyes, quisieron lisonjear tu vanidad y fomentar tu orgullo con los derechos y prerogativas del hombre, dando principio á su nuevo código con la grande maxîma de que todos nacemos libres, y que por tanto somos todos iguales. Esta máxîma que con tanta hinchazon han publicado, nada tiene de nuevo sino la perversa aplicacion. Los antiguos filósofos y jurisconsultos dixeron expresamente *, que los hombres nacen todos libres, y que deben considerarse todos como iguales. Pero la libertad, con que segun ellos nacemos todos, es la que nos distingue de los verdaderos esclavos: la igualdad universal es la que nos da la naturaleza, por la qual somos todos de una misma condicion: es decir, que por solos principios de la naturaleza nadie es esclavo, nadie es de peor condicion que otro. Y esto ¿ quien lo niega? ¿ Por ventura en las naciones donde gobierna un Monarca, se piensa que sus súbditos nacen esclavos, ó son por su naturaleza de peor condicion? ¿ Por ventura soñaron jamas este disparate los potentados, los legítimos superiores, los nobles, los de distinguida clase? ¿ Hay alguno que ignore que la desigualdad de condiciones no viene por

* Arist. Polit. lib. i. cap. 1. Digest. lib. i. tit. 1. §. 4.

por principios de naturaleza, sino por ciertas leyes, derechos ó costumbres, que ha confirmado una larga posesion? Por la naturaleza no somos ricos ni pobres, no somos amos ni criados, no somos paysanos ni soldados, no somos magistrados ni súbditos: ¿ por esto nadie podrá enriquécerse, nadie podrá tener criados, nadie podrá obligarse á la milicia, nadie podrá estar sujeto á los magistrados? La desigualdad en la suerte y condicion de los hombres no la puso la naturaleza; pero la dan otros títulos que ha establecido el órden y mayor bien de la sociedad. La esclavitud sabemos todos en que consiste, y de que principios ó títulos ha provenido. Pero esta miseria de la naturaleza humana no tiene ya lugar en nosotros. Gracias á la christiana religion, que ha procurado y conseguido librar de tan dura suerte aun aquellos que por el derecho de guerra y otros títulos tenian que sufrirla. Esta santa religion, que nos hace mirar á todos como hermanos: que inspira el amor, la compasion, la beneficencia, la mansedumbre con todos: que nos enseña ser todos los hombres descendientes de un mismo padre, criados á imágen y semejanza de Dios, ordenados á un mismo fin, redimidos con un mismo precio, que es la sangre de Jesu-Christo: esta religion, en fin, que á todos nos llama, para que seamos miembros de un mismo cuerpo, participantes de unos mismos sacramentos, profundamente sujetos á un mismo Dios y Señor supremo: esta es la que ha suavizado los rigores de la esclavitud, la que ha hecho romper sus cadenas, y casi exterminarlas de todos los dominios donde felizmente reyna. Con todo (quien lo creyera?) vuestros filósofos, enemigos implacables de esta santa religion, han tenido la osadía de acusarla de haber estrechado y agravado aquellas cadenas. ¡ Enormísima calumnia ! La verdadera

religion hace á los hombres pacíficos, humildes, sujetos á las potestades legítimas; pero es una injuria la mas atroz el decir que les hace esclavos. Lo que realmente les hace viles esclavos, es la falta de religion, la violencia de las pasiones y vicios dominantes, que fomenta contra la doctrina de la religion la nueva filosofía, y por ella el furioso deseo del libertinage." Así hablaria mi corazon á la nacion Francesa, si mis voces merecieran que las escuchase con ánimo sereno.

Con lo dicho hasta aquí podeis entender, H. C., que todo el fin de los nuevos reformadores en la ponderacion de su decantada libertad é igualdad es excitar en las demas naciones la llama de la sedicion, que arde con tan funestos estragos en la suya, para sacudir el yugo de la que falsísimamente llaman opresion, tiranía, y despotismo. ¡ Infeliz la nacion adonde penetrasen tan horribles máxîmas ! Ella experimentaria luego aquel furor, aquel espíritu de inquietud, instabilidad, y anarquía, que siempre ha sido el efecto lastimoso de semejantes revoluciones, y suele ser el terrible azote * con que Dios castiga la rebeldía de los pueblos: ella se convertiria en funesto teatro de cruelísimas guerras, peleando mutuamente sus propios pueblos y vecinos unos contra otros, procurando cada uno el predominio de su opinion, de su poder, de su autoridad, ó fanatismo. Finalmente para exîmirse de un tirano imaginario, y de una esclavitud fingida, tendria que sufrir las cadenas de millares de tiranos verdaderos.

El Ilmo Sr. D. Fr. Francisco Armaña,
Arzobispo de Tarragona.

Se

* Isai. xix. 14.